

BIBLIOTECA

STAR WARS™



LA NUEVA ORDEN JEDI

VIAJE A LA OSCURIDAD

ELAINE CUNNINGHAM

Lectulandia

En su fuga del territorio yuuzhan vong, Jaina Solo no ha podido llevarse a todos los miembros de la fuerza de ataque Jedi. Durante la huida, buscan refugio en el Cúmulo de Hapes sin prever que las intenciones de sus nuevos «anfitriones» serán mas terribles que las de sus perseguidores vong.

Lectulandia

Elaine Cunningham

Viaje a la oscuridad

La Nueva Orden Jedi # 11

ePub r1.0

Ronstad 09.10.2013

Título original: *Dark Journey*
Elaine Cunningham, 2002
Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez
Diseño de portada: Steven D. Anderson

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0

Para Erik Kulis, sobrino mío y fan de *Star Wars*,
que se puso de pie en un cine lleno y gritó «¡NO!»
cuando terminó la batalla entre Obi-Wan y Darth Maul.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Shelly Shapiro y a Sue Rostoni por su orientación y su paciencia durante el proceso de redacción, y a Kathleen O'Shea David, que defiende la primera línea. Agradezco los comentarios, las sugerencias y la atención al detalle que han aportado los atentos custodios de la continuidad de LFL. Gracias a todos los que aportaron ideas con mensajes electrónicos, o simplemente me facilitaron información: Troy Denning, Greg Keyes, Mike Friedman, Matt Stover, Walter Jon Williams y Aaron Allston. A Chris Perkins y a Dave Gross, de la revista *Star Wars Gamer*, que me brindaron la oportunidad de escribir algunos relatos más sobre Jaina y sus amigos. Gracias a las Damas de las Estrellas por su presencia optimista, y a Fred Espenchied, que aporta una contribución enorme a la comunidad online. Gracias a Andrew Cunningham por todos los debates sobre agujeros negros, materia oscura y la tecnología de *Star Wars*, y a Sean Cunningham, que comparte mi afecto hacia Tenel Ka.

Por último, a R. A. Salvatore, que puso mi nombre en la lista. Gracias de nuevo, Bob.

DRAMATIS PERSONAE

Han Solo: Capitán del *Halcón Milenario* (humano).

Harrar: Sacerdote (yuuzhan vong).

Isolder: Príncipe hapano (humano).

Jagged Fel: Comandante del escuadrón chiss (humano).

Jaina Solo: Maestra Jedi (humana).

Khalee Lah: Guerrero (yuuzhan vong).

Kyp Durrón: Maestro Jedi (humano).

Leia Organa Solo: Embajadora de la Nueva República (humana).

Lowbacca: Caballero Jedi (wookiee).

Ta'a Chume: Antigua reina de Hapan (humana).

Tenel Ka: Maestra Jedi (humana).

Teneniel Djo: Reina de Hapan (humana).

Trisdin Gheer: Cortesano (humano).

Tsavong Lah: Maestro Bélico (yuuzhan vong).

Zekk: Caballero Jedi (humano).

CAPÍTULO 1

La luz del amanecer perfilaba uno de los bordes del planeta Myrkr, iluminando con un resplandor verdoso sus vastos bosques boreales. El planeta, visto desde el espacio, parecía tan verde y lujuriente como Yuuzhan'tar, el mundo originario de las leyendas yuuzhan vong, perdido hacía tanto tiempo.

Dos machos yuuzhan vong estaban ante la pantalla de visualización de una nave sacerdotal, sumidos en la contemplación de la escena que se desplegaba ante ellos. Uno era alto y delgado, de frente inclinada y rasgos angulosos, aristocráticos, con las cicatrices de muchos actos de devoción. Estas señales, además de su tocado de paño, hábilmente plegado, lo caracterizaban como sacerdote de rango elevado. Su compañero era más joven, más ancho, y de figura tan imponente físicamente que a primera vista no se percibía el límite que separaba al guerrero de la armadura y las armas que llevaba. Al verlo, producía una primera impresión imborrable de ser un arma compleja y viviente. Tenía el semblante sombrío, y estaba dotado de una intensidad que sugería movimiento, a pesar de que estaba inmóvil en respetuosa actitud de firmes.

El sacerdote hizo un ademán con su mano de tres dedos, señalando la escena que se extendía por debajo de ellos.

—La aurora: la muerte brillante de la noche mortal —recitó.

Aunque las palabras de Harrar seguían la senda trillada de los dichos proverbiales, en sus ojos se leía una veneración auténtica mientras contemplaba aquel mundo distante. El joven guerrero se llevó dos dedos a la frente, en gesto piadoso, pero más que en la visión reluciente de Myrkr, tenía puesta la atención en la batalla que se libraba por encima del mismo.

Sobre aquel mundo verde se veía la silueta de un trozo de coral yorik negro del tamaño de un puño. Aquello, una mundonave vetusta que albergaba a centenares de yuuzhan vong, a sus esclavos y a sus criaturas-criados, no parecía ser más que una roca sin vida. Pero al irse acercando la nave sacerdotal de Harrar, éste pudo distinguir indicios de batalla: minúsculos voladores de coral que zumbaban y picaban como mosquitos de fuego, rayos de plasma que surgían con un pulso frenético y errante. Si la vida es dolor, entonces podía decirse que la mundonave estaba muy viva.

—Nuestra llegada es oportuna —observó el sacerdote, echando una mirada al joven guerrero—. ¡Parece que estos jóvenes *Jeedai* están decididos a demostrar que son dignas víctimas para el sacrificio!

—Es como dices, Eminencia.

Las palabras eran corteses pero distraídas, como si el guerrero no estuviera prestando mucha atención. Harrar estudió a su compañero con la mirada. Las discordias entre la casta sacerdotal y la de los guerreros empezaban a hacerse más habituales, pero él no pudo advertir nada reprochable en Khalee Lah.

El hijo del Maestro Bélico Tsavong Lah destacaba entre los yuuzhan vong. El tono gris primitivo de su piel sólo se apreciaba en las leves franjas y remolinos entre sus muchas cicatrices y tatuajes negros. De los ganchos que tenía incrustados en los hombros caía una capa de mando. Tenía otros implantes de púas en los codos y en los nudillos. Del centro de la frente le brotaba un único cuerno grueso y corto; un implante difícil, señal de que su portador era verdaderamente respetable.

Cuando destinaron a aquel guerrero tan prometedor como escolta militar de Harrar, éste supo que se trataba de un honor para el propio Harrar, pero también sintió desconfianza y no poca curiosidad. Harrar, como buen sacerdote que era de Yun-Harla, diosa de las mentiras, era aficionado a los juegos de engaño y de estrategia. Su viejo amigo Tsavong Lah era maestro de las múltiples intenciones, y Harrar no esperaba menos por parte del joven comandante.

Khalee se volvió hacia el sacerdote al percibir que éste lo estaba escrutando. Le dirigió una mirada respetuosa, pero directa al mismo tiempo.

—¿Puedo hablar con libertad, Eminencia?

Harrar empezó a sospechar de los propósitos de Tsavong Lah al haber enviado a su hijo con un sacerdote de la Mentirosa. La sinceridad era una debilidad, una debilidad que podía ser mortal.

—En esta cuestión, ten presente el juicio del Maestro Bélico —le aconsejó, dando un consentimiento tras el que se ocultaba la advertencia.

El joven varón asintió con la cabeza solemnemente.

—Tsavong Lah te confió el sacrificio del *Jeedai* gemelo. El éxito de su último implante está aún en manos de los dioses, y tú eres su intercesor escogido. Lo que honra el Maestro Bélico, yo lo venero.

Concluyó sus palabras dejándose caer sobre una rodilla y humillando la cabeza en una reverencia respetuosa.

Aquello no era, ni mucho menos, lo que había querido transmitir Harrar; pero parecía que Khalee Lah se contentaba con lo dicho entre ambos. Se irguió y volvió a dirigir su atención hacia la mundonave.

—Hablando claro, pues. Parece que la batalla no marcha tan bien como se esperaba. Ni siquiera tan bien, quizá, como informó Nom Anor.

La frente cubierta de cicatrices de Harrar se frunció con gesto feroz. Tampoco él tenía buen concepto del espía yuuzhan vong. Pero Nom Anor tenía el rango de Ejecutor, y no se le debía criticar a la ligera.

—Esas palabras se acercan peligrosamente a la traición, mi joven amigo.

—La verdad nunca es traición —afirmó Khalee Lah.

El sacerdote sopesó cuidadosamente estas palabras. Para el sacerdocio de Yun-Harla, y entre algunas otras facciones, aquel proverbio era una broma irónica; pero en el tono de voz del joven varón resonaba una sinceridad inconfundible.

Harrar adoptó una expresión acorde a la sinceridad del guerrero.

—Explícate.

Khalee Lah señaló una forma pequeña y oscura que se alejaba precipitadamente de la mundonave en ángulo oblicuo respecto del rumbo de llegada de la nave sacerdotal.

—Ésa es la *Ksstarr*, la fragata en la que Nom Anor vino a Myrkr.

El sacerdote se inclinó hacia la pantalla de visualización, pero sus ojos no tenían ni mucho menos la agudeza de los implantes mejorados de Khalee Lah. Dio un golpecito con una mano en la pantalla. Como respuesta, una fina membrana recorrió de un lado a otro la superficie transparente, limpiándola. El tejido vivo cambió de forma, aumentando la convexidad de la curva para proporcionar más enfoque y un leve aumento.

—Sí —murmuró el sacerdote, advirtiendo los bultos y los nódulos distintivos de la parte inferior de la nave que se aproximaba.

—Y si la batalla contra los *Jeedai* está prácticamente ganada, como comunicó Nom Anor, ¿por qué huye? ¡Debo hablar con él en seguida!

Khalee Lah se volvió hacia la puerta y repitió las palabras de Harrar en tono de comando. Diez guardias que estaban allí apostados se golpearon con el puño el hombro opuesto y salieron a paso vivo para cumplir la orden de su jefe.

Los chasquidos rápidos de unas botas quitinosas anunció la llegada de un subordinado. Una guerrera, cubierta de tatuajes chillones de color verde y amarillo, entró en la sala portando en las manos con espolones una forma cubierta de crestas. Hizo tina reverencia, presentó el villip a Harrar y lo dejó sobre un pequeño soporte.

El sacerdote la despidió con un gesto distraído y se puso a acariciar el globo sensible. La capa exterior se retiró, y el tejido blando interior empezó a reorganizarse formando algo parecido al semblante cubierto de cicatrices de Nom Anor. Una de las órbitas estaba vacía y hundida, y el párpado magullado parecía colgar hacia el interior del saco inferior azul en forma de media luna. El plaeryin bol, escupidor de veneno, que había distinguido en tiempos el semblante de Nom Anor, había desaparecido, y evidentemente todavía no le habían dado permiso para sustituirlo.

Harrar entrecerró los ojos en gesto de satisfacción. Nom Anor había fallado una y otra vez, sin haber asumido jamás la responsabilidad de sus actos. Había achacado la culpa a otros, de manera muy poco digna de un yuuzhan vong. Harrar había sido degradado temporalmente por su intervención en un plan de espionaje fallido; Nom

Anor había recibido una simple reprimenda, a pesar de que sus agentes habían desempeñado un papel significativo en el fracaso del plan. En opinión de Harrar, aquel rostro borroso daba fe de que la justicia de los dioses se cumpliría a su debido tiempo.

La imagen de Nom Anor, a pesar de su imprecisión, conseguía transmitir una sensación de impaciencia, incluso de angustia quizá.

—Eminencia... —empezó a decir Nom Anor.

—Informa —le interrumpió Harrar en tono tajante.

Nom Anor entrecerró el único ojo, y Harrar creyó por un momento que el Ejecutor protestaría. Como agente de campo que era, Nom Anor rara vez tenía que rendir cuentas a los sacerdotes. Pero su silencio llegaba más allá de los límites del orgullo, y Harrar empezó a temer que las sospechas de Khalee se hubieran quedado cortas, sin llegar a la triste verdad.

—¿Habéis perdido?

—Tenemos pérdidas —le corrigió Nom Anor—. La reina voxyn y sus crías han sido destruidas. Dos prisioneros Jedi que iban en la mundonave fueron liberados. Escaparon, y algunos otros también.

Harrar se volvió hacia Khalee Lah.

—¿Has visto la nave en la que han huido de los infieles?

El guerrero puso ojos de asombro, y su cara marcada mostró por un instante una comprensión horrorizada, emoción pasajera que se convirtió rápidamente en ira.

—¿Pregunta quién dirige la *Ksstarr*, el Ejecutor o los infieles!

Aquella posibilidad no se le había ocurrido a Harrar. Repitió en seguida la pregunta por el villip sintonizado.

—Algunos Jedi consiguieron apoderarse de la fragata —reconoció Nom Anor—. Estamos persiguiéndola, y confiamos en que podremos sumar la captura de esta nave al resto de nuestras victorias.

Captura. Harrar sintió una tensión en el vientre, pues aquella única palabra confirmaba la identidad del Jedi huido.

—¡Captura! —repitió con desprecio Khalee Lah—. ¡Más vale reducir a polvo de coral ese objeto profanado! ¿Qué piloto yuuzhan vong querría tener algo que ver con una nave ensuciada por infieles?

—Algunos Jedi cayeron ante nuestros guerreros —siguió diciendo Nom Anor, haciendo caso omiso del descubrimiento del sacerdote y de la burla del guerrero—. El hermano menor de los Solo fue abatido. Al Maestro Bélico le agrada saber que Jacen Solo está vivo y es cautivo nuestro.

—Jacen Solo —repitió Harrar—. Y ¿qué hay de Jaina Solo, su hermana gemela?

El silencio se prolongó tanto tiempo que el villip empezó a recuperar su forma primitiva.

—Estamos persiguiéndolos —dijo Nom Anor al fin—. Los Jedi no serán capaces de pilotar bien, ni mucho tiempo, una nave como la *Ksstarr*.

—¡Es una deshonra que hayan llegado a pilotarla siquiera! —exclamó Khalee Lah.

Harrar le dirigió una mirada severa, y después se volvió de nuevo hacia el villip.

—Supongo que no te llevarás contigo a este Jacen Solo mientras persigues a su hermana gemela. Se dice que los *Jeedai* son capaces de comunicarse entre sí a largas distancias, sin ayuda de villip ni de abominaciones mecánicas. Si es así, no cabe duda de que advertirá de tu cercanía a su compañera.

Khalee Lah soltó un resoplido de desprecio.

—¿Qué cazador es ése, que pone cascabeles a su jauría de bissop?

Este comentario, a pesar de su falta de tacto, inspiró a Harrar una sonrisita burlona. Opinaba que Nom Anor se había contagiado de la decadencia y la debilidad de los infieles. Aquella imagen del Ejecutor chapoteando entre el cieno y el agua estancada siguiendo a una jauría de feroces lagartos-sabuesos era incongruente y atractiva al mismo tiempo.

El Ejecutor pasó unos momentos considerando la observación de Harrar.

—¿Tienes escolta militar?

—Sí; doce coralitas acompañan a la nave sacerdotal. ¿Quieres que salgamos a perseguir a Jaina Solo?

La forma de cara del villip rotó hacia abajo y hacia arriba en semejanza de un gesto de asentimiento.

—Como bien has observado, el riesgo de contacto entre estos Jedi gemelos es considerable. Llevaré a Jacen Solo directamente al Maestro Bélico.

—Y, así, el Ejecutor se llevará la gloria, mientras que el sacerdote carga con su fracaso —dijo Khalee Lah con un gruñido.

Harrar se apartó del villip.

—Vas aprendiendo —observó en voz baja—. Pero pasemos por alto de momento las ambiciones de Nom Anor. Te han encomendado que me acompañes a Myrkr, nada más. Es tarea mía supervisar el sacrificio de los *Jeedai* gemelos. No tienes obligación de acompañarme.

El guerrero no tardó en pensárselo.

—Esta *Jeedai*, esta Jaina Solo, vuela en un navío viviente. Eso me ofende. Huyó en una mundonave. Eso no debía haber sido posible. Es gemela, lo que se considera en justicia competencia de los dioses o presagio de grandeza. Eso es una blasfemia. La perseguiré hasta el rincón más recóndito de la galaxia, aunque para ello tuviera que pegarme a un par de grutchins en muda.

—Un argumento sólido —dijo Harrar secamente. Se volvió hacia el Ejecutor, que estaba aguardando—. Recuperaremos a Jaina Solo.

—Titubeas. ¿Estás seguro de que podrás conseguirlo?

—Es orden del Maestro Bélico —se limitó a decir Harrar. Echó una mirada a Khalee Lah—. Y una cruzada santa —añadió con cierta aspereza.

Khalee Lah no captó su sarcasmo. El guerrero inclinó la cabeza en señal solemne de asentimiento, y en su rostro brilló algo que Harrar había atisbado en algunas ocasiones, pero sin llegar a compartirlo.

Un escalofrío repentino recorrió el espinazo del sacerdote. El fervor como el de Khalee Lah siempre le había parecido vagamente peligroso a Harrar. La fe del guerrero estaba dotada del arte de un cuidador, cargando las palabras burlonas de Harrar de la ironía maliciosa que el sacerdote había asociado siempre con su diosa.

Y ¿acaso no se decía que Yun-Harla reservaba sus mañas más astutas para los que la servían mejor?

CAPÍTULO 2

Anakin ha muerto. Jacen ha desaparecido.

Estos pensamientos se reproducían en los sentidos aturridos de Jaina Solo, resonando en un vacío interior tan profundo como el de las estrellas vigilantes.

Estos pensamientos amortiguaban los sonidos de la batalla y los comentarios frenéticos, constantes, de los siete jóvenes Jedi que se esforzaban por pilotar la nave yuuzhan vong robada. Jaina, como sus compañeros, estaba machacada y sucia tras sus días de cautiverio, y tras una batalla que había durado demasiado y había costado demasiado.

Sólo nueve Jedi habían salido peleando de la mundonave hasta llegar a aquella nave menor, llevando consigo el cuerpo de su joven jefe. Los supervivientes habían tomado la nave yuuzhan vong análoga a una fragata con una rapidez asombrosa. Jaina tenía un vago recuerdo de una ira ardiente y de una luz mortal, de su amigo Zekk apartándola de un empujón del asiento del piloto para llevarla a lo que para los yuuzhan vong equivalía al asiento de un artillero. Allí estaba posada ahora, en el borde del asiento demasiado grande, disparando misiles de roca fundida a los coralitas que perseguían a los Jedi y a su nave robada.

Jaina veía con un extraño sentimiento de desapego cómo la nave ajena soltaba plasma siguiendo sus órdenes, cómo la muerte de los coralitas y de sus pilotos yuuzhan vong se pintaba en breves manchas brillantes sobre el lienzo oscuro del espacio. Todo aquello era un sueño febril, nada más, y Jaina no era más que un personaje atrapado en su propia pesadilla. Jacen ha desaparecido.

No parecía posible. No era posible. Jacen estaba vivo. Tenía que estarlo. ¿Cómo podría estar viva ella, si Jacen no lo estaba? Su hermano gemelo había formado parte de ella, y ella de él, desde antes de nacer los dos. Lo que eran no se podía separar de lo que eran el uno para el otro.

Sus pensamientos daban tumbos como un Ala-X que va en espiral fuera de control. Intervino entonces el instinto de piloto de Jaina, que se sacó a sí misma del giro con suavidad.

Aplicando la Fuerza, buscó a su hermano forzando su poder y su entrenamiento hasta más allá de sus límites. Donde había estado Jacen sólo había una oscuridad tan insondable como el espacio. Se sumió en lo hondo de su interior, buscando frenéticamente el lugar dentro de ella que siempre había ocupado Jacen. También éste estaba velado.

Jacen había desaparecido. Jaina no se sentía despojada, sino partida en dos.

Una ráfaga de plasma saltó hacia la nave robada. Jaina respondió con otra. Voló como un cometa vengador hacia el disparo de plasma que venía hacia ellos. Los dos proyectiles se encontraron como olas de océanos opuestos, despidiendo salpicaduras de plasma brillante hacia la oscuridad.

Zekk se arrojó hacia un lado, forzando el cable umbilical de los guantes de piloto en su intento de apartar la nave de las salpicaduras mortales.

Por fortuna para los Jedi, sus perseguidores yuuzhan vong también se vieron forzados a apartarse. Aquello les proporcionó un momento de paz relativa: ningún peligro inmediato, ningún objetivo evidente.

Jaina se revolvió en su asiento hasta que pudo ver la mundonave donde había caído Anakin, donde había quedado abandonado Jacen. Parecía extraño, e inadecuado de alguna manera, que un lugar tan terrible pudiera reducirse a un bulto pequeño de coral negro.

—Volveremos, Jacen —prometió—. Aguanta, y volveremos por ti.

«Yo volveré por ti», añadió en silencio. Volvería por Jacen ella sola, si hacía falta, del mismo modo que Anakin había ido a Yavin 4 a rescatar a Tahiri.

Ahora, Anakin había muerto, y Tahiri, machacada y con el corazón desgarrado, velaba su cadáver. La pequeña muchacha rubia relucía de Fuerza como una supernova; Jaina no podía menos de percibir su angustia. El vínculo entre Anakin y Tahiri era diferente del que compartían los gemelos, pero quizá no fuera menos intenso.

El descubrimiento la golpeó como un insecto aturridor. Anakin y Tahiri. Qué extraño... sin embargo, parecía bien y perfecto.

Los ojos de Jaina se llenaron de lágrimas que refractaban en arcos iris letales un rayo de oro fundido que llegaba. En el asiento del piloto, Zekk soltó una maldición entre dientes y volvió bruscamente el morro de la fragata hacia arriba y todo a babor. La nave robada se levantó en un arco brusco, espeluznante. El plasma ardiente bañó la parte inferior de la fragata, arrancando los nódulos irregulares de coral con un chirrido agudo, ululante.

Jaina sacó de un tirón la mano izquierda de su guante viviente y se limpió las lágrimas a través de la capucha de cognición que le cubría la cara. Mientras tanto, los dedos de su mano derecha se deslizaban y trazaban círculos mientras ella enfocaba hábilmente su objetivo. Volvió a meter la mano izquierda en el guante y cerró el puño, soltando una salva de plasma hacia el coralita atacante... un instante antes de que éste le lanzara un segundo plasma.

El proyectil de Jaina alcanzó la nave yuuzhan vong en el intervalo minúsculo entre el escudo y el ataque. De su casco salieron despedidas esquirlas de coral negro, y el morro, recalentado, adquirió un color rojo de mal presagio al quedar bañado de

roca fundida. Aparecieron fisuras en la pantalla de visualización del piloto yuuzhan vong.

Jaina disparó otra vez, y otra, ajustando el momento de los ataques con la habilidad que había adquirido en el transcurso de dos años largos y de un número excesivo de misiones. La gravedad proyectada del coralita se tragó bien el primer misil, pero el segundo fue demasiado para el casco, ya gravemente comprometido. La nave se partió, vertiendo su vida al vacío del espacio.

—Conozco esa sensación —murmuró Jaina.

Una mano pequeña, fuerte, se apoyó en su hombro. Jaina sintió la presencia sólida de Tenel Ka por medio de la Fuerza: estaba allí, pero era profundamente diferente. Jaina tardó un momento en comprender el motivo: las emociones de su amiga, normalmente tan claras y directas como el acto de empuñar una pistola láser, habían sido escudadas cuidadosamente.

—Estamos haciendo lo que debemos por Jacen —dijo Tenel Ka con valor—. Como sólo tienen a uno de los gemelos, no harán daño a ninguno de los dos. Ya lo sospechábamos, pero ahora tenemos pruebas. No están intentando destruir esta nave.

—Pues lo parece —murmuró Zekk mientras daba un bandazo brusco para esquivar otra llamarada de lava.

—Es un hecho —dijo tajantemente la mujer guerrera—. Zekk, tú has pasado dos años pilotando naves de caiga... una labor útil, pero no es un buen entrenamiento para esta fuga.

—¿Sí? Pues te diré otro hecho: he conseguido que no nos maten hasta ahora.

—Y hay varios hechos más —repuso Tenel Ka—. Jaina estaba en el Escuadrón Pícaro. Tenía acceso a la Inteligencia de la Nueva República sobre las naves enemigas. Ha sobrevivido a más combates que nadie de los presentes. Si queremos sobrevivir, debes dejarle pilotar a ella.

Zekk hizo ademán de protestar, pero una nueva andanada lo interrumpió. Dio una serie de bruscos bandazos en zigzag para evitar el fuego enemigo, y después puso la nave en un picado evasivo con volteretas. El impulso arrojó a Tenel Ka al asiento de detrás del piloto. Murmuró algo en su lengua materna mientras forcejeaba para ponerse los aros de contención.

Jaina apoyó los pies con fuerza sobre el suelo irregular de coral y se preparó para la dura acumulación de fuerza g. Esperaba que su capucha de cognición se hincharía como la papada de un lagarto de las marismas de Dagobah, pero la capucha siguió cómodamente en su lugar. Jaina tomó nota mentalmente de este dato. En cualquier nave de la Nueva República, la maniobra habría sido penosa; al parecer, la gravedad interior de las naves yuuzhan vong era mucho más compleja y adaptable.

A pesar de todo, le resultó imposible hablar durante unos instantes. Jaina repasó mentalmente la lista de supervivientes mientras consideraba las palabras de Tenel Ka.

Quedaban nueve Jedi, sólo uno más de la mitad de su grupo de ataque primitivo. Tahiri sólo tenía quince años y no era piloto. Había sufrido heridas terribles en el cuerpo y en el espíritu, y Tekli, la sanadora chadra-fan, se ocupaba de atenderla. El reptil Tesar, único superviviente de los compañeros de nido barabel, controlaba el puesto de mando del escudo, a popa. Lowbacca hacía falta en todas partes, y desde la fuga había estado precipitándose de un lado a otro para reparar las heridas de la nave viviente. Cuando su labor era insuficiente, se hablaba con la nave, alternando las súplicas y las amenazas en términos wookiee tan crudos, que a Eme Tedé, el robot traductor perdido, le habría costado trabajo interpretarlos en términos educados.

Quedaban, por tanto, Ka, Alema Rar y Ganner Rhysode. Jaina descartó en seguida a Tenel Ka. Las naves yuuzhan vong no estaban diseñadas para pilotos con un solo brazo. Podía olvidarse de Alema. La hembra twi'leko era frágil emocionalmente; Jaina la sentía al borde de un frenesí ciego y vengativo. Si ponía a Alema en el asiento del piloto, lo más probable sería que adoptara el rumbo de un picado suicida, directamente hacia el dovin basal de la mundonave. Ganner era un Jedi poderoso, un hombre de aspecto imponente cuyo papel en aquella misión había sido servir de hombre de paja del verdadero jefe, Anakin. Ganner tenía sus puntos buenos, pero no era un piloto lo bastante bueno para sacarlos de aquella situación.

Jaina llegó a la conclusión de que Tenel Ka tenía razón. Anakin había muerto para salvar a los Jedi del voxyn mortal. Había dejado su última misión en manos de Jacen, no en las de ella; pero había quedado ella para llevarla a cabo. Los Jedi (al menos, los Jedi que iban en aquella nave) eran ahora su responsabilidad.

En la consciencia de Jaina se abrió camino una vocecilla, apenas audible entre el rugido del picado y el traqueteo y los gruñidos de la nave maltratada. En un rincón tenue de su mente se acurrucaba una figura pequeña que lloraba de angustia y de indecisión. Jaina cerró de un portazo, silenciando su corazón roto.

—Necesito que Ganner me sustituya —dijo en cuando fue capaz de hablar.

Al rostro de Tenel Ka se asomó una expresión de inquietud, pero se quitó los aros de contención y se puso de pie. Regresó al cabo de unos momentos con el Jedi mayor.

—Alguien tiene que ocupar mi lugar como artillero —explicó Jaina. Se puso de pie sin quitarse los guantes ni la capucha—. No hay tiempo para dar un cursillo; será mejor que trabajes conmigo hasta que te acostumbres. Cabemos los dos en el asiento.

Ganner titubeó un momento, pero se deslizó en el asiento. Jaina se instaló en seguida en su regazo.

Ganner soltó una risita y unió las manos, rodeándole la cintura.

—Esto se va a convertir en costumbre —dijo.

—Contén ese pensamiento —le dijo Jaina mientras apuntaba a una nave que venía hacia ellos—. Te mantendrá ocupadas las manos.

Llegó una oleada de enfado procedente de Zekk, pero Jaina comprendía el

coqueteo de Ganner en su justo valor. Ganner era alto, moreno, y tan increíblemente atractivo que recordaba a Jaina a los viejos holovideos del príncipe Isolder. La cicatriz que le atravesaba una mejilla no hacía más que potenciar el efecto general. Cuando Ganner se ponía encantador, su emisión de feromonas podía rivalizar, probablemente, con la de un falleen; pero Jaina sabía reconocer un escudo cuando lo veía. No hacía tanto tiempo que Jacen había disimulado su carácter pensativo a base de chistes forzados. Quizá sería mejor dejar a salvo e intactas las defensas de Ganner.

—Mete las manos en los guantes y apoya los dedos sobre los míos —le indicó.

Mientras Ganner introducía las manos en los guantes flexibles, Jaina lo buscó por medio de la Fuerza. Jaina no tenía la empatía de Jacen, pero era capaz de transmitir imágenes a Ganner aplicando su propio dominio de la Fuerza.

Mientras apuntaba y disparaba, formaba imágenes mentales de lo que veía: de la batalla, observada a través de la visión muy expandida que proporcionaba la capucha de cognición; de los círculos concéntricos borrosos que componían el sistema de puntería. Sintió a través de la Fuerza la intensidad seria de la concentración de Ganner; percibió una mente y una voluntad tan enfocadas como un láser. Los dedos de Ganner no tardaron en empezar a moverse con los de ella en un dúo preciso. Cuando Jaina consideró que estaba preparado, sacó los dedos de los guantes, y después se quitó la capucha mientras bajaba de su regazo. Puso la capucha sobre la cabeza de Ganner. El Jedi dio un respingo al establecer una conexión directa con la nave. Se repuso en seguida, y lanzó un disparo de plasma contra un disparo enemigo. Los dos proyectiles chocaron, arrojando salpicaduras de plasma al espacio como los fuegos artificiales de una fiesta.

Los gruñidos y los temblores de la nave ahogaron la exclamación triunfal de Ganner. A pesar de la singularidad que servía de escudo y de los intentos de evasión de Zekk, varios fragmentos de plasma habían salpicado a la fragata.

—Tenel Ka tiene razón —dijo Jaina—. Déjamela a mí, Zekk.

El piloto negó con la cabeza encapuchada y puso a la nave en un giro ascendente.

—Nada de eso. No estás en condiciones para esto.

Jaina puso los brazos en jarras.

—¿Ah, sí? —dijo—. A cualquiera de los presentes le sentarían bien unos días en un baño de bacta, y a ti también.

—No es eso lo que quería decir. A nadie se le puede pedir que sea capaz de pilotar después de perder... después de lo que pasó ahí abajo —concluyó Zekk torpemente.

Se hizo entre los dos un silencio cargado de duelo, de dolor y de recuerdos sensibles y demasiado vividos.

Después, Jaina captó un atisbo del recuerdo que más inquietaba a Zekk: una imagen de una joven menuda, con los cabellos revueltos, con un uniforme hecho

jirones, que arrojaba rayos a un guerrero yuuzhan vong. Jaina tardó un momento en reconocer en aquel rostro furioso, vengativo, manchado de sangre, el suyo propio.

De pronto, comprendió lo que había de verdad en la inquietud de su viejo amigo. Zekk, que se había formado en la *Academia Oscura* y que había conocido el Lado Oscuro de primera mano, desconfiaba tanto de él como había desconfiado Jacen. Zekk no había ocupado el puesto del piloto teniendo en consideración la pérdida que había sufrido ella, su estado mental. Sencillamente, no confiaba en ella.

Jaina se preparó a soportar el dolor de esta nueva traición, pero no le llegó ninguno. Quizá la pérdida de Jacen la hubiera llevado hasta un punto más allá del dolor.

Trajo a su mente una imagen del rayo fundido que había acudido a su llamada de manera tan instintiva. Lo cargó de tanto poder, que el aire inmediato zumbaba de energía y parecía que el aroma metálico de una tormenta rondaba los límites de la percepción sensorial. Proyectó a su viejo amigo aquella imagen con toda la fuerza que pudo.

—Levántate del asiento, Zekk —dijo con tono frío, controlado—. No quiero freír los mandos.

Zekk titubeó sólo un momento, y después se arrancó la capucha y se levantó. Clavó en los de ella sus ojos verdes, llenos de tal agitación de pena y de inquietud que Jaina cerró de golpe la conexión de Fuerza entre los dos. Conocía aquella expresión; la había visto muchas veces en los ojos de su madre durante los meses terribles que habían seguido a la muerte de Chewbacca, cuando su padre se había sumido en el duelo y en la culpabilidad. Ahora no tenían tiempo para aquello.

Jaina se deslizó en el asiento del piloto y se dejó unirse con la nave. Movié los dedos hábilmente sobre la consola orgánica, confirmando los impulsos sensoriales que le fluían a través de la capucha. Sí; esto era lo análogo a la hipervelocidad. Aquí estaba el escudo delantero. El centro de navegación seguía siendo un misterio para ella, pero durante su cautiverio, Lowbacca había enredado un poco con uno de los centros neurales de la mundonave. El joven wookiee ya había asumido a lo largo de su vida varios desafíos imposibles, y aquella tarea no caía más allá de su línea de progresión.

De pronto, el chirrido de los sensores de advertencia recorrió la mente de Jaina como una llamarada ardiente. Le llegó de todas partes de la nave un coro de voces sin palabras.

Los detalles de la situación en que se encontraban la inundaron en una sola oleada veloz. Varios rayos de plasma venían hacia ellos, convergiendo en la parte inferior de la nave, que hasta entonces había sido el blanco preferido. Unos coralitas habían tomado posiciones a proa y por arriba, y otros se aproximaban por abajo y por ambos lados. Venía otra nave en línea recta; aún estaba lejos pero se aproximaba

rápidamente.

Hiciera lo que hiciera, no podrían escapar del bombardeo destructor.

CAPÍTULO 3

Jaina mantuvo el rumbo, volando directamente hacia los rayos de plasma que venían hacia ellos. En el último momento posible, lanzó el navío en una espiral de rotación rápida. La ráfaga de plasma pasó rozando la nave que giraba sobre sí misma, sin causar grandes desperfectos en ninguna de sus partes. Cuando cesó el chirrido del plasma que raspaba el coral viviente, Jaina forzó a la nave a salir de la rotación y siguió en línea recta hacia el cori que venía hacia ellos.

—Lowbacca, sube aquí —gritó—. Despéjame una vía, Ganner.

El artillero Jedi arrojó plasma al coralita que se encontraba directamente en su camino. Mientras el dovin basal de éste absorbía el misil en un mini agujero negro, Ganner lanzó otro disparo. Su sincronización fue perfecta, y el cori se disolvió en una explosión breve y brillante.

Jaina desplazó rápidamente el dovin basal al escudo frontal, y se apartó con un gesto instintivo cuando una nube de residuos de coral resonó contra el casco. Volvió la mirada sobre el hombro, más o menos hacia donde se encontraba Zekk.

—Zekk, ¿tú juegas mucho al dejarik?

—¿Que si juego a qué?

—Lo que me temía —murmuró ella. Mientras Zekk se concentraba en evitar cada ataque inmediato, la flota coordinada por el yammosk había hecho sus planes con varias jugadas de adelanto, llevando con habilidad a la nave robada hasta una trampa. Ella no había sido nunca aficionada al dejarik ni a ningún otro de los juegos de estrategia que Chewbacca se había empeñado en enseñarle; pero entonces comprendió por primera vez cuánta razón tenía el wookiee.

Lowbacca alzó las zarpas y aulló una pregunta.

—Ponte en navegación —dijo Jaina, señalando con un movimiento de la cabeza una consola redondeada, semejante a un cerebro—. Salto de hiperespacio. Destino: cualquier parte que no sea Myrkr. ¿Sabes meter coordenadas?

El wookiee se instaló ante la «computadora» biológica y la contempló, rascándose con gesto pensativo una de sus sienes, allí donde le corría una franja negra por el pelaje de color rojizo.

—Eso sí que estaría bien —comentó Ganner.

Lowbacca bramó un insulto wookiee y se cubrió de un tirón la cabeza con la capucha de cognición. Al cabo de un momento, extendió una de sus garras para escalar retráctiles y cortó cuidadosamente la delgada membrana superior. Con una

delicadeza asombrosa, empezó a tocar racimos neuronales y a reorganizar delgadas fibras vivas, soltando gruñidos de satisfacción a medida que iba aprendiendo cosas nuevas.

Por fin, se volvió hacia Jaina y bufó una pregunta.

—Pon rumbo a Coruscant.

—¿Por qué a Coruscant? —protestó Alema Rar. Sus colas de la cabeza, salpicadas de magulladuras que las oscurecían, y prácticamente remendadas de parches de bacta, empezaron a vibrar de agitación—. ¡Nos abatirán los guardias de la Nueva República mucho antes de que llegemos a la atmósfera del planeta, a no ser que nos alcance primero la Brigada de la Paz!

—Los brigadistas de la paz son colaboracionistas con el enemigo. No tienen motivos para atacar esta nave —repuso Ganner—. Por otra parte, la Nueva República no tiene motivos para no hacerlo.

Tenel Ka sacudió vivamente la cabeza, agitando sus trenzas revueltas de color dorado rojizo.

—A veces, un enemigo vivo vale por cien muertos —dijo—. Una nave pequeña como esta no representa una verdadera amenaza. La patrulla nos escoltará, con la esperanza de apresar a una nave viva, y deseosa de oír las explicaciones de la tripulación.

—Eso pienso yo —asintió Jaina—. Además, el Escuadrón Pícaro tiene una base en Coruscant, y en la torre de control hay gente que conoce todas las singularidades de cada piloto. Si soy capaz de hacer con esta roca alguna maniobra característica, existe la posibilidad remota de que alguno me reconozca. ¿Cómo va eso, Lowbacca?

El wookiee hizo un par de ajustes hábiles, e indicó que todo estaba dispuesto apoyando sus zarpas inmensas a ambos lados de la consola y soltando un gruñido de resignación.

Jaina puso la nave en hipervelocidad. La fuerza del salto la hizo caer hacia atrás en el enorme asiento, tirando de los cables umbilicales que unían su capucha y sus guantes a la nave. Los rayos de plasma se extendieron en una neblina dorada como un amanecer; las estrellas se alargaron en líneas brillantes.

Después, el silencio y la oscuridad rodearon a los Jedi, y la presión intensa de la aceleración sublumínica dejó paso a una sensación de flotación. Jaina se quitó la capucha y se derrumbó en su asiento. Cuando le fue bajando la adrenalina, sintió que le volvía la inundación de dolor.

Se la quitó de encima con un acto firme de fuerza de voluntad y se centró en sus compañeros supervivientes. Los temblores nerviosos de las colas de cabeza de Alema Rar habían ido reduciéndose hasta quedar en las ondulaciones sutiles y sinuosas habituales en las hembras twi'leko. Tenel Ka se quitó los aros de contención de vuelo y empezó a dar vueltas por la nave; aquello habría sido señal de inquietud en la

mayoría de las personas, pero la mujer dathomiriana se sentía más cómoda cuando estaba en movimiento. El wookiee reemprendió su estudio del navicerebro. Ganner se quitó la capucha de cognición y se puso de pie, alisándose cuidadosamente los cabellos negros. Se encaminó a la parte trasera de la nave, probablemente para ver cómo estaba Tahiri.

Jaina apartó sus pensamientos de ese camino. No quería pensar en Tahiri; no quería visualizar a la muchacha velando, ni... Desterró con firmeza la triste imagen que evocaban estos pensamientos. Cuando Zekk se aproximó al asiento del piloto, ella le envió una leve sonrisa de agradecimiento. Y ¿por qué no? Era su amigo más antiguo y una distracción oportuna... y era mucho más fácil atenderle a él que a la mayoría de las distracciones que ella se estaba encontrando en aquellos tiempos.

Entonces, los ojos verdes de él se iluminaron de una manera que llevó a Jaina a pensar de nuevo en la última observación que había hecho ella.

—Llegué a pensar que no volveríamos a ver nuestro hogar —se aventuró a decir Zekk. Se instaló en el lugar que había dejado libre Ganner, y dedicó a Jaina un guiño y una sonrisa poco animada—. Debí figurarme que me equivocaba.

Ella asintió con la cabeza, aceptando aquella tentativa de disculpa... que, desde luego, tenía mucho de tentativa. Su viejo amigo intentaba escudar sus emociones, pero sus dudas y sus inquietudes salían a reducir.

—Vamos a dejar esto claro ahora mismo, para que en la próxima crisis no estemos tentados de formar grupos de debate. No querías que yo pilotara la nave porque no confías en mí —afirmó ella rotundamente.

Zekk la miró fijamente por un instante. Después, soltó un silbido largo y grave y negó con la cabeza.

—La Jaina de siempre... sutil como un detonador térmico.

—Si creyeras de verdad que no he cambiado, no estaríamos manteniendo esta conversación.

—Pues no la mantengamos. No es momento.

—Tienes razón —repuso ella—. Esto deberíamos haberlo dejado resuelto hace días... todos. Así, quizá no nos hubiésemos deshecho ahí abajo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él con cautela.

—Ay, vamos. Tú estabas allí. Oíste cómo se obsesionaba Jacen por los motivos y los métodos de Anakin, intentando hacer que dudara de sí mismo a cada paso. Viste lo que pasa cuando los Jedi dejamos de centrarnos en lo que hacemos, para regañar por el cómo y el por qué —una leve sonrisa sin humor le pasó por el rostro—. Es como aquel cuento antiguo de un miltejas que sabía caminar muy bien, hasta que alguien le preguntó cómo era capaz de controlar tantas patas a la vez. En cuanto se puso a pensarlo, ya no fue capaz de andar. Lo más probable tes que acabara de cena de algún murcielalcón.

—Jaina, ¿no puedes culpar a Jacen de lo que pasó a Anakin!

—No lo culpo —se apresuró a decir ella—. Al menos, no del todo —añadió, porque estaba hablando con Zekk.

—Y tampoco puedes culparte a ti misma de lo de Jacen.

Aquello sí que no estaba dispuesta a reconocerlo, ni tampoco quería debatirlo.

—Yo quería llegar a una conclusión —le dijo—. Jacen estaba distraído por aquella visión nebulosa del ideal Jedi. Y tú estabas distraído por tu miedo a los dos Jedi Oscuros que liberamos.

—Y con razón. Se largaron y nos dejaron. Hicieron daño a Lowbacca y raptaron a Raynar. No sabemos si lo han matado.

—Responderán de todo ello. ¿Puedo llegar a mi conclusión?

Zekk levantó un ángulo de los labios.

—Me estaba preguntando cuándo llegarías a ella.

Aquel comentario irónico era tan familiar, tan normal... Jaina recordó por un breve instante quiénes habían sido ellos hacía pocos años: un superviviente confiado, sin miedo, y una muchacha que corría hacia las aventuras con alegría despreocupada.

Dos víctimas más de los yuuzhan vong.

—Es lo siguiente —dijo Jaina en voz baja—. Llevo dos años oyendo a Anakin y a Jacen debatir el papel de los Jedi y nuestras relaciones con la Fuerza. Al final, ¿en qué quedó todo aquello?

Zekk se inclinó hacia delante y apoyó una mano en el hombro de ella. Ella se lo quitó de encima sin darle tiempo a decir palabras vacías de consuelo, ni a repetir argumentos cíclicos que había oído demasiadas veces entre Kyp Durrón y su tío Luke.

—Anakin empezó a entenderlo —siguió diciendo—. Lo percibí en él después de Yavin 4. Allí aprendió algo que los demás no sabemos, algo que podría haber marcado la diferencia, si él hubiera tenido tiempo de entenderlo del todo. Si existe eso que llaman destino, creo que aquel era el destino de Anakin. Él siempre había sido diferente. Especial.

—Claro. Era tu hermano.

—Es... —se interrumpió bruscamente, se sacudió de encima la puñalada de dolor y realizó el ajuste necesario—. Era algo más que eso.

Jaina reflexionó unos momentos antes de seguir hablando.

No era introspectiva por naturaleza; había tenido aquello en la mente desde las hazañas de Anakin en Yavin 4, y seguía sin ser capaz de abarcarlo.

—Con la muerte de Anakin perdí a un hermano, pero los Jedi perdieron algo que no soy capaz de definir ni por lo más remoto. Mis sentimientos me dicen que se trata de algo importante, de algo que perdimos hace mucho tiempo.

Zekk guardó silencio durante un largo momento.

—Puede que sea así —dijo por fin—. Pero tenemos a la Fuerza, y nos tenemos los unos a los otros.

Unas palabras sencillas, pero con una capa de sentido personal ofrecido como un regalo; sólo faltaba que Jaina quisiera aceptarlo.

—Los unos a los otros —repitió ella suavemente—. Pero ¿hasta cuándo, Zekk? Si los Jedi seguimos teniendo «éxitos» como el de esta última misión, pronto no quedaremos ninguno.

Él asintió con la cabeza, aceptando la evasiva de ella como si la hubiera esperado.

—Al menos, volvemos a casa —dijo.

Ella consiguió esbozar una leve sonrisa, y tomó nota para sus adentros de una diferencia más entre las percepciones de sus amigos y las de ella misma. Zekk había nacido en Ennth, y lo habían llevado a Coruscant cuando tenía ocho años. Se había abierto camino en los rudos niveles inferiores de la ciudad-planeta. Los padres de Jaina habían residido en las prestigiosas torres de la ciudad durante la mayor parte de la vida de ella, pero ella había pasado una proporción sorprendentemente breve de sus dieciocho años entre las estrellas artificiales de Coruscant.

Para Jaina, Coruscant no era un hogar. No era más que el siguiente movimiento lógico sobre el tablero de dejarik.

CAPÍTULO 4

Kyp Durrón estiró su figura larguirucha como pudo, dentro de los límites de su Ala X-XJ. Volvió a instalarse en el surco que había desgastado en el asiento en el transcurso de dos años y de más batallas de las que jamás estaría dispuesto a reconocer haber librado.

—¿Cuántas han sido? —se preguntó en voz alta.

Se encendió en su consola una luz que anunciaba una comunicación de Cero-Uno, el androide Q9 destartado que Kyp había comprado barato hacía poco en la liquidación de los bienes de un filósofo mon calamari.

¿ES UNA PETICIÓN DE DATOS O UNA PREGUNTA RETÓRICA?

Kyp sonrió brevemente y se metió una mano entre la cabellera demasiado larga.

—Genial. Ya ponen en duda mis motivos hasta los androides.

EN ABSOLUTO. EN GENERAL, EL DEBATE FILOSÓFICO SE DISTINGUE FÁCILMENTE DE LA LLAMADA A LA ACCIÓN.

—Ya me había fijado —dijo él con tono cortante.

NO OBSTANTE, PARA EVITAR MALOS ENTENDIDOS EN EL FUTURO, QUIZÁ DEBERÍAS DAR LAS ÓRDENES DIRECTAS EN SEGUNDA PERSONA DE IMPERATIVO; POR EJEMPLO: «ESTABLECE COORDENADAS PARA EL SISTEMA ABREGADO» O «DESVÍA POTENCIA A LOS ESCUDOS TRASEROS».

—¿Qué te parece «pásate por el taller de mantenimiento para que te hagan un implante de personalidad»? —propuso Kyp amablemente.

Pasó un momento.

¿ES ESO UNA ORDEN, O UN INSULTO?

—Lo que mejor te venga.

Kyp dejó que Cero-Uno diera vueltas a esto, y dirigió su atención a la tarea que tenía por delante. Tomó la posición puntera. A cada lado de su Ala-X volaban seis cazas de combate XJ impecables. Eran la Docena de Kyp, los miembros más recientes de una sociedad siempre renovada de héroes, de Pícaros o de bandidos, según a quién se le preguntara.

Kyp comprobó el rumbo en la pantalla de navegación.

—¿Jugando a los filósofos todavía, Cero-Uno?

NO CONSIGO CAPTAR EL SIGNIFICADO SEMÁNTICO SUBYACENTE EN TU PREGUNTA.

—Era lo que podría llamarse «una indirecta». Deja de mirarte el... terminal de interfaz central, y atiende a la astronavegación. Deberíamos estar llegando a nuestras coordenadas de hiperespacio de aquí a poco.

SOY BIEN CONSCIENTE DE ELLO. ES POSIBLE PENSAR Y ACTUAR AL MISMO TIEMPO, respondió el androide.

—Parece que no has asistido a ninguna reunión reciente de los Jedi —dijo Kyp.

ERES EL ÚNICO JEDI CON EL QUE MANTENGO INTERFAZ. POR DESGRACIA, NO ME PROGRAMARON PARA SENTIR AGRADECIMIENTO.

Kyp sonrió un instante.

—¿Eso ha sido una incongruencia lógica, o un insulto?

LO QUE MEJOR TE VENGA.

—Soporto menos insultos de los vong —protestó Kyp, mientras pasaba su comunicador al canal abierto designado.

—Ya no falta mucho, Docena. Nuestra misión primaria es proteger a la nave que transporta a los científicos Jedi. Volaremos en grupos de cuatro. Cada teniente designará objetivos de mando. Yo evaluaré la situación en cuanto salgamos al espacio de Coruscant y revisaré nuestra estrategia en función de las necesidades.

—Resulta difícil creer que los Jedi de Skywalker se estén poniendo a trabajar por fin —observó Ian Rim, el último teniente de Kyp.

—Te olvidas de Anakin Solo —intervino Veema, una mujer hermosa y rolliza que empezaba a vivir su quinta década. Kyp la apreciaba; al menos, en la medida en que se permitía a sí mismo interesarse personalmente por alguno de sus pilotos. El sentido del humor de Veema era legendario en ciertos círculos, y su sonrisa cálida e incitante había desencadenado, probablemente, más riñas tabernarias que un gamorreano de mal genio. Pero los que contrariaban a Veema no tardaban en descubrir que sus hoyuelos eran de durocemento, y que estaba dotada de una capacidad para guardar rencor superior a la de un hutt.

—Según mis últimas noticias, Anakin fue al Sistema Yavin, solo, desobedeciendo las órdenes de Skywalker y de Borsk Fey'lya —siguió contando Veema. Profirió un sonido que estaba a mitad de camino entre un gemido y un suspiro de placer—. Joven, atractivo, temerario, y puede que un poco tonto... ¡es el tipo de hombre que a mí me va, decididamente! ¿Podrías presentármelo, Kyp?

—¿Por qué? No tengo nada en contra del chico.

—No es el único que pasa a la acción —observó Octa Ramis, la única Jedi del grupo de Kyp, aparte de éste mismo. Octa, una mujer sombría cuya complexión pesada indicaba que procedía de un mundo de gravedad fuerte, llevaba algún tiempo adoptando una postura cada vez más militante. Era la primera Jedi que se sumaba a Kyp, aparte de la colaboración temporal, y asistida por la Fuerza, de Jaina Solo en Sempidal.

—He oído hablar de algunos Jedi ardorosos que albergan una postura muy, digamos, activa, respecto de la Brigada de la Paz —dijo Ian Rim.

—¿Y qué? —gruñó Octa—. ¿A quién le importa qué les pasa a esos cobardes mierdas de Sith? Jedi por Jedi... ¡a mí no me molesta!

—Pero a otros sí —observó Kyp con un suspiro—. Yo conozco a los tres de los que habla Ian. Quizá debiera intentar contenerlos un poco.

Apagó el comunicador y se dirigió a su androide astromecánico.

—¿Qué sería yo entonces, Cero-Uno? ¿La voz de la razón?

NO ESTOY PROGRAMADO PARA APRECIAR LA IRONÍA.

—Prefiero a los vong —murmuró Kyp, mientras volvía a conectar con su escuadrón.

—Habladme, Docena.

—En cuanto a mayor número de víctimas, he apostado dos créditos por Veema —aventuró Ian Rim—. ¡Nadie es capaz como ella de terminar con los varones de la especie que sea!

La mujer soltó una risa cantarina, pero Kyp advirtió el matiz tenso que se escondía tras el sonido trémulo.

—Será mejor que pienses dedicar parte de tus ganancias a invitarme a una copa.

—Aceptado. ¿Alguien más quiere apostar?

La charla fluía por encima de Kyp, debilitándose entre las interferencias que percibía mientras enviaba la Fuerza, confiando en que sus instintos y emociones lo llevaran a superar la próxima batalla, como tantas veces hasta entonces.

—Estás bastante callado, Kyp —observó una voz incorpórea.

—Sólo por fuera.

Lo dijo sin pensar. Su comentario fue recibido con un momento de silencio, seguido de risas inseguras. Ninguno de los pilotos había visto nunca desencadenarse el lado más oscuro de Kyp, pero todos habían oído contar cosas. Nadie se atrevía a hablar de lo que él había sido ni de lo que había hecho.

Pero aquello siempre estaba allí.

—Cinco créditos por Octa —dijo Kyp alegremente—. Y si superas en más de tres el tanteo de Veema, Octa, te doy también a Cero-Uno de regalo.

—Dejaré el margen en dos —dijo Octa con tono sombrío.

La unidad Q9 soltó un pitido de indignación. Aquello suscitó una oleada de risas francas; en parte, porque la réplica de Octa había roto la tensión repentina, y en parte porque todos los pilotos del escuadrón se daban cuenta de que el humor de Octa había sido involuntario.

La mayoría de los comandantes que conocía Kyp preferían que sus pilotos estuvieran concentrados y en silencio al aproximarse a la batalla. Kyp fomentaba las bromas. Mantenían ocupadas las mentes de los pilotos, y dejaban salir a la superficie

las emociones. No conocía a ningún piloto (a ninguno que estuviera vivo, al menos) que se pasara la batalla pensando. La velocidad y la fiereza de los combates entre naves eran cuestión de instinto, de reflejos y de suerte. Nadie tomaría jamás a Han Solo por un filósofo, pero había volado más tiempo y mejor que nadie que conociera Kyp.

Al fin y al cabo, ¿en qué había que pensar? Había que detener a los yuuzhan vong: así de sencillo. Cuando hubiera concluido el combate de hoy, los viejos carcass podían ponerse a debatir cómo había conseguido el enemigo aproximarse a Coruscant. Él, mientras tanto, habría salido a librar la batalla siguiente.

Kyp echó una mirada al panel de navegación y dio la orden de pasar a la velocidad de la luz. Cuando se hubo completado el salto, se asentó en el silencio y en la oscuridad. Con la disciplina adquirida, en parte, de la Fuerza, y en parte de su larga experiencia como piloto, se forzó a sí mismo a echar una cabezada mientras podía.

Se despertó bruscamente cuando los sensores anunciaron la salida inminente del hiperespacio. Las estrellas empezaron a brillar, y todas las luces de su panel de control cobraron vida.

El Jedi contempló la multitud de iconos centelleantes de su pantalla, cada uno de los cuales representaba un cori.

—¿Intentas decirme algo, Cero-Uno?

LOS DATOS DE LAS EXPERIENCIAS INDICAN QUE NO APRECIAS LAS SUTILEZAS.

El androide incluso se había quedado corto. Con una oleada de desánimo, Kyp se dio cuenta de que estaba llevando a sus pilotos hacia un torbellino.

El cielo sobre Coruscant ardía y centelleaba. Naves de todas las clases y tamaños salían de aquel mundo condenado. Una vasta flota yuuzhan vong las esperaba. Algunas podían escapar, aprovechando más la confusión general que ninguna defensa coordinada. No había señales del ala Jedi.

La Docena irrumpió manteniendo su formación en cuña. La única señal de su consternación fue el silencio en el canal de comunicaciones abierto.

Uno de la Docena, un prototipo XJ temprano en estado impecable, cayó de la formación y empezó a quedarse atrás como un niño pequeño que se distrae.

Kyp frunció el ceño.

—Cinco, responde.

La nave volvió a su lugar rápidamente.

—Aquí Cinco.

La voz era ridículamente juvenil, un gruñido de muchacho que todavía no había alcanzado el verdadero tono de barítono. El piloto, Chem, era hijo de un diplomático adinerado, coleccionista, que había llenado un hangar pequeño de naves relucientes sin estrenar. El día que Chem cumplió los catorce años, robó la nave favorita de su

madre y salió en busca de la Docena de Kyp. No había solicitado que lo admitieran; se había limitado a seguir al escuadrón de una misión a otra. Al cabo de varios meses estándar y después de la pérdida y sustitución de más pilotos de los que Kyp quería contar, había tomado a Chem como miembro regular. Desde entonces, el chico había vaporizado siete coralitas vong y había derrochado su herencia en frivolidades tales como XJ nuevos, misiles de impacto y combustible.

—Mantente concentrado, Cinco. No me gustaría nada que te hicieran una raya en ese cacharro que llevas —dijo Kyp, a modo de riña leve.

—A mí tampoco, señor. En esas circunstancias, preferiría plantar cara al propio Maestro Bélico antes que a la legítima propietaria de la nave.

—Y que lo digas —intervino Ian Rim—. Yo era compañero de la madre de Chem. ¿Creías que a los vong no los ganaba nadie a malos y a feos?

—Ella también habla bien de ti —repuso Chem sin titubear—. O, al menos, de tu habilidad como piloto. Dice que, si hubieras seguido con ello, podrías haber sido la mejor pastora de nerf de Corellia.

Kyp rió por lo bajo al imaginarse a la piloto de élite petardeando en un pesado trineo de flotación para ganado; la imagen hacía que *pastora de nerf* resultara muy potente como insulto. Aquella breve conversación había roto parte de la tensión que Kyp percibía en cada uno de sus pilotos. Menos en uno. El piloto más joven seguía manteniendo una sensación profunda de intranquilidad.

Kyp pasó a un canal privado.

—¿Problemas, Cinco?

Hubo un momento de silencio.

—Las luces se están apagando, señor. Las luces de Coruscant.

El Jedi asintió con la cabeza en gesto de comprensión. Muy por debajo de ellos, la ciudad-planeta eterna, que no dormía jamás, se estaba perdiendo en la oscuridad, afrontando su primera noche verdadera desde tiempos inmemoriales. Las naves de desembarco yuuzhan vong, grandes como montañas, borrraban grandes zonas de paisaje urbano al instalarse para comenzar su tarea de matar. Análogos de bombarderos vomitaban roca fundida, lo bastante caliente para derretir las torres relucientes, dejándolas reducidas a montones de escombros. Las naves de transporte enemigas escupían coralitas como si fueran obscenidades. Las naves, semejantes a rocas, giraban en una danza mortal, como un enjambre de meteoritos coreografiado por algún poder invisible y malévolo.

Entonces, un escuadrón de coralitas voló hacia la Docena, y una salva de plasma se estampó en el escudo delantero de Kyp.

—Nuestra tarea consiste en no dejar que se haga de noche, Chem. No te dejes distraer de eso.

—¡Sí, señor!

Los sensores de Kyp se iluminaron, alertándole de la llegada de otra flota que salía del hiperespacio. Kyp echó una mirada al ala Jedi y suspiró. La «flota» constaba de cosa de una docena de Ala-X, de varios Ala-E destartadas, y de algunas otras naves inclasificables. Todas aquellas naves rodeaban una corbeta destartada para protegerla.

—Esta Danni Quee viaja a lo grande. ¿Impresionado, Cero-Uno? —preguntó, hablando demasiado bajo como para que captara sus palabras el sistema de comunicación.

TODAVÍA NO.

—Sí, estamos de acuerdo por una vez.

Kyp volvió al canal abierto.

—Tal como hemos practicado, Docena. A mi señal, dividíos en grupos de cuatro. Tenientes, anunciad vuestros objetivos. Que la Fuerza os acompañe a todos.

La flota yuuzhan vong respondió a las nuevas amenazas con maniobras de coreografía precisa y basadas en tina táctica sólida. Varios coralitas y un bombardero volaron al encuentro del ala Jedi. Otras unidades cayeron sobre las naves de evacuación como murcielalcones de caza, retando a los cazas de ambos escuadrones a que los persiguieran. Otras más se desviaron hacia la Docena.

—Y ¿sabes qué? —murmuró Kyp—. ¡Hay suficientes para todos!

Los coralitas de cabeza empezaron a vomitar plasma. Kyp dio la orden de disgregarse, y tocó después sus controles. Un reactor modificado lo puso en ascensión brusca y vertical. El proyectil pasó a su lado sin hacerle daño... y se estampó en una de las naves que tenía detrás; en una nave que no debía haber estado en esa posición.

Kyp no vio el impacto, no pudo oír la explosión ni el desgarramiento del metal y la cerámica. Pero sintió la llamarada de miedo e incredulidad de un joven y, después, la comprensión dolorosa del precio que podía pagarse por un momento de descuido.

—Chem —dijo, mientras apretaba los dientes.

El Jedi dejó fluir su sentimiento de culpa y de dolor, llevándose consigo una ráfaga del poder de la Fuerza. Sus largos dedos bailaron sobre los controles, enviando una tormenta de fuego entrecortada de láseres hacia los yuuzhan vong que venían hacia él.

Para su sorpresa, el coralita, mayor de lo habitual, que iba rumbo a la corbeta Jedi, se tragaba todos los rayos que llegaban hasta ella.

Kyp sacudió la cabeza con gesto de asombro. La técnica del disparo entrecortado se había desarrollado al principio de la guerra como respuesta a la pautas de singularidades de escudo (que eran, en realidad, agujeros negros en miniatura) que generaban los dovin basal del enemigo. Los yuuzhan vong, o éste al menos, habían encontrado de alguna manera el modo de contrarrestar este ataque.

—¿Quieres bailar? —dijo Kyp con tono sombrío—. Me parece bien. Yo te guiaré.

Se aproximó, precedido de una tormenta de fuego de láser. Varios coralitas acudieron en círculo para apoyar a la nave mayor. Mientras el Jedi las hacía apartarse, observó cuidadosamente la forma y el diámetro del escudo protector de la nave grande. Hizo un rápido regate, dejando que se interpusiera entre sus atacantes y él una nave militar que pasaba por allí, el tiempo justo para dejar caer un par de misiles de impacto. Se apartó rápidamente, llevándose consigo a los yuuzhan vong y dejando los misiles flotando como si fueran residuos inofensivos.

Octa respondió al instante a su señal. Junto con los tres pilotos que estaban a su mando, soltó una cortina de fuego de láser entrecortada, dirigida al coralita grande.

Kyp emitió la Fuerza y desplazó suavemente los misiles flotantes hacia el cori grande. Invirtió el flujo de energía de la Fuerza e hizo detenerse los misiles justo fuera del alcance de los dovin basal.

Mientras Octa mantenía ocupado al cori grande, Kyp se hizo cargo rápidamente de la batalla próxima. Un carguero corelliano grande, que muy probablemente llevaba a pasajeros que huían del planeta, consiguió abrirse camino entre el bloqueo, a sólo unos pocos kilómetros de la corbeta Jedi. Inmediatamente, varios coralitas convergieron sobre el carguero para atacarlo. Los refugiados habían conducido, sin saberlo, a aquella nueva flota directamente hacia la nave de Danni Quee.

—Veema, saca de aquí a ese carguero —ordenó Kyp.

Un cuarteto de XJ salió en formación cerrada para atacar a las naves enemigas. El fuego de láser combatía a las llamaradas de plasma, mientras los pilotos de Kyp hacían de distracción para salvar a la nave de refugiados que huía.

Un rayo de plasma pequeño atravesó el ala de la nave de Veema. El XJ desequilibrado empezó a girar desenfrenadamente, fuera de control irremediablemente, y chocó contra la misma nave que había estado protegiendo. El XJ explotó... llevándose consigo el motor de fusión de babor del carguero.

Una fisura enorme brillante por la explosión interior, recorrió el costado del carguero maltrecho. Kyp, cuyas emociones estaban abiertas y en carne viva, como era habitual en su estado de ánimo propio del combate, sintió primero una oleada aguda de terror y, después, la extinción repentina de todas las vidas que iban a bordo de aquella nave.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, Kyp volvió a dirigir su atención al coralita grande. Al parecer, los yuuzhan vong habían advertido la protección que se estaba dando a la vieja corbeta. El coralita grande se desplazaba inexorablemente hacia el navío de Danni Quee. Un haz de láser perdido dio en uno de los misiles de impacto. El misil explotó, como una flor de fuego blanco que brotaba de un tallo rosado fantasmagórico. Pero el cori había llegado más allá del alcance de la explosión.

Kyp ya no necesitaba aquel misil concreto. Ordenó al escuadrón de Octa que se reagrupara en posición defensiva alrededor de la nave Jedi de la científica.

—Como dice el Maestro, el tamaño no importa —murmuró.

Dejó de sujetar el segundo misil, sin que le importara que se lo tragara una de las singularidades intermitentes del coralita. Profundizando mucho en su interior, buscó unos recursos que llevaba muchos años sin emplear.

Una vez, Kyp había tomado una nave y la había sacado del corazón ardiente de una gigante de gas. Ahora, emitió la Fuerza y tomó el carguero muerto.

Éste saltó hacia adelante con una facilidad asombrosa, desplazándose regularmente por el vacío del espacio hacia el coralita escudado.

Llegó por el comunicador la leve risa oscura de Ian Rim.

—¡Sutil, como siempre, Kyp! ¡Que no se nos escape éste, Docena! —gritó.

El teniente se apartó realizando un giro cerrado, seguido de cerca por sus dos pilotos supervivientes. Rodearon rápidamente al coralita grande, cortándole la retirada mientras recibían y devolvían el fuego de los otros coris enemigos. Sus maniobras atrevidas no tardaron en costarles caras: la nave de Ian se encontró atrapada en fuego cruzado de los yuuzhan vong. La ráfaga doble de plasma resultó excesiva para sus escudos, y la nave se disolvió en una mancha de plasma y de metal sobrecalentado.

Los pilotos que habían estado a las órdenes de Ian mantuvieron con terquedad el curso que les había marcado él. Los XJ siguieron acosando al cori grande, obligándole a mantener activos sus escudos intermitentes mientras el carguero muerto se aproximaba. En el último momento, los Ala-X supervivientes se alejaron rápidamente para ponerse a salvo.

El carguero no llegó a aproximarse siquiera. En un momento dado, estaba allí; un instante después, había desaparecido en el vacío, sin más. Lo que sucedió a continuación no era exactamente lo que había pensado Kyp.

Había confiado en un impacto físico o, a falta de esto, que el carguero pudiera superar la capacidad de los dovin basal, dejando al coralita grande vulnerable al ataque. No se le había ocurrido que las múltiples singularidades del cori pudieran fundirse en una sola y absorber a la nave yuuzhan vong como un guante al que se da la vuelta. Pero, de pronto, el carguero había desaparecido. Y el coralita también.

Y los Ala-X que huían, también.

A los pilotos les llegó la muerte con una velocidad muy superior a la del miedo y a la del pensamiento. Ninguno la vio llegar. A Kyp no le llegó ninguna de sus emociones finales; sólo una ráfaga de silencio repentina, casi ensordecedora.

El dolor y la sensación de culpabilidad inundaron a Kyp como una oleada negra. Se esforzó por reprimir con firmeza aquellas emociones antes de que pudieran alterar su concentración, su rumbo. No estaba dispuesto a hacerlo. No estaba dispuesto a

ceder a la incertidumbre que había debilitado de tal manera a sus compañeros Jedi.

Pero no podía negar había emprendido una vez más un empleo masivo del poder de la Fuerza y que, al hacerlo, había provocado, sin quererlo, la muerte de sus allegados.

Kyp se forzó a sí mismo a volver a atender a la batalla. Pasó revista rápidamente a su situación. Sólo quedaba Octa, con dos de sus pilotos. Entre los cuatro, todavía podían hacer algo de daño.

Llamó a los supervivientes de su Docena y designó un vector relativamente libre de combate.

—Nos reagruparemos en formación de cuarteto, bajo mi mando.

Las naves respondieron en seguida, abriéndose camino sorteando las naves Jedi.

De pronto, llegó una oleada de dolor procedente de Octa Ramis, seguida de un descubrimiento breve y angustiado, por último, de furia. A Kyp no le sorprendió mucho advertir que la ira de Octa no iba dirigida contra los yuuzhan vong, sino contra él.

—El maestro Skywalker tenía razón —dijo con una calma mortal—. Puedes considerar esto una deserción.

Su XJ se apartó y, trazando un curso circular, volvió al ala Jedi. Al cabo un momento, los dos miembros supervivientes de su escuadrón la siguieron.

Kyp la dejó marchar.

Habían muerto nueve más de sus pilotos, añadiendo sus nombres a la ya larga lista de los que habían muerto bajo su mando desde el principio de la guerra. Aunque sus muertes afligían mucho a Kyp, éste las aceptaba como las cosas de la guerra. Pero hasta entonces no había atravesado nunca las líneas que se había trazado hacía mucho tiempo, provocando la muerte de un camarada por el poder de la Fuerza. En aquel momento oscuro le parecía que aquel solo acto invalidaba todo lo bueno que había hecho, todos sus argumentos categóricos, todo lo que representaba él.

Un simple momento de indecisión, nada más, pero el precio había sido elevado. Los coralitas cayeron sobre la nave de Octa como una jauría de voxyn.

Kyp se dirigió hacia ellos, dispuesto a llevarse por delante a todos los que pudiera.

De pronto, de manera inexplicable, el ataque de los yuuzhan vong empezó a flaquear. Varios coralitas se desviaron volando de manera errática, casi como si estuvieran borrachos. Octa Ramis aprovechó aquella aparente confusión para salir en su persecución. Los otros XJ la siguieron.

Dos coris se abalanzaron hacia la nave de la Jedi. Las naves enemigas se rozaron entre sí, se apartaron violentamente, realizando un ajuste excesivo de su rumbo. Volvieron a unirse y chocaron la una con la otra de costado.

Los fragmentos agudos de coral azotaron a los XJ como una metralla mortal.

Ambas naves se apartaron, girando sobre sí mismas, descontroladas. Sólo Octa regresó a la maltrecha flota Jedi.

—Objetivo alcanzado —dijo con frialdad.

Kyp no pudo hacer más que asentir con la cabeza. El equipo de Danni Quee llevaba meses trabajando para conseguir bloquear a un yammosk, una criatura repugnante, telepática, que coordinaba muchas naves. A juzgar por la confusión repentina entre los yuuzhan vong, lo habían conseguido.

Pero él, Kyp Durrón, había fracasado.

De nuevo.

Lo inundó una oleada de emoción, y se le cayeron encima de pronto una docena de años duros. Kyp conoció por un momento la nueva angustia de la muerte de su hermano. Lo volvieron a inundar de pronto la oscuridad y la desesperación de aquella época terrible.

—Jaina —murmuró de pronto, sin ningún motivo que fuera capaz de comprender.

Kyp sacudió la cabeza como para despejarla. Se había fijado, naturalmente, en Jaina Solo, bonita y pragmática; ¿qué Jedi no se había fijado en ella? Pero Jaina no volaba en su órbita precisamente.

No había nada entre ellos que pudiera explicar aquella conexión pasajera; de hecho, la reacción de Jaina tras el ataque a la nave-matriz sermpidaliana daba a entender que Jaina no se dignaría ni escupirle aunque él se estuviera quemando.

En aquel momento se hizo visible una nave familiar, una antigualla que, a pesar de todo, era una de las mayores leyendas de la galaxia. Tres coralitas la perseguían dando tumbos, vomitando roca mortal.

—No será el *Halcón* —dijo Kyp en tono sombrío, encontrando un cierto enfoque en aquella nueva amenaza—. No es posible.

El Jedi dejó caer los dos misiles que le quedaban y empleó la Fuerza para arrojarlos hacia las naves enemigas. Volvió a detenerlos a poca distancia del alcance de las singularidades. Entretuvo a los dovin basal del cori con una rápida andanada de fuego de láser, e impulsó después los misiles. Dos de las naves enemigas explotaron. Los fragmentos de coral se fundían al atravesar los goterones de plasma que arrojaba una tercera nave.

El Jedi sintonizó la frecuencia de saludo.

—*Halcón Milenario*, aquí Kyp Durrón. ¿Te vendría bien un compañero de vuelo?

—Has hecho una gran demostración, chico. Considérate contratado.

La voz incorpórea de Han Solo alivió parte de la carga de los hombros de Kyp.

Su alivio no duró mucho. Un bombardero yuuzhan vong giró pesadamente y acudió a perseguir al *Halcón*. El piloto también lo observó, y respondió con un juramento que Kyp no había oído desde sus tiempos de esclavo en las minas de especias de Kessel.

—¿Has instalado esos propulsores verticales, como te dije? —preguntó Han.

—Los tengo.

—Bien. Úsalos.

Kyp pulsó el mando. Con el salto repentino de la nave pareció como si la cabeza se le quisiera hundir entre los hombros. Un enorme cometa de plasma, capaz de tragarse una nave, trazó un camino ardiente a través del lugar donde había estado él hacía un momento, directamente hacia la nave de su amigo.

Pero Han hizo girar bruscamente al *Halcón*, levantando el costado de babor. El proyectil pasó a su lado, llevándose por delante a un par de coralitas desorientados antes de enfriarse y convertirse en una roca que giraba sobre sí misma.

La vieja nave se niveló, y después se alejó dando vueltas, trazando un rumbo extraño e irregular a medida que Han esquivaba hábilmente el fuego enemigo. Después, se volvió bruscamente sobre el costado de estribor. Otro rayo enorme pasó a su lado sin dar a la nave, pero calentándole la parte inferior al rojo vivo. El *Halcón* se niveló de pronto. Dos coralitas confusos colisionaron por encima de él.

—Eh, he dicho a esos que se pusieran los aros de contención de vuelo —protestó Han como respuesta a alguien cuya voz estaba fuera del alcance del comunicador—. ¿Y si promulgaras un edicto real?

El cariño con que se mezclaba el tono de riña en la voz de Han identificaba a la destinataria de su sarcasmo. Kyp sintió una extraña sensación de vacío en el estómago al pensar en verse ante Leia Organa Solo.

Admiraba mucho a la esposa de Han, pero la presencia de ésta solía volverlo vivamente consciente de la disparidad entre sus decisiones juveniles y las de ella. Leia había sido miembro del Senado Imperial a los dieciséis años, heroína de la Alianza Rebelde dos años más tarde. Cuando Kyp tenía dieciséis años, había entrado como aprendiz de un señor Sith que había muerto hacía mucho tiempo. Había culminado sus años juveniles dejando al Maestro Skywalker en un trance casi mortal, borrando a la fuerza la memoria de un científico omwati, apoderándose de una superarma y destruyendo un mundo y todos sus habitantes. Los delitos de Kyp habían sido perdonados gracias a la mediación de Luke Skywalker. Kyp no se hacía ilusiones de que nadie pudiera olvidarlos, empezando por él mismo. La princesa Leia no le hacía recordar lo que había sido sino, más bien, lo que podía haber llegado a ser. Por otra parte, la presencia de Leia en el *Halcón* podría explicar por qué había venido Jaina con tanta fuerza a la mente de Kyp. Leia no era una Jedi plenamente entrenada, pero Kyp sospechaba que sus poderes en bruto rivalizaban con los de su hermano. Era posible que Leia hubiera oído algo acerca de su hija y que hubiera proyectado su respuesta por medio de la Fuerza, sin darse cuenta. Lo último que había oído contar Kyp era que los chicos Solo estaban metidos en una misión secreta de alguna clase.

—Por tu último comentario me figuro que Leia va de copiloto —se aventuró a

decir Kyp.

—Eso parece —asintió Han. A Kyp no le hizo falta la Fuerza para percibir el afecto profundo en la voz del hombre. Pero había también un cansancio profundo y una cierta crispación, cosas que Kyp no había asociado jamás a Han.

—¿Está todo bien?

Han respondió con una risa que parecía un poco forzada.

—Leia está a la altura de la labor, si eso es lo que preguntas. Y, por si acaso, tenemos a bordo a dos Maestros Jedi. Luke está aquí, y también Mara. ¿Qué podría salir mal?

ALGUNAS CULTURAS CREEN QUE LAS PREGUNTAS RETÓRICAS EQUIVALEN A TENTAR AL DESTINO, observó Cero-Uno.

Kyp apagó bruscamente el comunicador exterior.

—¿A ti quién te ha preguntado nada? —exclamó.

LAS PREGUNTAS RETÓRICAS NO VAN DIRIGIDAS A NADIE EN PARTICULAR. QUIZÁ SEA POR ESO POR LO QUE EL DESTINO LAS HACE SUYAS.

—¿Quién te ha hecho la programación filosófica? ¿Un cómico de cantina? ¡Que el destino las hace tuyas! —repitió el Jedi con son de burla—. ¡Todo un lema para la vida!

LOS DATOS DE LAS EXPERIENCIAS INDICAN QUE TÚ LO SIGUES, PRECISAMENTE, KYP DURRON.

El gesto de burla se borró del rostro de Kyp. Apagó la pantalla de comunicación que lo unía a la inquietante unidad Q9 y soltó un largo suspiro.

Después, entró en posición junto al *Halcón*, recorriendo con la vista el cielo turbio en busca de su próximo combate.

CAPÍTULO 5

Jaina estaba derrumbada en el asiento del piloto, tan agotada que no era capaz de dormir. Sintió una presencia que se aproximaba, se volvió y se encontró con Tekli, la joven sanadora chadra-fan.

La pequeña hembra peluda parecía perturbada; los cuatro orificios nasales de su morro elevado estaban dilatados como si estuviera olisqueando el aire en busca de peligro. Tenía las grandes orejas redondas plegadas hacia atrás, en forma de medias lunas gachas, y sus movimientos rápidos, casi furtivos, le daban más aspecto de roedor que el habitual.

Jaina se incorporó penosamente.

—¿Cómo está Tahiri?

—Dormida —dijo la sanadora con un suspiro—. Tiene en su lugar el hueso roto del brazo, y le he parcheado las heridas lo mejor que he podido. Pero no envidio sus sueños.

Sueños. Jaina hizo una mueca sólo de pensarlo.

—¿Por qué correr riesgos? En cuanto tenga ocasión, voy a entrar directamente en trance sanador.

—Seguramente será lo más prudente.

Tekli se quedó de pie en silencio, con las manos de largos dedos entrelazadas con fuerza. Parecía como si estuviera intentando ordenar sus ideas, o quizá hacer acopio de valor.

Jaina se alisó con una mano el pelo castaño revuelto, con gesto cansado.

—No estamos en una cena diplomática. ¿Qué te parece si tiramos el protocolo por la borda y hablamos de lo que tienes en la mente?

—Has puesto rumbo a Coruscant.

—Eso es.

—¿Es prudente? Pilotamos una nave enemiga. No podemos comunicarnos con las torres de la ciudad para transmitir nuestra identidad y nuestras intenciones.

Jaina se cruzó de brazos.

—¿Cuántas naves yuuzhan vong crees que tiene la Nueva República?

La pequeña chadra-fan parpadeó.

—No lo sé.

—Dos, que yo sepa. Puede que ahora las dos estén muertas e inutilizadas. Parece que no viven mucho tiempo sin recibir las atenciones regulares de los cuidadores, de

los técnicos de mantenimiento vong. Es probable que la Nueva República se alegre tanto de apoderarse de una nave viva y de un piloto vivo, que nos den permiso para aterrizar.

—¿Como se lo dieron a la supuesta hereje yuuzhan vong, la sacerdotisa Elan?

Jaina soltó un largo suspiro.

—Ya te entiendo. ¿Cómo podrá saber la Nueva República que no estamos fingiendo rendirnos? No saben si estamos realizando una misión suicida para soltar alguna arma biológica en Coruscant.

—Me ha pasado por la cabeza. Sin duda, a otros se les puede ocurrir.

Jaina echó una mirada a Lowbacca, que seguía hurgando con delicadeza en el navicerebro de la fragata.

—¿Qué te parece, Lowie? ¿Hay alguna posibilidad de cambiar el destino de hiperespacio de esta cosa sin que salga a velocidad subluz?

El wookiee la miró fijamente con incredulidad, y después alzó los ojos al cielo y sacudió la cabeza con indignación.

Ella no le dio importancia.

—De modo que surgimos en el espacio de Coruscant y nos mantenemos apartados de las vías principales mientras programamos otro salto de hiperespacio. Debe de haber algún lugar donde podamos aterrizar esta roca de una sola pieza, en vez de como una lluvia de grava. Después, podemos abrirnos camino hasta algún centro de población y enviar comunicaciones desde allí.

Las orejas gachas de la chadra-fan volvieron a desplegarse adquiriendo su forma redonda habitual.

—Sí. Mucho mejor.

—¿Tienes pensado algún destino?

Lowbacca ladró una sugerencia.

—Gallinore —repitió Jaina, pensativa—. Eso está en el cúmulo estelar Hapes, pero está relativamente cerca. Si tenemos mucho cuidado, es probable que podamos entrar sin que nos detecten.

Tenel Ka levantó vivamente la cabeza.

—Conozco bien Gallinore —dijo—. Se puede hacer.

—Pero estaríamos atravesando territorio yuuzhan vong —observó Ganner—. Es probable que nos topásemos con zonas muy minadas de dovin basal.

—Buena observación —asintió Jaina—. Este salto nos ha llevado a través de territorio en manos enemigas. Pero la pregunta es ésta: ¿cómo atraviesan el campo de minas las naves yuuzhan vong?

Lowbacca señaló el navicerebro y soltó una serie vigorosa de gruñidos y gañidos.

La joven piloto frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con que la nave los rodeó, sin más? ¿Cómo funciona eso?

El wookiee se encogió de hombros. Jaina consideró las posibles consecuencias de aquello con rostro de preocupación profunda. Al cabo de un instante, se quitó de encima la introspección.

—¿Alguien tiene algo que añadir? ¿Alema? ¿Tesar? ¿Y tú, Zekk?

—La piloto eres tú —respondió Zekk—. Pero ya veo lo que quieres decir: debemos llegar a un consenso antes de que surja la necesidad de entrar en acción. Gallinore suena bien. ¿Cuánto tiempo nos queda en el hiperespacio, Lowie?

El wookiee levantó su enorme zarpa peluda y emprendió una cuenta atrás a partir del cinco. Jaina tomó la capucha de cognición y volvió a ponérsela en la cabeza.

La inundaron al instante las imágenes de luz; no se trataba de la aparición esperada, repentina, de líneas de estrellas borrosas, sino de un multiverso de luces giratorias que lanzaban destellos frenéticos.

Los cielos sobre Coruscant ardían de naves de transporte fugitivas, de Ala-E y Ala-XJ veloces, de escuadrones de corralitas extrañamente indisciplinados. Breves explosiones brillantes surgían y se apagaban, siguiéndose unas a otras en una rápida cadencia.

Lowbacca empezó a soltar un aullido de protesta.

—Ya sé que no es culpa tuya —chilló Jaina mientras daba un bandazo para esquivar varios haces rosados que surgían de los cañones de láser de los Ala-X—. No estamos perdidos. Esto es Coruscant.

—Esto *era* Coruscant —murmuró Zekk, con voz apagada por la impresión y el dolor.

Ganner lo apartó y se dejó caer en el asiento del artillero.

—Ve poniéndolos delante, Jaina, y yo los quitaré de en medio.

Un pequeño cometa azul se dirigía hacia ellos. El proyectil se apagó a pocos metros de la nave. Inmediatamente después, un ataque secundario, una cortina de fuego de láser, azotó el casco de coral. La fragata se estremeció. Un polvo fino y negro llovió sobre los Jedi.

—Eran naves de la Nueva República —dijo Ganner con voz sombría—. ¡No puedo devolverles el fuego!

En vez de ello, envió un rayo de plasma hacia un cori yuuzhan vong. Alema Rar se abalanzó sobre él, sujetándole el brazo con las dos manos y sacándole de un tirón la mano del guante de objetivos.

—Nos hemos presentado a la fiesta con la ropa equivocada —le recordó—. ¡Si sigues haciendo eso, nos dispararán unos y otros!

Jaina abrió la mente, llegó hasta donde alcanzaban los sensores de la nave, que eran considerables. La información la envolvió. Los datos eran abrumadores; la conclusión, irrefutable.

Coruscant se había perdido, y las naves fugitivas de la Nueva República estaban

en gran inferioridad numérica respecto de la fuerza invasora.

La twi'leko tenía razón: cualquier intento de ayudar no serviría más que para despertar las iras de los yuuzhan vong, y para poner a los Jedi supervivientes entre el fuego cruzado de los dos bandos.

Echó una mirada a Lowbacca e inclinó la cabeza encapuchada con gesto de interrogación. En el rostro del wookiee se reflejó por un instante el mismo conflicto de ideas de ella misma. Lowbacca comentó, con poco convencimiento, que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Antes de que Jaina hubiera tenido tiempo de responder, le llegó a la mente, a través de la capucha, el chisporroteo de una advertencia. Volvió vivamente la mirada hacia un torpedo de protones que venía hacia ellos trazando una línea azul lívida.

—Algo me dice que hoy no haremos muchos amigos —respondió mientras esquivaba el proyectil de la nave de la Nueva República.

Leia hizo una mueca al ver que un Ala-X dolorosamente familiar llegaba como una flecha y se situaba en el rumbo de vuelo del *Halcón*.

—¿Estás seguro de que Kyp Durrón no estaba conectado a ese yammosk interceptado? —dijo con aspereza.

—Mira —dijo Han con tono de confianza. Dio una palmada al panel de control. Un misil de impacto salió disparado hacia la nave del piloto Jedi. Como si lo hubiera estado esperando, Kyp imprimió un giro brusco a su Ala-X. El misil de Han alcanzó de pleno al cori que perseguía a Kyp. Una de las comisuras de los labios de Han esbozó una leve sonrisita.

—Eso se lo enseñé yo.

—¿Presumes o confiesas?

—Kyp está combatiendo en el mismo bando que nosotros —le recordó él—. No todos están de acuerdo con sus métodos, pero no hay nadie más entregado que él.

Leia cerró los ojos al sentirse invadida por oleadas de aquel dolor siempre presente, seguidas de cerca por el miedo crudo que le producía el saber que podía perder a dos hijos más.

—Muy cierto. Kyp estuvo más que dispuesto a entregar a tu hija para la causa.

Han guardó silencio durante unos instantes, mientras sorteaba un cementerio flotante de naves recién muertas, a lo que dedicaba mucha más atención de la necesaria.

Leia comprendió demasiado tarde la honda herida que le habían producido sus palabras. Han había perdido a Chewbacca en Serpidal. Han tenía lo bastante de supersticioso en su manera de pensar como para considerar que el cementerio de aquel planeta era una especie de campo vedado para la suerte de los Solo. La misión de Jaina a Serpidal había estado a punto de ser un fracaso, a duras penas se había podido evitar la tragedia.

Echó una mirada a su esposo. La expresión lúgubre de éste y sus ojos velados traían a la memoria aquellos meses terribles tras la muerte de Chewbacca, y la lucha de Han para aceptar la vulnerabilidad de sus seres queridos. Cuando a Leia le había llegado la noticia ardiente de la muerte de Anakin, había quedado demasiado sumida en su propio sufrimiento como para exponérselo a Han de manera delicada; de hecho, creía recordar que le había arrojado la noticia terrible como si fuera un ladrillo de duro cemento. Ahora mismo, el aspecto de Han era como si ella le hubiera dado un fuerte golpe en plena frente.

Leia se llenó de remordimientos. Ella no había sido la única que había perdido a un hijo.

Tocó suavemente a Han en el brazo.

—El duelo hace que la gente se comporte de manera egoísta y estúpida.

Él le dirigió una mirada rápida de desconfianza.

—¿Estamos hablando de mí?

—Esta vez, no —dijo ella, y suspiró—. Lo siento, Han. Jaina puede cuidar de sí misma, y es probable que la misión de Serpidal terminara por tener efectos positivos para la guerra. Pero eso no altera el hecho de que Kyp mintiera a Jaina. Lo que es peor: se sirvió de la Fuerza para alterar su juicio. Simplemente, no me fío de él.

—Luke sí se fía de él.

—Luke es... —empezó a decir ella, pero se interrumpió, pensativa.

—Optimista —dijo Han con un bufido—. ¿Desde cuando has empezado a amortiguar los golpes?

Su esposa le respondió con una sonrisa melancólica y se volvió de nuevo al ordenador de navegación.

—¿Dónde vamos ahora? —se preguntó en voz alta, con los dedos dispuestos sobre los controles, titubeante.

Un cori fuera de control se dirigía hacia ellos, girando sobre sí mismo. De los cañones del vientre del *Halcón* surgieron ráfagas de fuego con las que Luke Skywalker redujo el navío a escombros. Un bloque grande de coral chocó contra los escudos frontales. Las luces de la cabina se apagaron, para volver a encenderse después de manera insegura.

—A cualquier parte que no sea aquí —dijo Han—. No me entiendas mal: me alegro de que llevemos a bordo a Luke y a Mara. A tu hermano no se le dan mal las armas, pero no es... bueno...

—¿No es tú? —sugirió Leia. Han consiguió una imitación razonable de su vieja sonrisita confiada.

—No me gusta presumir.

Leia empezó a introducir coordenadas para un salto de hiperespacio breve. Los dedos le fallaron y se le detuvieron cuando la invadió una sensación extraña... una

presencia que había percibido a través de la Fuerza, pero una presencia que más parecía una nube de tormenta que se arremolinaba que un ser humano. Frunció el ceño intentando interpretar aquello.

El toque en su hombro la hizo dar un respingo.

—Estás como tres vueltas demasiado tensa —observó él.

De pronto, le llegó la respuesta. Se incorporó en su asiento, apartándose de Han.

—¡Jaina!

El rostro de Han perdió el color.

—No estará...

—No —se apresuró a decir Leia—. Pero sigue en peligro. Sólo que ahora está cerca. Da la vuelta, dirígete de nuevo hacia la batalla.

Mientras Han hacía virar al *Halcón*, los ojos castaños de Leia recorrían los cielos turbios. Una fragata yuuzhan vong serpenteaba entre la confusión, perseguida de cerca por varios Ala-X. Algunos coralitas convergieron hacia la fragata, rodeándola de un convoy protector. Varias parejas de naves heterogéneas se apartaron a medida que la situación se convertía en tina lucha caótica de nave contra nave.

Leia saltó a la explicación más lógica y evidente. Jaina había regresado de su misión y se había dirigido al puesto más cercano del Escuadrón Pícaro. Así lo haría ella. Tal como estaban las comunicaciones, era posible que no hubiera podido transmitir un mensaje.

Mientras los pensamientos de Leia cobraban forma, un coralita soltó un tiro de plasma y dio de lleno a uno de los Ala-X. Leia sintió que en aquella sensación nebulosa de Jaina se producía un arrebato de furia cuando el piloto de la Nueva República se disolvía con su nave; y, después, una sensación más fría y más oscura ocupó su lugar.

Frunció el ceño en un gesto de preocupación, al localizar el aroma acre de la venganza en la nave de su hija.

—Allí —dijo, señalando la fragata y la pequeña flota de Ala-X deteriorados que la perseguían con terquedad—. Jaina está allí.

En el rostro de Han apareció una sonrisa. Se inclinó hacia el comunicador.

—Kyp, estás a punto de unirte al Escuadrón Pícaro.

La única respuesta que salió del Ala-X del Jedi fue un comentario de incredulidad realizado por un androide Q9.

—Jaina está con esos Ala-X, intentando abatir esa roca de tamaño mediano, la que se esfuerza por evitar el enfrentamiento —explicó Han—. ¿Qué te parece? ¿Es posible que una nave yuuzhan vong se mueva tan deprisa y maniobre tan bien, sin dejar de usar sus escudos?

—Vamos a descubrirlo.

Kyp se distanció y e hizo un amplio viraje, dirigiéndose hacia la fragata desde la

parte superior. De su Ala-X brotaron haces de luz roja que azotaron la nave enemiga. Los dovin basal absorbieron la mayor parte de los disparos de Kyp en pozos de gravedad en miniatura, y esquivaron casi todos los demás con una serie de movimientos hábiles y económicos.

—No está mal —murmuró Han, frunciendo el ceño, mientras contemplaba la nave yuuzhan vong mediana.

De pronto, la fragata enemiga se apartó y trazó un bucle tenso y ascendente.

Leia asió el brazo de Han.

—¡Se está poniendo directamente en tu línea de fuego!

—Sí.

La lacónica respuesta de Han le mereció una mirada incrédula de enfado. Se liberó de la mano de Leia y buscó el intercomunicador interno de la nave.

—El grande es mío, Mara. Tú puedes tirar a cualquier otra cosa que se cruce en nuestro camino.

—El capitán eres tú —respondió su cuñada.

El rostro de Leia se despejó de pronto cuando comprendió el curso de sus pensamientos.

—¿Jaina? ¿En esa nave enemiga?

—Hay una manera de descubrirlo.

Han disparó un misil a la fragata, esperando una fracción de segundo más que lo que había esperado con Kyp. La nave yuuzhan vong se apartó hábilmente como si el piloto hubiera estado esperando el ataque. El misil de Han alcanzó a uno de los coris que seguían su estela en actitud protectora. Una singularidad de escudo se tragó el primer asalto, pero Mara remató la tarea con un rápido ataque uno-dos.

—Ésa es Jaina —dijo Han con firmeza—. Hay miles de pilotos capaces de llegar de aquí allá en un Ala-X, pero ¿cuántos sabrían hacer bailar a un pedazo de roca como si fuera una bailarina twi'leko?

—Han...

—Dos —dijo él, respondiendo a su propia pregunta—. Y yo soy el otro.

Leia, dudando todavía, buscó la confirmación en la Fuerza. Volvió a emitir la Fuerza hacia Jaina. Una vez más, no percibió aquella energía vivida, impetuosa, que había asociado siempre a su hija, sino una presencia como una nube de tormenta... fría, inminente, despiadada.

Leia frunció el ceño. La ira conducía al Lado Oscuro. Lo había oído decir muchas veces. Sin embargo, las emociones que se desprendían de su hija le resultaban familiares de manera inquietante, y se asemejaban mucho a la impresión que tenía Leia de su propio padre; no del Anakin Skywalker que le había suplicado perdón, sino en su encarnación anterior, viviente, como Darth Vader.

Leia no había considerado nunca la posibilidad de que Jaina, la más pragmática y

la menos complicada de sus hijos, pudiera deslizarse hacia la oscuridad. Volvió a emitir la Fuerza hacia Jaina de nuevo, con mayor insistencia. Percibió a través de la Fuerza el dolor rechazado de su hija, sus sensaciones escudadas cuidadosamente... y su sed no reconocida de venganza. A Leia se le ocurrió que el hielo puede ser tan mortal como el fuego.

Si aquella idea resultaba cierta, habría perdido a otro de sus hijos, y en esta ocasión con un destino más terrible que la muerte.

—Decídate —dijo Han de modo tajante—. Los yuuzhan vong pueden achacar la maniobra de esa fragata al yammosk interceptado, pero Jaina va a tener que elegir bando tarde o temprano.

Leia se quitó de encima rápidamente los temores y sintonizó la frecuencia de saludo con el sistema de comunicación.

—Aquí Leia Organa Solo, a bordo del *Halcón Milenario*. La fragata yuuzhan vong próxima está comandada por mi hija, la teniente Jaina Solo. Su escolta yuuzhan vong no es consciente de ello. Haced alto el fuego, y veremos que la fragata huye y que los coralitas no.

Hubo un momento de indecisión, y después los Ala-X perseguidores se apartaron. Sonó el intercomunicador.

—Leia, ¿estás segura de esto? —preguntó Mara—. Aunque no me gusta nada reconocerlo, no siento a Jaina allí fuera.

Leia echó una mirada a Han, que asintió con la cabeza y dijo:

—Estamos seguros.

La fragata yuuzhan vong, con el camino despejado, adquirió una rápida aceleración y desapareció en el hiperespacio. El *Halcón* hizo lo mismo, dando el salto corto que había programado Leia.

Han hundió los hombros. Buscó la mano de Leia; la tomó.

—Hemos hecho lo que debíamos, ¿no? Quiero decir, al dejar marchar a un posible enemigo...

Lo que daban a entender sus palabras sin saberlo estuvo a punto de partir el corazón a Leia. Miró a su esposo a los ojos y vio escrito en ellos aquel momento poco común de duda de sí mismo.

—Ésa era Jaina —afirmó ella, tanto respondiendo como rehuendo la pregunta de él.

La mirada de Han se volvió más penetrante.

—Entonces, ¿por qué parece tan preocupada?

Leia estuvo tentada por un momento de comunicarle sus dudas, para ver si podían disiparse al expresarlas en palabras. Pero, si se equivocaba, plantar aquella semilla en la mente de Han sería un acto de egoísmo, incluso de crueldad. Ella no acusaría jamás a Han de favoritismo, pero Jaina había sido siempre la hija a la que él había entendido

mejor, la que había heredado su talento y sus gustos, la chica que había aprovechado todas las oportunidades posibles para seguirle de un lado a otro. Han sufriría un dolor terrible si aquella guerra le arrebatara a Jaina. Había perdido a otros en combate y podría llegar a aceptarlo con el tiempo. Pero esto... esto no lo llegaría a comprender jamás.

—¿Y bien? —dijo Han, animándola a hablar—. ¿Qué pasa?

Leia optó por una verdad a medias.

—Jacen no estaba con Jaina. A él todavía lo percibo —se apresuró a añadir—, pero no estaba con ella.

Han asintió, asimilándolo.

—Entonces, tendremos que confiar en que los dos encuentren el camino de vuelta.

Ella parpadeó, sorprendida de nuevo por la oportunidad involuntaria de los comentarios de él.

—Tienes razón. Ya son mayores y saben valerse por sí mismos. Pero no es fácil dejar que sigan su camino.

—No, no lo es —dijo Han. Intentó esbozar una sonrisa confiada y le salió una imitación bastante lograda, aunque francamente asimétrica—. ¿Desde cuándo necesitó ninguno de nosotros que las cosas fueran fáciles?

Leia le siguió la broma con agradecimiento. El humor servía para dejar de lado el dolor aturridor, aunque sólo fuera durante el tiempo que se tardaba en sonreír.

—En eso tienes razón, chico volador. Si necesitara alguna prueba de ello, me bastaría con recordar que seguimos casados.

El se inclinó hacia adelante, tocó con su frente la de ella.

—Que yo recuerde...

La fuerza de Han la invadió, mezclada con una dulzura que ella temía que habían perdido hacía mucho tiempo. Leia levantó el rostro hasta que los labios de los dos estuvieron a un susurro de distancia.

—Vuelve a recordármelo.

Ante el ventanal del general Soontir Fel rugía una tormenta, la primera de la temporada de los monzones de invierno. La lluvia helada caía a través de las nubes grises turbias y repicaba contra los ventanales de transpariacero. El hielo cubría las plataformas de aterrizaje y colgaba de los aleros de los barracones de los chiss en carámbanos que formaban hileras ordenadas, como armas dispuestas en una armería. Los pilotos, altos, de piel azul, caminaban con seguridad por las pasarelas resbaladizas, ayudados de sus botas con suelas de clavos y de su naturaleza atlética.

CAPÍTULO 6

A pesar del zumbido regular de la unidad de calefacción de la sala, el frío se le metía a Fel en las articulaciones. Le palpitaba un dolor fantasma en el ojo que le faltaba, a pesar del parche oscuro que se ponía a veces. Se sentía viejo y cansado por primera vez en su vida, sobre todo cuando consideraba los desafíos que tenía por delante.

Se avecinaba un invierno duro, meditó el general, un invierno que podía durar varios años corellianos. La base chiss, la última de muchas que había establecido Fel a lo largo de los años, se encontraba en un entorno especialmente duro, en un mundo inhóspito. La mayor parte de sus asesores no conocían ningún motivo por el que alguien tomara la decisión de montar allí una base.

Fel confiaba que los yuuzhan vong se guiaran por la misma lógica.

Se apartó del ventanal para observar al oficial que estaba ante su escritorio, en rígida actitud de firmes. El joven llevaba el uniforme negro de gala de la falange doméstica del síndico Mitth'Raw'Nuruodo, e insignias de coronel. Llevaba corto el pelo negro, dejando al descubierto en toda su extensión la cicatriz que le llegaba desde la ceja derecha hasta más arriba del arranque del pelo. Un mechón estrecho de pelo blanco seguía la línea de la cicatriz, como subrayando la madurez que había llegado demasiado temprano, y comprada muy cara.

—Esto ya lo hemos debatido antes, coronel —comentó Fel—. Esta falange está comprometida con los mismos objetivos que has abrazado tú. Respondimos en Garqi. Combatimos en Ithor. El mando imperial retiró al almirante Pellaeon después de aquella debacle, por motivos que ellos tenían por buenos. En vista del resultado de esa acción y de la retirada del apoyo imperial, veo que vale de poco comprometer a escuadrones de la falange.

—No estoy de acuerdo —dijo el joven coronel, haciendo una reverencia con la que recalca que sus palabras no eran más que una expresión de su opinión, pero no una falta de respeto—. Estoy dispuesto a reconocer que nadie, ni la Nueva República, ni las fuerzas imperiales, ni los chiss, sería capaz de oponerse a las armas biológicas que destruyeron Ithor. La presencia de esta falange doméstica no tuvo ninguna repercusión sobre ese resultado. Sin embargo, Ithor fue el único mundo que quedó completamente destruido. Los invasores han aplicado tácticas más convencionales en sus conquistas posteriores.

—Y en eso estriba el problema. ¿Qué éxito tuviste, con tus aliados del Escuadrón

Pícaro, a la hora de repeler cualquiera de estas conquistas por medio de «tácticas convencionales»?

El joven apretó los labios.

—Mis dos escuadrones fueron retirados poco después de Ithor, señor. No tuvimos tiempo ni ocasión de marcar una diferencia apreciable. No es una excusa, señor, es un mero hecho.

—Dos escuadrones —repitió el general—. Veinticuatro desgarradores y una nave baliza. ¿Cuánta diferencia podría haber marcado esta fuerza en Ord Mantell? ¿O en Duro? Hay centenares de mundos, miles quizá, sometidos al control de los yuuzhan vong.

—Dicho sea con respeto, señor, me destinaron a esta casa para que sirviera y defendiera los ideales del Gran Almirante Thrawn.

—Ideales entre los que me permito señalar que no se contaba la estupidez —observó el general con frialdad—. Esperaba algo mejor de ti... lo cual no es raro entre un padre y su hijo.

El coronel Jagged Fel aceptó la reprimenda con una leve reverencia y una sonrisa apagada e irónica.

—Te formaste con tácticos chiss —siguió diciendo el barón Fel—. Dime, ¿tenemos las naves, las armas, el personal, o siquiera los conocimientos necesarios para hacer frente a esos invasores?

—No los tenemos —reconoció Jag—. ¿Me das licencia para hablar libremente?

El barón levantó una mano en gesto de asentimiento.

—Los sabios chiss llegan a la conclusión de que los yuuzhan vong han debido de pasar generaciones viajando entre galaxias. No es probable que estos invasores consideren las llamadas Regiones Desconocidas como una perspectiva temible.

—Estoy de acuerdo. Pero el parlamento chiss no lo está, ni tampoco los líderes imperiales. La invasión ha ido barriando en un curso constante hacia los mundos del núcleo galáctico, haciendo pensar a muchos que los invasores dejarán de lado por completo tanto el territorio chiss como el imperial.

Cuando Jag asimiló esto, entrecerró los ojos de color verde pálido y apretó la mandíbula.

—Esta falange no se ha regido jamás por las ideas de los senadores chiss, ligados a las tradiciones, ni por la de los políticos imperiales, a los que interesa sobre todo su poder personal. ¿Acaso se ha proclamado un holocubo de cambio de política durante mi última ausencia?

El general enarcó las cejas. Jag inclinó la cabeza en una reverencia con la que reconocía que había estado inconveniente, pero no se disculpaba.

—La sociedad chiss hace como que el síndico Mitth'Raw'Nuruodo no existe, pero saben muy bien que estamos aquí fuera. Envían a sus hijos y a sus hijas a las

academias y a las bases de esta falange. Estaban más que dispuestos a aceptar la protección y la tecnología que les ofrecían las conquistas y las alianzas de Thrawn, y están dispuestos a aceptar lo que podemos hacer por ellos, nosotros, sucesores de los objetivos del gran almirante.

—Pero podríamos hacer más —dijo Jag. Dio un paso adelante con expresión intensa, olvidándose de su formalidad—. Ya sabes con lo que nos hemos encontrado ahí fuera. Los yuuzhan vong pueden haber tomado desprevenidos a Borsk Fey'lya y a los suyos, pero los chiss llevamos mucho tiempo esperando algo de esta naturaleza. ¡De hecho, hemos rechazado a enemigos que podrían haber barrido la galaxia, dejando poco que destruir a estos nuevos invasores!

El barón entrecerró los ojos y frunció los labios considerando las palabras apasionadas de su hijo.

—Hablas de ti mismo como de un chiss más. ¿Es eso lo que te consideras?

Jag parpadeó, desconcertado por aquella salida aparentemente incongruente.

—Me resulta difícil considerarme otra cosa —dijo con prudencia—. Me crié entre los chiss, me formé con ellos. Hice mías sus reglas, sus normas y sus expectativas.

—Cumpliste esas normas y hasta las superaste, y gracias a ello ahora eres jefe de tus antiguos camaradas chiss —siguió diciendo su padre—. El rango lleva aparejada una responsabilidad. El curso de acción que propones manifiesta poco sentido de la responsabilidad para con los pilotos que están bajo tu mando.

El rostro de Jag no manifestó ninguna opinión al respecto, pero su porte volvió sutilmente a su antigua actitud militar.

—Señor, si me lo permite, le pediré que enumere claramente mis defectos, para que yo pueda abordarlos.

—¿Sabes detener a los yuuzhan vong?

Jag estuvo a punto de fruncir el ceño.

—No, señor.

—Entonces, ve a enterarte de cómo hacerlo. Vuelve a informarme. Cuando hayamos dominado mejor la táctica y la estrategia, volverás a tener tus escuadrones, y algunos más.

Jag abrió mucho los ojos y echó una rápida mirada al rostro de su padre.

—¡Sí, señor!

El barón hizo una mueca y dio un golpecito en un pequeño cubo de metal que estaba sobre su escritorio.

—Quizá no te alegres tanto de oír este informe. Este holovideo acaba de llegar de nuestros agentes en el núcleo galáctico. Contiene, entre otras cosas, una grabación del llamamiento de Leia Organa Solo a los defensores de Coruscant. Los animaba a que no se rindieran como no se ha rendido ella, a pesar de la muerte reciente de uno de sus hijos.

Esta vez, la mirada de Jag se posó plenamente en el general.

—¿Cuál de ellos?

Fel enarcó una ceja.

—¿Cómo dices?

—¿Cuál de los hijos del embajador Solo cayó en combate?

—Anakin, creo. El hijo menor.

Jag asintió con la cabeza pensativamente, y en su rostro se reflejó algo muy semejante al alivio.

—¿Hay noticias de los otros dos?

Un brillo reflexivo se asomó a la mirada del barón.

—¿Conoces a los gemelos Solo, supongo?

—A Jacen, no. Jaina Solo es piloto en el Escuadrón Pícaro.

—Ah. Me estaba preguntando por qué una noticia tan importante como la caída de Coruscant te había dejado como si nada.

Un leve color inundó el rostro de Jag, y una leve expresión de asombro le brilló en los ojos. El barón Fel sospechó que su hijo tampoco tenía bien claro ese asunto. Bueno, pronto aprendería.

Jag se apartó rápidamente de aquella tangente poco característica y volvió a un rumbo más familiar.

—¿De modo que Coruscant no sólo ha sido atacado, sino que ha sido capturado?

—Eso parece. Lo que nos lleva a tu próxima misión. En los últimos años, la Nueva República se ha caracterizado por la disensión creciente. La pérdida de su sede central podría polarizarlos durante mucho tiempo.

El barón quedó en silencio. Pasó un largo momento observando a su hijo.

—Volarás directamente al interior de un torbellino.

Jag volvió la vista con gesto significativo hacia el ventanal y hacia la tormenta de hielo que se veía tras él.

—Es para lo que me he entrenado, nada más.

—Entonces, queda acordado —dijo Fel. Se puso de pie y entregó a su hijo un único holocubo—. Esto contiene los últimos datos militares, así como las especificaciones de las nuevas naves que dirigirás. Te dejo a ti la selección de los pilotos.

—Shawnkyr Nuruodo, mi segunda al mando, me acompañará.

Cuando el general se dispuso a protestar, Jag irguió vivamente la cabeza.

—Me has amonestado acerca de la responsabilidad, señor, y con razón. Es un honor para mí hacer de explorador del síndico Mitth'Raw'Nuruodo, pero prefiero no poner en peligro a los pilotos chiss sin necesidad. Lo más probable es que necesitemos a todos ellos aquí.

—¿Y a Shawnkyr?

Una rápida sonrisa movió los labios de Jag.

—Shawnkyr es digna miembro de una falange de renegados, señor. Si yo le ordenara que se quedara atrás, no lo haría.

—Ya veo. El jefe prudente siempre procura dar órdenes que tienen posibilidades de ser cumplidas. ¿Por qué crees que te envío a ti?

Extendió la mano. Se dieron un rápido apretón de manos, y después Jag retrocedió un paso y ofreció una reverencia rígida y formal.

El barón Fel observó a su hijo mientras se encaminaba hasta la puerta. Cuando se hubo quedado a solas, se derrumbó en su asiento, con los hombros hundidos y expresión sombría y afligida.

No había manera de mantener a Jag apartado del conflicto creciente. Soontir Fel lo entendía, pues conocía bien a Jag. También sabía, por su larga experiencia, lo que tendría que afrontar probablemente el joven. Enviar a su hijo de veinte años, tan prometedor, a un combate aparentemente imposible, era una carga abrumadora para él.

Davin tenía aproximadamente la edad de Jag cuando lo habían enviado a su última batalla, y su hermana Cherith era más joven todavía.

Soontir Fel se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Nunca había rehuido su deber, y no iba a hacerlo ahora. Pero en su larga carrera nunca había tenido que afrontar nada tan difícil como aquello: enviar a su tercer hijo a servir, y muy probablemente a morir.

* * *

Jaina se apretó contra el asiento del piloto mientras la nave yuuzhan vong robada aceleraba hacia la velocidad de la luz. Las luces palpitantes, frenéticas, que señalaban la última batalla de Coruscant se alargaron en líneas difusas, y después desaparecieron.

* * *

La calma y la oscuridad del hiperespacio los acogió. Jaina se arrancó la capucha del piloto y se frotó vigorosamente la cabeza con ambas manos. Aquello no sirvió gran cosa para borrarle las imágenes de la muerte de Coruscant. Todavía le latía el corazón en el pecho al ritmo caótico de su destrucción, y todavía le resonaba en los oídos la cacofonía de la batalla. Dejó todo ello de lado como pudo, y se volvió hacia Lowbacca.

—Buen trabajo. ¿Dónde vamos?

El wookiee respondió con un lamento apagado y con algo que se parecía sospechosamente al gesto de encogerse de hombros.

—¿Que no lo sabes? —le preguntó Tenel Ka, adelantándose con rápidas zancadas—. ¿Cómo que no lo sabes?

Lowbacca soltó un bufido defensivo, clavando la mirada en los ojos grises y desafiantes de Tenel Ka. Jaina puso una mano en el hombro del wookiee.

—Saltar al espacio abierto ha sido lo mejor que podíamos hacer en estas circunstancias. Lowbacca nos ha hecho ganar tiempo para que todos podamos decidir los pasos siguientes. Juntos.

—Haré venir a los demás —dijo Tenel Ka con tono cortante.

Regresó a los pocos momentos con los otros Jedi. Rodeaba con su único brazo la cintura de Tahiri de una manera que era en parte apoyo, en parte abrazo de hermanas.

Tahiri estaba revestida casi por completo de vendajes y parches de bacta, pero todos los cuidados de Tekli no habían servido para reducir el dolor desnudo de sus ojos ni la pena que irradiaba. La sanadora chadra-fan seguía a las dos como una pequeña sombra parda, con los grandes ojos negros fijos en su paciente.

Jaina se ciñó más su escudo personal y echó una mirada objetiva a la joven Jedi.

—Tienes mejor aspecto.

—¿Mejor que qué? —dijo Tahiri.

El tono de voz de la muchacha estaba marcado por la amargura, y surgía de ella la ira como si fuera vapor. A las cicatrices de su frente, huellas de su cautiverio en Yavin 4, se habían sumado una quemadura lívida y un corte, pequeño pero profundo. Al parecer, se había negado a que le trataran estas heridas.

Zekk y Ganner se cruzaron una rápida mirada de inquietud en la que se leía la vuelta a un tema ya familiar. Jaina, al darse cuenta de ello, sintió una oleada de irritación. Tahiri sobreviviría... había sobrevivido. Ella no era la única que había perdido a Anakin. Todos habían perdido algo. Dar vueltas a sus pérdidas no serviría para resolver los problemas que tenían por delante en aquel momento.

—La nave no marcha bien —dijo Jaina sin preámbulos—. A juzgar por lo que recibo por la capucha de piloto, y por lo que ha descubierto Lowbacca mirando aquí y allá, creo que podemos arreglarla y alimentarla.

—¿Alimentarla? —intervino Ganner—. ¿Debería darme miedo preguntar qué come?

—Sólo si eres una piedra —replicó Jaina—. Tenemos que aterrizar la nave lo antes posible. La cuestión es ¿dónde?

—Aunque sólo hemos faltado unos cuantos días, al regresar nos encontramos a los yuuzhan vong en la propia Coruscant —observó Alema Rar—. ¿Cómo podemos saber qué mundos están ocupados y cuáles no?

—Ezte sugiere que vayamos a Barab Uno —dijo Tesar. El Jedi reptil asomó los

colmillos, en un gesto que Jaina supuso que se trataba de una sonrisa ferina—. El mundo natal de los barabeles no se encuentra en la ruta de la invasión. Eso es bueno. Pero si vienen los yuuzhan vong, eso es mejor.

Jaina empezaba a aprender a captar el humor negro que se encerraba en el habla de los barabeles, y supuso que todavía faltaba el golpe final del chiste.

—Explícate.

Una expresión maliciosa se asomó al rostro escamoso de Tesar.

—En Nal Hutta, los vong son invasores. ¿Qué decimos que son en Barab?

—¿Presas? —propuso ella.

Tesar volvió a enseñar los colmillos y le dio una palmada amistosa en el hombro.

Ganner alzó los ojos al cielo.

—Ahora que ya nos hemos desahogado, ¿qué os parece una propuesta seria? —dijo—. Lowbacca habló de Gallinore. En vista de que hemos llegado hasta aquí sin chocar con ninguna mina dovin basal, yo voto por lo mismo.

—Parece lógico —asintió Zekk—. Los yuuzhan vong no se han dirigido a ese sistema todavía, que yo sepa. Pero hay otra cosa que debemos considerar. Hapes está más cerca que Gallinore. Además, está más poblado, y sería más probable que pudiésemos volver al servicio activo antes si no tuviésemos que recorrer un planeta inhóspito.

—Muy cierto; pero es menos probable que los habitantes de los planetas inhóspitos disparen a las naves yuuzhan vong que ven en el cielo —observó Alema Rar.

Zekk lo reconoció asintiendo con la cabeza.

—He estado rondando un poco por la nave, y he encontrado algo que parece una cápsula de salvamento. Si somos capaces de descubrir el modo de lanzarla, uno de nosotros puede ir por delante para prepararnos el camino.

Todos volvieron la vista a Tenel Ka con expectación.

—Si se decide así, iré yo —accedió ésta—; pero debéis saber algunas cosas acerca de Hapes. En el mundo natal de mi padre existe una corriente tradicional de opinión antijedi.

Ganner soltó una breve risa carente de humor.

—Es una postura bastante extendida en estos tiempos. Nos sentiremos como en casa.

—Hay algo más —empezó a decir Tenel Ka. Los demás echaron una mirada a Jaina y apartaron la vista rápidamente. Jaina irguió la cabeza para afrontar de lleno la cuestión—. El *Centralia* —dijo nombrando la superarma que había destruido accidentalmente centenares de naves hapanas—. Fue Anakin quien montó el arma, y fue un pariente de los Solo quien la disparó. Estoy seguro de que no pocos hapanos culparán de esta pérdida a todos los Solo y a cualquiera de ellos. De modo que,

vamos a poner las cartas del sabacc sobre la mesa. ¿Qué clase de recepción es probable que tengan allí los Solo y los Jedi?

La mujer guerrera dedicó unos momentos a considerar esta cuestión.

—Una recepción interesante —dijo por fin, sin el menor matiz de humor.

Alema bufó y se cruzó de brazos.

—Genial. Tantas emociones me sentarán bien.

Los demás expresaron también su asentimiento, sin el sarcasmo twi'leko. Jaina se reservó hasta el final, ganando tiempo para considerar otras posibilidades.

Su última visita a Hapes había estado animada por el intento de asesinato de la antigua reina madre, la abuela de Tenel Ka, atentado que había incluido a la propia Tenel Ka y a los gemelos Solo. Este hecho no había sido una experiencia única. En sus dieciocho años de vida, Jaina podía contar, probablemente, más amenazas contra su vida que su madre peinados. La gente intentaba matarla... así eran las cosas, sin más. Esto no era un factor importante para los titubeos de Jaina. Le inquietaba más que el cúmulo estelar Hapes pudiera resultar un terreno difícil para organizar un ataque contra los yuuzhan vong.

No tenía idea de en qué podía consistir dicho ataque. Lo único que sabía era que perder la custodia de Jacen Solo iba a ser lo último que harían en sus vidas muchos yuuzhan vong.

—¿Jaina? —dijo Ganner, pidiendo su voto.

—Me tomo en serio las reservas de Tenel Ka —dijo ella, a modo de explicación del retraso de su respuesta—, pero estoy con Zekk. Hay docenas de mundos que tienen tanto miedo a las represalias de los yuuzhan vong que no aceptan a refugiados de ningún tipo. Aunque fuésemos en una nave de la Nueva República, podrían rechazarnos en más de un lugar. Podríamos ser capaces de aterrizar en un mundo poco poblado, pero será difícil marcharnos de allí. Con los contactos de Tenel Ka, podremos conseguir las naves y los suministros que necesitamos para volver a actuar.

—Suenan bien —asintió Ganner—. Vamos a ver qué saca en limpio Lowbacca de esa cápsula de salvamento.

El wookiee soltó un gruñido que sonaba a indecisión. Jaina se volvió hacia él.

—¿Que lo has oído? ¿Qué quieres decir con eso?

Lowbacca hizo un gesto que representaba ponerse la capucha de cognición. Empezó una larga explicación sobre el navicerebro y sobre cómo éste interpretaba la gravedad de un objeto y se servía de este dato para sus cálculos de dirección. La cápsula de salvamento, incluso cuando estaba en su lugar en la fragata, mantenía una gravedad interna compleja que era percibida por el navicerebro, increíblemente sensible.

Un principio de entendimiento germinó en la mente de Jaina.

—¿De modo que estás diciendo que la navegación de esta nave se basa en su

reconocimiento de cada planeta, de cada asteroide, y de todo lo demás que encuentra como entidad discreta, basándose en la gravedad singular de cada ente?

El wookiee reflexionó, y soltó un ladrido afirmativo.

—¿Y las pequeñas fluctuaciones gravitacionales? —preguntó Jaina—. Como las que produce una nave yuuzhan vong para su propulsión.

Lowbacca ladeó la cabeza y le echó una mirada interrogadora.

—Antes de que lancemos a Tenel Ka, quiero estar segura de que podemos seguir el rumbo de la cápsula de salvamento —explicó Jaina—. Por lo que dices, me parece que se haría así.

Lowbacca, intrigado, se marchó a poner a prueba esta teoría. Los otros Jedi se dispersaron para atender a sus deberes respectivos o para tener el descanso que tanta falta les hacía. Jaina aceptó la propuesta de Zekk de cederle los mandos un rato y se dirigió a una de los pequeños nichos de coral que servían de camarotes.

En cuanto estuvo sola, dejó que le asomara al rostro una leve sonrisa triunfal. Si sus sospechas resultaban acertadas, una nave yuuzhan vong podía identificar a otra nave en función de su firma gravitacional singular. Jaina confiaba en que Lowbacca encontraría el modo de aislar la «señal» de una nave. Su amigo era terco, incluso más de lo normal en un wookiee. Cuando se le metía una idea en la cabeza, no había manera de sacársela, ni siquiera con un detonador térmico. Y cuando lo consiguiera, Jaina habría avanzado un pequeño paso más para encontrar a su hermano.

—Vamos por ti —prometió mientras se tendía en la litera dura y estrecha—. Te encontraré, Jacen, te lo prometo.

Hizo una breve pausa, controlando la respiración hasta que fue capaz de dominar el amasijo de ira, de duelo y de culpabilidad que le evocaba el pensar en sus hermanos.

—Y, cuando te encuentre, tenemos que arreglar unas cuantas cosas —añadió, cargando sus palabras de la brusquedad y la ira justas para captar la atención de Jacen, estuviera donde estuviera.

Esperó alguna respuesta, alguna señal minúscula de que la hubiera oído su hermano gemelo. De que estaba.

Silencio.

Jaina abandonó el intento con un suspiro. Empezó a prepararse para el trance Jedi, un estado de ensueño profundo y sanador.

Su último pensamiento consciente fue el agradecimiento por que ningún sueño pudiera seguirla en la oscuridad.

CAPÍTULO 7

Harrar estaba de pie ante el ventanal de su cámara personal, contemplando la oscuridad ricamente tachonada de estrellas que se extendía al otro lado. Había allí muchos mundos, que no sólo ofrecían posibilidades de conquista, sino un refugio muy necesario.

No deseaba la paz. Verdaderamente, no la deseaba. Pero aun mientras albergaba este pensamiento, el sacerdote levantó la mano de tres dedos para palpar una grieta en la pared que antes era lisa. Su nave había parecido en tiempos una gema perfecta y bien pulida. Se estaba volviendo destartada con el tiempo, tal como sucedía a la mayoría de las naves yuuzhan vong. Harrar sospechaba que la nave sacerdotal se iba aproximando al final de su larga vida.

Pero el estado de la nave no tenía importancia en comparación con el dilema del Maestro Bélico. Tsavong Lah había sacrificado la mayor parte de un brazo para ganarse la bendición de los dioses en la conquista de Coruscant. Se había ganado la batalla, pero el implante del Maestro Bélico seguía negándose a sanar. Si la corrupción avanzaba, el viejo amigo de Harrar —que era, además, su apoyo más poderoso y fiable—, se vería obligado a abandonar su alto puesto. El sacerdote sospechaba que su propio destino dependía tanto como el del Maestro Bélico del éxito en la captura y en el sacrificio de los gemelos Jedi.

—Eminencia.

El sacerdote se volvió hacia el sonido, disimulando cuidadosamente su sorpresa y el desagrado que le producía el que algo pudiera causarle sorpresa. A pesar de su masa imponente y de la armadura de cangrejo vonduun que llevaba incluso a bordo de la nave, Khalee Lah caminaba con el sigilo de una sombra. Si se hubiera tratado de cualquier otro guerrero, Harrar habría sospechado que estaba intentando deliberadamente hacer que el clérigo al que protegía se sintiera incómodo.

—¡Confío en que esta intromisión esté justificada! —dijo con tono cortante.

Khalee Lah inclinó la cabeza.

—Hemos localizado la nave robada, Eminencia. Se vio a la *Ksstarr* en las cercanías de Coruscant, pero consiguió escapar en la confusión de la batalla. Volvió a surgir del espacio oscuro aproximadamente a mitad de camino entre los mundos llamados Kuat y Kashyyyk.

—¿Y ahora?

—Creemos que los *Jeedai* se dirigirán al cúmulo estelar Hapes. Hemos puesto el

rumbo correspondiente.

La irritación persistente de Harrar se agudizó.

—Si la fragata es capaz de viajar por el espacio oscuro, los *Jeedai* podrán elegir entre muchos destinos.

—Es cierto, Eminencia, pero la nave de Nom Anor resultó dañada durante su fuga de la mundonave. La *Ksstarr* está hambrienta y herida, y si no recibe los cuidados adecuados morirá pronto. Seguramente, hasta esos infieles percibirán que está llegando al límite.

—Tu lógica es poco sólida —observó el sacerdote.

Khalee Lah bajó la cabeza a modo de disculpa.

—Uno de los *Jeedai*, una hembra, es vástago de la familia real de Hapan —añadió—. Esto lo descubrimos durante la ruptura. No de esta *Jeedai*, sino de otro.

Harrar percibió en la voz del guerrero un matiz de admiración involuntaria.

—Debo entender que esta hembra no sucumbió a la ruptura. Bien. El don adicional de una *Jeedai* digna puede aplacar a los dioses por este retraso en el sacrificio de los gemelos. ¿Cómo se llama esa infiel?

—Tenel Ka. Se dice que combatió bien, a pesar de que sólo tiene un brazo. Otros infieles tienen miembros artificiales hechos con abominaciones mecánicas. Ésta no —sus labios marcados de cicatrices formaron una sonrisa de predador—. Si se le adapta una prótesis como es debido, podría resultar un digno rival, o al menos una diversión interesante.

—En tal caso, tú mismo podrás ofrecerla como sacrificio de guerrero —dijo Harrar. Su frente inclinada se llenó de surcos al considerarlo—. Muchas naves de Hapes murieron con las nuestras en la batalla de Fondor, destruidas por una luz mortal procedente de una abominación mecánica. Dado lo que sabemos de los infieles, se cree en general que se desembarazaron de algo que consideraban poco importante. Sobre la base de estos razonamientos se consideró que el cúmulo estelar Hapes era indigno de nuestra atención. No obstante, si esta *Jeedai* es un ejemplo característico de la nobleza Hapan, es posible que esto merezca estudiarse de nuevo.

El guerrero soltó un resoplido de desdén.

—El cúmulo estelar Hapes no está controlado por los yuuzhan vong, pero está vencido de todos modos. Desde Fondor, los infieles del cúmulo de Hapes se han apiñado en sus mundos sin hacer nada.

—¿Y la presencia de *Jeedai* allí?

—Ninguna digna de mención; de hecho, hay mucho rencor contra ellos. La Brigada de la Paz ha encontrado reclutas entusiastas entre los hapanos. Ya hemos puesto sobre aviso a varios agentes conocidos.

Harrar observó cuidadosamente al guerrero. Algo marchaba mal. Khalee Lah había dado respuestas claras y directas a todas sus preguntas, pero no había ofrecido a

Harrar más información que la que éste le había solicitado.

—Hay algo más —observó—. No me lo estás contando todo. Un sacerdote de Yun-Harla tiene maneras de saber estas cosas.

La reverencia del guerrero fue esta vez honda y profunda, y en señal de respeto se llevó dos dedos a la frente adornada por un cuerno.

—Soy un comandante militar, Eminencia. Ciertas tácticas dependen del secreto para su éxito. Sólo puedo comentar estas tácticas con mis superiores.

Las palabras desatentas del guerrero dieron a Harrar una punzada de irritación. Se la quitó de encima en seguida, pues la sinceridad del guerrero, además de su firme piedad religiosa, sugerían una táctica que probablemente daría a la cuestión un giro favorable para Harrar.

—Tú mandas a mi escolta. La mía —recalcó el sacerdote—. Apoyas la tarea que me ha encomendado una autoridad tan alta como la de Tsavong Lah. Si el cargo del Maestro Bélico no te parece lo bastante elevado, piensa lo siguiente: ¿qué guerrero yuuzhan vong no está sometido a los dioses? ¿Y quién puede interpretar mejor la voluntad de los dioses que un Sumo Sacerdote?

Khalee Lah hizo una genuflexión.

—Me doy por reprendido. Ordena.

—Parece que estás seguro del destino de la *Ksstarr*. Dime por qué.

—Tenemos muy minados con dovin basal los territorios bajo nuestro control —dijo Khalee Lah, hablando despacio—. Éstos son capaces de alterar el vuelo de los navíos infieles; incluso, a veces, de sacarlos del vuelo por el espacio oscuro.

—Eso ya lo sé —dijo el sacerdote con impaciencia.

—Estos dovin basal se comunican también con las naves yuuzhan vong que pasan. Queda registrado el paso de cada nave, y la información se transmite al yamosk de las naves exploradoras. La información potencialmente importante se traslada a los comandantes, incluso, en algunos casos, al propio Maestro Bélico.

El sacerdote abrió más los ojos.

—De modo que los militares controlan todas las naves yuuzhan vong.

—Se consideró lo más prudente, Eminencia. No se pretendía faltar al respeto a la casta sacerdotal ni a nuestros cuidadores.

Harrar se reservó su opinión al respecto.

—Esta política nos alivia considerablemente la tarea —dijo—. Seguiremos hacia Hapes.

Se produjo un cambio sutil del olor reinante en la cámara, lo que indicaba una salida inminente del espacio oscuro. El sacerdote y el guerrero se instalaron en asientos asegurados para la transición.

Cuando la nave sacerdotal empezó a temblar y redujo la velocidad, tomaron existencia una multitud de planetas y estrellas que todavía no resultaban familiares,

primero en forma de líneas, después como puntos fijos de luz. Khalee Lah asintió con la cabeza en señal de satisfacción al observar varios puntitos brillantes de luz verde a lo lejos. Las luces trazaron un semicírculo y empezaron a desplazarse con regularidad hacia la nave sacerdotal.

—La Brigada de la Paz —dijo con tonillo de desdén—. ¡Después de pasarse años enteros entre los infieles, ésta es la alianza que consigue Nom Anor!

—Al menos están a punto y tienen la capacidad suficiente para esperarnos en el lugar indicado. Deberías guardarte de sugerir que las decisiones del Ejecutor pueden resultar erróneas.

—Hay quien cree que ya han resultado así —dijo el guerrero con franqueza.

Harrar contuvo una sonrisa maliciosa. Una vez roto el hielo, el agua corría con libertad.

—Parece que estás bien informado de lo que pasa en las cercanías de Myrkr.

—Los militares tenemos informantes en esa mundonave, como es natural. Los cuidadores de Yavin 4 no cumplieron sus objetivos, y no podemos permitirnos nuevos fracasos. Había mucho en juego en el clonado de voxyn.

Aquella información era importante, eran cosas que Harrar no sabía, cosas que podía ser peligroso saber.

—Ya veo —murmuró.

—Se consideró prudente tomar esta precaución —siguió diciendo Khalee Lah—. Nom Anor ha fallado más de una vez. Los miembros de su tripulación me dan parte a mí, y yo, a mi vez, informo al Maestro Bélico.

El sacerdote decidió tantear los límites de la sinceridad del joven guerrero... y de su buen juicio.

—Dame los nombres de esos agentes.

Khalee se los dio sin dudas ni titubeos.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tu respuesta imprudente podría haber costado la vida a estos informantes? —dijo el sacerdote con severidad.

—En esta cámara sólo estamos tú y yo —dijo Khalee Lah, frunciendo con desconcierto la frente llena de cicatrices.

—Dos o veinte, no importa. Tsavong Lah se encuentra en una situación muy precaria. Sus implantes no se han curado todavía. Hay cuidadores poderosos, y no pocos sacerdotes, que están a punto de anunciar que esto es señal del desagrado de los dioses. La información es como el plasma: puede unir, o puede quemar. El necio que la reparte con demasiada libertad se convierte en un arma de la que se puede servir a su voluntad cualquiera: el guerrero, el cuidador, el sacerdote, el avergonzado... hasta el infiel.

El rostro marcado del guerrero se oscureció de ira. Se irguió despacio, de manera amenazadora, en actitud dominante por encima del delgado sacerdote.

—¡Ay, siéntate! —dijo Harrar con irritación—. ¡Te estaba recomendando que aprendieras a ser discreto; no me estaba reconociendo como traidor!

Khalee Lah parecía inseguro.

—¿Y tu devoción al Maestro Bélico?

—Inamovible desde que fuimos compañeros en nuestra juventud —respondió.

—¡Has invocado a los dioses para extraer información militar!

—Soy sacerdote de Yun-Harla —dijo Harrar haciendo alarde de precisión—. Di a mis palabras la forma conveniente para un fin deseado. Así es como obramos. Tranquilízate, y haz el favor de adquirir algo de sutileza.

El guerrero inclinó la cabeza con respeto, y después se volvió hacia la pantalla de visualización y hacia cosas más acordes con su entendimiento. Contemplaron juntos la aproximación de la nave extraña.

Harrar observó la nave infiel con mezcla de fascinación y repulsión. Aunque era evidentemente mecánica, estaba construida a semejanza de un insecto gigante. De un cuerpo curvo, compuesto de segmentos, arrancaban en ángulo hacia arriba unas alas metálicas delgadas. A cada lado del cuerpo estaban replegadas dos pares de extremidades como patas con las articulaciones invertidas. La cabina redonda parecía una cabeza, y, vista desde un lado, el ventanal negro brillante parecía el inmenso ojo múltiple de un insecto.

—Había infravalorado a esos infieles. ¿Quién los hubiera creído capaces de un insulto a los dioses tan flagrante? —murmuró Khalee Lah. Alzó la voz dirigiéndose a los guardias del sacerdote—. ¡Asegurad la nave infiel y traedme a todos los que están a bordo!

Acudió a su llamada una hembra con tatuajes verdes y amarillos. Como Khalee Lah, estaba revestida de una armadura viviente. La suya era de un color verde moteado que se confundiría bien con el color de alguno de los mundos verdes que tanto abundaban en esta galaxia. Harrar albergaba la esperanza de hacer suyo un mundo así, y las armaduras de su guardia personal habían sido creadas pensando en la exploración. Pero ahora que sabía que sus viajes eran seguidos e informados, tendría que aplicar mayor discreción.

La atención de Harrar se dirigió bruscamente a las dos criaturas que seguían a la guardia. Hizo un gesto de desprecio. Aquéllos eran dos de los ejemplares más lamentables de ser humano macho con los que se había topado Harrar hasta entonces.

Los dos eran altos, y puede que alguna vez se les hubiera podido considerar bien formados. Uno estaba demasiado flaco para estar sano, y su nariz prominente asomaba entre dos ojos negros que tenían un brillo febril. Un tic persistente de un ojo y un movimiento nervioso de aquel hocico prodigioso le daban una semejanza notable con un roedor sin pelo. El otro hombre tenía abundante cabello de color rojizo vivo, que le caía en una masa de bucles desordenados hasta los hombros y

también le brotaba de manera igualmente descontrolada de las mejillas y la barbilla. Su falta de disciplina era ilimitada: tenía blandos los brazos inmensos, y la barriga flácida le asomaba por encima del cinturón de armas.

Khalee Lah no intentó disimular su desdén.

—Decid vuestros nombres.

Los dos hombres hicieron sendas reverencias mecánicas y sin elegancia.

—Benwick Chell —anunció el peludo—. Y mi copiloto, Vonce.

—¿Sois miembros de la Brigada de la Paz?

—Así es.

—¿Por qué?

Los humanos parpadearon al unísono y se cruzaron miradas de desconfianza.

—¿Cómo que por qué? —repitió el que se llamaba Benwick.

—La pregunta es bastante sencilla —dijo Khalee Lah—. ¿Qué esperáis ganar con esta alianza?

—Nuestras vidas —dijo el hombre, sin más.

—Pobre recompensa... —dijo Khalee Lah con un gesto de desdén.

—Puede ser —repuso el hombre con barba, dando la primera muestra de carácter desde su llegada—; pero a un muerto le resulta difícil gastarse los créditos de las recompensas.

—Interesante filosofía —intervino Harrar—, pero el debate resultaría más oportuno en otras circunstancias. Necesitamos más agentes en este sector. Dinos qué animaría a los hapanos a sumar sus fuerzas a las de los yuuzhan vong.

—No hay gran cosa por hacer. Ya está hecho casi todo.

Tendríais que conocer un poco de nuestra historia —empezó a contar el hombre, animándose con el tema—. Hace cientos de años, Hapes fue colonizado por piratas.

Khalee Lah se dio unos golpecitos en el oído, solicitando al tizowym que tenía alojado allí que le proporcionara una traducción que él pudiera comprender.

—He oído hablar de los piratas —intervino Harrar—. Asaltáis las naves y robáis su carga.

—Y a sus pasajeros, a veces —dijo el hombre de manera significativa—. Podría decirse que el trabajo que queréis que hagamos lo tenemos ya preprogramado en nuestros ordenadores.

—Eres un necio —dijo Khalee Lah con un gruñido—, y tu nave es un bicho blasfemo. Nuestras presas, con todo lo patéticas que son, os aplastarían de un solo golpe.

El humano hizo un gesto con su cabeza peluda hacia el hangar de la popa de la nave sacerdotal.

—La nave Avispa es un navío de exploración, nada más. Cuando encontremos la fragata, atacaremos con todas nuestras fuerzas.

—Y ¿quién estaría al mando de ese ataque?

—Yo —dijo Benwick, irguiendo la cabeza.

Khalee Lah alzó las manos al cielo y se apartó. El humano lo persiguió.

—No pienses que no soy capaz. He pasado los quince últimos años en la armada hapana, seis de ellos como jefe de escuadrón.

El guerrero se volvió sobre sí mismo, haciendo detenerse al hombre.

—Entonces, ¿por qué no os resistís a nuestra invasión?

—Lo intentamos —dijo el hombre lacónicamente—. No funcionó.

Harrar empezaba a comprender.

—Estuviste en Fondor.

—Mi escuadrón quedó destruido, gracias a la reina bruja y al entrometido de su amigo Jedi. De modo que volvimos a la profesión de nuestros antepasados.

—Desertaste —concretó Khalee Lah. Harrar advirtió en el rostro del joven guerrero la tormenta que se avecinaba e, instintivamente, avanzó un paso. No llegó a tiempo.

El guerrero levantó bruscamente el brazo izquierdo, con el codo retrasado y el puño cerrado junto a la oreja, con dos dedos estirados formando un arma viva. Asestó el golpe y clavó los dedos en la garganta del hombretón. El barbudo pelirrojo echó la cabeza hacia atrás. Dio algunos pasos titubeantes y cayó, llevándose las manos a la garganta, que tenía bloqueada de manera extraña, y jadeando por falta de aire. Khalee avanzó, y en sus ojos había una promesa de muerte.

Harrar hizo un leve gesto de la cabeza que hizo que la guerrera femenina se adelantara de un salto. Khalee Lah extendió una mano como para hacerla a un lado. Ella asió la muñeca del guerrero corpulento y la giró, haciéndole perder tanto la concentración como el equilibrio. La guerrera se dejó caer hábilmente al suelo y giró sobre sí misma, arrastrando consigo al guerrero. Se puso de pie con una rapidez que Harrar habría juzgado imposible.

Inmediatamente, cayó de rodillas. Echó la cabeza hacia atrás ofreciendo la garganta a Khalee Lah. El guerrero, mientras se levantaba, cerró el puño, formando con las púas de sus nudillos un cuchillo corto con filo de sierra.

—No —dijo Harrar con firmeza, interponiéndose entre los combatientes—. No se castigará a esta guerrera por haber obedecido una orden.

—¡Soy yo quien doy órdenes a los guerreros! —protestó Khalee Lah.

—Y tú, a tu vez, estás a mi servicio —observó el sacerdote—. ¿Acaso no tengo derecho a daros órdenes a los dos?

—¿Le has ordenado que me atacara?

—Que te detuviera. El humano estuvo en Fondor. Puede que posea información útil.

Khalee Lah inclinó la cabeza, pero le seguían ardiendo los ojos.

—Neeka Sot no es una verdadera guerrera, sino que es miembro de una secta de asesinos a los que se prepara desde que nacen para el ataque rápido y el combate cuerpo a cuerpo. No te ha vencido en combate. Si yo no te hubiera detenido, la habrías matado con facilidad. Además, es mi guardaespaldas personal —añadió Harrar—. ¿Acaso crees que los militares sois los únicos que empleáis controles y salvaguardas?

Dejó que el guerrero atónito fuera asimilando esta revelación, y se dirigió al humano llamado Vonce. Al hombre se le había puesto el rostro de un tono pálido enfermizo, y miraba con fascinación horrorizada a su camarada que se ahogaba. El tic que tenía en el ojo se le había acelerado hasta que aquella parte de su cara parecía un animalillo que se revolvía ante la muerte.

—Haremos reanimar al hombre de la barba roja —le aseguró Harrar—. Dime lo que sepas de Jaina Solo.

El rostro de Vonce recobró un poco de color, y el tic frenético se redujo hasta quedar reducido a un pestañeo rítmico involuntario.

—Acabábamos de hacer una presa y nos dirigíamos a Coruscant para descargar. Todos nos vimos envueltos en la retirada. Oímos una transmisión de Leia Organa Solo, que insistía en que su hija Jaina pilotaba una fragata yuuzhan vong.

—Eso concuerda con lo que sabemos —asintió Harrar—. ¿Esa hembra Solo también es *Jeedai*?

El hombre se rascó la gran nariz, pensativo, y después se encogió de hombros.

—Eso he oído decir.

—Otro gemelo —dijo Khalee Lah con desprecio, mientras se acercaba a escuchar—. ¿De manera que esta nueva hembra Solo es capaz de hablar con Jaina Solo por medio de los hechizos *Jeedai*?

—Eso no sabría decírtelo, pero vi otra cosa que podría explicar cómo comunicó el mensaje la chica Solo. La fragata se colocó ante el rumbo de vuelo mismo del *Halcón*, como si estuviera retando a Han Solo a que le disparara.

—¿Es que uno de cada tres humanos de esta galaxia se llama Solo? —preguntó Khalee Lah.

—Sí que lo parece a veces —respondió Vonce con una sonrisa fugaz—. En todo caso, el viejo Han disparó y la fragata se apartó como si hubiera estado esperando el tiro, dejando a tiro al coralita que tenía detrás. Qué preciosidad —comentó, sacudiendo la cabeza—. Lo siento por el cori, claro está —se apresuró a añadir.

—¿Y crees que ese Han Solo reconoció la maniobra?

—A mí me parece que ya la habían ensayado alguna que otra vez —asintió Vonce—. Y justo después de aquello, la Solo se puso al comunicador y avisó a todos para que dejaran en paz a la fragata. Justo después, recibimos por el coro de villip un mensaje que nos describía la fragata y ordenaba que todos los que se encontraran en

la zona próxima ayudaran a los yuuzhan vong a capturarla. De modo que me figuro que Leia Solo decía la verdad.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Disparamos a la fragata, apuntando a la parte inferior, como nos dijeron. La nave esquivaba todos los condenados disparos —dijo con asombro—. He visto pilotos mejores que la chica Solo, pero no a muchos.

Harrar echó una mirada a Khalee Lah. Tal como había esperado, el guerrero parecía muy alterado por aquel testimonio de la habilidad y la astucia de la gemela *Jeedai*.

—Recibirás la recompensa que mereces —le dijo el sacerdote. Lanzó una mirada significativa hacia Neeka Sot. La guerrera se adelantó rápidamente y dio un salto. Cayó sobre los hombros de Vonce, apretándole con fuerza el cuello con las piernas acorazadas.

Su peso lo hizo caer de rodillas. Neeka Sot se mantuvo a horcajadas sobre él. Tocó ligeramente el suelo con la bota izquierda e hizo un fuerte giro hacia ese lado. El cuello de Vonce se rompió con un crujido perceptible mientras éste seguía cayendo. La guerrera siguió su movimiento con suavidad, sin perder el ritmo, dirigiéndose hacia el hombre que se ahogaba.

La cara de Benwick iba adquiriendo un tono morado. Neeka Sot le retiró las manos de la garganta de una patada y le presionó el cuello por un lado con la bota. Cuando retrocedió, el hombre tomó aire con un jadeo largo y penoso.

La hembra se inclinó y asió un puñado del pelo rojo y rizado de Benwick. Tiró hasta ponerlo de rodillas de un tirón y lo siguió sujetando de los cabellos.

Sin soltar la presa, Neeka Sot rodeó al humano hasta que lo tuvo frente a frente. Le ladeó la cabeza de un tirón, e hizo un gesto de asentimiento al sacerdote.

Herrar sacó una cajita de entre los pliegues de su paño de cabeza. Contenía una criatura de color verde brillante. Volcó la cajita y dejó caer al pequeño sirviente en el oído del humano.

Los chillidos de protesta de Benwick llenaron la cámara durante unos momentos. Harrar mantuvo la paciencia con dificultad. Los humanos tenían una renuencia ridícula a unirse a criaturas útiles, pues consideraban que la soberanía de sus cuerpos, penosamente inadecuados, era un bien superior a la mayor fuerza y eficiencia.

Benwick se debatía y protestaba como si sus opiniones pudieran contar para algo. Por último, el proceso quedó completado y el ser humano se puso de pie penosamente.

Se llevó la mano a la oreja y miró con rabia el cuerpo de su camarada.

—¿Esto es lo que entendéis por una recompensa?

—Podremos comunicarnos contigo de manera más directa y eficiente —dijo Harrar—. Con esta ventaja, tendrás más posibilidades de capturar a Jaina Solo que

cualquiera de tus colegas piratas. Ahora, vete. Neeka Sot se llevaría un gran disgusto si creyera que mi regalo no se agradece.

El hombre pelirrojo dirigió una mirada de puro veneno a la guerrera, pero la reverencia que dirigió a Harrar y a Khalee Lah fue aceptablemente respetuosa. Se volvió y echó a andar por el pasillo.

Neeka Sot hizo una reverencia a Harrar y después se dejó caer sobre una rodilla ante Khalee Lah. Éste, algo apaciguado por esta manifestación de respeto, le indicó con un gesto que se levantara y se marchara.

El sacerdote se volvió para observar al joven guerrero.

—Tus convicciones son tan fuertes como la armadura que llevas, pero mucho menos flexibles. Te sientes inquieto cuando se trastocan tus ideas —le dijo—. Pero ten bien presente lo que hemos aprendido aquí. Jaina Solo puede resultar una rival más temible de lo que esperábamos.

—¡Es una infiel!

—Y nosotros no —dijo el sacerdote con tono mordaz—. Dada nuestra devoción, debemos entender lo poderosa y lo potente que puede llegar a ser una Mentirosa.

El guerrero dirigió la mirada bruscamente a la cara de Harrar.

—¡No estarás comparando a esta humana con Yun-Harla!

—Eso sería una blasfemia —asintió el sacerdote—. Lo único que hago es recordarte que Yun-Harla nos enseña que las cosas nunca son tal como parecen. Como corresponde a una Mentirosa, la diosa envía sus lecciones cuando menos se esperan y en las circunstancias más insólitas.

Mientras Harrar hablaba, lo recorrió un escalofrío premonitorio. Por fortuna, el guerrero no dio muestras de advertir su intranquilidad.

—¡Insólitas, desde luego! —asintió Khalee Lah—. No obstante, sólo los necios subestiman a sus enemigos.

Hizo una reverencia y salió de la cámara, dejando a Harrar para que reflexionara sobre la herejía que acababa de negar.

Se rumoreaba que los *Jeedai* tenían más en común con los dioses *yuuzhan vong* de lo que querían reconocer los de la casta guerrera. Corrían rumores que hablaban en voz baja de una herejía que había surgido en Yavin 4, donde algunos de los Avergonzados esperaban la liberación por parte de los *Jeedai*.

Harrar caminó hasta el ventanal y miró con ojos desatentos hacia las estrellas que estaban más allá, hacia los mundos incontables que esperaban cobrar forma y pureza. Consideró lo que había dicho a Khalee Lah, y comparó su propia devoción a la diosa con la fe inquebrantable del guerrero. Y se preguntó, como solía preguntarse, cómo era posible venerar sin reservas a una diosa en la que no se podía confiar nunca.

Una larga vida de viajes le había inspirado el anhelo de tener un mundo natal. Era posible que un poco de herejía aportara a su vida una nueva nota de constancia. Y

después de tantos años como sacerdote, quizá representara un gran alivio poder creer en algo.

CAPÍTULO 8

Las luces de la consola del piloto del *Halcón Milenario* parpadeaban esporádicamente, como el letrero luminoso de energía solar de una cantina barata tras unos cuantos días de tiempo nublado. Han Solo miró los controles con el ceño fruncido, y después cerró el puño y dio un golpe en una parte de la consola que ya estaba muy abollada. Los sensores volvieron a la vida. Han dirigió a su copiloto una mirada de reojo y una sonrisita confiada.

Leia sacudió la cabeza, con los ojos castaños fijos en una pantalla pequeña.

—No sirve. Los datos de Erredós indican que necesitamos reparaciones más precisas. Y pronto.

Han se inclinó hacia la pantalla y estudió los datos técnicos.

—Sí —reconoció tras unos momentos—. El problema es encontrar un lugar tranquilo.

—El cúmulo estelar Hapes —propuso ella con tranquilidad, alzando los ojos hacia la cara de su marido.

La mirada de Han se volvió cautelosa.

—Según mis últimas noticias, los hapanos no son muy aficionados a las visitas.

—Muy cierto. Pero no hace mucho tiempo, Teneniel Djo envió al senado un mensaje en el que sugería que podía abrir Hapes a los refugiados. Comprendo tu vacilación —añadió Leia, aludiendo al noviazgo poco ortodoxo de los dos y a la desconfianza que guardaba Han hacia su antiguo rival, Isolder, que ahora era esposo de Teneniel Djo—. Pero yo elegí, y hasta ahora no me he arrepentido... demasiado.

Leia no aludió a su último encuentro con la antigua reina madre de Hapes, Ta'a Chume, madre del príncipe Isolder. Ésta se había empeñado en hablar de los problemas conyugales de su hijo y de su deseo de que Isolder hubiera elegido como esposa a la princesa Leia, en vez de a Teneniel Djo, una mujer guerrera del remoto Dathomir. Leia sabía lo manipuladora que podía llegar a ser Ta'a Chume, y desde luego que no estaba dispuesta a agravar una situación que ya era delicada de suyo. Pero de momento, tenía otras cosas en que pensar por encima de esas preocupaciones.

—Tenel Ka era miembro de la fuerza de ataque de los Jedi —le recordó Leia—. Por ello, es posible, incluso probable quizá, que Jaina aterrice con la nave yuuzhan vong en Hapes.

A Han se le iluminó la mirada.

—Es lógico. Es una chica razonable, así que seguramente tienes razón.

Dando por zanjada satisfactoriamente la cuestión, empezó a poner rumbo al cúmulo estelar Hapes.

—¿No deberíamos pedir su opinión a Luke y a Mara?

—Se la pediremos, claro que sí, cuando la nave que pilotemos sea suya —dijo Han. Sonrió brevemente para quitar malicia a sus palabras, y después marcó el rumbo y se preparó para el hiperespacio.

Cuando se hubo realizado el salto, añadió:

—Hay que afrontarlo: no les va a importar dónde aterricemos. Sólo estarán en el mundo el tiempo justo para que Mara compre, pida prestada o robe una nave que los lleve allí donde Lando llevó a Ben.

—Muy cierto —reconoció Leia. Cerró los ojos ante la amenaza repentina de las lágrimas, e intentó no envidiar a su hermano y a la esposa de éste su próxima reunión con el hijo de ambos.

No habría ninguna reunión con su nene, con su Anakin. Ni quiera tendría el triste consuelo de ver su cuerpo, de honrar al hombre en que se había convertido, con los ritos solemnes de un funeral Jedi.

Han extendió una mano y la puso sobre la de ella.

—Te quiero, ya lo sabes. Estás aguantado de maravilla —le dijo en voz baja—. Nos estás sacando adelante a los dos.

Leia abrió los ojos y se volvió hacia su marido.

—No es cierto. Tú eres el único motivo por el que no estoy acurrucada en posición fetal.

—Tampoco es cierto eso. Eres una luchadora; lo has sido siempre. Te has llevado un puñetazo de mil demonios, pero has vuelto a ponerte de pie.

Se frotó inconscientemente la mandíbula, pues aquella metáfora le despertaba incontables recuerdos.

—Pero duele, ¿verdad?

—Sólo cuando respiro.

Han bajó la cabeza, asintió. El duelo estaba siempre allí, era una herida abierta a cada roce, a cada brisa. Al cabo de unos momentos, propuso que los dos intentaran descansar un poco.

—No puedo dormir de ninguna manera —dijo Leia; pero aun mientras estaba pronunciando estas palabras se dio cuenta de cuánto le pesaban los párpados. El día anterior había durado demasiadas horas, había contenido demasiadas batallas, le había traído demasiado duelo. El peso de todo aquello hizo caer a Leia en el asiento del copiloto y sumirse en un sueño agitado.

Se despertó de pronto cuando la vieja nave se agitó y tembló al volver a la velocidad sublumínica. Dirigió una mirada a Han, y se quedó paralizada en el momento en que se estaba estirando.

Han estaba inclinado sobre los controles, luchando con la nave con cara seria. Se cernían ante ellos varios objetos grandes y oscuros. Leia se incorporó bruscamente en su asiento.

—¿Un campo de asteroides?

Una ráfaga de fuego de láser surgió de los cañones ventrales cuando Luke y Mara respondieron a la amenaza. Las líneas brillantes surgieron con precisión hacia sus objetivos... y, después, simplemente desaparecieron.

Leia contuvo la respiración, la soltó en un suspiro.

—Lo tomaré como un «no».

—Minas dovin basal —dijo Han con laconismo. El *Halcón* redujo por fin la velocidad hasta permitir las maniobras, y la escena que tenían por delante se enfocó. Docenas de grandes objetos semejantes a rocas, cada uno de ellos con forma de corazón de alguna criatura gigante, flotaban en el espacio, como agujeros negros sobre el fondo brillante de las estrellas.

Han maniobró sorteando hábilmente el campo de asteroides vivientes. Cuando estuvieron a salvo, echó una mirada a los controles de navegación.

—Esas cosas nos han sacado del hiperespacio. Deben de funcionar como un campo de interdicción.

Leia ya se ocupaba de encontrar sus nuevas coordenadas y de restablecer el salto por el hiperespacio.

—¿Cuántas veces podrá aguantar el *Halcón* que lo arranquen bruscamente de esa manera sin hacerse pedazos?

—Cinco o seis —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Cuántas? —le preguntó ella—. ¿Cinco o seis?

Han miró fijamente a Leia, y adoptó al instante una expresión grave.

—Hablas en serio.

Ella hizo una mueca y llevó las manos a los controles.

—Prefiero ponerme en el peor de los casos, para ir bajando desde allí.

Los sacaron del hiperespacio dos veces más antes de que aparecieran en las Brumas Transitorias, una nube fantasmagórica que rodeaba el sistema de Hapes.

—No ha estado tan mal —comento Han cuando dejaban atrás las Brumas. Ni siquiera nos han hecho perder mucho tiempo.

—Le hace a uno pensar por qué se toman la molestia —pensó Leia en voz alta—. A no ser que...

Han le echó una viva mirada.

—A no ser que esas cosas tengan el modo de registrar lo que ha pasado cerca de ellas —dijo—. Los vong podrían estar siguiendo los movimientos. Lo más probable es que sepan que estamos aquí.

—Y que lo sepan éstos, también —añadió ella, indicando con un gesto de la

cabeza la escena que se extendía ante ellos.

El *Halcón* entró penosamente en una aeroportopista casi con tanto tráfico como las que rodeaban a Coruscant. Naves de todos los tipos y tamaños se dirigían a los puertos de la ciudad real de Hapes, pasando por una pista definida por dos Dragones de Combate hapanos. Varias naves menores zumbaban aquí y allá, cortando el paso a algún navío que intentaba saltarse el punto de seguridad.

—Un carguero corelliano —observó Han, señalando con la cabeza una nave de carga grande—. Ése de allí es un navío diplomático de la Nueva República. Lo más probable es que veamos en Hapes muchos rostros familiares.

Leia se limitó a sacudir la cabeza, atónita y aterrada al mismo tiempo ante la escena que tenía delante. El tiempo que había pasado llevando a refugiados de un mundo a otro le había enseñado algunas cosas duras. Los yuuzhan vong no respetaban los centros de refugiados; de hecho, atacaban a los mundos que ofrecían asilo a los desplazados por la guerra. Dada la historia de aislamiento de Hapes, y dada la devastación reciente de su flota, aquel nuevo rumbo no sólo parecía extraño, sino hasta suicida. La flota hapana, diezmada, no podría contener ni siquiera un ataque menor de los yuuzhan vong.

—¿Cuánto tiempo crees que se tardará en hacer una reparación completa del *Halcón*? —preguntó ella.

—Es difícil saberlo. ¿Por qué?

Leia le miró con ojos de inquietud.

—No sé si Teneniel Djo será consciente de ello o no, pero ha convertido a Hapes en el próximo objetivo de los yuuzhan vong.

* * *

—¡Esa rycrit malnacida será la última reina madre, y nos va a llevar a todos a la tumba! —decía con rabia Ta'a Chume mientras se paseaba de un lado a otro sobre el mosaico precioso que cubría el suelo de su cámara.

Un joven atractivo estaba recostado en un sofá, contemplando a la mujer alta, de velo rojo, con mezcla de inquietud y de resignación.

Según veía él las cosas, Ta'a Chume era difícil de agradar y peligrosa cuando se le contrariaba, pero también era enormemente poderosa, rica e indulgente con sus favoritos. Nadie podría negar que la antigua reina madre ya tenía sus años, pero seguía siendo notablemente hermosa, esbelta y de buenas formas, con un perfil elegante que desafiaba la blandura y la flaccidez de los años, y cabellos rojos dorados sólo levemente plateados por el tiempo. En conjunto, Trisdin estaba bastante satisfecho con su suerte.

—Teneniel Djo ha reinado casi veinte años, a pesar de sus limitaciones evidentes

—señaló—. Sin duda, eso demuestra la fuerza y la seguridad de la casa real.

Ta'a Chume lanzó una mirada venenosa a su favorito.

—Tú te mueves entre el pueblo llano. ¿Qué dicen del príncipe Isolder?

A Trisdin se le secó de pronto la garganta.

—Es muy amado por su pueblo...

Ella lo interrumpió con un gesto imperioso de impaciencia.

—¡No me insultes con mentiras aduladoras! Mi hijo comprometió una flota numerosa del Consorcio en la batalla que la destruyó. Desde el desastre de Fondor, se han producido al menos siete atentados contra su vida. ¡Algunos, por parte de miembros de la familia real!

La mayoría inspirados por Alyssia, sobrina de Ta'a Chume, con la que guardaba un parecido sorprendente en aspecto y en temperamento. Trisdin solía compararlas mentalmente con la mañana y la tarde, y siempre que podía repartía su tiempo en consecuencia.

—¿Dónde está ahora el príncipe? —preguntó, aparentando toda la indiferencia que pudo—. A salvo, espero...

Ta'a Chume dejó de pasearse de un lado a otro y clavó en el joven una mirada especuladora.

—Le convencí de que se marchara del mundo.

—Eso debió de resultar difícil. El príncipe no es persona que huya de los problemas.

—Al contrario, ¡siempre corre a su encuentro! Pero hasta Isolder es capaz de aprender. En Fondor se demostró que pasar a la acción antes de recoger información adecuada puede resultar fatal. No fue difícil convencerle del valor de una misión de recogida de datos. Sabe lo vulnerable que es ahora Hapes, y quiere aprender todo lo que pueda acerca de los invasores. ¡Gracias a Teneniel Djo, pronto tendrá ocasión de poner a prueba esos conocimientos!

—No entiendo por qué permitió que Teneniel Djo abriera Hapes a los refugiados.

Los ojos de la mujer despidieron llamas por encima de su velo.

—No tiene derecho a contradecirla, ni poder para hacer tal cosa. Ella es la reina madre.

—Y se le debe honrar como a tal... mientras sea capaz de mantener el trono —dijo Trisdin, que comprendía su papel. Ta'a Chume odiaba a su nuera, pero protegía el título y su poder. Quizá quisiera ver muerta a la joven; hasta podía organizar su muerte ella misma... pero no estaba dispuesta a tolerar ninguna injuria contra la realeza como tal.

Trisdin estiró sus largos miembros y se acercó tranquilamente a Ta'a Chume. Se puso de pie tras ella y empezó a darle un masaje en los hombros con la habilidad que da la práctica.

—Tantas cargas —le dijo con voz suave—. Los yuuzhan vong, el desastre de Fondor, la cuestión sucesoria... —Ta'a Chume se puso tensa bajo sus manos—. ¿Eso no se ha resuelto todavía?

—No —dijo ella escuetamente.

Él la rodeó con sus brazos.

—Es una lástima que tu consorte real sólo fuera capaz de engendrar varones. ¡Qué reina podría ser una hija tuya! De hecho, todavía eres joven...

La risa burlona de ella lo hizo callar.

—Eres ambicioso ¿verdad? No tengo ningún deseo de tomar un nuevo consorte real; y, aunque te autorizo a que me adules todo lo que quieras, ¡haz el favor de ceñir tus alabanzas a los límites de lo posible!

Trisdin se encogió de hombros.

—Es una lástima que la hija de Isolder sea partidaria de la cultura de su madre.

—¡Cultura! —repitió Ta'a Chume con desprecio—. Eres muy amable con los dathomirianos. Con todo, Tenel Ka tiene bastante capacidad.

—Pero ¡no tiene ningún sentido del deber! Se niega a servir a Hapes, como has hecho tú... y como sigues haciendo.

Ta'a Chume empezó a pasearse de nuevo.

—La cuestión de la sucesión real se ha convertido en motivo de enfrentamiento entre mi hijo y su esposa. Isolder se está volviendo cada vez más tradicionalista, y quiere que su hija reine, como es lo justo y lo conveniente. Teneniel Djo se empeña en que Tenel Ka conserve la libertad de elegir su propio camino.

—Al menos, Teneniel Djo estuvo dispuesta a tener otro hijo.

—¿Dispuesta? ¡Se empeñó en tener otro hijo! Y eso ha suscitado un nuevo problema. Mi hijo es orgulloso, y conoce muy bien la postura de las Brujas de Dathomir respecto de los varones. ¡Teneniel Djo y las suyas tratan a los hombres como a poco más que esclavos y ganado de cría!

A Trisdin se le ocurrió preguntarse si aquello difería notablemente del matriarcado hapano; pero contuvo en seguida un impulso que sabía que era suicida.

—No cabe duda de que la frustración de Isolder lo llevó a comprometer al Consorcio en la batalla —dijo—. A mí no me sorprendería que el fracaso resultante lo hubiera dejado más sensible a los supuestos desprecios e insultos de lo que estaría si hubiera sido de otra manera. Es posible que los disgustos entre el príncipe y su reina se pasen cuando a aquel se le vaya curando su honor herido.

—Es poco probable —dijo la antigua reina con tono sombrío—. Isolder respeta a las mujeres fuertes. ¿Qué puede apreciar en una bárbara como Teneniel Djo? ¿Cómo puede estar dispuesto a aceptar un papel subordinado, por debajo de alguien tan evidentemente indigno?

—Entonces, la solución será encontrarle una reina digna.

Estas palabras equivalían a una traición merecedora de una muerte rápida y segura; pero Ta'a Chume se limitó a asentir con la cabeza.

—En eso estriba el problema —pensó en voz alta—. Se avecina una guerra. Ya no hay manera de evitarla. Necesitamos a una mujer dotada de una inteligencia despiadada, a una persona con experiencia de mando.

—Sólo tú te ciñes a esa descripción.

Ella negó con la cabeza.

—Cuando una reina madre ha abdicado a favor de una sucesora, le resulta extremadamente difícil recuperar el poder. El pueblo necesita a una reina guerrera; y Teneniel Djo, con todos sus defectos, cumple esa función.

—Como también la cumple la princesa Leia —observó él, sospechando adónde podían encaminarse los pensamientos de ella.

—Leia tiene educación, formación y experiencia —asintió Ta'a Chume—, pero es más diplomática que guerrera. Y, francamente, surgiría inevitablemente una nueva serie de problemas conyugales. Mi hijo estaría resentido con ella al poco tiempo. Sencillamente, es demasiada mujer para él.

¡Y quizá sería también demasiada mujer para Ta'a Chume!, pensó Trisdin. El resentimiento que albergaba la antigua reina contra Teneniel Djo se debía en gran parte a la negativa de la joven a dejarse aconsejar, cuanto más a dejarse controlar.

—Evidentemente, no querrías ver a una mujer débil en el trono de Hapes —observó Trisdin—. Pero Isolder podría quedarse más satisfecho con una mujer muy joven. Por muy competente que pueda ser dicha mujer en cualquier caso, sería más probable que él sintiera que controlaba la situación. Como es natural, una joven reina necesitaría los consejos de un asesor sabio y experimentado, y una mujer dotada de buen sentido no acudiría a su esposo en busca de consejo.

Ta'a Chume se le quedó mirando fijamente unos momentos. Se le formaron arrugas alrededor de los ojos, prueba de que estaba sonriendo por debajo del velo.

—Aunque no se me otorgó una hija de mi sangre, estás diciendo que yo todavía podría formar a una sucesora y moldear a mi imagen a una joven prometidora.

—Y, mientras tanto, tener a Isolder contento y donde no estorbara.

Sonó una risa burbujeante tras el velo carmesí.

—¡Trisdin, no tienes precio! Ahora, vete a prepararte para los festejos de esta noche.

Trisdin se marchó con paso tranquilo, satisfecho de sí mismo. La sonrisa de Ta'a Chume perduró hasta que la puerta se cerró tras el último de sus favoritos. Después, se dirigió al sofá y se derrumbó en él con un hondo suspiro de preocupación.

En Hapes se estaban fraguando más tormentas de las que Trisdin sabía o de las que podía imaginarse siquiera remotamente. Aunque Ta'a Chume no ostentaba el poder oficialmente, tenía sus recursos y sus fuerzas que le eran leales. Una de estas

facciones, un grupo numeroso y poderoso, establecido ya por su madre, era antijedi en el fondo, y cada día lo era de manera más virulenta. Las cosas estaban tomando un cariz tal, que ella debía recompensarlos, si no quería perder su apoyo. No podía arriesgarse a sufrir tal pérdida: eran tan poderosos, que no ella no podía permitirse que se llevaran su fuerza a otra parte. Era preciso contentar a aquella facción, o destruirla.

Y si bien los intentos de asesinato contra la familia real no tenían nada de nuevo, Ta'a Chume empezaba a acusar la carga del nivel de paranoia necesario para mantenerse viva a sí misma y a su casa.

Teneniel Djo no hacía nada por ayudar. Aquella fuerza tan problemática había transmitido las ondas expansivas del desastre de Fondor, haciendo que Teneniel perdiera a su segundo hijo no nacido, al que había aguardado tanto tiempo. Aquello no había trascendido todavía fuera del palacio; Ta'a Chume lo había ocultado, pretextando que quería dar a su nuera el tiempo necesario para curarse y para llorar su duelo antes de hacer pública la noticia.

En realidad, Ta'a Chume consideraba que ese duelo era una debilidad decadente, un lujo que Hapes no podía permitirse. Si había soportado a Teneniel Djo tanto tiempo era sencillamente porque la alternativa (un golpe de Estado por parte de alguna de sus sobrinas) resultaba menos deseable todavía. Alyssia era una mocita ambiciosa, pero también era una mujer con sentido práctico. Lo primero que haría como reina madre sería destruir a Ta'a Chume y a sus descendientes. Ta'a Chume estaba segura de ello, pues era precisamente lo que haría ella misma en su lugar.

Pero la sugerencia de Trisdin ofrecía nuevas posibilidades. Con un escueto gesto de la cabeza, Ta'a Chume dejó sellado el destino de su hijo, de la esposa de éste, y de todo Hapes.

Lo único que faltaba entonces era encontrar a una joven prometedora que pudiera merecer la aprobación de Isolder, y entonces se acabaría la impresentable Teneniel Djo.

CAPÍTULO 9

Jaina se despertó bruscamente, a pesar de que ningún sonido había alterado su estado de trance. Se incorporó con los sentidos atentos en busca de lo que la había hecho despertar.

Pero en la nave reinaba el silencio, un silencio extraño. El silencio de la fragata yuuzhan vong era desconcertante para quien estaba acostumbrado al zumbido y al rugido de los motores. Jaina no estaba segura exactamente de por qué había esperado algo diferente; al fin y al cabo, ¿qué sonido producía la gravedad al doblarse? ¿Acaso iba a proferir un agujero negro un ruido como de un sorbido gigante cada vez que un dovin basal se tragaba un torpedo de protones?

Se frotó la nuca con una mano, y después se estiró, inspirando profundamente. Y entonces se dio cuenta de por qué se había despertado.

El aire estaba cargado de un olor leve pero penetrante, de un olor que ella no era capaz de comparar con ningún otro que conociera. Jaina se impulsó para bajarse del banco de coral y corrió hasta la cabina de mando.

Las líneas de estrellas se hicieron visibles al salir la nave de su vuelo por el hiperespacio. El olor raro debía de ser un sensor de alguna clase.

Las estrellas se enfocaron en puntos nítidos, pero perduraron unas leves líneas, luz de las estrellas refractada por algún objeto metálico que todavía no era visible.

Zekk estaba bien firme en el asiento del piloto, inclinado hacia la pantalla de visualización.

—¡Entrando! —exclamó.

Jaina se volvió hacia el asiento del piloto y se inclinó para mirar por encima del hombro de Zekk. Venía hacia ellos con decisión un grupo abigarrado de naves; algunos eran navíos hapanos; otros, más propios de piratas y de contrabandistas.

Ganner se deslizó en el asiento del artillero; su rostro atractivo estaba adusto ante la perspectiva de disparar contra aliados.

Zekk tocó con su cabeza encapuchada la de Jaina.

—¿Quieres hacerte cargo de esto? —le preguntó.

—Vuelvo a la cápsula de salvamento. A menos que Tenel Ka llegue a Hapes, éste podría ser el primer grupo entre muchos. Ganner, tienes que protegerla pase lo que pase. Eso es lo primero.

—Conozco mi misión —dijo él.

Jaina le dio un leve apretón en el hombro para indicarle que se hacía cargo de su

dilema, y se marchó después apresuradamente a la popa de la fragata. Tenel Ka se estaba introduciendo en la cápsula de salvamento negra, con forma de semilla, escuchando con atención los consejos que le daba rápidamente Tahiri. A su lado estaban Tesar, Alema y Tekli.

La muchacha rubia levantó la vista ante la llegada de Jaina. Se incorporó y se apartó.

—Tú eres lo más parecido que tenemos a un experto —le recordó Jaina—. No es momento de delegar. Informa.

Tahiri hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Está todo lo preparada que puede llegar a estar. Preferiría ir yo, pero éste es su mundo.

—¿Tenel Ka?

La guerrera confirmó que estaba preparada asintiendo con la cabeza de forma sombría.

—Sin luces —le recordó Jaina, señalando con un gesto de la cabeza las formas vivas fluorescentes, semejantes a líquenes, que formaban pequeñas colonias dentro de la cápsula de salvamento—. Dirígete a las afueras de la ciudad real. Han pasado dos horas estándar desde la puesta del sol, de modo que tienes alguna posibilidad de ser discreta. Aterrizas en cuanto puedas, todo lo cerca de la ciudad que sea posible sin llamar la atención. Nosotros los mantendremos ocupados para darte todo el tiempo que podamos.

Tenel Ka miró a Tahiri. La joven Jedi ayudó a la mujer de un solo brazo a ponerse en la cabeza la capucha de cognición. Tahiri se apartó. Los diafragmas de la apertura de la cápsula se cerraron, y la pequeña nave se alzó ligeramente del suelo.

Los Jedi se apartaron. Se cerró una puerta entre la cápsula y ella, y se abrió un portal exterior. La cápsula de salvamento salió al vacío oscuro rápidamente y en silencio.

Jaina se encaminó a la cabina de mando, pero se detuvo al interponerse en su camino Tahiri.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Ve a buscar a Lowbacca —le propuso Jaina—. Sigue trabajando en el sistema de seguimiento. Tú conoces mejor que ninguno de nosotros el lenguaje yuuzhan vong. Puede que a la nave le dé por hablar más si tiene a alguien que la sepa escuchar bien.

La joven Jedi palideció, pero salió sin titubear en busca del wookiee.

Jaina comprendía el miedo de Tahiri, y respetaba el modo en que la muchacha se negaba dejarse dominar por él. Anakin le había contado algunas cosas sobre el rescate de Tahiri en Yavin 4. Habían robado una nave, y la capucha de cognición había intentado saltarse la identidad verdadera de Tahiri para penetrar en los

«recuerdos» que habían implantado los Cuidadores.

«Interesante», reflexionó.

La fragata tembló y cabeceó al recibir el bombardeo de misiles hapanos. Jaina recorrió el pasillo a trompicones, rebotando de una pared a otra, mientras la nave se bamboleaba y daba bandazos.

Llegó a duras penas a la cabina de mando y arrancó de la cabeza de Zekk la capucha de piloto.

—Habías dicho que lo estaba haciendo bien —dijo él, en una muestra de humor irónico.

—Está claro que mentí —respondió ella en la misma onda, mientras se ponía en la cabeza los controles.

Zekk le cedió inmediatamente el asiento, pero siguió observando con inquietud la pantalla de visualización mientras Jaina se instalaba.

Los sensores de la nave la inundaron de información, y ninguna era buena.

—La hipervelocidad no funciona —anunció, mientras hacía virar la nave en una maniobra evasiva—. El dovin basal está prácticamente agotado. Parece que tenemos que elegir entre escudarnos y correr.

—Correr —sugirió Alema.

Jaina hizo lo que pudo, esquivando un campo de minas en cambio constante de láseres destelleantes y torpedos de protones. Fue alejando con constancia a sus atacantes de Hapes, alejándolos de Tenel Ka.

Alema soltó un suspiro de alivio.

—¡Los estás dejando atrás! Buen trabajo.

Jaina inspeccionó el cielo a su espalda, aprovechando la amplia visión periférica que le daba la capucha. La distancia entre la nave yuuzhan vong y sus atacantes se hacía cada vez mayor. Pero los otros seguían disparando, a pesar de estar fuera de alcance con mucho. Jaina advirtió el cambio sutil de vector de las naves y vio que su nuevo rumbo se dirigía hacia un puntito negro; se trataba de una nave tan pequeña que habría sido imperceptible si no la hubiera visto con el fondo de las luces mortales.

—¡Basura hutt! Han encontrado a Tenel Ka —dijo Jaina. Trazó un viraje cerrado con la nave y volvió a arrojar al combate.

—Parece que ha levantado a un enjambre de Interceptores Avispón —dijo Ganner—. Acércame más. Desde aquí puedo matarlos, pero no incapacitarlos.

Un misil de impacto se dirigía velozmente a la nave. Ganner lanzó un disparo de plasma para interceptarlo, y Jaina dio un fuerte bandazo para esquivar la explosión resultante.

—No parece que los pilotos hapanos compartan tu inquietud —replicó ella.

El Jedi mayor le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Qué me dices, entonces?

Jaina pasó junto a un par de naves hapanas, que también cambiaron de rumbo y prosiguieron la persecución.

—¡Si quieres hablar, muy bien, pero cede el asiento a alguien que quiera disparar!

—Tú pónmelos en línea y mantente firme —dijo él.

Jaina hizo girar la fragata en un bucle ascendente, y después cayó en picado entre las dos naves perseguidoras. Un tiroteo de láser daba que hacer al dovin basal, pero Jaina mantuvo un rumbo constante para que Ganner pudiera hacer un disparo limpio.

Disparó dos veces, azotando a las naves perseguidoras con rayos de plasma. Uno de los Avispones explotó en fragmentos de metal; otro consiguió esquivar el tiro. Pero los residuos flotantes atravesaron el metal delgado de las alas de la tercera nave, lanzándola en espiral sin control.

Llegó un impulso de desánimo procedente de Ganner, y su tiro siguiente falló por mucho, deliberadamente.

—Nos están atacando —le recordó Jaina.

—¡Podría haber dado a aquella nave!

—¡Claro, si hubiera sido tan grande como un crucero de combate! Si no vas a darles, al menos tenlos entretenidos.

El Jedi mayor apartó la vista, apretando los dientes y escudando cuidadosamente sus pensamientos.

Mientras tanto, las naves hapanas seguían bombardeando al navío yuuzhan vong. Tesar hacía lo que podía con los escudos, pero los disparos eran demasiados y demasiado próximos. La nave temblaba una y otra vez cuando el fuego de láser le azotaba el casco. Lo peor de todo era que Jaina percibía que el dovin basal, sobrecargado, estaba llegando al límite de su fuerza. La cápsula de salvamento se alejaba flotando en la oscuridad sin que la siguiera ninguna nave hapanana.

Ahora que Tenel Ka estaba a salvo, Jaina viró y aplicó toda la energía disponible de la nave a una retirada aparente. Las naves hapanas los persiguieron durante unos momentos, pero después abandonaron la tarea.

—Se han ido a difundir la noticia —dijo Alema con tono sombrío.

La twi'leko señaló la pantalla de visualización. Más allá, girando lentamente sobre sí misma entre un rastro de restos metálicos, estaba una de las naves que había destruido accidentalmente Ganner. El Avispón estaba casi intacto; sólo le faltaba el segmento posterior de su cuerpo insectoide.

—Si vamos a reciclar las piezas de esa nave, no nos queda mucho tiempo.

—¡El sistema de comunicación! Buena idea —asintió Jaina.

Volvió a virar para regresar al lugar de la batalla. Tras un par de intentos, Tesar consiguió calibrar el dovin basal para que aplicara la gravedad justa para atraer la nave dañada.

La nave no estaba pilotada; quizás el piloto había tenido tiempo de evacuarla. Pero los controles parecían intactos, y Lowbacca dio muestras de franca alegría ante la perspectiva de trabajar con circuitos y metal.

No tardó mucho tiempo en encontrar lo que les hacía falta. Entró en la cabina con un aullido triunfal, arrastrando la unidad de comunicación desmontada, junto con una unidad de alimentación. Instaló el aparato en el suelo, sintonizó la frecuencia de saludo, y entregó la unidad de habla a Jaina.

—Aquí la teniente Jaina Solo, piloto del Escuadrón Pícaro, pilotando una fragata tomada al enemigo. Adelante.

Repitió el mensaje varias veces, hasta que sonó un crujido de respuesta en el comunicador.

—Nunca pensé que la estática pudiera sonar tan bien —murmuró Jaina.

—Aquí Heshia Lovett, capitana de la nave real hapana —anunció una voz femenina—. Hemos recibido informes de la presencia de una nave yuuzhan vong. ¿Es la suya, teniente Solo?

—No me gusta presumir —dijo Jaina secamente—. Pedimos permiso para aterrizar. Cuanto antes salgamos de esta cosa, más a gusto estaremos.

Se produjo un momento de silencio, y después el comunicador volvió a crujir.

—No faltaba más, Jaina. Todos los amigos de Tenel Ka son bienvenidos en Hapes, lleguen como lleguen.

Jaina dio un respingo, sorprendida. Aquella voz resonante, culta, de acento depurado y expresivo, era inconfundiblemente la de Ta'a Chume, la abuela de Tenel Ka.

Repasó rápidamente su base de datos mental en busca del tratamiento adecuado que debía dar a los miembros de la realeza hapana.

—Gracias, Reina Madre. No estaba segura de ser bien acogidos. Nos vimos obligados a disparar contra naves hapanas.

—Interceptores Avispón —dijo la mujer, quitándole importancia—. Lo más probable es que se tratara de piratas. Los exploradores que presenciaron la batalla quedaron casi tan disgustados por su presencia como por la vuestra. ¿Está contigo mi nieta?

En realidad, Jaina albergaba la esperanza de que la hubieran recogido los exploradores hapanos.

—Bueno, no exactamente. Salió por delante en una cápsula de salvamento para prepararnos el camino. No teníamos otra manera de comunicarnos, hasta que recogimos uno de los Avispones y reciclamos su comunicador.

—Avisaré a todas las patrullas para que estén atentas a la llegada de mi nieta. Aterrizad en el puerto real, por supuesto, y venid directamente al palacio. Me encargaré de que los oficiales os estén esperando y de que no intenten enviaros a los

campos de refugiados.

—¿De refugiados?

—Sí —dijo la antigua reina, expresando bastante desagrado en esa única palabra—. Pero vosotros, tus amigos y tú, seréis mis huéspedes. Os veré en el palacio.

A Jaina se le ocurrió pensar que la antigua reina parecía sorprendentemente, quizá sospechosamente, complacida por su llegada.

Su primer impulso fue preguntarle por qué. Pero una infancia transcurrida bajo la tutela de un quisquilloso androide de protocolo no se olvidaba con facilidad. La hija de Leia Organa Solo intercambió algo de charla intrascendente con Ta'a Chume, como era lo correcto, hablando con todo el cuidado y escuchando con toda la atención que había visto en su madre a lo largo de los años. Pero Ta'a Chume era tan hábil como ella, y cuando pusieron fin a la comunicación, Jaina tuvo que reconocer que la cosa había quedado en empate.

Se recostó en el asiento del piloto.

—Ta'a Chume se trae algo entre manos.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Ganner.

—Ella es así siempre —respondió Jaina, encogiéndose de un solo hombro.

Un grito wookiee de alegría hendió el aire. Lowbacca entró en la cabina girando sobre sí mismo y haciendo girar a Tahiri en una especie de danza exuberante. La dejó en el suelo y señaló el navicerebro con una zarpa, con gesto dramático.

—Lo conseguimos —dijo Tahiri como por cumplir, pero sin ánimo.

—¿Habéis encontrado a Tenel Ka?

Lowbacca sonrió y se subió al asiento del navegador. Se puso la capucha en la cabeza de un tirón, y alzó los hombros inmensos en gesto de impaciencia. Transcurrieron unos momentos, en los que Jaina pudo percibir a través de la Fuerza cómo le subía la ansiedad.

Empleando la capucha de cognición, Jaina cambió el enfoque a navegación. Las respuestas que le llegaron le aportaron una leve imagen mental, una sombra de lo que debía de estar viendo Lowbacca.

—¡La cápsula de salvamento se aleja de Hapes! —dijo—. O ha perdido el rumbo, o alguien la ha recogido.

El wookiee soltó un lamento de asentimiento, y empezó a marcar el rumbo para la persecución.

* * *

Tenel Ka sintió la sacudida repentina del contacto, oyó el raspado de los ganchos que hacían presa en el casco irregular de coral. El momento de la captura le desencadenó un recuerdo crudo y reciente. El dolor, la pérdida, la furia... todas las

emociones que le habían engendrado los días transcurridos como cautiva de los yuuzhan vong, inundaron a la Jedi como un torrente.

Oyó un zumbido mecánico, y comprendió lo que esto significaba. Unos pequeños taladros atornillaban afanosamente la nave a los brazos de recogida para asegurarse de recuperarla. Ningún yuuzhan vong se ensuciaría las manos con máquinas como aquellas.

Tranquilizada, se quitó la capucha de cognición y puso en orden lo mejor que pudo sus trenzas de guerrera.

Ahora que se había quitado de encima la carga de pilotar la cápsula, Tenel Ka alivió los escudos que había interpuesto entre la minúscula nave viviente y ella. Con su fiero carácter independiente, sólo empleaba la Fuerza cuando era necesario. Para su manera de pensar, era absolutamente esencial mantener algún distanciamiento entre ella y los yuuzhan vong o cualquiera de las criaturas de estos.

De pronto, su mente no escudada se inundó de una mezcla familiar de calor y humor, de amistad y frustración.

—Jacen —dijo con extrañeza, reconociendo aquella presencia que significaba más para ella que ninguna otra. Tenel Ka conoció por un momento la felicidad completa, que le había parecido una ilusión desde el día en que comprendió que cuando Jacen la miraba, sólo veía en ella a una vieja amiga. Pero la felicidad era un don tan dulce como pasajero. La luz que era Jacen vaciló, y después ardió con un calor blanco atroz.

Tenel Ka, a pesar de su valor estoico y de su condicionamiento superior, soltó un chillido de rabia y de dolor.

Su reserva se hizo trizas, y toda una vida de emociones cuidadosamente controladas y escudadas entró en erupción como un volcán dathomiriano. Se revolvió ciegamente contra los muros de su prisión, golpeando el coral con su único puño, dispuesta a salir, a encontrar a Jacen, a luchar y a morir para liberarlo.

Después, la luz desapareció, y su ausencia fue un golpe más devastador que el primero.

Tenel Ka pasó un largo momento sentada en la oscuridad repentina, anonadada y en silencio. Movía los labios dando forma a palabras de negación que no era capaz de hacer pasar más allá de aquel nudo que tenía en la garganta y que le resultaba tan poco familiar.

La cápsula de salvamento chocó pesadamente contra la nave. Las herramientas de corte zumbaban al hendir el casco de coral. Tenel Ka contempló cansadamente la capucha de cognición que había descartado. Si se la podía de nuevo, podría abrir el casco con un mero pensamiento. Tenía las emociones tan en carne viva que no soportaba la idea de unirse a la nave.

Se abrió una fisura en la cápsula y cayó en el regazo de Tenel Ka un bloque de

coral. Ella lo apartó y descolgó de su cinturón su sable láser.

—Apartaos —ordenó, asombrándose a sí misma del tono frío y controlado de su voz.

Una luz viva y brillante de color turquesa saltó del sable láser de Tenel Ka. Terminó de cortar el casco en pocos momentos, y después se levantó rápidamente, con el arma apuntando hacia abajo, en posición no amenazante, pero dispuesta por si era necesario.

Había al menos una docena de personas reunidas alrededor de la cápsula, todas ellas humanas, todas ellas reconocibles como hapanos.

Los antepasados remotos de Tenel Ka habían sido piratas que se disputaban unos a otros la búsqueda y la captura de las compañeras más hermosas posibles. Lo que había comenzado como una medida propia de estatus peculiar en esa cultura, se había convertido en una especie de cría selectiva. En general, los habitantes de Hapes eran más altos y atractivos que los de otros mundos del cúmulo estelar Hapes. Todos sus rescatadores eran altos y hermosos, aunque algunos parecían francamente estropeados.

Guardaban silencio, quizá por la sorpresa de encontrarse con una guerrera Jedi en lugar del yuuzhan vong que esperaban. Tenel Ka los recorrió con una mirada de sus fríos ojos grises.

Algunos miembros de la tripulación llevaban ropajes carmesíes que los proclamaban como miembros de la guardia real. Advirtió también a algunos civiles de mala vida, todos ellos con ropa roja desgastada o desteñida. Hasta los que lucían el uniforme blanco de la Armada del Consorcio llevaban algo rojo, aunque sólo fuera un colgante esmaltado o un pañuelo. Esta expresión sucedánea de solidaridad le disparó todos los sensores de alarma en el fondo de la mente.

—¿Qué nave es esta? —preguntó.

Uno de los hombres, un hombre alto y rubio que tenía un leve parecido con su padre, le hizo una reverencia burlona.

—Bienvenida al *Espíritu Estelar*, princesa. Estás a bordo de un crucero Beta que fue de la armada hapana.

Tenel Ka entrecerró los ojos al asimilar esto. El crucero Beta era una nave de guerra pequeña, mucho más manejable que los cruceros de la clase Hapes Nova, que eran mucho mayores. Los cruceros Beta se habían empleado en grandes números en Fondor. Pocos habían sobrevivido. Lo más probable era que la tripulación de aquí fuera una compañía heterogénea de supervivientes, desertores de la batalla de Fondor y contrabandistas que veían que la invasión yuuzhan vong se estaba tragando su medio de vida.

El saludo no la sorprendió. Pocos hapanos dejarían de reconocer en una Jedi de un solo brazo, con cabellos rojos dorados, a la que era, a disgusto, su princesa. Como

eran piratas y desertores (no precisamente hombres y mujeres con honor), Tenel Ka supuso que pensaban pedir por ella el mayor rescate que pudieran conseguir. Pero aun cuando todavía se le estaba formando este pensamiento, la enemistad que irradiaban todos ellos le hizo dejarlo de lado.

La comprensión la inundó en una oleada rápida, ardiente.

—Sois Ni’Korish —gruñó, pronunciando el nombre de la facción que había sido inspirada por su bisabuela, una reina madre que odiaba a los Jedi y que había hecho todo lo que estaba en su mano por erradicarlos—. Había oído rumores de un intento de golpe de Estado, de un atentado por cobardes que acechan en las sombras. ¿Seríais vosotros?

Su cautivador respondió con una reverencia burlona.

—Decidme, ¿cómo les fue a los Ni’Korish? ¿Sigue viva mi madre? —preguntó ella.

—Sí, por desgracia —replicó el jefe—. Pero no conservará el trono mucho tiempo.

Tenel Ka le dedicó una sonrisa adusta.

—Eres injusto con ella si crees que va a abdicar a cambio de mi regreso, y me insultas a mí si sugieres que estoy dispuesta a comprar mi libertad a ese precio.

Él le devolvió la sonrisa, pero la suya era más dura todavía, con una mueca lasciva de reptil.

—Jamás insultaríamos a la reina madre ni a su hija Jedi. Pero a los yuuzhan vong no les importan tanto las cuestiones de honor y de protocolo.

Quedaba claro lo que quería decir. El sable láser de Tenel Ka subió de golpe a la posición de en guardia.

—No me dejaré apresar.

—¡Princesa, me hieres! —protestó él, llevándose una mano al corazón—. Te llevaremos a Hapes sana y salva. Puede que seamos desertores, pero no somos traidores. Lo único que te pedimos es que nos ayudes a atrapar a Jacen y Jaina Solo. Si eres una verdadera princesa de Hapes, estarás dispuesta de buena gana a ayudarnos a dar su merecido a los que soltaron el *Centralia* contra la flota hapana.

Una oleada de ira ardiente inundó a Tenel Ka, pero ésta mantuvo la compostura.

—¿Sabes lo que le pasó a un embajador de la Nueva República que cayó en manos de los yuuzhan vong? Lo mataron, le decoraron los huesos con oro y piedras preciosas y se los enviaron a los suyos. Yo no enviaría siquiera a un enemigo a que corriera esa suerte, ¡y jamás a un amigo!

La expresión de él se ensombreció, y echó una mirada a un grupo de hombres uniformados.

—Entonces, me temo que tendremos que arreglárnoslas contigo —dijo—. Si Jaina Solo piensa como tú, puede que esté dispuesta a intercambiarse a sí misma por

tu libertad.

—No tendrá ocasión.

Antes de que ninguno de los hapanos hubiera podido sacar un arma, la hoja de color turquesa de Tenel Ka saltó hacia ellos como un torpedo de protones.

Todos los presentes en la bodega de carga retrocedieron durante un instante, intimidados por la ira que se leía en los ojos grises de la Jedi y por el arma ardiente que empuñaba.

Después, el jefe de los Ni'Korish se descolgó del cinturón una vibrocuchilla, y los otros recordaron que también ellos tenían armas.

Avanzaron, rodeando rápidamente a Tenel Ka.

CAPÍTULO 10

La nave yuuzhan vong se desplazaba por el espacio a toda marcha, siguiendo la señal apenas perceptible que emitía la cápsula de salvamento. Zekk iba al timón. Tahiri llevaba puesta la capucha de navegación, dando indicaciones a Zekk en función de la información que le llegaba del navicerebro. Las pequeñas manos se le ponían blancas de la fuerza con que asía el control, pero conservaba la voz firme y segura.

Jaina y Lowbacca mantenían un conciliábulo, apartados de los demás.

—Tahiri y tú habéis hecho un gran trabajo; pero tengo otro acertijo para ti —decía Jaina—. Danni Quee encontró el modo de controlar las comunicaciones de los yammosk. Es la única explicación de la confusión de los yuuzhan vong en Coruscant. ¿Tienes idea de cómo lo consiguió?

El wookiee emprendió una larga explicación, la mayor parte de la cual estaba muy por encima de lo que podía entender Jaina.

Jaina levantó una mano para interrumpir aquel flujo de información desconcertante.

—¿Cómo sabes todo esto?

Lowbacca titubeó, y ladró después una respuesta.

Lo habían reclutado para que trabajara en el equipo de investigación dirigido por Danni Quee y Cilghal. Aquello pareció lógico a Jaina. La científica sensible a la Fuerza y la sanadora mon calamari habían encabezado uno de los muchos intentos de comprender la tecnología yuuzhan vong. Antes de llegar a la Academia Jedi, Lowbacca había tenido dos pasiones: la informática, y el estudio de la compleja vida vegetal de Kashyyyk. Esta última pasión había sido lo que lo había llevado a adentrarse a solas en los peligrosos niveles inferiores de los bosques de su mundo natal durante su rito de paso a la primera edad adulta, y a enfrentarse a la mortal planta syren. Esta combinación de habilidades informáticas y de conocimientos biológicos (aparte de su ansia de aceptar desafíos imposibles) lo hacía estar bien dotado para aquellos estudios.

Lowbacca soltó unos cuantos ladridos agudos.

—¿Que te hicieron desmontar naves capturadas? No me extraña que supieras enredar con la mundonave —murmuró Jaina, recordando una travesura que había hecho Lowbacca con un pequeño centro neural—. De modo que sabes cómo interceptó Danni Quee el yammosk.

El wookiee negó con la cabeza y soltó un quejido lastimero. No había estado presente cuando Danni había realizado el descubrimiento.

—Con la base que tienes, ¿serías capaz de reproducir los resultados?

Lowbacca reflexionó, y soltó un ladrido afirmativo.

—Pero ¿puedes llegar un paso más allá?

El wookiee escuchó con fascinación creciente el plan que le describía Jaina. La risa le sacudía los hombros peludos cuando se dirigió al dovin basal.

Jaina lo miraba extrañada. Lowbacca regresó al cabo de unos momentos a paso vivo y llevando en las zarpas un objeto de aspecto familiar.

Entregó a Jaina un pequeño globo, mientras le gruñía una serie de instrucciones. A ella le asomó al rostro una breve sonrisa maliciosa cuando entendió lo que había encontrado Lowbacca. Alzó la mano y le revolvió afectuosamente el pelo de la cabeza, y volvió después al trabajo.

—¿Eso es lo que yo creo? —preguntó Ganner, observando el villip con repugnancia.

Jaina sonrió al Jedi mayor y se volvió a Zekk.

—Déjame tu asiento.

Zekk cedió el asiento del piloto a Jaina, y ésta se instaló en él, se puso la capucha y empezó a acariciar aquel globo de forma extraña.

—¿Estás segura de que es buena idea? —se aventuró a preguntar Zekk—. ¿Puedes hablar y pilotar al mismo tiempo?

La única respuesta de Jaina fue un resoplido burlón.

—No sabemos quién responderá —insistió Zekk.

—Es verdad; pero lo más probable será que nos enteremos de algo que valga la pena. Cuanto más podamos aprender acerca de esta nave, más probabilidades tendremos de sobrevivir.

La capa exterior del villip se retiró, y el tejido interior empezó a cambiar de forma, adquiriendo la semejanza del yuuzhan vong que se había «sintonizado» con aquel villip. Al cabo de unos momentos, Jaina tenía en sus manos una cara horrible, marcada por unos labios con flecos y un amasijo de cicatrices.

Ella conocía aquella cara. Todos los que tenían acceso a la HoloRed en la galaxia la conocían. Aquél era el Maestro Bélico Tsavong Lah. No hacía mucho tiempo que había enviado una comunicación por toda la galaxia convocando a la destrucción de los Jedi y exigiendo a Jacen Solo. Jaina había visto reproducir muchas veces aquel holovideo, pero cada vez que volvía a verlo le hervía la sangre de nuevo.

—¿Se ha completado el sacrificio? —preguntó el Maestro Bélico.

Jaina se acercó más el villip a la cara y envió al enemigo de su hermano una sonrisa con filo de cuchillo.

—Todavía no.

El villip se arrugó en un gesto amenazador.

—Debías ponerte en contacto conmigo cuando hubieras cumplido con tu deber, Nom Anor, y no antes. Reza por no estar comunicándote conmigo para informarme de un nuevo fracaso.

Jaina miró a sus amigos. En los ojos castaños le brillaba algo parecido a su antiguo ánimo.

—Ay, qué bueno —dijo con asombro—. ¡Ésta es la nave de Nom Anor! Pero el villip no debe de estar sintonizado con él; de lo contrario, es de suponer que Tsavong Lah notaría la diferencia.

Ganner alzó las manos al cielo.

—Yo qué sé, Jaina. Te he conocido con mejor aspecto, desde luego.

—Y tú sigues pareciendo el protagonista de un holovideo. ¿Es esto justo? —le replicó ella de buen humor—. En todo caso, Lowbacca opina que este villip es un medio para que el piloto de la nave, sea quien sea, informe al almirante de la flota. Bien pensado, parece lógico. Yo no entiendo del todo cómo funcionan los villip, pero, por lo que he oído decir, parece que permiten a una persona determinada hablar con otra persona determinada. Pero ¿qué sucede si se rompe esa conexión por villip? Deben de tener algún medio para comunicarse con una nave, y no sólo con una persona. Lowbacca encontró a bordo esta cosa, que vivía en una cuba hidropónica. Puede que sea la nave misma la que sintoniza el villip, y que la conexión del piloto con la nave permita la comunicación.

—¿Quién está ahí? —preguntó el Maestro Bélico.

Jaina volvió a prestar atención al globo.

—Déjame que te lo explique de esta manera: me estoy poniendo en contacto contigo para informarte de un nuevo fracaso —dijo, devolviéndole sus palabras anteriores.

Los crueles ojos de Tsavong se entrecerraron.

—No eres Nom Anor. Ni siquiera eres un yuuzhan vong: el villip está traduciendo —torció el gesto en una mueca furiosa cuando se le presentó la respuesta lógica—. ¡La *Jeedai*!

—Lo has acertado a la primera —dijo ella en son de burla.

La imagen de Tsavong Lah pasó un largo momento sin hacer más que dirigirle una mirada de rabia. Después, sus labios con flecos se contorsionaron en una mueca desdeñosa.

—Y supongo que me llamas para ofrecerte a ti misma en lugar de tu hermano.

—¿Por qué me iba a molestar? Sé que no ibais a soltar a Jacen.

—Muy cierto; pero ¿estás tú tan segura de tu propia motivación? —dijo él para provocarla—. Eres la gemela menor, la que caería en el sacrificio. Quizá convenga a tus propósitos que la espada de tu hermano no se acerque a tu garganta.

Jaina empezó a entender en qué consistía aquel «sacrificio».

—¿Lucharíamos el uno contra el otro?

—¡Naturalmente! Así es como se hace.

A Jaina le vino a la mente una imagen de la época en que Jacen y ella habían estado cautivos en la *Academia Oscura*, obligados a seguir el entrenamiento del Lado Oscuro. Les habían hecho combatir con sables láser mucho antes de que estuvieran preparados para manejar tales armas, y a mantener combates a muerte contra un enemigo oculto en un holograma. La habían hecho medirse contra Darth Vader. Aquello había sido un símbolo de su pasado, y un presagio de su futuro. Pero, al parecer, Jacen se enfrentaba al mismo enemigo aparente. Hasta que se apagaron los sistemas de ocultación por holograma, ninguno de los dos se había dado cuenta de lo cerca que habían estado de matarse mutuamente.

A pesar de todo por lo que había pasado antes y después de aquello, el horror de aquel momento seguía volviendo en sueños a Jaina.

Su mente volaba, intentando improvisar un plan. Se le ocurrió que lo mejor podía ser seguir la corriente al Maestro Bélico en sus ideas.

—Así es como se hace siempre —asintió, permitiendo que el recuerdo de la *Academia Oscura* le cargara las palabras de temor—. Jacen y yo somos gemelos. Éste es nuestro destino.

—¿Lo entiendes, pero huyes del destino?

Ella inclinó la cabeza haciendo una reverencia. Una expresión de sorpresa parpadeó en la cara reflejada en el villip, indicando que su gesto de respeto se había traducido de alguna manera.

—Tienes razón, Maestro Bélico. La nave de Nom Anor está inutilizada. Ya no puedo huir más.

—¿Cuál es tu situación? —le preguntó él—. Evidentemente, llevas puesta la capucha de piloto. Pregúntaselo a la nave.

—Un momento, por favor.

Dejó el villip cuidadosamente, y después miró a Ganner y marcó con los labios las palabras «llama a Lowbacca».

El Jedi corpulento asintió con la cabeza y echó a correr en busca del wookiee. Pocos momentos más tarde, un gran puño peludo asomó en el pasillo central y le hizo una seña con el pulgar hacia arriba.

—Allá vamos —murmuró Jaina, y volvió a dirigirse al villip.

—No consigo que la nave me dé una respuesta —dijo con tono defensivo y con un cierto matiz quejumbroso—. ¿Existe alguna manera de localizar la situación de la nave por medio del yammosk que la controla?

—Nom Anor es un agente independiente. Su nave no responde a ningún yammosk. Pero a veces un yammosk puede captar a una nave perdida; los dovin basal

tienen una fuerte inclinación a vincularse.

—Este dovin basal está enfermo —dijo Jaina con inquietud—. Si se vincula, podría mantenerse vivo el tiempo suficiente para que yo...

No concluyó la frase. Una mueca desdeñosa se asomó al rostro reflejado de Tsavong Lah cuando éste interpretó el sentido que quería dar a entender Jaina. Evidentemente, creía que ésta quería ganar tiempo, conseguir la reparación que necesitaba, con la esperanza de evitar ser capturada.

—He enviado a agentes para que se encarguen del sacrificio. No me cabe duda de que te siguen de cerca. Te encontrarás con ellos de aquí a poco tiempo.

Antes de que Jaina hubiera tenido tiempo de responder, el villip volvió a su estado informe.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Ganner.

La sonrisa de Jaina era leve y ferina.

—Vendrán a nosotros.

* * *

El Maestro Bélico dejó el villip ofensivo y vociferó una orden. Llegó casi corriendo un subordinado que traía un segundo villip, mayor que el anterior.

Tsavong Lah acarició el globo. No hubo respuesta.

—Con la otra mano, Maestro Bélico —le sugirió el asistente.

Lo hizo así, haciendo caso omiso de aquel nuevo recordatorio de lo tenue que era su último implante. ¡Un villip, bien sintonizado, no reconocía el tacto de su miembro transplantado!

El globo cambió de forma para mostrar un rostro semejante al suyo en forma y expresión. El guerrero reflejado era más joven, y tenía la carne tersa y clara, aunque no menos cubierta de cicatrices. El rostro gris anguloso estaba cubierto de complicados tatuajes negros. Un cuerno pequeño le salía de la frente alta y ancha.

—Maestro Bélico —proclamó Khalee Lah, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—He encontrado a la hembra —dijo el Maestro Bélico sin más preámbulos—. Se ha brindado a rendirse... se trata de un truco, claro está, de un intento lastimoso de ganar tiempo para escapar. Persuadirás al yammosk que va a bordo de la nave sacerdotal para que se vincule con la fragata y acepte a esa nave adicional dentro de su familia de comunicaciones.

—Por supuesto, Maestro Bélico.

—Informa a Harrar de que puede ponerse en contacto directamente con la *Jeedai* a través del villip de la nave de la nave *Ksstarr*...

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro del joven guerrero.

—¿Posee un villip de comandante?

—Lo tiene en calidad de préstamo —le enmendó Tsavong Lah—. Cuando se haya realizado el sacrificio de los *Jeedai*, te lo pasará a ti, junto con su rango y honores correspondientes. Procura que ese día llegue pronto.

Su hijo inclinó la cabeza en una reverencia profunda.

—Es un honor para mí, Maestro Bélico; pero lo haría así aun sin pensar en la recompensa. Mi ascenso personal es cosa insignificante comparada con el servicio que se debe a nuestros dioses.

El Maestro Bélico recibió en silencio estas palabras piadosas.

—Ve, y haz.

El joven guerrero hizo otra reverencia, y el villip se invirtió rápidamente. Tsavong Lah frunció el labio inferior mientras contemplaba el villip.

—Parece que Harrar está fallando en más de un sentido —dijo en voz baja.

* * *

Jaina volaba con regularidad hacia Tenel Ka, siguiendo las indicaciones que le pasaba Tahiri. No advirtió que el villip empezaba a cambiar. La maldición sombría que soltó Zekk en voz baja volvió a dirigir su atención hacia la esfera de comunicaciones viviente.

Ésta representaba un rostro delgado, de aspecto casi estético, no tan cubierto de cicatrices chillonas como el del Maestro Bélico. Tenía la cabeza envuelta en un paño atado de manera complicada.

—Harrar, sacerdote de Yun-Harla, la Diosa Mentirosa —dijo con laconismo la imagen—. Tendré el honor de presidir tu sacrificio.

—El honor es mío —dijo Jaina secamente. Y añadió—: Y gracias por la sugerencia. No sabía cómo llamar a esta roca. Lo de *Mentirosa* le queda bastante bien.

—Eso no es adecuado. No es posible. Imponer nombre a una nave es una cuestión más honda de lo que podrías saber de ninguna manera.

—Requiere una afinidad especial, una sintonización profunda —dijo Jaina—. ¿Es ésta una de las cosas que hoy no podría saber de ninguna manera?

El rostro del yuuzhan vong se inundó de furia pura.

—Los trucos irrisorios que tengas en la mente no te servirán de nada. La sintonización se ha transferido. Mi capacidad para hablar contigo indica que el yammosk de mi nave está en contacto con tu dovin basal. Cualquier control menor que tengas sobre la *Ksstarr*

—*La Mentirosa* —le corrigió Jaina.

—... será superado —concluyó él, haciendo caso omiso de la interrupción.

Tahiri soltó un leve jadeo. Tuvo el mérito de no quitarse la capucha de navegación.

—¿Estás estableciendo contacto? —repitió Jaina, fingiendo alarmarse.

—Ya está hecho.

Jaina volvió el villip boca abajo, haciendo que se invirtiera y rompiera el contacto con el sacerdote. Se volvió hacia sus amigos con una sonrisa triunfal. La onda de consternación y de condena la azotó como un golpe físico.

—Antes de que digáis nada, dejadme que os explique. Lowbacca ha estado jugando con los sensores de la nave. Nosotros recibimos su señal, pero estamos bloqueando la nuestra.

—¡No puedes estar segura de eso! —protestó Zekk.

—Estoy segura —intervino Tahiri—. Las naves *yuuzhan vong* manipulan la gravedad. Así es como se desplazan, como se escuda, incluso como funciona su navegación. Estoy conectada a esta cosa. Tengo que saberlo.

—Sigue —la animó Ganner.

—Los sensores recogen información a partir de las variaciones de los campos gravitatorios. Cada nave tiene su pauta, que es como una especie de firma.

—Eso es —intervino Jaina—. Lowbacca utilizó algunas piezas del Avispón para montar una disrupción mecánica. El *dovin basal* no sabe que las señales que envía al *yammosk* están embrolladas.

—Parece factible —dijo Ganner, todavía con duda en la voz—. Pero, si te equivocas, los *yuuzhan vong* podrían seguirnos hasta Hapes. Estaríamos poniendo en peligro un mundo, un sistema, que no está en condiciones de defenderse.

—Saben que nos dirigimos allí —señaló Jaina—, por lo que un ataque *yuuzhan vong* contra Hapes se puede dar por supuesto. Tendrán que aprestarse para la defensa, tarde o temprano.

—¿Tendrán? —preguntó Ganner, mirándola con aire especulativo—. ¿No tendremos?

—Yo tengo que estar en otra parte. Los demás sois libres de venir o de quedaros, a voluntad.

—Vas a ir por Jacen —afirmó él.

Ella se encogió de hombros.

—¿Es que había alguna duda?

—¿Cuál es tu objetivo, Jaina? —dijo Zekk en voz baja—. Evidentemente, no es sobrevivir. No esperarás rescatar a Jacen... ni siquiera tú podrías ser tan... optimista —añadió, improvisando una respuesta ante la tormenta que se iba arremolinando en los ojos de ella—. Tal como yo lo veo, sólo te queda la venganza.

—Que conduce al Lado Oscuro —dijo ella con impaciencia—. Ahorradme los argumentos: ya los he oído todos. Muchas veces. Tal como yo lo veo, los Jedi

tenemos la responsabilidad de actuar. ¡Actuar! No podemos permitirnos el lujo de los debates filosóficos. Fue el cisma entre Jacen y Anakin, sus vacilaciones constantes acerca de «lo que debe ser un Jedi» lo que los hundió a los dos.

—Eso no es justo —susurró Tahiri—. Es cruel.

—¿Ah, sí? Veamos los hechos. Anakin ha muerto. Jacen fue capturado. Si los Jedi supervivientes seguimos vacilando, seremos destruidos, y los yuuzhan vong habrán vencido.

Los demás guardaron silencio durante un largo momento, reflexionando sobre la dura lógica de ella.

Alema fue la primera que tomó la palabra.

—Nosotros los twi'lekos tenemos un dicho: «si te niegas a decidir, se tomará la decisión sin tenerte en cuenta».

—Hay que hacer el trabajo —asintió Ganner.

—¡Hora de ir de caza! —exclamó el barabel con voz nasal desde su puesto en la popa.

—Os hará falta una sanadora —dijo Tekli con un suspiro de resignación.

Jaina se volvió hacia Zekk con un interrogante en la mirada.

—Yo me quedaré en Hapes, o iré donde más me necesiten —dijo Zekk en voz baja, con un mundo de pesar en los ojos.

«¿Quién podría necesitarlo más que Jacen?». Jaina reprimió la oleada de ira y aceptó la decisión de Zekk con un gesto escueto de la cabeza. Pero no hizo ningún intento de escudarle sus emociones.

Sintió por un momento que Zekk vacilaba, sintió que la fuerza de la visión de ella podía más que las creencias arraigadas de él.

Se le amontonaba la tentación, fuerte y feroz. Liberaría a Jacen de alguna manera, pero sería más fácil si tenía a su lado a los otros jóvenes Jedi. Si era capaz de convencer a Zekk, podría traerlos a todos a su lado.

Bajo su control.

Éste era el fin lógico del camino que habían seguido sus pensamientos; sin embargo, Jaina lo rehuyó en seguida. Se apartó de Zekk rápida y sutilmente, esperando que él no advirtiera que había sido ella y no él la que lo había hecho poner en tela de juicio esos valores que tanto le había costado adquirir. El desconcierto que llegó a través del sentido de la Fuerza dio a entender a Jaina que lo había conseguido, que él no se había dado cuenta de lo que casi le había hecho ella.

Se quitó la capucha de piloto y se la arrojó a Zekk.

—Necesito estar un rato a solas —dijo bruscamente, apartándose de los demás Jedi.

Sus pasos la llevaron a la cámara pequeña donde habían dejado el cuerpo de Anakin. Nadie la siguió, pero ella percibió el alivio de los otros al ver que ella al fin

daba pasos para «afrontar su duelo».

Y quizá hubiera llegado el momento. Después de la primera oleada terrible de la pérdida, Jaina se había limitado a guardarse sus emociones. Aquello no era tan diferente, en realidad, de los años que había pasado protegiéndose del bombardeo constante de las emociones de otras personas.

Titubeó en el umbral, mirando fijamente a aquel desconocido callado que yacía en la litera *yuuzhan vong*. Parecía estar en reposo, y su forma inmóvil se parecía poco a la imagen que Jaina tenía grabada a fuego en la mente. Le habían limpiado la suciedad de la batalla, le habían vendado las heridas terribles, para cubrirlas después con ropas limpias, paños y cuero que habían rescatado de alguna parte.

Los rasgos eran los de Anakin. Su altura, su forma. Pero le habían cerrado los ojos de color azul de hielo, y tenía bien cepillado el cabello castaño rebelde. Jaina se acercó y, sin pensarlo, extendió la mano y le revolvió el pelo con ese gesto de hermana mayor que había hecho tantas veces.

Unos pasos suaves a su espalda le anunciaron la presencia de Tekli.

—Mejor —asintió la *chadra-fan*—. Parece que ese era el aspecto que tenía siempre.

Jaina se volvió hacia la pequeña sanadora, con los ojos secos y el corazón frío.

—Te agradezco lo que has hecho aquí. No quería que nuestra madre lo viera como estaba.

Se volvió y se alejó con calma, vivamente consciente del sentimiento de duelo que emanaba de la *chadra-fan*. Lo aceptó con agradecimiento: parecía bien que alguien fuera capaz de sentir duelo por Anakin.

A pesar del muro que había levantado alrededor de su corazón, Jaina percibió que el duelo de Tekli no era sólo por Anakin, sino también por ella.

* * *

Harrar dejó a un lado el *villip* y levantó la vista hacia el joven guerrero, que recorría de un lado a otro la sala como un rayo contenido que buscaba donde caer.

—La *Jeedai* ha roto el contacto —dijo Harrar.

Khalee Lah se llevó dos dedos a la frente.

—He dado mi juramento de sangre de traerla, pero ¡juro ante ti y ante todos los dioses que pasará sus últimos días con dolor, y que morirá sin honor!

El sacerdote descartó este voto agitando una mano con impaciencia.

—¿Te has fijado en sus palabras? A mí me pareció que, al llamar *Mentirosa* a la nave, podía estar aplicando la costumbre de asignar a las naves los nombres de sus pilotos.

—¿La crees capaz de tal sutileza? —dijo Khalee Lah con desprecio.

—Es gemela. Eso debe de significar algo, aun para una infiel; de lo contrario, los dioses no estarían tan deseosos de este sacrificio.

—Es *Jeedai* y es gemela —asintió el guerrero—; pero, Eminencia, guárdate de caer en la herejía que atribuye demasiado poder a esos *Jeedai*. Esta hembra no es ni una leve sombra de Yun-Harla.

—Claro que no —asintió el sacerdote, aunque le quedaba una duda extraña—. Acompáñame —dijo, y salió a consultar con su guardián del yammosk.

Llegaron hasta la cámara donde estaba alojado el monstruoso controlador bélico.

—¿Habéis establecido contacto con la *Ksstarr*? —preguntó.

El guardián hizo una reverencia.

—Lo hemos establecido, Eminencia.

—Quiero confirmarlo.

—¡Por supuesto!

El guardián se hizo a un lado, permitiendo a Harrar que pusiera una mano sobre aquel ser de múltiples tentáculos que se retorció.

Al cabo de un momento, Harrar levantó la mirada a la cara del guardián.

—El vínculo está confirmado. ¿No os ha parecido extraño que la *Ksstarr* no haya enviado a su vez ninguna comunicación en absoluto?

—Está enferma —aventuró el guardián.

—¡Está en silencio! —exclamó Harrar. Se volvió hacia Khalee Lah y esperó a que el guerrero captara lo que quería decir aquello.

El horror invadió el rostro cubierto de cicatrices.

—No es posible —dijo, con voz apagada por la impresión. A pesar de su menor estatura y de los dictados del protocolo, Khalee Lah apartó al sacerdote y puso su propia mano sobre los sensores neurales.

—Esto es imposible —repitió, a pesar de la verdad que estaba revelando el yammosk—. Jaina Solo ha bloqueado al yammosk de alguna manera: ¡la información le llega a ella, pero no vuelve a la nave sacerdotal!

Harrar se lo llevó aparte.

—Me aconsejaste que no comparara a esta humana con nuestra grande y astuta Yun-Harla, y con razón. Pero quizás debieras tener presente la posibilidad de que ella es algo más de lo que considerabas posible.

Khalee Lah se quedó plantado un momento, con porte orgulloso, con aflicción en el rostro marcado. Después, inclinó la cabeza en señal de asentimiento brusco.

—Quizás —reconoció.

CAPÍTULO 11

Jagged Fel dirigió suavemente su desgarrador en un largo descenso en espiral sobre Ithor, buscando en aquella esfera sin vida algún resto del mundo verde por el que él había luchado.

El planeta oscuro y rocoso tenía un parecido inquietante con una nave yuuzhan vong. Su superficie estaba surcada de lechos secos de ríos, semejantes a las cicatrices de los rostros de sus guerreros. Se decía que los invasores se consideraban creados a imagen de sus dioses. Al parecer, estaban decididos a hacer ese mismo favor a otros.

El intercomunicador de Jag crujió.

—¿Qué esperas encontrar aquí, comandante? —preguntó una voz femenina de tono grave.

—Un recordatorio —respondió él en voz baja—. Por esto hemos venido. Shawnkyr. Por esto debemos detener al enemigo.

Llevó su nave a formación cerrada con su compañera de vuelo, lo bastante cerca para ver el interior de la cabina esférica de caza de combate TIE de la nave chiss. Shawnkyr Nuruodo guardaba la compostura en su rostro azul, sin dar muestras de duelo por Ithor ni de condena por las opiniones poco ortodoxas de Jagged Fel.

Jag se preguntó durante unos momentos qué pensaría en realidad Shawnkyr de su «misión de exploración». Un guerrero chiss no asestaba nunca el primer golpe; no sólo era una tradición, sino una cuestión de honor. Pero ella lo había seguido antes hasta Ithor, y daba todas las muestras de seguirlo ahora sin que importara el camino que tomara.

—¿Coordenadas siguientes? —preguntó ella, como si respondiera a sus pensamientos.

Jag consultó el ordenador de navegación (elemento que había añadido hace poco a su desgarrador) y comunicó a Shawnkyr los puntos finales de una ruta menor por el hiperespacio.

—Eso está en el cúmulo estelar Hapes —observó ella.

—Sí. La reina de Hapes ha abierto el mundo de la Región Interior a los refugiados. Si los yuuzhan vong siguen su pauta habitual, atacarán ese sistema.

—La Casa Nuruodo querrá tener noticias de este ataque, si se produce.

Jag oyó las palabras no pronunciadas. Shawnkyr era miembro del poderoso clan de la Casa Nuruodo, que comandaba a los militares chiss. Los consejos de Shawnkyr tendrían un peso notable ante los militares chiss oficiales. Aquella misión de

exploración influiría sobre el camino que tomaran los chiss bajo el mando del general Fel, pero tenía posibilidades de ejercer unas repercusiones todavía mayores.

Sin embargo, hasta entonces, Jag y Shawnkyr estaban solos. Poco podían esperar de las gentes desesperadas a las que habían abandonado recientemente, y no podían ofrecerles nada más que todo su esfuerzo personal.

Guardaron silencio al prepararse para el salto al hiperespacio. Su nuevo desgarrador contaba con unos sistemas de navegación y unos sistemas de hipervelocidad muy superiores a los de las naves a las que estaban acostumbrados, además de con sistemas de armamento mejorados. Jag no tenía ninguna intención de provocar problemas, pero tenía intención de salir de cualquier pelea en la que se viera envuelto... de salir vencedor, naturalmente.

La presión creciente de la aceleración sublumínica lo empujó hacia atrás en su asiento. Se acomodó mientras la oscuridad envolvía la nave, con intención de echar una cabezada durante el vuelo por el hiperespacio.

Los sensores lo despertaron al cabo de un tiempo que a él le habían parecido unos momentos. La nave de Shawnkyr surgió como una mancha borrosa a su costado de babor, como una bruma sobre el fondo de las líneas de estrellas más marcadas que tenía detrás. Los sensores de advertencia de la consola de Jag también se despertaron, pero como de una pesadilla: bruscamente, gritando.

Jag enfocó la vista en los rostros flácidos, aterrorizados, de dos pilotos humanos, que se veían claramente a través de la cúpula de transpariacero del carguero que venía directamente hacia ellos.

Imprimió a su desgarrador un giro brusco a estribor, alzándose por encima de la nave mayor, a la que pasó a pocos metros. Shawnkyr se apartó en la dirección opuesta; se trataba de una maniobra de evasión perfeccionada por los años de vuelo en común y ejecutada limpiamente.

Jack encendió el comunicador.

—Reagrupación y persecución. Debe de haber algún motivo por el que hayan puesto estas coordenadas.

—¿Por estupidez?

A Jag le temblaron los labios, a pesar de que sabía perfectamente que su compañera de vuelo no había pretendido hablar con humor. Shawnkyr tenía el desprecio característico de los chiss hacia las «razas inferiores». Jag había aprendido hacía mucho tiempo a no ofenderse.

Se pusieron en marcha rápidamente, trazando los lados opuestos de un amplio círculo, con intención de reunirse en el centro para establecer su formación habitual lado a lado. Su punto de reagrupamiento explotó en una llamarada de oro fundido.

Cuatro coralitas, visibles entonces en la estela de sus proyectiles relucientes, avanzaban en formación de rombo, siguiendo al carguero que huía. Los navíos chiss

volvieron a apartarse, esta vez volviendo a agruparse a los flancos de las naves atacantes.

Jag se apartó rápidamente de un rayo de plasma que venía hacia él, y después llevó a su desgarrador chirriando sobre la formación cerrada. Mantuvo la posición, y sus dedos bailaron sobre los controles al arrojar hacia las naves yuuzhan vong una andanada aparentemente al azar. Pero observó cuidadosamente cuáles de los rayos láser desaparecían en la oscuridad y cuáles se deslizaban al otro lado de los escudos orgánicos del enemigo.

El fuego que le devolvieron le enseñó todavía más. Paso unos momentos eludiendo rayos de plasma y planificando sus pasos siguientes.

—El enemigo está compensando los daños —informó a Shawnkyr—. Las naves de las alas sólo tienen armas y escudos en los costados exteriores. La nave trasera no tiene ningún arma, sólo escudos, y la puntera está echando todo lo que tiene en el ataque.

—Un escuadrón suicida —dedujo ella—. El carguero es un objetivo importante.

—O puede ser que estos corralitas estén tan deteriorados que no tengan arreglo. Los jefes suponen que no tienen nada que perder, salvo a los pilotos. Puede que los propios pilotos hayan tomado la decisión de salir a combatir.

La hembra chiss escuchó todo aquello en silencio, como siempre que Jag intentaba describirle la aparente filosofía de los yuuzhan vong. En la cultura shawnkyr no había nada que le permitiera entender lo que podía tener de lógico el concepto de una «muerte gloriosa».

—La nave puntera primero —dijo él, virando hasta tomar posición de disparo.

Jag lanzó un misil de impacto al navío que iba en cabeza. Shawnkyr intervino a continuación con una andanada de fuego de láser, haciendo explotar el misil justo por delante del escudo del enemigo, y en plena trayectoria de la formación en forma de rombo.

La nave de cabeza se elevó bruscamente, pero el borde avanzado de la explosión la alcanzó y la hizo girar descontroladamente. Jag disparó un segundo misil. La nave descontrolada explotó. Fragmentos de coral negro cruzaban el brillo repentino, como una imagen negativa de las líneas de estrellas sobre la oscuridad del espacio.

—Reagrupación justo por debajo de la nave escudo, y un poco por detrás —sugirió Jag—. Seguir con ella, y seguir juntos.

—A tus órdenes. Pero ellos no dudarán en disparar contra uno de los suyos.

—Cuento con ello. Situémonos cerca, justo fuera del alcance de sus escudos.

Los dos desgarradores cayeron bajo el corralita trasero y enviaron una cortina sincopada de fuego de láser a los lados interiores de los navíos dañados de las alas.

Con una agilidad asombrosa, los corralitas descendieron y se cruzaron. Intercambiaron sus puestos y volvieron a la formación, de tal manera que las armas y

los escudos que funcionaban apuntaran a los desgarradores. Tal como había esperado Shawnkyr, los coris devolvieron el fuego. El cori trasero absorbió cada una de las corrientes de plasma, tragándose una tras otras.

El trío de coralitas se desplazaba con una unidad asombrosa, descendiendo y girando en el intento de quitarse de encima a su sombra chiss. Pero Jag y Shawnkyr mantenían sus posiciones, y cada rayo de plasma desaparecía en las singularidades de la nave de guardia.

—Puede que sacrifiquen este cori para cogernos —dijo Jag—. En cuanto te dé el plasma en el escudo, apártate deprisa. A plena potencia. Si el cori de guardia trasero no está escudando, podría generar un tirón gravitacional como un rayo de tracción.

Las naves seguían disparando. Sus cascos de coral palidecían hasta volverse translúcidos bajo el fuego constante de los chiss. Se desprendían fragmentos enormes de los coris, que salían despedidos hacia los tercicos desgarradores.

Jag viró bruscamente para evitar un trozo de la nave que tenía delante. El cuerpo de un piloto yuuzhan vong salió disparado de los restos de la otra nave, apuntando directamente (y seguramente de forma intencionada) al desgarrador de Shawnkyr.

Un rayo azul salió de la nave de Shawnkyr y redujo a una nube lúgubre aquel proyectil que antes había estado vivo. Jag intentó no hacer caso de las salpicaduras de la pantalla de visualización de su cabina. Observó a través de ellas la parte inferior del único coralita que quedaba. También a ése le estaba adelgazando el casco. El coral recalentado palidecía hasta adquirir una transparencia espectral.

—¡Separación! —gritó, mientras apartaba bruscamente su nave.

Se produjo una erupción de coral hacia el cielo, impulsada por una explosión breve y brillante. Los volcanes no eran cosa nueva para él; uno de los planetas del territorio chiss tenía una geología extremadamente volátil. Pero al ver a un ser viviente entrar en erupción de manera semejante, los yuuzhan vong le parecieron inmediatamente más familiares y más desconocidos a la vez. Jag dudó que pudiera volver a ver alguna vez una erupción volcánica sin considerarla la agonía de una montaña.

No se le ocurrió compartir este pensamiento con Shawnkyr. Su larga experiencia con los chiss le había enseñado a reservarse sus ideas fantasiosas. En vez de ello, sintonizó su comunicador con la frecuencia de saludo.

—Aquí Vanguardia Uno, vehículo explorador chiss. Carguero de la Nueva República, haga el favor de identificarse y de decirnos en qué más podemos ayudarle.

Hubo un momento de silencio, y después crujió el comunicador.

—Aquí el *Mynock Ciego*. No llevamos a bordo ninguna carga de valor, ni pasajeros. No vale la pena abordarnos.

Jag echó una mirada de reojo a su compañera de vuelo. Una expresión de dura indignación se había instalado en el semblante de la chiss.

—No somos piratas —dijo Jag rotundamente—. Si necesitáis una escolta, os acompañaremos al espacio de Hapan.

—No necesitamos que nos cuiden como a cachorros —le soltó el piloto—. El *Mynock* tiene velocidad y potencia de fuego suficientes.

A Jag empezó a faltarle la paciencia.

—Si hubierais tenido armas, habríais devuelto el fuego con la esperanza de proteger vuestra caiga y vuestros pasajeros de pago inexistentes. Comprendo vuestra cautela, ya que en este sector hay antecedentes de piratería. Por otra parte, también hay un peligro demostrado de ataque de los *yuuzhan vong*. Si preferís arriesgaros con ellos, decidlo claramente y respetaremos vuestra decisión.

El comunicador crujió al momento.

—Frieron nuestro ordenador de navegación —dijo una voz distinta—, y por eso estuvimos tan cerca de ponernos vuestra nave por adorno en el casco. Tendremos que introducir manualmente las coordenadas del salto. El problema es que no las tenemos a mano.

Si vosotros no tenéis inconveniente en darnos las indicaciones para llegar a Hapes, nos pondremos en camino.

Jag dijo las coordenadas y observó cómo el carguero se ponía en marcha y después emprendía la aceleración subluz.

—¿Los seguimos? —preguntó *Shawnkyr*.

—No parecen muy deseosos de tener compañía —observó él—. Pero vamos a pasarnos por Hapes, y veremos qué información podemos recoger allí. Incluso podremos reclutar a algunos pilotos más, quizá.

—¿Un nuevo escuadrón, comandante? Pediste una falange *chiss* y te la negaron. ¿Pretendes reunir algo que la sustituya?

—Con más ojos, podríamos explorar con mayor eficiencia —repuso Jag.

—Muy cierto. Y cuando ese escuadrón explorador se encuentre con los *yuuzhan vong*, podrá librar combate con ellos con mayor eficiencia que un par de desgarradores *chiss*.

—Hablas como si nos encontrásemos en una misión ofensiva.

El desgarrador de la *chiss* femenina se acercó más, al de él, hasta que las puntas de las alas casi se tocaban.

—En absoluto, señor. Nuestra misión es explorar la actividad enemiga, y no iniciar la batalla con tácticas de primer golpe. Sin embargo, está bien claro que los *yuuzhan vong* no tienen tantos escrúpulos. En cuanto se dispare el primer tiro (y se disparará), tendremos la obligación de defendernos.

Jag dirigió una mirada de sorpresa a su compañera de vuelo.

—Sé por qué hemos venido, señor —dijo la *chiss*—. Y tú también lo sabes.

Jag, por una vez, no tuvo nada que añadir.

—A Hapes, pues —dijo, y empezó a preparar el salto.

CAPÍTULO 12

Los jóvenes Jedi estaban reunidos en la cabina de mando de la nave que Jaina había bautizado como la *Mentirosa*, observando en silencio mientras su nave robada se desplazaba regularmente hacia una nave hapana grande. El navío se alejaba de Hapes con velocidad constante.

—Bueno, esto va a ser interesante —murmuró Tahiri.

Jaina asintió en silencio.

—¿Estás seguro de que tienen a Tenel Ka? —preguntó.

—La han recogido, desde luego. La nave es mecánica, no orgánica. Es una buena noticia.

—Pero no es ninguna garantía de seguridad —añadió Ganner—. No sabemos si son de la Brigada de la P...

Se interrumpió bruscamente, con una expresión como si alguien le hubiera dado un golpe en la frente con una hidrollave de tuercas.

Antes de que Jaina pudiera interpretar esto, un dolor al rojoblanco le explotó en los sentidos. Se arrancó la capucha de cognición, pero el suplicio no se le alivió en lo más mínimo. Comprendió vagamente que no procedía de la nave, sino de los demás Jedi que iban a bordo. Los sintió a todos, y todos ellos formaban un único pensamiento:

Jacen.

La oleada terminó bruscamente, y la sensación desapareció.

Jaina se quedó un instante paralizada en su asiento, incapaz de hablar por el aturdimiento. Jacen se había aparecido en la Fuerza... pero a ella no.

Jaina era capaz de aceptar que su propio duelo y su ira bloqueaban la capacidad de Jacen para contactar con ella. Pero a medida que fue recorriendo con la mirada los rostros asombrados, vio una verdad diferente y más oscura. La muerte de su hermano estaba escrita en el rostro peludo de Lowbacca y en los ojos negros de roedor de Tekli. Estaba en la pena que brotaba de todos ellos.

Jaina fue vagamente consciente de que Zekk la apartaba para ocupar él el asiento del piloto. Se recostó contra la pared irregular. El torbellino de sus pensamientos le decía a gritos que negara, que rechazara aquella realidad que ella no era capaz de percibir ni de aceptar.

Entonces la azotó una segunda tormenta, un frenesí ardiente en el que apenas se reconocía a Tenel Ka. Jaina sintió la tormenta emocional de la otra mujer, las

magulladuras que tenía en la mano por los golpes que había dado contra las paredes interiores de la cápsula de escape.

Pero ¿por qué no podía sentir nada de sí misma?

El duelo de Tenel Ka se convirtió en rabia. Jaina también tuvo este sentimiento, y con el mismo desapego embotado. En parte, estaba sorprendida por la profundidad y por la intensidad de la reacción de Tenel Ka. La había atribulado la reacción de su padre a la muerte de Chewbacca; pero Jaina comprendía mejor la negación y el desapego de Han que el frenesí desconsolado de su amiga.

Podía ser que su propia familia no fuera un modelo fiable de aquellas cosas. Los Skywalker y los Solo sabían bien lo que eran los conflictos, y todos habían empezado a estar a la altura de los mismos desde edad temprana. Sin embargo, en las cuestiones de relaciones personales, todos daban muestras de no tener muy claras las coordenadas. Su madre, condicionada por su formación y su experiencia para poner a la Nueva República por encima de todo, había estado a punto de aceptar la propuesta de matrimonio del príncipe Isolder. Leia sabía que Han la amaba, pero de alguna manera había perdido los códigos de acceso a sus propias emociones. ¿Había hecho lo mismo Jacen? ¿Había amado a Tenel Ka sin haberse dado cuenta de ello plenamente?

«Sí», concluyó Jaina sin más. Así era Jacen: siempre pensando en todo lo que estaba bajo cien soles lejanos, en vez de centrarse en lo que tenía delante de sus narices.

Lo mismo que estaba haciendo ella. Jaina se apartó de la pared haciendo un gran esfuerzo.

—Tenel Ka sigue allí fuera —dijo con voz tranquila y firme—. Tenemos que enfocarnos en ella.

Todas las miradas se clavaron en Jaina durante un instante. La bañó una sinfonía de emociones que iban de la incredulidad a la ira, pasando por la lástima.

Ganner fue el primero que se rehizo. Se arrojó al asiento del artillero.

—Bien dicho. Vamos a cazarlos.

Tesar asintió con un silbido y se encaminó apresuradamente a su puesto, rozando el suelo irregular de coral con su cola acorazada. Los demás Jedi se pusieron a trabajar o se pusieron las fijaciones para la persecución.

Cuando se aproximaron a la nave hapana, observaron el pequeño grupo de Interceptores Avispón que la seguía. Estos se dispersaron y huyeron ante la llegada de la fragata yuuzhan vong.

—Tienen la cápsula de salvamento —confirmó Zekk—. Acaban de meterla por la escotilla.

Ganner soltó una palabrota en voz baja.

—Lo que daría ahora mismo por un buen cañón de iones. Por algo que destruyera

los controles, pero no la nave.

—Un rayo de la Fuerza —sugirió Jaina.

—Ah, estupendo —murmuró Tahiri—. Vaya plan digno de un Sith.

—Lo digo en serio —dijo Jaina, poniendo una mano en el hombro de Zekk—. Podemos hacerlo. Tú te licenciaste en la *Academia Oscura*. Debieron de enseñarte el modo de hacerlo.

El se quitó la capucha y la miró fijamente, como si no diera crédito a sus oídos y necesitara nuevos datos para descodificar el mensaje. Al observarla, el horror se asomó a sus ojos verdes. Hasta el propio Lowbacca la miraba de manera rara. Una ráfaga de fuego de láser surgió de la nave hapana, interrumpiendo cualquier posible respuesta por parte de cualquiera de los dos Jedi.

Jaina alzó los ojos hacia el techo de la cabina.

—Está bien. Entonces, tengo otra idea. Apártate.

Zekk le cedió al momento el asiento del piloto. Jaina se puso la capucha de un tirón y convenció al dovin basal para que dejara de generar escudo a cambio de aplicar un tirón lento y constante. La nave se agitó y tembló al dar en el blanco el fuego de la nave hapana.

Alema Rar se inclinó sobre el hombro de Jaina y observó la nave que se aproximada.

—Ya lo tienes, pero ¿cómo vamos a llegar hasta Tenel Ka, si no tenemos cápsula de salvamento ni trajes de evacuación?

—Ella viene hacia nosotros —anunció Jaina, con los ojos clavados firmemente en la nave hapana—. ¡Preparaos para la colisión!

La *twi'leko* se dejó caer al suelo al momento, mientras el *lekku* le temblaba de aprensión. El carguero redujo la velocidad al aproximarse a la *Mentirosa*, pero el impacto del choque fue suficiente para agitar la fragata y enviar una lluvia de polvo de coral negro sobre la consola de mando. Alema se puso de pie, estornudando de manera violenta y repetida.

—Cuando haya terminado esta guerra, yo me voy de vacaciones a Mon Calamari —anunció, mientras se secaba los ojos llorosos.

—Suenan bien —dijo distraídamente Zekk, que todavía tenía clavada una mirada de inquietud en la joven piloto.

—Cuando esté en ese mundo, voy a buscar el arrecife de coral más grande que haya... y lo voy a hacer explotar —concluyó Alema con seriedad.

—Guárdate esa idea —le sugirió Jaina.

Ordenó mentalmente a la nave que abriera una brecha en el otro navío. De la pared que estaba justo detrás de la cabina empezó a brotar del coral una sustancia viscosa, de aspecto semejante a la gelatina *blorash* de los *yuuzhan vong*, y que trazó la forma de un portal ovalado. Empezó a surgir un vapor maloliente a medida que el

disolvente iba atravesando el casco viviente.

El wookiee se acercó a observar. Se apartó de un salto cuando cayó al pasillo un bloque de dos metros de coral, cortado limpiamente. Los bordes derretidos estaban tan lisos como el transpariacero. Todavía manaba de las paredes de la nave una mugre amarilla que iba corroyendo rápidamente el casco de metal y cerámica del carguero capturado. La sustancia fundida se endurecía rápidamente, formando una unión sólida, hermética, entre las dos naves.

Cuando se disipó el vapor, Lowbacca tanteó el portal a modo de prueba. Con un rugido de satisfacción, se hizo a un lado y asestó una fuerte patada.

La «puerta» cedió y cayó pesadamente hacia atrás, derribando a dos humanos uniformados de rojo. Lowbacca entró pisándolos, encendiendo a la vez su sable láser de color bronce. Los otros Jedi irrumpieron también por el portal, tomando posiciones a ambos lados del wookiee.

Sonó un «ping» doble al salir a recibirlos dos tiros de carabina láser. El sable turquesa de Tenel Ka detuvo los dos antes de que sus «rescatadores» hubieran tenido tiempo de responder.

Jaina avanzó sorteando los cuerpos tendidos de tres mercenarios vestidos de rojo mientras se hacía cargo de la marcha del combate. Había al menos seis humanos tendidos en el suelo; algunos soltaban quejidos por lo bajo. Uno se revolvió e intentó ponerse a gatas. Lowbacca aplicó un pie peludo al trasero del hombre, con tal fuerza que lo envió deslizándose boca abajo por el suelo pulido. Dio con la cabeza en un armario de metal, produciendo un ruido tranquilizador.

Tenel Ka pasó junto al wookiee sin volver la vista, dirigiéndose hacia los dos últimos hombres que quedaban de pie, hombres altos, rubios, con uniformes rojos y en buena forma para el combate.

Uno de los hombres arrojó al suelo una carabina láser descargada y tomó de su cinturón de armas un bastón aturridor. El otro adoptó la postura de en guardia de los practicantes de las artes marciales hapanas.

Jaina extendió una mano para contener a los demás.

—Dejad que se encargue de esto. Me da la impresión de que lo necesita. Perdona, Alema.

La mujer twi'leko se encogió de hombros y se retiró.

Tenel Ka puso su sable láser en posición de guardia alta, y lo apagó. Arrojó el arma a Tahiri sin volver la vista atrás. La joven Jedi lo atrapó al vuelo con habilidad, movió los labios murmurando en silencio palabras de ánimo.

El practicante de las artes marciales giró hacia Tenel Ka; le lanzó dos puñetazos rápidos a modo de finta y le dirigió después una patada alta hacia la cabeza. Ella se agachó y desvió la patada con un golpe de la banda de metal que rodeaba el muñón de su brazo cortado. Hizo girar su cuerpo en el sentido del golpe para dar más fuerza

a la parada y para ponerse en posición para lanzar una patada lateral. La aplicó con fuerza al pecho de su adversario.

Éste retrocedió tambaleándose, sorprendido por la fuerza inesperada de la patada de la pequeña mujer. Tenel Ka avanzó, dejándose caer al suelo de pronto y girando sobre sí misma con un barrido de pierna bajo. Su rival esquivó el ataque de un salto, con un movimiento cómodo y ágil. La Jedi se puso de costado y volvió a lanzar una patada más alta, acertándole en la corva en el momento en que aterrizaba. El hombre vaciló y cayó.

Tenel Ka volvió a rodar sobre sí misma dos veces para distanciarse, y se levantó con un movimiento regular. Mientras tanto, su adversario consiguió ponerse de pie y se abalanzó sobre ella corriendo.

Ella salió a su encuentro como un rayo, realizando un salto con giro y clavándole el pie derecho en plena cara. Lanzó también el pie izquierdo, que le dio justo por debajo de las costillas. Tenel Ka cayó girando y siguió rodando sobre sí misma para apartarse. El luchador hapano retrocedió, dio con la pared y se deslizó poco a poco hasta quedar tendido en el suelo.

Tenel Ka se levantó. Semiagachada, volvió la vista hacia su último rival. Éste avanzaba rápidamente, con el bastón aturridor por delante.

La Jedi extendió la mano. Tahiri arrojó el sable láser a su propietaria. El arma giró dos veces por el aire y cayó de lleno en la mano abierta de Tenel Ka. Un torrente de luz turquesa surgió hacia la garganta de su atacante y se detuvo a un suspiro de distancia, obligándole a detenerse bruscamente.

El hombre asestó instintivamente un golpe al haz de luz con su bastón aturridor. El extremo de metal quedó cortado limpiamente, y salieron chispas del arma truncada. Al hombre se le erizaron los cabellos rubios, y los ojos se le pusieron vidriosos. El arma se le cayó de la mano, que le temblaba violentamente, y el hombre retrocedió a trompicones, en una retirada ciega. Tenel Ka se incorporó y le siguió paso a paso, apuntándole todavía a la garganta con el sable láser.

* * *

Jaina sintió una oleada colectiva de consternación en los otros Jedi. Se la quitó de en medio con impaciencia y deseó que Tenel Ka siguiera con su tarea, que la rematara.

Su pensamiento debió de llegar hasta Tenel Ka. La guerrera se detuvo bruscamente, y sus ojos grises buscaron los de Jaina. Tenel Ka apartó el sable de la garganta del hombre y lo apagó, sin dejar de mirar a los ojos a su vieja amiga.

Por un momento estuvieron abiertas la una a la otra. Jaina sintió la ira de la otra mujer, pero también su determinación. Tenel Ka veía en aquellos hombres unos

traidores a Hapes, y consideraba que su deber como Maestra Jedi y como hija de la reina de Hapes, era encargarse de que recibieran su merecido. Jaina no había dudado de que lo único que necesitaba Tenel Ka era desahogarse un poco. Ahora percibía lo equivocada que estaba.

También percibía una pregunta que procedía de Tenel Ka, una búsqueda sutil como la que podía emplear un Jedi para tomar la medida a un extraño. Y, después, ni siquiera eso. Los escudos imponentes de la guerrera volvían a estar en su lugar.

Los escudos interiores de la propia Jaina se afirmaron, y ella asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Hacéis bien —dijo, con una mirada que abarcaba tanto a Tenel Ka como a la twi'leko—. ¿Por qué derrochar energía en arrecifes de coral y en piratas hapanos indefensos?

La luz extraña de los ojos de la twi'leko soltó un destello. La mirada que dirigió a Jaina era de esas que se cruzan entre almas gemelas, o quizá entre conspiradores.

—Guardadla para los vong —dijo Alema, completamente de acuerdo.

CAPÍTULO 13

Kyp Durrón siguió al *Halcón Milenario* en el viaje intermitente de éste a través de las minas dovin basal y por el confuso espacio hapano. Después de sortear el tráfico caótico, consiguió por fin permiso para aterrizar. Habiendo pasado por fin lo peor, dejó rápidamente su caza de combate junto a la nave de Han.

Descendió de su Ala-X y contempló con desánimo la escena que lo rodeaba. La zona portuaria de la ciudad real de Hapes se extendía hasta donde le alcanzaba la vista. Las plataformas de aterrizaje móviles se desplazaban para almacenar las naves lo más juntas posible y hacer sitio para las docenas de navíos que seguían flotando o trazando círculos en el cielo. Los refugiados se apiñaban, y su confusión era como un olor en el viento.

Después, otro viento más fuerte azotó a Kyp, una vaharada psíquica de increíble poder y dolor. Kyp vaciló y asió su nave destartada mientras la agonía de Jacen Solo le corría por las venas como roca fundida.

Su propio asombro se entremezclaba con el dolor del joven, pues Kyp no tenía ningún lazo con Jacen Solo que pudiera explicar una conexión tan poderosa. Ni siquiera le caía bien el joven Jedi.

Según él lo veía, el hijo mayor de Han era un mocoso mimado y egoísta que prefería dejar que los yuuzhan vong barrieran la galaxia como una nube de insectos con tal de no manchar su concepto precioso del ideal Jedi.

No obstante, y por algún motivo, Kyp estaba compartiendo algo que era, sin duda, una agonía final. No se podía imaginar lo que sería vivir algo así en carne propia. No estaba seguro de querer imaginárselo.

Cuando el dolor empezaba a aflojar, una mano fuerte le asió del codo.

—Eh, chico, ¿cuánto tiempo te has pasado metido en esa «fresquera» voladora?

Kyp se apartó rápidamente de su viejo amigo, escudando sus pensamientos y pergeñando una sonrisa irónica.

—Parece que demasiado. Dame un momento para que me vuelva a acostumbrar a andar por tierra, y estaré bien.

Han asintió distraídamente con la cabeza y volvió la vista hacia el *Halcón Milenario*. Luke Skywalker salía de la nave, siguiendo de cerca a su esposa pelirroja. Rodeaba con el brazo el talle de su hermana gemela mientras bajaban despacio por la pasarela. Leia Organa Solo estaba pálida, pero guardaba la compostura. Mara Jade Skywalker echaba chispas de impaciencia como un cable cortado, sólo contenidas un

poco por la pena que surgía de todos ellos.

Kyp hizo una reverencia al Maestro Jedi, pero dirigió la palabra a los Solo.

—Mi más sentido pésame por la pérdida de vuestro hijo.

Leia cerró despacio los ojos, y Han se puso a su lado rápidamente.

—Gracias —se apresuró a decir, como para ahorrarse a su esposa la necesidad de pronunciar palabras—. No voy a negar que es duro. Parece que no está bien sobrevivir a tu chico menor.

—¿El menor? —repitió Kyp con desaliento. Podía olvidar a Jacen sin mucha dificultad, pero no a Anakin. Anakin Solo había sido una estrella en rápido ascenso, y se había convertido en el héroe Jedi más destacado y atractivo de la guerra. Anakin podría haber marcado una diferencia.

Kyp comprendió demasiado tarde lo que habían desvelado sus palabras. A Han se le puso el rostro gris, y asió a Kyp del brazo con una fuerza como para aplastarle los huesos.

—Estabas hablando de Jacen. ¿Qué has oído? ¿Qué sabes?

Leia puso una mano en el hombro de su marido para apaciguarlo.

—Puede que Kyp haya sentido lo que yo: una oleada repentina de la presencia de Jacen, seguida de un oscurecimiento.

«Oscurecimiento» no era la palabra que habría usado Kyp. Había visto estrellas que se convertían en novae con más sutileza. Preocupado, volvió la vista hacia Luke Skywalker. El Maestro Jedi tenía los labios firmemente apretados. El duelo y la preocupación se mezclaban en sus ojos mientras contemplaba a su hermana. Volvió la mirada hacia la de Kyp, atraído por la pregunta silenciosa del hombre más joven. Su gesto afirmativo con la cabeza, leve y casi invisible, confirmó que también él había sentido la muerte de Jacen Solo.

Mara se adelantó rápidamente, con fuego en los ojos verdes. A Kyp no le hizo falta la Fuerza para leer la advertencia que estaba escrita en ellos: deja a Leia sus ilusiones protectoras, deja que vaya aceptando esto a su debido tiempo.

—Seguro que no te ha costado trabajo ensombrecer la verdad —dijo Mara con voz sedosa—. Al fin y al cabo, conseguiste engañar a mi aprendiz. A *mi* aprendiz —recalcó.

Evidentemente, Mara no le había perdonado que hiciera intervenir a Jaina en su última venganza personal. Kyp había empleado sus poderes considerables de Jedi para «empujar» a Jaina a creer que una mundonave yuuzhan vong inacabada era, en realidad, una superarma. Y, sí, él había pedido a la joven piloto que fuera su aprendiz, principalmente como medio para descentrarla y hacerla más receptora a su engaño. Principalmente.

—¿Me estás advirtiéndome que no me meta? —preguntó él con suavidad.

Mara miró hacia Luke.

—Sólo porque él ha sido una buena influencia —dijo—. De momento —añadió, entrecerrando los ojos.

Mara se apartó de él.

—Tenemos que buscar una nave —dijo bruscamente mientras se alejaba. Luke la siguió, aprobando con los ojos la contención de su esposa, que tanto le había costado conseguir.

Leia asió del brazo a su hermano.

—¿Enviarás aviso si tienes alguna noticia de los gemelos?

—Tú lo sabrás —dijo él en voz baja—. Tienes instinto de Jedi. No necesitas que nadie te diga nada de tus propios hijos.

Su mirada sombría buscó los ojos de Kyp, y sus ojos, normalmente blandos, repitieron la advertencia de Mara.

La mirada confusa de Han recorrió sucesivamente los rostros. Irguió los hombros y pasó a atender algo que pudiera entender. Pasó un brazo por los hombros de Kyp y lo condujo hacia el *Halcón*.

—Vamos, muchacho. Vamos a hacer algo útil.

—¿Volar? —dijo Kyp con incredulidad, observando las últimas grietas y abolladuras de la nave venerable.

—Arreglar —replicó Han. Abrió un compartimento del casco del *Halcón* y extrajo un soplete láser. Le hizo emitir un pequeño haz de luz con un solo movimiento, con la misma facilidad con que cualquier Jedi encendería su sable láser—. Hay que sustituir estos revestimientos de aquí.

El Jedi contempló la herramienta.

—No soy buen mecánico —dijo prudentemente. Tomó el soplete de manos de Han y lo apagó, con la esperanza de que el hombre mayor captara la indirecta.

—Sólo tienes que cortar esos remaches. ¿Acaso es muy difícil? —dijo Han, cuya voz se iba perdiendo a medida que entraba en la bodega.

Kyp se encogió de hombros y sacó su sable láser. Lo encendió, y quitó los remaches semifundidos con unos pocos movimientos hábiles.

—Veo que has encontrado una buena aplicación más para tus habilidades de Jedi —observó una voz femenina mordaz.

Se volvió y vio a Leia. La mujer mayor seguía siendo muy atractiva, a pesar de los efectos del duelo y de la preocupación en sus ojos. Sus cabellera castaña era espesa y brillante, y la llevaba con un peinado liso y sencillo que le daba un parecido notable a su hija de dieciocho años.

Kyp sacó a relucir su sonrisa más irresistible y la ayudó con el sutil empujón de la Fuerza que tanto había desconcertado a Jaina. Tuvo la viva impresión de que su esfuerzo chocaba contra una pared invisible y de que se espachurraba como un mynock que se estrella contra un destructor estelar.

La princesa hizo un gesto de desdén y se volvió sobre sí misma. Kyp la siguió, sin entender él mismo por qué.

Leia hizo caso omiso de él mientras se adentraba entre la multitud de refugiados, repartiéndoles consuelo. Habían hecho pasar a la multitud por el primer registro y se había repartido en grupos reducidos en un plazo notablemente breve. Deslizadores hapanos salían camino de las regiones de parque que estaban en las afueras de la ciudad. Los refugiados que habían sufrido lesiones durante la huida de Coruscant estaban tendidos en camillas blancas y estrechas. Androides médicos rodaban con eficacia silenciosa entre las hileras.

Aquel sufrimiento colectivo inundó a Kyp en oleadas. Luchó por contener los recuerdos: su hogar destruido, su familia dispersada, su infancia perdida en la esclavitud.

Advirtió que Leia lo estaba mirando, entrecerrando los ojos oscuros en gesto especulador.

—Aquí hay una necesidad —le dijo Leia—. Una necesidad que tú entiendes mejor que la mayoría. Quizá puedas hacer algo útil, para variar.

Kyp sonrió levemente, pero negó con la cabeza.

—No lo creo. Aquí no, al menos. De esta manera, no.

Ella enarcó las cejas.

—Para algunas personas, la duda puede ser un peligro. En tu caso, es una mejora. Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

Kyp consideró la pregunta, y la respuesta que le acudió no era la que había esperado él mismo. Kyp había asumido la responsabilidad de luchar en aquella guerra; y no sólo de luchar, sino de luchar de un modo que marcara el rumbo a sus compañeros Jedi. Incluso había dicho a Jaina que su generación debía establecer un orden nuevo, una nueva relación con la Fuerza. Era posible que, a algún nivel, se hubiera visto a sí mismo ejerciendo aquél papel. Con certeza de Jedi, Kyp comprendió que aquella tarea correspondería a otro.

Sin embargo, había un lugar para él, un lugar importante.

—Ningún cambio se produce sin conflicto —dijo en voz baja—. Puede que mi destino sea el papel de elemento irritante que provoca la discusión, ser la ampolla que te hace saber que las botas te aprietan.

Para su sorpresa, Leia se echó a reír. Se calmó en seguida y le clavó una mirada de desafío.

—No es mala analogía —le dijo Leia—, pero ten presente lo que va de una ampolla a un cáncer. Aunque eres un hombre joven, ya se te han dado más oportunidades que las que reciben la mayoría de las personas en una vida entera. Mucha gente se pregunta por qué sigues vivo. A esto se puede responder con sólo dos palabras.

—Luke Skywalker —dijo Kyp por ella sin titubear—. Entiendo cuánto debo a tu hermano.

—¿De verdad? Pues tienes un modo extraño de pagar las deudas —repuso Leia—. No has hecho nada por apoyarle, y sí que lo has hecho todo por extender la disensión entre los Jedi.

Un zumbido de motores propulsores les impidió proseguir la conversación. Vieron cómo descendían hábilmente hasta las plataformas dos vehículos de diseño extraño: cabinas redondas que recordaban a las de los viejos cazas de combate TIE, y cuatro brazos móviles que ahora estaban desplegados como las extremidades de bestias agazapadas.

—Navíos chiss —pensó Leia en voz alta. Se le iluminó el rostro al ver saltar de la cabina a un joven de cabello oscuro que le resultaba familiar.

—Jag Fel —observó Kyp escuetamente.

—El coronel Jag Fel —añadió Leia, pensativa. Su rostro adquirió la expresión inescrutable, aunque agradable, que Han solía llamar su «cara de diplomática».

—Tendrás que disculparme —murmuró, y se encaminó hacia el joven comandante.

Kyp optó por no atender a la indicación. Siguió los pasos de Leia. Pasara lo que pasara, iban a necesitar pilotos... y, aunque a Kyp no le gustara reconocerlo, había muy pocos pilotos mejores que el joven que salía del desgarrador chiss.

El rostro del coronel Jagged Fel se iluminó de placer cuando éste reconoció a Leia. Una leve sombra se asomó a sus ojos cuando advirtió a Kyp a su lado. Y Kyp lo pudo entender. El primer encuentro de los dos había sido algo más cordial que una riña tabernaria, pero aquello era lo único positivo que se le ocurría a Kyp al respecto.

El piloto se irguió y saludó a Leia con una reverencia precisa y formal. Presentó a su compañera de vuelo, una mujer chiss que sacaba casi media cabeza de altura a Jag y a Kyp.

—¿Tu presencia aquí es un presagio de cosas venideras? —le preguntó Leia, con un matiz de esperanza en la voz.

Jag inclinó la cabeza en gesto de disculpa.

—Lamento informarte que no. Shawnkyr y yo somos exploradores de los chiss, nada más.

—Un arsenal bastante imponente para un par de exploradores —observó Kyp, dando un golpecito con la mano en el lanzatorpedos de protones.

—No buscamos problemas, pero tampoco los rehuimos —dijo Jag tranquilamente.

Varios hapanos de uniforme venían hacia ellos a paso vivo, a ambos lados de dos hombres que llevaban trajes de vuelo andrajosos. Uno de ellos señaló a Jag.

—Ése es... ése, y la mujer. Son ellos.

—¿Alguno de esos problemas que no rehuisteis? —le preguntó Kyp.

La única respuesta de Jag fue breve mirada tranquila.

—Discúlpame —murmuró a Leia, y se acercó a hablar con los oficiales. Regresó al cabo de unos momentos y e hizo un gesto con la mirada a la chiss. Ésta volvió a subirse inmediatamente a su nave y empezó a encender los motores.

—Nos han pedido que realicemos una misión corta —explicó Jag—. Una nave yuuzhan vong análoga a una fragata necesita una escolta hasta Hapes.

Kyp soltó una carcajada burlona.

—¿A quién tienes que matar para conseguir ese trabajo?

—Se cree que la pilota la teniente Jaina Solo —prosiguió Jag, tan tranquilo como si no se hubiera producido la interrupción.

—Ya lo sé —dijo Leia, con una sombra de inquietud en la voz—, y te agradezco que te hagas cargo de esto. No será fácil traer a una nave enemiga y llegar ilesos.

«Jaina —pensó Kyp—. Viene aquí, y pilotando una nave yuuzhan vong. Esto tiene claras posibilidades».

—¿Os vendría bien otro piloto?

Jag miró a Kyp largamente.

—Los oficiales hapanos no parecen convencidos del todo de que esto no se trate de una emboscada de alguna clase. Si nos han pedido a Shawnkyr y a mí que vayamos es porque tenemos experiencia de combate contra los yuuzhan vong. Pero es perfectamente posible que nos hayan elegido para esta tarea sobre todo porque no somos hapanos y, por tanto, nos consideran prescindibles.

—Ah, si no es más que eso, yo hace años que soy prescindible.

Y últimamente me han degradado de indeseable a paria.

Shawnkyr se inclinó sobre el borde de la cabina, evaluando a Kyp con sus ojos rojos. También ella había oído hablar del Jedi Pícaro, pero no dio muestras de desaprobación.

—¿Volarás bajo el mando del coronel Fel? —le preguntó Shawnkyr.

—La misión es suya —asintió Kyp—. ¿Qué te parece, coronel?

El joven piloto aceptó asintiendo escuetamente con la cabeza, y subió a su nave. Kyp corrió hacia su Ala-X.

—¿A qué viene esto, Kyp? —le gritó Leia mientras se alejaba.

Él se detuvo y se volvió para recibir la mirada interrogadora de ella. Vio allí la sospecha que había esperado, pero estaba mitigada por algo más suave... curiosidad, como mínimo.

—La última vez que accediste a recibir órdenes de alguien, diste la vuelta a la situación y convertiste a muchas de las personas mejores que conozco en asesinos involuntarios. Entre ellos, mi hija, dicho sea de paso. ¿Qué pretendes esta vez?

Las palabras de Leia eran duras, pero Kyp no las consideró injustas. Como había

hecho su hermano, le estaba brindando la oportunidad de justificarse.

Era más de lo que había esperado, y más de lo que merecía. Respondió con una sonrisa lenta, melancólica y casi completamente auténtica.

—Quizá haya llegado el momento de empezar a pagar esa deuda que tengo con tu familia.

Leia se quedó mirando cómo corría Kyp hasta su nave y despegaba, tomando posición al costado de babor de Jag Fel. Se recordó a sí misma que aquel hombre tan agradable era la misma persona que había destruido Carida, que había caído en el Lado Oscuro y había estado a punto de matar a su hermano Luke, que había engañado a Jaina para que ésta hiciera valer su nombre y su reputación para hacer intervenir al Escuadrón Pícaro en su última venganza personal.

—Tráemela, Kyp —dijo Leia suavemente—, y habrás quitado una buena parte de la deuda. Pero si vuelves a hacerle daño a ella, o a cualquiera de los míos... más te valdrá pasarte a los yuuzhan vong.

CAPÍTULO 14

Zekk se instaló en el asiento del piloto de la nave hapana capturada y se inclinó para ayudar a su copiloto a ponerse los aros de contención. Tenel Ka, como Zekk, estaba enfundada en un traje aislante y tenía a mano un casco. Rechazó la ayuda de Zekk y se ató con habilidad, realizando la labor con una sola mano con más rapidez de lo que era capaz Zekk con dos.

La mirada que dirigió a Zekk tenía un leve desafío, y la energía que proyectaba por medio de la Fuerza tenía algo de cortante. Zekk comprendió que aquello tenía muy poco que ver con el brazo que le faltaba. Tenel Ka no se había vuelto más competitiva desde su lesión, pero Zekk tampoco había advertido que se hubiera vuelto menos competitiva.

Zekk fingió que fruncía el ceño.

—¿Es esto justo? —dijo en son de queja humorística—. Tú has tenido más experiencia en los navíos hapanos.

—Resultados, no excusas —le recomendó ella; pero un leve atisbo de sonrisa se asomó a sus labios cuando se volvió hada la consola y empezó a encender los motores.

Jaina asomó la cabeza a la cabina, y la sonrisa de su rostro era la de aquella muchacha que Zekk había conocido hacía mucho tiempo.

—Sube la música, y vamos a bailar —dijo Jaina.

El piloto Jedi sonrió levemente, comprendiendo perfectamente lo que quería decir. El zumbido y el rugido de los motores de la nave hapana resultaba sorprendentemente bienvenido tras el extraño silencio del dovin basal.

Su sonrisa se debilitó mientras observaba a Zekk.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Zekk no veía muchas más opciones. Las dos naves seguían conectadas, fusionadas firmemente por la sustancia extraña que había segregado el casco de coral de la *Mentirosa*. Estaban tan abiertas unas a otras como dos habitaciones contiguas. Zekk oía el aullido engañosamente temible de Lowbacca, mientras el wookiee conducía a los piratas cautivos por el portal hacia la nave yuuzhan vong.

Y aquél era el problema, reflexionó con pesar. Aquel pórtico ovalado de dos metros entre las dos naves. Tahiri afirmaba que la nave yuuzhan vong era capaz de sanarse a sí misma, pero con la brecha del navío hapano no se podía hacer nada. Si se retiraba la otra nave, casi una quinta parte de la nave hapana quedaría abierta al vacío

del espacio. Podían abandonarla, claro está, pero aquello significaría perder un carguero aprovechable y, lo que era más importante, perder también los catorce cazas de combate de corto alcance que llevaba el carguero en la bodega.

En aquel momento, nada de aquello parecía tremendamente importante a Zekk.

—Será una aventura —dijo, intentando mantener un tono de voz ligero—. Nunca había volado en tándem hasta ahora.

Jaina se acercó al asiento del piloto por atrás y se inclinó, apoyando la barbilla en el hombro de Zekk y pasándole los brazos por el cuello en uno de aquellos abrazos desenfadados de amigos que habían intercambiado tantas veces a lo largo de los años.

—No es la cosa más estúpida que hemos hecho en la vida.

—Eso no hay quien lo discuta —dijo ella con una risita, y se incorporó. El chasquido rápido de sus botas se dejó de oír cuando pasó por el portal a la nave *yuuzhan vong*.

Zekk echó una mirada a Tenel Ka. La guerrera lo estudió con ojos grises tranquilos que veían demasiado. Él hizo una mueca y apartó la mirada.

—Es difícil vivir entre los Jedi —dijo ella, reconociendo su disgusto—. Yo no he podido velar a Jacen en privado.

—Y yo no puedo preocuparme por Jaina sin que todo el mundo se entere.

—¿Preocuparte? —Tenel Ka repitió esta palabra débil, rechazándola—. Lo que tienes es miedo por ella. Tienes miedo *de ella*.

—¿No debería tenerlo?

—No es la Jaina que yo conocí en la academia; pero ¿quién no ha cambiado con esta guerra?

Zekk no pudo negarlo.

—A pesar de todo, no me gusta.

—A ella tampoco —dijo Tenel Ka con tranquilidad—. Jaina habría surgido como líder con el tiempo, con independencia de las circunstancias. La batalla de Myrkr le obligó a seguir este camino antes de que ella tuviera tiempo de considerar dónde podía conducirla. El liderazgo supone hallar un compromiso, un equilibrio. Este equilibrio es importante, sobre todo, dentro de la propia líder. Debe ser capaz de pasar a la acción y de enfocar todas sus decisiones hacia un objetivo deseado, sin dejar de asentarse en los principios.

Zekk observó a la mujer guerrera.

—Has estado pensando en estas cosas.

—Por extenso —asintió ella—. Jaina está afrontando su pérdida a base de ocuparse de las cosas. Es una buena reacción, una reacción que le aporta cierto grado de control. Pero al distanciarse de su propio dolor, también está perdiendo un equilibrio importante dentro de sí misma. He visto en qué puede llegar a convertirse un líder que carece de este equilibrio —añadió Tenel Ka, más sombría—. Debemos

vigilarla con cuidado.

Zekk apartó la vista.

—Tendrás que vigilarla tú. Yo me largo.

—¿Serías capaz de abandonar a un amigo?

—¿Como tú abandonaste a Jacen? —replicó él.

Tenel Ka no dio ninguna señal de acusar el golpe.

—Sé que no has querido decir eso —dijo con calma—. Pero también sé que si Jacen estuviera en peligro de deslizarse hacia el Lado Oscuro, yo estaría dispuesta a hacer todo lo que pudiera para hacerlo volver.

Era la primera vez que uno de ellos expresaba con palabras su inquietud acerca de Jaina. Guardaron silencio un momento, impresionados por aquella triste posibilidad.

—¿Y si a ella no se le puede hacer volver? —preguntó Zekk—. Yo he seguido ese camino, y sé lo que puede hacer un Jedi Oscuro. Si la cosa llega hasta ese punto, alguien tendrá que detenerla.

—Por cualquier medio que sea necesario —asintió ella, expresando de nuevo en voz alta sus temores comunes.

—Y yo no podría hacerlo. Pasara lo que pasara, yo no podría.

—Ya veo —dijo Tenel Ka, volviendo la vista al frente—. Entonces, haces bien en marcharte.

Jaina se puso la capucha de cognición y animó a ponerse en marcha a la *Mentirosa*, que iba a la deriva.

La nave se resistió, confundida por circunstancias que no entendía y por la masa metálica que tenía adosada. Jaina apretó los dientes y volvió a plantearse si aquel intento de salvamento era prudente. Puede que fueran capaces de volar y de aterrizar en aquella formación, pero no podrían defenderse bien si los atacaban.

Apareció a lo lejos un trío de naves, de manera tan repentina que Jaina tuvo la extraña sensación de que las había invocado ella con sus temores callados. Unas líneas tenues de luz salieron del hiperespacio y fueron perdiendo velocidad convertidas en puntos enfocados que se aproximaban rápidamente.

Jaina tomó el comunicador que había montado Lowbacca y abrió la frecuencia de saludo.

—Aquí la teniente Jaina Solo, del Escuadrón Pícaro, a bordo de la fragata yuuzhan vong *Mentirosa*. La nave está el bajo control de la Nueva República. No hay ningún yuuzhan vong a bordo. Repito, ésta no es una nave enemiga. No abran fuego.

—Tranquila, *Mentirosa*. Hemos venido para acompañarte hasta dejarte a salvo —anunció una voz familiar; la última voz que había esperado o deseado oír Jaina.

—Kyp Durrón —dijo ella con frialdad—. Ya puedes darte la vuelta ahora mismo. Yo no te seguiría ni para que me sacaras del mar si me estuviera ahogando.

—Déjame hablar antes de abrir fuego. Tus padres están en Hapes, en el centro de

refugiados. Dije a la princesa que te llevaría hasta allí. Ahora puedes hacerme volver ante Leia con las manos vacías; pero todos sabemos el camino que te puede hacer tomar un ánimo vengativo.

Ella absorbió en silencio su humor oscuro, considerando sus palabras y las posibles consecuencias de su presencia. Los padres de Jaina ya tenían bastante de qué preocuparse sin tener que cargar con el dolor añadido que parecía seguir siempre a Kyp Durrón, como el humo sigue a un tubo de escape defectuoso.

—No vuelvas a aprovecharte de mi familia para ninguna de tus artimañas... si es verdad que están en Hapes.

—Teniente Solo, aquí el coronel Jag Fel —intervino otra voz—. He visto a tu madre en Hapes, y la solicitud de escolta me la hizo directamente a mí el control de aterrizaje. Kyp Durrón dice la verdad y vuela bajo mi mando.

Una sensación extraña, de desazón, se formó en la boca del estómago de Jaina, y una leve oleada de alegría le entró en el corazón como una brisa de primavera. Hizo todo lo que pudo por no hacer caso a ninguna de las dos emociones.

—¿Bajo tu mando? No me lo creo —dijo Jaina tajantemente—. Si Kyp es capaz de torcer los pensamientos de un Jedi, es capaz de hacerte pensar lo que él quiera.

—Te agradezco tu inquietud, pero espero no ser tan débil de mente como para eso.

—Yo también lo espero —repuso ella, un poco picada por el tono glacial que había adquirido la voz de Jag. Pero la respuesta de éste tampoco la sorprendió del todo. Los pilotos en general tenían fama de orgullosos, y ella acababa de asestarle un pisotón en su orgullo. Con todo, si Jag estaba dispuesto a volar con Kyp, era conveniente que alguien le dijera que había marcado el rumbo por un vector peligroso.

—Como tú quieras. Pero mientras me estás guardando las espaldas, no pierdas de vista la tuya tampoco.

Desconectó con firmeza el comunicador y se concentró en pilotar la nave. La *Mentirosa* se rebelaba contra el autoestopista mecánico que había recogido, y Jaina mantuvo con la nave una discusión, silenciosa pero encarnizada, esforzándose porque ésta no se quitara de encima al navío pirata. Por fin, la fragata sensible aceptó una solución de compromiso.

—Lowbacca, Ganner, ¿podéis volver a poner ese panel en su sitio?

—¿No estarás pensando en abandonarlos? —le preguntó Alema Rar.

—Es lo que quiere hacer la nave —respondió ella—, pero se conforma con que se le permita curarse. Es una buena precaución.

Lowbacca indicó a Ganner con un gesto que se apartara, y acto seguido rodeó con los brazos el óvalo de coral y lo levantó a pulso. Lo dejó ante el portal con un fuerte golpe y después lo empujó con el hombro hasta introducirlo en su lugar.

Inmediatamente, empezó a brotar de la pared que lo rodeaba una sustancia espesa y oscura que llenó la grieta y volvió a fusionar el portal con la pared.

Jaina encendió el comunicador.

—Zekk, si puedes sellar la cámara por donde se irrumpió, hazlo. Sólo por si acaso.

—Ya está hecho.

Jaina dirigió su atención a la tarea de pilotar la nave, y de mantener abierta una conexión mental con el otro piloto. Era inútil hablar, pues faltaban las palabras para comparar una tecnología con la otra. Los dos pilotos se comunicaban por sentimientos, por impresiones, ajustando su velocidad y su rumbo para igualarlos con precisión. Jaina había comparado en broma su vuelo compartido con una danza, y aquella era precisamente la sensación que producía: la de una danza entre una pareja de compañeros enormes y mal emparejados.

Todo marchó bien hasta que entraron en la atmósfera de Hapes. La *Mentirosa* tembló cuando el dovin basal hizo sus ajustes para la gravedad del planeta. Un crujido chirriante y sonoro anunció que el calor y la turbulencia de la entrada en la atmósfera estaban forzando el sello de unión entre las dos naves. Los mensajes que recibía Jaina a través de la capucha de cognición estaban embrollados, como si la nave estuviera confusa.

De pronto, Jaina empezó a desconfiar de las posibilidades que tenían. Volvió la vista atrás. Tenía a su espalda a Tahiri, quien parecía que solía ocupar ese lugar cada vez con mayor frecuencia.

—Tahiri, tú ya has volado en estas cosas. ¿Cómo aterrizabais?

—En general, nos estrellábamos —reconoció la muchacha.

La nave temblaba y daba cabezadas al aproximarse a tierra.

—Está aterrorizada —comprendió Jaina—. Cree que la nave a la que está unida la arrastra hacia abajo.

—Déjame probar a mí —se ofreció Tahiri, dando un empujoncito a Lowbacca para que éste le cediera el asiento del navegante. Se puso la capucha. Al cabo de un momento, sacudió la cabeza.

—Es inútil. Ya no escucha.

—¿Has oído eso, Zekk? —dijo Jaina por el comunicador.

—Suéltanos —respondió él lacónicamente.

Jaina retransmitió su intención a la nave, y dio después un tirón hacia un lado con la fragata. El sello de unión se soltó al instante, y la *Mentirosa* se elevó apartándose de la nave pirata.

Con el corazón en la garganta, observó cómo la nave dañada descendía en espiral hasta tierra. Apenas le faltaban unos metros para estrellarse cuando Zekk consiguió salir de la caída en espiral. Hizo un viraje ascendente con la nave, y después redujo la

velocidad hasta quedar flotando cuando se encendieron los motores de repulsores. El carguero descendió hasta la plataforma de aterrizaje y tomó tierra con un golpe fuerte, pero a salvo.

Para alivio de Jaina, la *Mentirosa* se calmó y siguió a su antigua compañera hasta la plataforma. En cuanto la fragata *yuuzhan vong* hubo tomado tierra, ella le sugirió que descansara, y después se arrancó la capucha.

Cuando hubo terminado de apagar la nave, los otros Jedi ya habían bajado de la nave. Al llegar a la escotilla abierta, vio que estaban reunidos, de pie, en un grupo compacto. Varios oficiales militares hapanos supervisaban la descarga de los cazas de combate de la bodega de carga del navío capturado. Otros se llevaban a los piratas.

Jaina bajó apresuradamente por la pasarela y buscó con la vista a Zekk.

—No tenías otra opción —le dijo él antes de que ella hubiera tenido tiempo de hablar—. En mi nave estábamos dos personas; en la tuya, veinte. Yo habría hecho lo mismo.

Jaina asintió con agradecimiento. Antes de que hubiera respondido, Tahiri asió del brazo a una oficial del puerto que pasaba por allí.

—¿Cómo podemos conseguir un retrotrineo? Tenemos una víctima a bordo. Debemos llevarlo con sus padres, en el campo de refugiados.

La mujer se soltó y señaló con la mano la zona cubierta de hierba que estaba más allá del puerto. Había hileras de heridos sobre camillas blancas. Muchos de los cuerpos habían sido cubiertos con sábanas.

—Lo lamento, pero vuestra situación no es única, ni mucho menos.

Jaina entrecerró los ojos. Se plantó junto a Tahiri, plantó cara a la oficial y movió la mano con un gesto leve y sutil.

—Localiza a Han y a Leia Solo en el campo de refugiados, e infórmales de que ha llegado su hija.

La oficial abrió mucho los ojos, debido sólo en parte a la sutil coacción Jedi.

—Esa víctima de la que has hablado... ¿no será Anakin Solo, verdad?

Aquello hizo vacilar a Jaina.

—¿Estáis enterados?

—¿Y quién no? —respondió ella, casi con tono de veneración—. La HoloRed, lo que queda de ella, ha estado reproduciendo casi sin cesar, desde la batalla, el llamamiento de la princesa Leia al pueblo de Coruscant. ¡Voy a dar aviso, por supuesto!

La mujer se puso en camino apresuradamente. Tahiri, revolviéndose inquieta, volvió la vista hacia la nave *yuuzhan vong*. Sentía oleadas de impaciencia y de repugnancia, y un deseo casi frenético de marcharse de allí. Pero Jaina no se veía rondando por el campo de refugiados con aquella carga tan especial.

—Quizá debiéramos esperar aquí a mis padres —propuso Jaina.

En los ojos de Tahiri brillaron llamaradas verdes.

—¿Cómo puedes pensar siquiera en dejar allí a Anakin un nanosegundo más de lo imprescindible?

Jaina estuvo a punto de observar que a Anakin ya no podían importarle esas cosas. Pero le resultaba difícil olvidar el triste impulso que la había llevado a recuperar el cuerpo de su hermano de la mundonave, con gran peligro para sí misma y para los demás Jedi.

Reprimió su impaciencia.

—Seamos prácticos. No podemos pasearnos por Hapes con un retrotrineo. Mis padres querrán que haya un funeral... bueno, al menos mi madre lo querrá, y ella se encargará de que todo se haga de manera digna y como es debido.

La oficial volvió apresuradamente, seguida de un retrotrineo y de dos ayudantes de rostro sombrío.

—Pues tienen un aspecto más bien digno —se aventuró a decir Tahiri.

—Está bien —accedió ella—. Pueden bajarlo de la nave.

Les explicó dónde encontrarían el cuerpo de su hermano. Al poco rato, salieron de la nave, a ambos lados de un trineo cubierto de telas blancas. A Tahiri se le inundaron los ojos.

Jaina se volvió bruscamente y se apartó varios pasos de la joven Jedi. Se cruzó de brazos y se recostó contra la *Mentirosa*, con la vista perdida a lo lejos, por encima del puerto bullicioso.

Al cabo de poco rato advirtió que se dirigía hacia ellos un deslizador de dos plazas. Leia saltó a tierra casi antes de que se hubiera detenido el vehículo y corrió hacia su hija, con los ojos brillantes de alivio.

Se detuvo bruscamente cuando percibió el retrotrineo, y palideció.

—Hemos traído a Anakin con nosotros —dijo Jaina—. A Jacen no pudimos traerlo. Lo siento.

Leia respiró hondo para tranquilizarse y alzó la cabeza hasta recuperar su porte imperioso habitual. Jaina vio de reojo que Tahiri imitaba el gesto de la mujer mayor, como si las formas externas le pudieran servir de recipiente para recoger un poco de la fuerza de Leia.

Leia se adelantó y abrazó a su hija.

—No te preocupes por Jacen —dijo con suavidad—. A veces puede parecer frágil, pero sabe sobrevivir.

Jaina se puso rígida, sorprendida por el comentario de su madre. Leia era tan sensible a la Fuerza como cualquier Jedi bien entrenado, y Jaina la consideraba un modelo de elegancia bajo la presión. ¿Cómo era posible que hubiera bloqueado aquello?

Buscó con la mirada el rostro de su padre. Han la miró alternativamente a ella y a

Leia, con ojos cautelosos. Debió de leer la verdad en los ojos de Jaina, pues de pronto perdió el color en el rostro, que se le quedó gris, demacrado y... envejecido.

Y, de pronto, Jaina tuvo un motivo más para odiar a los yuuzhan vong.

Desvió la mirada del rostro deshecho de aquel hombre que era, al mismo tiempo, su padre y el héroe de su infancia. Se soltó suavemente del abrazo de su madre, sin retirar las manos de los hombros de Leia.

—Mamá, Jacen ya no está. Todos lo hemos percibido.

«De una manera o de otra», añadió para sus adentros.

La mujer mayor negó con la cabeza.

—Sigue vivo —afirmó, en voz baja pero con una convicción implacable.

Jaina se quedó completamente sin palabras durante un momento. Se apartó, para que Leia pudiera hacer frente al menos a una de las tristes realidades que tenía por delante.

La mujer se quedó de pie durante un largo instante, mirando fijamente la figura inmóvil, cubierta de paños blancos, de su hijo menor. Con los ojos cargados de lágrimas no vertidas, extendió una mano temblorosa para retirar el paño que cubría el rostro de Anakin. Una gota le dejó un rastro húmedo por la mejilla, y ella se la limpió mientras pestañeaba con fuerza. Han, que también tenía los ojos brillantes, se puso a su lado y la tomó de la mano. Pero cuando Leia alzó la vista hacia Jaina, pestañeando para reprimir las lágrimas, tenía la voz firme.

—¿Fue duro?

Jaina miró hacia el cadáver.

—Digamos que no se lo puso fácil a los otros.

—Así era él —dijo Leia, con una sonrisa triste y apagada—. Pero te estaba preguntando por ti. Yo he pasado un tiempo breve entre los yuuzhan vong, de modo que tengo alguna idea de lo que puedes haber tenido que afrontar... de lo que quizá esté afrontando ahora mismo Jacen. Pero sobreviví, y tú también. Y Jacen sobrevivirá también. Tenemos que creerlo.

Leia pasó otro largo momento contemplando a su hijo caído. Le acarició suavemente la mejilla, y después se inclinó para besarle la frente. Por fin, se volvió y emprendió el camino de vuelta a pie. Su esposo y su hija se cruzaron una mirada de impotencia, la alcanzaron y siguieron caminando junto a ella.

—Hablando de Jacen —se aventuró a decir Han, con un cierto temblor en la voz—. Yo tampoco quiero creerlo, pero... Tiene que haber alguna manera de asegurarse. Quizás Luke pudiera...

—No —dijo Leia con firmeza. No podrá. Jacen está vivo. Lo sé. Sencillamente, soy incapaz de explicar por qué lo sé, ni cómo.

—Todos hemos percibido la presencia de Jacen —dijo Jaina—. Parecía... una despedida —añadió con prudencia.

—Yo también lo sentí. Pero cerrarse no es lo mismo que apagarse. La muerte de Anakin la percibí. La de Jacen, no.

—Yo tampoco, y soy su hermana gemela —repuso ella, y respiró hondo—. Mamá, creo que debes considerar la posibilidad de que te lo estés negando a ti misma. La intuición de una madre es fuerte, pero también lo es el instinto de media docena de Jedi bien formados.

—No empieces a meterte con tu madre —le advirtió Han—. No empieces otra vez, y ahora menos que nunca.

Jaina miró a su padre con incredulidad.

—No me mires como si hubiera dado una patada a un ewok —dijo Han—. He oído contar algunos de los comentarios que has hecho; que no se esfuerza por ser Jedi; que no ha cumplido como madre. Se acabó —concluyó, apuntando a Jaina con un dedo.

Padre e hija se quedaron plantados el uno ante el otro durante unos instantes con expresiones idénticas de indignación. Después, Jaina movió la cabeza en una expresión lacónica de asentimiento.

—Está bien; puede que en los dos últimos años yo haya dicho algunas cosas de las que no me enorgullezco. Pero ¿te gustaría a ti que te juzgaran por los tres o cuatro comentarios peores que has hecho desde que empezó esta guerra?

El silencio de Han fue más expresivo que cualquier palabra.

—No me juzgues por unos pocos comentarios estúpidos —repitió ella con suavidad. Leia y ella se miraron a los ojos—. Algo me dice que mamá seguramente no me juzga de esa manera.

Su madre sonrió apagadamente.

—Yo era más joven que tú eres ahora cuando entré en el Senado —dijo—. Casi inmediatamente después, empecé a aprovechar mi cargo como tapadera de mi labor con la Rebelión. Bail Organa intentó disuadirme. Yo le llamé cobarde.

—Pues ya lo ves —dijo Jaina, como si aquello lo aclarara todo.

Han volvió la mirada de su esposa a su hija. El parecido entre las dos no había sido nunca tan fuerte como entonces. Sacudió la cabeza con perplejidad.

—Y yo que creía que los vong me tenían en inferioridad numérica —murmuró.

Jaina lo envolvió en un abrazo rápido y fuerte.

—Cuida de mamá —susurró Jaina a su padre.

Han la apartó de sí sin soltarla de las manos y echó una mirada al grupo de jóvenes Jedi de aspecto solemne que se iban reuniendo alrededor del cadáver de Anakin.

—¿No te quedas?

—Ya me he despedido —dijo Jaina. Se soltó de las manos de su padre, cruzó otra mirada con su madre, y acto seguido se alejó a paso vivo sin volver la vista atrás.

Han salió tras ella por puro instinto. Leia lo detuvo bruscamente poniéndole una mano en el pecho.

—Es hija tuya. Tiene que resolver su pérdida a su manera y a su debido tiempo.

Han reflexionó sobre ello. La expresión de su rostro era la de un hombre que se ha mirado a un espejo y no le ha gustado lo que ha visto. Hizo una mueca y se pasó una mano por la cara.

—Es hija mía —reconoció—, y yo soy idiota.

En sus ojos se leía la necesidad de disculparse por todo lo que había dicho y hecho en los meses siguientes a la muerte de Chewbacca. Leia pergeñó una sonrisa inestable.

—No seas demasiado duro contigo mismo —le dijo.

—Sí, bueno... —respondió él, y quedó en silencio, volviendo la mirada despacio, contra su voluntad, hacia el trineo cubierto de paños.

—Espero que Anakin vea las cosas del mismo modo que las ve Jaina —dijo por fin. No me gustaría nada pensar que me ha juzgado (o, peor aún, que se ha juzgado a sí mismo) por las tres o cuatro cosas más estúpidas que he dicho desde que comenzó esta guerra.

—Lo sabe —dijo ella—. Y no lo ha hecho así.

Él la miró con expresión melancólica.

—Pareces muy segura de ello. Estás segura de lo de Jacen también, ¿verdad?

—Sí.

Han se lo pensó, asintió con la cabeza.

—Con eso me basta —dijo.

A Leia le rebotó de alegría el corazón. Cayó en los brazos de Han (el último refugio seguro de toda la galaxia) y hundió el rostro en su pecho para ocultar las lágrimas que ya no era capaz de contener.

CAPÍTULO 15

Jaina avivó el paso y echó a correr por el puerto como si pudiera dejar atrás el recuerdo del rostro de su padre cuando éste comprendió que sus dos hijos habían muerto. Cuando quiso darse cuenta, estaba dando vueltas sin rumbo entre la turbamulta de naves, de oficiales con demasiado trabajo y de refugiados desorientados. Hizo una pausa el tiempo justo para entrar en una de las unidades de aseo públicas que existían en la mayoría de las zonas portuarias para el uso de los pilotos; y sólo pasó el tiempo justo para quitarse de encima la mayor parte de la mugre en una ducha sónica.

Sintiéndose algo más tranquila, puso rumbo directo al palacio. Sus salones de mármol laberínticos eran el mejor lugar que se le ocurría para perderse durante algún tiempo.

Se encontró a cada paso con muestras de la eficiencia de Ta'a Chume. Los guardias del palacio la invitaron a pasar; los criados le ofrecieron un refrigerio, y se retiraron después en silencio a una señal de ella.

Moviéndose en piloto automático, encontró un patio ajardinado y avanzó por unos senderos sombreados que parecían haber sido diseñados para ofrecer soledad y discreción. Se dejó caer sobre las piedras cubiertas de musgo que estaban amontonadas con arte junto a un banco tallado, y por fin se permitió a sí misma sentir.

Lo que sentía era, sobre todo, insensibilidad.

Desde su salida de Myrkr, su camino había parecido claro. El primer punto había sido sobrevivir, concluir la tarea que había transmitido Anakin a Jacen, llevar a los demás jóvenes Jedi a un lugar seguro. Y, después de aquello, rescatar a Jacen.

Jaina no se había consentido a sí misma pensar en ninguna otra cosa, sentir nada que pudiera distraerla de esos objetivos. Su avance precipitado había quedado truncado, y se sentía tan aturdida como si se hubiera chocado con un árbol conduciendo un deslizador.

Sintió la llegada de una presencia poderosa y alzó la vista cuando surgía de entre las sombras de una arboleda de frutales una mujer alta y grácil que se encaminó hacia ella por el sendero. La mujer llevaba un vestido largo que caía en suaves pliegues, y su cabellera rojiza brillaba por encima del velo escarlata que le ocultaba la mitad inferior del rostro. Jaina, con resignación pero sin la menor sorpresa, se levantó e hizo una reverencia.

Ta'a Chume rechazó los formalismos con un gesto. La antigua reina madre se instaló en el banco e indicó a Jaina que se sentara junto a ella. Se quitó el velo, dejando al descubierto un rostro todavía elegante, distinguido por su perfil fino y marcado.

—Me alegro de verte viva y con bien, Jaina. He oído lo de tus hermanos.

Jaina ocupó el lugar que Ta'a Chume le ofrecía a su lado y se dispuso a recibir una nueva ronda de pésames sin sentido.

Esta reacción pareció divertir a la antigua reina.

—¿Supongo que ya estarás harta de oír frases tópicas y consejos?

—Podría decirse así.

—Entonces, vamos al meollo de la cuestión. Tus hermanos han muerto, y los culpables de ello siguen vivos. La única pregunta que queda es, ¿qué vas a hacer al respecto?

Aquella manera directa de hablar tenía algo de refrescante, e incluso le producía un extraño consuelo.

—Ésa es la cuestión, en efecto.

La mujer mayor le dio unas palmaditas en el hombro.

—Irás encontrando una respuesta pronto, estoy segura de ello.

Y esta noche será una ocasión excelente para que empieces. Habrá una cena diplomática en el palacio, y harías bien en asistir. Y bien —añadió con brío—, yo te recomendaría que te buscásemos un vestido y unas joyas adecuadas. Y quizá un peluquero —añadió, echando una rápida mirada a los cabellos castaños lacios de Jaina.

Jaina se encogió de hombros.

—Soy piloto. Las apariencias no tienen importancia para mi labor.

—Bien se ve —murmuró Ta'a Chume. Pero siguió observando de pies a cabeza a la joven, evaluándola, sopesando sus posibilidades. Un brillo especulativo se asomó a sus ojos—. Dime, ¿quieres vengar a tus hermanos?

Jaina intentó trazar un curso directo entre los dos temas, pero lo dejó por imposible en seguida.

—Yo no lo habría expresado precisamente de esa manera; pero, sí, supongo que sí.

Cuando Jaina pronunció estas palabras, se dio cuenta de cuánta verdad contenían. Había oído decir durante toda su vida que la ira y la venganza eran caminos que conducían al Lado Oscuro. Pero en aquel momento apenas le parecía que esto tuviera importancia; de hecho, esas preocupaciones le parecían triviales y decadentes. La galaxia luchaba por sobrevivir, y los Jedi no estaban obteniendo mejores resultados que otros grupos en ese sentido.

Se dio cuenta de que Ta'a Chume llevaba hablándole un rato, y volvió a centrar

su atención en la antigua reina.

—... Para conseguirlo, tendrás que ganarte el apoyo de los militares hapanos —concluyó Ta'a Chume—. La belleza es un arma que se debe utilizar, ni más ni menos que la inteligencia, o el talento, o el poder, o incluso esa Fuerza vuestra. No la desprecies.

—En Hapes tiene mayor importancia que en muchos otros sitios. Y, además, es más corriente —dijo Jaina, encogiéndose de hombros—. Haga lo que haga yo, no llegaría al nivel de vuestro mundo.

—Tonterías, en todos los sentidos. Sospecho que tienes muchos recursos que no te has planteado todavía.

Jaina observó a la mujer mayor. La antigua reina era una presencia poderosa en la Fuerza, pero también estaba dotada de unos escudos imponentes. Jaina no era capaz de sacar nada en limpio de lo que le estaba diciendo; pero recordó todo lo que sabía acerca de Ta'a Chume e hizo algunas suposiciones.

—Quieres algo de mi —le dijo sin rodeos—. Perdóname, pero se me están acabando el tiempo y las ilusiones.

Ta'a Chume sonrió sin ofenderse en absoluto.

—Lo único que te pido es que mantengas la mente abierta a todas las posibilidades. Vivimos tiempos extraños, y puede que te encuentres en situación de conseguir cosas que no habías creído posibles ni en sueños. Y bien, vamos a ver lo de ese vestido.

Se puso de pie y se dirigió al palacio. Jaina la siguió al cabo de un momento. Ta'a Chume tenía acceso a naves, a combustible y a municiones: a todo lo que necesitaría Jaina para proseguir la lucha contra los yuuzhan vong; y, al parecer, la antigua reina estaba dispuesta a negociar.

Jaina no sabía en qué moneda estaría pensando cobrarse Ta'a Chume; pero aquello no la preocupaba especialmente. Casi esperaba con interés medir su ingenio contra una persona que había elevado el engaño y la intriga a la categoría de arte. Sería como las prácticas de esgrima de sable láser: podía servirle para agudizar el ingenio y la habilidad, como preparación ante las batallas verdaderas.

Y, a diferencia de Ta'a Chume, Jaina contaba con la Fuerza. Clara u Oscura: no le importaba. Aquellas distinciones le parecían artificiosas, unos conceptos mal asimilados y que ya estaban superados. Como había dicho Kyp Durrón, aquellos eran los tiempos de ellos, la guerra de ellos. Los Jedi más jóvenes tenían que decidir qué harían y cómo lo harían, y atenerse después a las consecuencias.

Por primera vez, un deje de intranquilidad oscureció los pensamientos de Jaina.

—Una cosa es arrojar rayos oscuros —murmuró—; pero citar palabras de Kyp Durrón es caer más bajo de lo que había esperado llegar en mi vida.

* * *

La unidad de comunicación del Ala-X de Kyp Durrón crujió.

—Vanguardia Tres, responde.

La voz calmada y desprovista de emoción de Jag Fel daba grima al Jedi, pero éste abrió el canal.

—Señor —dijo, imitando con ironía la seriedad marcial de la mujer chiss.

Si Jag notó algo de burla en el tono de Kyp, no lo dejó translucir.

—El escuadrón se dispone a realizar el salto hasta Gallinore. Según todos los informes, este mundo es rico en formas de vida vegetales y animales poco comunes; es precisamente el tipo de planeta que tiene muchas posibilidades de suscitar el interés de los yuuzhan vong.

Que Kyp supiera, los invasores tampoco hacían demasiadas distinciones. Ithor había sido un paraíso boscoso, y lo habían quemado hasta reducirlo a piedras y cenizas. Duro, por su parte, era un montón de escorias malolientes, y habían optado por reconstruir este planeta.

Se le ocurrió pensar de qué manera transformarían Coruscant los yuuzhan vong. Decidió que prefería no saberlo.

—Marcando coordenadas —dijo, llevando la mano a los controles que retransmitirían esta solicitud a Cero-Uno.

—Deja eso —le dijo Jag—. Los demás irán por delante con Shawnkyr. Tú y yo nos quedaremos atrás para practicar maniobras.

El androide astromecánico soltó un pitido humorístico, pero Kyp se había quedado demasiado asombrado para responder. ¿Practicar maniobras? ¿Quién se había creído aquel chico que era él? Y, lo que era más importante, ¿a quién debería enviar Kyp su cadáver?

—¿Vanguardia Tres? —le insistió el comandante.

—Recibido —dijo Kyp, apretando los dientes.

Vio desaparecer las otras cuatro naves en la oscuridad del hiperespacio. Seis naves en total, la mitad de las que había comandado él, y todas ellas reducidas a rondar por el cúmulo estelar Hapes, esperando señales de una invasión que, en opinión de Kyp, se podía dar por segura.

—Crees que nuestro trabajo aquí es inútil —observó Jag.

—Digamos simplemente que estoy acostumbrado a un planteamiento más activo. Vaya —dijo de pronto, mirando los sensores que parpadeaban—. ¿Qué tenemos, Cero-Uno?

SIETE NAVES PEQUEÑAS. TODAS TIENEN LAS ARMAS MONTADAS.

—Parece que hoy ha valido la pena despertarse, después de todo. Vamos a

presentarles nuestros respetos.

Sin molestarse en consultar a su «comandante», Kyp aceleró y se dirigió a la pequeña flota.

Al acercarse, distinguió la forma característica de avispa de las naves, el ventanal oscuro único que, visto de costado, parecía el ojo de un insecto. Las alas triangulares estaban plegadas cerca del casco en forma de media luna para el vuelo sublumínico, más bajas que la forma de V elevada que adoptaban en el vuelo en atmósfera. Estas naves podían ser unos enemigos mortales en cualquiera de las dos modalidades de vuelo.

—Interceptores Avispón —observó Jag—. Es muy probable que sean los mismos cazas de combate que se dispersaron cuando nos aproximamos a la nave pirata capturada de la teniente Solo.

Una sonrisa sardónica movió un ángulo de la boca de Kyp, y su irritación dejó lugar al interés. Claro que se trataba de las mismas naves: los Avispones no estaban dotados de hipervelocidad, y su nave matriz estaba en esos momentos en el puerto hapano, con un agujero de dos metros en el casco.

Parecía que el comandante chiss, tan refinado y estirado, lo había llevado, a una partida de caza. Aquello tenía posibilidades.

Un rayo de luz verdosa saltó hacia Kyp. Éste esquivó el misil y devolvió el fuego.

El ágil Avispón viró y volvió con un segundo ataque. Dos naves más rodearon a Kyp mientras éste y su primer adversario caían y giraban en una danza mortal. Kyp hizo una mueca cuando un rayo de láser explotó contra sus escudos.

Aun guiado como estaba por la Fuerza, a Kyp le resultaba difícil medirse con varias naves más rápidas y más ágiles que la suya.

—Cero-Uno, apunta al propulsor de maniobra de la nave delantera.

En la pantalla de puntería se encendieron iconos que fueron reuniéndose hasta formar un enfoque preciso. Cuando el androide soltó un pitido de confirmación, Kyp disparó.

Un rayo láser azul saltó hacia el Avispón, casi rozándole el casco y deslizándose justo por debajo del proyector de escudo deflector. Una breve chispa anunció que se había dado en el blanco, y el Avispón escoró fuertemente hacia un costado.

Kyp se alejó trazando un viraje y volvió hacia la nave dañada desde arriba. Disparó varios chorros de láser a la cabeza insectoide de la nave. Los primeros disparos eliminaron los escudos del Avispón. La nave, que había perdido la mitad de su capacidad de maniobra, ofrecía un blanco fácil, y su piloto lo sabía.

La cabina se abrió al evacuarse el piloto. El Avispón se alejó despacio, girando sobre sí mismo, tan muerto como el insecto decapitado al que representaba. Kyp imprimió a su Ala-X un giro cerrado, ascendente, con el que dio una vuelta completa y volvió a caer hacia los Avispones restantes.

Su ataque cortó una de las alas plegadas, y otra nave cayó en espiral. Kyp dio un

bandazo rápido para evitar el fuego que le devolvía uno de los dos Interceptores restantes.

Con una mano siguió emitiendo un fuego constante de láser con el que machacaba la nave más cercana, centrándose en el generador de energía de estribor del Avispón. Apuntó a las juntas remachadas donde se unían dos segmentos en el centro de la nave. Sin dejar de activar el cañón de láser, lanzó un torpedo de protones, y después emitió la Fuerza.

El Avispón viró bruscamente a babor para esquivar el tiro, en el mismo instante en que Kyp desviaba ligeramente hacia un lado el vuelo del torpedo con un golpecito de la Fuerza. El misil dio de lleno a la nave y destrozó las juntas del segmento del casco. El giro evasivo y la fuerza centrífuga hicieron el resto, y la parte trasera de la nave se desgarró. Desde arriba, parecía como si un par de manos gigantes, invisibles, hubieran asido la nave y la hubieran roto en dos partes retorciéndola.

Kyp dirigió su atención a su cuarto y último rival. Para su sorpresa, Jag Fel ya estaba combatiendo con él. El desgarrador del piloto más joven se hacía seguir por la nave en una persecución de vértigo, provocándola abiertamente para hacerle emplear sus cañones turbocargados. El Avispón escupió fuego verde varias veces. Jag hizo hábiles maniobras evasivas en cada ocasión.

La nave chiss se apartó del Avispón y empezó a ascender, tomando posición para un ataque en picado. Kyp comprendió la estrategia y llegó desde el lado opuesto. Las dos naves cayeron en picado hacia el Avispón, bañando de fuego de láser su parte central.

El fuselaje trasero empezó a enrojecer por el calor. Los dos exploradores se apartaron mientras la nave explotaba desde el interior.

«Una maniobra hábil», pensó Kyp, alabándola para sus adentros. Los cañones de láser turbocargados representaban para los Avispones tantos inconvenientes como ventajas: unos pocos disparos podían dejar inestables los grandes cañones. Con todo, el modo en que Jag Fel había abordado el problema había sido una exhibición de vuelo tan loca como cualquiera que hubiera hecho Kyp en su vida.

Pero el joven comandante no parecía impresionado por su propia temeridad. Ya se había puesto al comunicador, buscando a alguna nave que estuviera lo bastante cerca para recoger a los pilotos evacuados.

Cuando Jag hubo organizado el salvamento de los piratas supervivientes, los dos exploradores establecieron la formación lado a lado que parecía ser la favorita del comandante que se había formado con los chiss.

—Y bien —dijo Kyp con tono coloquial—, ¿esto es lo que tú entiendes por practicar maniobras?

Durante unos momentos, la única respuesta a esta pregunta retórica fue el crujido tenue de un comunicador abierto.

—Te aproximaste a los Avispones sin esperar mi orden. ¿Eso es lo habitual?

—¿En mí? Desde luego.

—Me refería a la Nueva República en general. Recoger información es una función trascendental, pero ¿a quién se la transmito? Yo estoy acostumbrado a una cadena de mando clara, y a la eficacia que resulta de ella. Aunque entiendo que la caída de Coruscant asestó un golpe enorme a la Nueva República, parece que los supervivientes están divididos y enfrentados.

—No te lo discuto —dijo Kyp—; pero te voy a aclarar que llevo años sin emplear el término *Nueva República*. Un gobierno es como un caza de combate: al cabo de un par de décadas pierde su aspecto de nuevo y reluciente y empieza a estar abollado.

—Tomo nota. Dada mi formación, muchas veces tengo que recordarme a mí mismo que no debo llamaros la Alianza Rebelde —dijo Jag, con una nota de humor irónico—. Sin ánimo de ofender, no entiendo cómo conseguisteis derrotar al Imperio.

—Tenemos nuestros momentos —respondió Kyp con tono seco—. La falta absoluta de dirección en la Nueva República es, en realidad, un hábil recurso para desconcertar a nuestros enemigos.

—¿Y eso funciona?

—No, que yo haya visto.

Jag cayó en un silencio pensativo.

—Agradezco tu sinceridad, y tu disposición a escucharme hasta el final —dijo por fin—. ¿Te ofenderías si te hago una pregunta personal?

—Parece poco probable. Adelante.

—¿Por qué está tan enfadada contigo Jaina Solo?

Un parpadeo irracional de irritación se encendió dentro del Maestro Jedi.

—Ah, eso... Es una larga historia, con varios capítulos sórdidos. ¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

—Por dos motivos. El primero, que no quiero meterme en cosas personales. El segundo, que sospecho que sí que te ha molestado la pregunta —observó Jag—, y sospecho que el remitirme a Jaina es tu manera de asegurarte que reciba el castigo que merezco por mi presunción.

Esta observación astuta molestó primero a Kyp, y después le hizo gracia.

—Depende de lo que consideres cosas personales. Ella me ayudó a llevar a la Nueva República a atacar unos astilleros yuuzhan vong. Los vong estaban construyendo allí nuevas mundonaves. Yo le hice creer que se trataba de superarmas. Cuando estuvo convencida, se volvió a su vez muy convincente.

—Ah.

—¿Ah? —repitió Kyp—. ¿Nada más? ¿No me vas a soltar un sermón sobre los males de la agresión?

Jag se lo pensó un momento.

—Me he criado y me he formado con los chiss. Para ellos, las tácticas de primer ataque son impensables, deshonrosas. Somos defensores, no agresores. Pero en el conflicto actual, ¿podemos alegar, en efecto, que una agresión bien meditada difiere en algo de aguantar hasta que el enemigo dé el primer golpe? Sabemos desde el principio que la batalla es inevitable.

Otra voz convincente, reflexionó Kyp. Era difícil pasar por alto la chispa de interés que existía entre Jag Fel y Jaina. Los dos, con un poco de orientación y un empujón o dos en la dirección adecuada, podían llegar a convertirse en una fuerza muy potente. Kyp consideró brevemente las posibilidades de aquello, y su logística.

—Tu padre es barón, ¿verdad?

—Lo es. ¿Por qué lo preguntas?

—Han estado llegando navíos diplomáticos de todo el cúmulo estelar. Se dice que esta noche se celebra una cena diplomática en el palacio. Si quieres hablar con Jaina, el título podría servirte para conseguir una invitación.

—¿En el palacio? —repitió Jag con incredulidad. ¿No está con sus padres?

—Según he oído, no.

Un largo suspiro de asombro llegó por el comunicador.

—Eso no lo entiendo. Yo también he perdido a dos hermanos en combate. En momentos como esos, la familia aporta un apoyo muy necesario.

—Tiene amigos en el palacio. Amigos Jedi —concretó Kyp. Dejó caer la observación sin más comentarios.

—Ya veo.

El tono frío de Jag daba a entender que ya se había hablado lo suficiente del tema. Kyp consideró y descartó algunas observaciones que podía decir a continuación, buscando las palabras que tuvieran más posibilidades de mover al joven piloto en la dirección deseada.

—¿Crees en el destino? —le preguntó por fin.

—Si te refieres al desarrollo fiel de las habilidades innatas y al cumplimiento del deber inmediato... entonces, si, creo en él.

—Se aproxima bastante. ¿Has considerado la posibilidad de que las gentes de esta galaxia sencillamente no saben qué hacer con los yuuzhan vong, y no lo sabrán nunca? ¿De que es posible que la respuesta nos venga de la perspectiva de alguien de fuera?

—No había llegado a pensar en ello precisamente en esos términos, no.

Kyp consideró los restos de los Interceptores Avispón y la habilidad y la convicción del joven comandante de las Regiones Desconocidas.

—Bueno, pues quizás debieras —le dijo.

CAPÍTULO 16

Tenel Ka avanzaba por la cumbrera del tejado, muy empinado, del arsenal del palacio, corriendo con ligereza y con equilibrio perfecto. El amplio patio interior se extendía a sus pies, y desde aquel punto elevado veía claramente la puerta occidental. Había varios guardias a cada lado del pórtico, por donde sólo pasaban los miembros de la familia real. Su padre debía regresar dentro de poco, y una viva premonición había impulsado a Tenel Ka a montar guardia por su cuenta.

Cobró velocidad al aproximarse al final del tejado, y se arrojó al aire. Salvando el vacío de tres metros sin apoyarse en sus poderes de Jedi, aterrizó agachada sobre el tejado más bajo y menos empinado de las cocinas de palacio.

Mientras corría hacia el borde oeste del tejado, recorrió con la vista los jardines y los recintos que se extendían más abajo. Algunos guardias recorrían las murallas exteriores del palacio, montando guardia ante las amenazas a la familia real; pero de vez en cuando daban muestras de olvidarse de cuántos miembros de la realeza habían caído a manos de los de su propia casa. Aparte del laberinto del jardín, los mejores lugares para montar una emboscada se encontraban en el ala de las cocinas.

Además, su situación era conveniente, contigua a la muralla occidental.

El sonido penetrante de los cuernos duggle hendió el aire, anunciando la llegada del príncipe Isolder. Tenel Ka se agachó y se acercó sigilosamente al borde del tejado.

Ante una mesa larga de madera había varios cocineros ocupados en convertir una pequeña montaña de aves de caza en el plato principal del banquete de la noche. Los golpes regulares de los cuchillos de carnicero servían de contrapunto a la charla de los muchachos jóvenes que desplumaban las aves. Más allá de esta escena de matanza doméstica se extendía el huerto de plantas aromáticas. Dos hombres con túnicas hapanas sueltas recogían hierbas amargas para preparar la ensalada. Los dos llevaban capuchas para protegerse la piel del sol brillante de la tarde. Otros criados se ocupaban de diversas tareas: recoger bayas para preparar pasteles, acarrear cubos humeantes de nata desde la lechería, segar racimos de frutos secos.

Los fríos ojos grises de Tenel Ka recorrieron rápidamente los jardines y los edificios anexos, en busca de cualquier cosa que diera la impresión de estar fuera de lugar. Todo parecía en orden. Vio que uno de los hombre de más edad subía las escaleras que conducían a la blizera, una pajarera grande donde se animaba a entrar y a anidar a las aves bliz, pequeñas y rollizas. Sus huevos minúsculos, de cáscara rosada, eran un plato exquisito para los hapanos, y no había duda de que figurarían en

el menú de la noche. El anciano subía despacio, apoyándose con una mano en la barandilla y sujetando con la otra una cesta para huevos.

Una cesta para huevos muy grande.

La guerrera Jedi arrancó del tejado una teja plana de piedra y se irguió. Entonces sucedieron tres cosas en rápida sucesión.

La puerta occidental se abrió para dar paso a Isolder. El «anciano» sacó de la gran cesta una pistola láser y apuntó al príncipe. Tenel Ka arrojó hacia el asesino la teja, que salió girando sobre sí misma.

No había perdido la puntería, y la teja dio en el brazo que sujetaba el arma, con tal fuerza que desplazó al asesino y lo hizo caer por las escaleras. El tiro se perdió por los huertos, haciendo caer frutas doradas y asustando a las aves, que echaron a volar entre graznidos.

Los guardias del palacio cayeron sobre el asesino antes de que éste hubiera llegado a la base de las escaleras. Ubris, una imponente mujer guerrera que había estado con el príncipe desde antes de nacer Tenel Ka, hizo levantarse al asesino y le arrancó la capucha.

En el patio se hizo el silencio. La asesina era una mujer joven, y su rostro resultaba familiar a todos.

Tenel Ka descendió por una espaldera y corrió hacia la mujer desafiante. Se detuvo a algunos pasos y contempló una cara muy semejante a la de ella.

—Saludos, prima —dijo tranquilamente—. La tía Chelik debe de desear el trono desesperadamente, si está dispuesta a sacrificar a su propia hija para conseguirlo.

Se volvió hacia la guardia sin esperar respuesta e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Ubris se llevó a la traidora.

Tenel Ka respiró hondo, pues comprendía la sentencia que aguardaba a su pariente consanguínea. Un atentado contra un miembro de la familia real se castigaba con la muerte, pero en los últimos tiempos aquella ley había resultado tener demasiado poco poder disuasorio. ¡A ese paso, los patios de la cárcel no tardarían en rivalizar con las cocinas de palacio como mataderos legales!

Se apartó de allí y fue a saludar a su padre. El príncipe estaba junto a la parte interior de la muralla occidental, escuchando la descripción que le hacía su guardia de corps del reciente peligro. Era un hombre alto, con físico disciplinado de luchador. Llevaba recogidos con sencillez en una sola trenza gruesa los cabellos de color dorado pálido, que le servían de marco a un rostro excepcionalmente hermoso, incluso para lo habitual en Hapan. A pocos pasos de distancia no parecía mucho mayor que Ganner Rhysode. Sólo las finas arrugas alrededor de sus ojos y el cansancio que se apreciaba en estos daba a entender el peso de sus años.

Dirigió a Tenel Ka una mirada que era de orgullo y sombría al mismo tiempo.

—Princesa, me dicen que te debo la vida. Pensamiento claro, acción rápida...

cualidades esenciales para una gobernante.

Tenel Ka contuvo un suspiro y ofreció una mejilla al beso de su padre.

—Bienvenido a casa. ¿El viaje ha sido provechoso?

—Ven conmigo, y te lo contaré por el camino —le dijo, dirigiéndole una sonrisa—. Pero, por favor, ¡no por los tejados!

Dejaron la zona de la cocina y se encaminaron a los jardines interiores, más protegidos. Aun allí, Tenel Ka se mantenía alerta, buscando señales de movimiento entre los árboles y en los recodos, comparando la longitud y la forma de las sombras con la de los objetos que las arrojaban.

—Ya sabrás, por supuesto, que tu madre ha abierto Hapes a los refugiados —empezó a decir el príncipe Isolder.

A Tenel Ka se le ensombreció el rostro de consternación al percibir el tono de voz formal y distante de su padre. Ya hacía bastante tiempo que las relaciones entre sus padres estaban tensas.

—Los desplazados por la guerra necesitan un refugio —observó ella.

—No lo discuto. Pero la decisión de la reina madre garantiza que tendremos que hacer frente a los invasores. Yo he pasado una buena parte del año pasado buscando y estudiando toda la información que hemos podido recoger. Cuanto mejor entendamos a esos yuuzhan vong, más probabilidades de supervivencia tendremos.

La Jedi tuvo en la punta de la lengua la réplica de que ella sabía de los invasores mucho más de lo que quería saber.

—Tú pasaste algún tiempo entre ellos —prosiguió su padre—. Cuéntame de qué te enteraste.

A la mente de Tenel Ka acudieron sucesivamente diversas imágenes lúgubres, escenas de los días terribles de cautiverio en la mundonave yuuzhan vong, de la batalla siguiente, del sufrimiento de tener que dejar atrás al joven al que ella había amado desde su infancia. ¿Qué podía decir a su padre de todo aquello?

—Están entregados a su religión —dijo por fin.

Él asintió con la cabeza.

—He leído el informe sobre Elan, la sacerdotisa traidora. Los yuuzhan vong veneran especialmente a dos dioses: Yun-Harla, la diosa Mentirosa, y Yun-Yammka, el Aniquilador. He aquí las pasiones del enemigo: el engaño y el combate.

—Hablamos con dos yuuzhan vong por medio de sus villip —le contó Tenel Ka—. Uno de ellos habló de esa Yun-Harla. Jaina puso a la nave robada el nombre de la *Mentirosa*, intentando molestarlos y distraerlos. Lo consiguió.

—Por lo que sé de los yuuzhan vong, una cosa asila considerarían una blasfemia —coincidió Isolder.

Tenel Ka se inclinó hacia adelante con una mirada intensa en los ojos grises.

—¿Qué significan para ellos los hermanos gemelos? —preguntó.

Isolder reflexionó.

—A juzgar por la información disponible, los nacimientos de gemelos son poco frecuentes entre los yuuzhan vong. Recuerdo que se citan tres casos. Cada uno de ellos se consideró presagio de algún evento importante. Y en cada uno de los casos, uno de los gemelos mató al otro como preludio de un destino glorioso.

Tenel Ka asintió con la cabeza, pensativa.

—¿Y si uno de los gemelos muere de otra manera?

—No lo sé. Parece probable que al superviviente lo seguirían considerando un personaje importante. ¿Por qué lo preguntas?

—Jacen Solo ha muerto —dijo ella sin rodeos—, y los yuuzhan vong saben que tiene una hermana gemela.

—Ya veo —dijo Isolder, dedicándole una mirada de solidaridad.

—Dicho sea con respeto, me parece que no lo ves. Temo por la seguridad de Jaina, sí; pero los yuuzhan vong pueden hacer algo peor que matar. Tahiri, la amiga de Anakin Solo, fue capturada en Yavin 4, y la pusieron en manos de los cuidadores. Le llenaron el cuerpo de cicatrices y le implantaron recuerdos en la mente, intentando convertirla en algo semejante a ellos.

—Pero Jaina no está en su poder.

—Directamente, no. Pero si los yuuzhan vong consideran que es el personaje principal de algún evento importante, pueden crear una situación tal que la obligue a desempeñar ese papel. Es otra manera de manipular su forma.

Isolder le dio una palmadita de ánimo en el hombro.

—Jaina es una joven de carácter fuerte y llena de recursos.

—Cierto —asintió Tenel Ka—; pero me preocupa el camino que está tomando. Al arrogarse una afinidad con su diosa Mentirosa, les ha planteado un desafío que ellos no pueden rechazar. Y, al asumir ese papel, ya ha empezado a asimilar las expectativas de los yuuzhan vong. No me gusta considerar cuál puede ser el «destino glorioso» de Jaina, tal como lo definirían estos invasores, y la respuesta de Jaina ante ellos.

—¿Es eso tan diferente de lo que debemos hacer todos? Nadie nace libre de la carga de las expectativas.

Ella lo interrumpió levantando la mano con gesto vivo.

—Si lo que pretendes es animarme a aspirar al trono de Hapes, bien te puedes ahorrar tu tiempo y el mío.

Su padre guardó silencio durante unos momentos.

—¿Has visto a tu madre desde tu regreso?

—¡Por supuesto!

—Entonces, habrás visto la verdad: si tú no ocupas el trono, tendrá que ocuparlo otro.

Tenel Ka empezó a pasearse de un lado a otro, buscando alguna réplica. Pero el espectro de la reina madre Chelik era demasiado creíble. La mujer era sobrina de Ta'a Chume, y legítima heredera. Condenaría en seguida el atentado de su hija contra la vida de Isolder, y nadie podría demostrar su intervención. Pero Tenel Ka lo sabría, naturalmente, como también lo sabría su madre enferma.

¡No era de extrañar que Hapes tuviera aquellos antecedentes de desconfianza hacia los dotados de poderes Jedi! Las reinas madres en el trono sobrevivían gracias a su capacidad para disimular y manipular. No apreciaban a los que eran capaces de ver lo que había detrás de sus intrigas y de percibir los caracteres ambiciosos que se ocultaban doblemente tras sus velos escarlata y sus rostros hermosos.

Tenel Ka no se hacía muchas ilusiones con su familia. Chelik no era la peor de las posibles sucesoras de Ta'a Chume. Alyssia, la hermana menor de Chelik, era más tortuosa todavía. Alyssia era demasiado astuta para realizar abiertamente un atentado contra el príncipe Isolder. Era más probable que hubiera manipulado arteramente a la hija de Chelik para que actuara en nombre de su madre. La muchacha sufriría la pena de muerte por este crimen, y la pérdida de una heredera debilitaba las aspiraciones al trono de Chelik.

Así era la familia real, su corte, incluso la cultura hapana. Tenel Ka no era capaz de concebir una vida definida por aquellos valores. ¿Cambiaría de forma ella también, como Jaina, de acuerdo con las expectativas de sus enemigos?

—¿Considerarás, al menos, la posibilidad? —insistió Isolder.

Tenel Ka se pasó la mano por los cabellos dorados rojizos, que llevaba, como siempre, con las trenzas de una combatiente dathomiriana.

—Yo no soy gobernante; soy guerrera.

—¿Y quién mejor que una guerrera para gobernar en tiempo de guerra? También tu abuela te habrá animado a seguir este camino, sin duda.

—No la he visto mucho —dijo ella. No se le había pasado por alto que, desde su llegada, Ta'a Chume había prestado más atención a Jaina que a su propia heredera real. En aquella observación no había celos, pero sí que había mucha inquietud. Aunque Jaina no era tonta, no tenía manera de saber cuál era la verdad de la anciana.

Se le ocurrió un pensamiento terrible. Era posible que la verdadera amenaza contra el trono hapano no procediera de las ramas de la familia, sino de su raíz misma. A Ni'Korish, la reina madre que había precedido a Ta'a Chume, se la recordaba por su odio virulento a los Jedi. Pero era posible que Ta'a Chume comprendiera las posibilidades que le ofrecía tener como aliada a una Jedi oscura, y que aspirara a llevar a Jaina por aquel camino para sus propios fines. Teniendo a su lado a la nieta de Darth Vader, Ta'a Chume podría derrocar fácilmente las diversas intrigas y recuperar su trono. Una mujer capaz de ordenar la muerte de la prometida de su hijo mayor, y quizá de éste mismo, era capaz de cualquier cosa.

—Pareces preocupada —observó el príncipe—. ¿Va todo bien con Ta'a Chume?

—Ella está como siempre.

—Ya veo —dijo despacio Isolder—. Entonces, diría que hay mucho de qué preocuparse.

Tenel Ka asintió tristemente con la cabeza. Padre e hija estaban plenamente de acuerdo por primera vez.

* * *

El salón de banquetes del palacio real relucía con la luz de las velas, anacronismo encantador que parecía que los diplomáticos hapanos aceptaban con facilidad. En aquel mundo había muchas cosas que recordaban a Jaina las historias que contaba su madre de Alderaan: la tradición, la formalidad, la importancia que se daba a la belleza, al arte y a la cultura; la sensación de haber vuelto a una recreación vital y vibrante de tiempos pasados.

Los músicos, instalados en nichos, tocaban música suave con instrumentos que Jaina sólo había visto en los libros. Las flores frescas llenaban la sala de un aroma que se subía a la cabeza, y los criados se movían con eficacia silenciosa para retirar platos y llenar copas.

El empleo de criados humanos desconcertaba a Jaina; pero en aquel palacio no se encontraba ni un solo androide. Y la comida tampoco tenía ese sabor soso y homogéneo de la que salía de las unidades sintetizadoras. Como aquella era una cena diplomática y Jag Fel era hijo de un barón imperial, lo habían invitado. Estaba sentado ante Jaina, resplandeciente con su uniforme negro de gala. En conjunto, la experiencia podría haber resultado agradable a Jaina si se hubiera encontrado con mejor estado de ánimo... y si hubiera llevado puesto un vestido más cómodo.

Tiró de las puntillas que le rodeaban el talle, y cuando levantó la vista vio que Jag Fel la estaba observando.

—Estaría más a gusto con un traje de vuelo —dijo ella, compungida.

—Sin duda; pero tienes un aspecto encantador, en todo caso.

Era una frase educada, una respuesta esperada. A Jaina le habían dirigido cumplidos similares en cien actos diplomáticos. Pero nunca le habían hecho arder las mejillas como entonces; una reacción que su formación de Jedi no parecía ser capaz de mitigar.

Se volvió pausadamente para contemplar el primer baile. El príncipe Isolder dirigía a su hija por los pasos complicados. Tenel Ka bailaba del mismo modo que luchaba, con gracia singular y con concentración ardiente y absoluta.

—Me pregunto qué le pasaría a un hombre que le pisara los pies —reflexionó Jag en voz alta.

Jaina le dirigió una mirada sobresaltada, y observó su leve mueca burlona.

—Tienen sus cabezas disecadas en la pared de la sala de trofeos —dijo ella con seriedad humorística.

Una sonrisa asomó lentamente al rostro de él, y a Jaina estuvo a punto de salirsele el corazón de un salto de su vestido escotado. Miró a la pista. Otras parejas se sumaban al baile. Siguiendo un impulso repentino, señaló con la cabeza la multitud creciente y dijo:

—Han creado una distracción. Probablemente podríamos escabullirnos para ir a buscar esos trofeos.

Jag se levantó y le dirigió una reverencia formal.

—¿Me permite el honor de compartir conmigo una maniobra evasiva?

Ella, riéndose por lo bajo, tomó la mano que le ofrecía. Se mezclaron con la multitud que bailaba y fueron dirigiéndose hacia la puerta.

Salieron al pasillo cogidos de la mano, con sonrisitas de niños traviosos. Aquélla era una nueva faceta del piloto joven y sombrío, una faceta que intrigaba a Jaina. A juzgar por la expresión en el rostro de Jag y por la sensación de asombro que le llegaba a ella por medio de la Fuerza, aquel momento juguetón también era nuevo para él.

Se abrió una de las puertas de paneles y salió del salón de banquetes al pasillo una figura esbelta vestida de rojo.

—Jaina. Había estado esperando la oportunidad de hablar contigo.

El momento desenfadado desapareció. Jag saludó a la antigua reina con una reverencia formal y precisa y se disculpó. Se despidió de Jaina con una inclinación de cabeza, y después volvió a perderse entre la multitud de los invitados. Ta'a Chume condujo a Jaina a un recibidor pequeño que estaba al otro lado del pasillo. Ninguna de las dos mujeres dijo una palabra hasta que se hubieron sentado.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó Ta'a Chume.

—Creo que estaba a punto de empezar.

Los ojos de la reina adquirieron un brillo de curiosidad, pero ella no hizo ningún comentario sobre aquella respuesta.

—Teneniel Djo debía abrir el baile, pero no ha asistido. ¿Sabes porqué?

Jaina negó con la cabeza.

—Su salud no se lo ha permitido. Estaba esperando un segundo hijo, una heredera al trono de Hapes, o al menos un hijo que podría encontrar a una esposa adecuada. Llegó entonces el ataque a Fondor y la destrucción de la flota hapana. Teneniel Djo no es exactamente una Jedi pero es lo que creo que vosotros llamáis «sensible a la Fuerza».

—Así es —confirmó Jaina.

—Sintió la destrucción de la flota, la muerte de nuestros pilotos. No pudo

soportar tanta impresión. El niño nació prematuro y muerto. Teneniel Djo no se ha llegado a recuperar plenamente de aquello.

El desdén de la voz de Ta'a Chume puso a Jaina a la defensiva.

—Es posible sentir dolor verdadero a través de la Fuerza, y vivir emociones fuertes. Una de las cosas que aprende a hacer el Jedi es a protegerse del bombardeo constante. La sensibilidad de Teneniel Djo era más fuerte que sus escudos. Eso no significa que ella fuera débil.

—Sea como sea, a mí no me interesa la filosofía, sino el gobierno. La esposa de mi hijo no es capaz de asistir a una cena diplomática, ni mucho menos de llevar a la guerra a todo el Consorcio. Isolder no es tonto, ni tampoco rehúye su deber. Ha llegado el momento de que se divorcie de Teneniel Djo y de que se busque una nueva esposa, que sea capaz de gobernar en tiempo de guerra.

Jaina observó con desconfianza a la mujer mayor.

—No sé si entiendo bien por qué me estás contando estas cosas.

—Tú estás en situación de entender estas cosas tan complejas. Tu madre fue gobernante, una especie de reina, durante muchos años. Dime, ¿qué era lo primero en tu familia?

—Ella llevaba un equilibrio mejor del que habrían podido conseguir la mayoría de las personas —dijo Jaina brevemente—. Mi padre no se queja. No mucho.

—Una respuesta muy pragmática —dijo Ta'a Chume con aprobación—. Veo que no crees en los mitos acerca del matrimonio. No es en absoluto como intentan presentarlo los poetas, sino que es, más bien, una alianza práctica, mutuamente beneficiosa, que se contrae cuando resulta práctico y que se abandona cuando deja de tener valor.

Jaina empezó a entender dónde apuntaba Ta'a Chume.

—Estás considerando a mi madre para el puesto de Teneniel Djo, y quieres que yo haga de intermediaria. Con todo respeto, majestad, bien puedes tirar esa idea por la borda con el resto de la basura.

La reina enarcó las cejas.

—¿Siempre eres tan directa?

Jaina se encogió, de hombros.

—Así se ahorra tiempo. ¿Quién sabe cuánto tiempo podríamos haber pasado dando vueltas alrededor de ese punto, de otro modo?

—Quizá sea así. Entonces, hablemos de cosas más agradables. El hijo del barón Fel parece un joven prometedor.

—Es un piloto excelente.

—También lo eres tú. Pero, si quieres ser una líder eficaz, tendrás que conocer a los hombres lo suficiente para poder tomarles bien toda la medida —hizo una pausa para sonreír amargamente—. No esperes demasiado.

—Lo tendré en cuenta —dijo Jaina, poniéndose de pie.

La reina la vio partir, y después volvió la vista hacia un biombo pintado.

—¿Qué te parece? —dijo en voz alta.

Un hombre joven, vestido para la fiesta, entró en la sala.

—Creo que me he perdido algo —observó Trisdin—. Si no supiera que no es así, creería que estabas empujando a tu protegida hacia ese aspirante a noble que no sabe ir a la moda.

Ta'a Chume echó una mirada maliciosa a su favorito.

—Los modales formales del coronel Fel resultan adecuados para la vida y las convenciones cortesanas, y su historial militar es muy impresionante. Es sincero, apuesto e idealista... muy parecido a como era el príncipe Isolder a su edad.

La mujer sonrió como un gato manka de caza.

—Jaina Solo no entiende bien su propio poder y su atractivo personal —siguió diciendo—. Deberá descubrirlo antes de poder utilizarlo.

—¡Ah! —dijo él despacio—. Es poco probable que una muchacha poco curtida aborde una tarea tan imponente como la de un príncipe casado, sobre todo tratándose de un hombre que pretendió a su madre, y que es padre de una de sus amigas.

—A Jaina le falta mucho para cumplir mis propósitos, de momento. Es posible que este Jag Fel pueda ayudar. Y tú, considérate libre de aportar tu propio esfuerzo a la causa —añadió Ta'a Chume, dirigiendo a su favorito una sonrisa fría.

Trisdin entrecerró los ojos ante la manera tan despreocupada y a la ligera en que ella ofrecía sus servicios.

—El gusto será mío —accedió, no sin malicia.

Ta'a Chume le dedicó una mirada en la que manifestaba que le entendía pero no se ofendía.

—Cautiva a la muchacha —le indicó—. Ofrécele un hombre de amigo cuando su apuesto y joven piloto encuentre su fin desgraciado, pero inevitable.

Trisdin la vio marcharse. Pensaba hacer todo lo que le había pedido Ta'a Chume (en realidad, apenas le quedaba otra opción); pero no podía menos de preguntarse cuál habría de ser su propio «fin inevitable».

Y conociendo a Ta'a Chume como a conocía, Trisdin sospechaba que el príncipe Isolder sería el siguiente que ofrecería consuelo.

CAPÍTULO 17

Jaina abrió suavemente una puerta del salón de baile y se asomó al interior. Recorrió con la vista a la concurrencia resplandeciente, buscando con la vista una figura alta y erguida, vestida de negro sombrío. La sala era un torbellino de colores vivos y de joyas fulgurantes.

Tampoco había ninguna sensación de la presencia de Jag. A semejanza de algunas otras personas que conocía —Wedge Antilles, Talón Karrde, y el propio padre de Jaina—, Jag proyectaba una presencia fuerte a través de la Fuerza, una energía muy diferente de la de un Jedi pero poderosa a su manera.

Y, ahora que lo pensaba, había allí otra fisura en los conceptos tradicionales Jedi acerca de la Fuerza. No podía percibir ni afectar a los yuuzhan vong, ni explicar el caso de personas como Han y Jag. Quizá «luz» y «oscuridad» no fueran conceptos opuestos, al fin y al cabo, sino simplemente dos aspectos de una Fuerza mucho más variada y compleja de lo que consideraba posible ninguno de ellos. Forzó sus sentidos intentando captar algún atisbo de esos horizontes más amplios.

De pronto, una presencia poderosa irrumpió en su consciencia, y estos pensamientos desaparecieron como la hoja de un sable láser que se apaga. Jaina se volvió y se encontró ante Kyp Durrón.

Pasó un largo momento sin hacer otra cosa que mirar fijamente al Maestro Jedi, desconcertada y ligeramente desorientada por la impresión de su poder sobre los sentidos de ella. En el momento de su llegada, ella estaba sin escudos, sin límites. Jaina se sentía como si se hubiera despertado de un trance profundo para encontrarse mirando fijamente a un sol.

Él pasó el brazo alrededor de ella y cerró la puerta con firmeza, con lo que los dos quedaron a solas en el pasillo.

Los escudos de Jaina volvieron a su lugar rápidamente, y los detalles de aquella reunión inesperada empezaron a cobrar foco.

Kyp iba vestido de manera sombría, con túnica Jedi de color de arena, y había domado su melena salpicada de plata en unos rizos formales. Emitía oleadas de ira cuidadosamente controlada, y la expresión de sus ojos verdes ardientes dejaba poca duda acerca de su objetivo.

Jaina irguió la cabeza en una imitación inconsciente del porte regio de su madre.

—Kyp —dijo—. Supongo que has dejado a docenas de criados y guardias del palacio tambaleándose confusos, después de haberles controlado las mentes. Es tu

estilo, ¿no? Además de ser la única manera de explicar tu presencia aquí.

—Salir será más fácil. Tú vendrás conmigo.

—Creo que no —dijo ella con frialdad.

—Piénsatelo mejor. He venido para llevarte al funeral de tu hermano.

Aquello era lo último que había esperado Jaina. La declaración tajante de Kyp le arrancó un velo del corazón, y durante un momento los sentidos se le llenaron del terror, de la furia y de la agonía de la muerte de Anakin.

Jaina se quitó de encima estas emociones y las sustituyó por una ira que estaba a la altura de la de Kyp. Se puso en jarras con los puños en las caderas y le echó una mirada desafiante.

—¿Que me vas «a llevar»? ¿Tú, y cuántos señores Sith más?

Él la apuntó con el dedo en un gesto que a ella le recordó demasiado a su padre durante una riña paterna.

—No me desafíes, Jaina.

—Dame un buen motivo.

Él la barrió con la mirada, con una expresión en los ojos que a ella le hizo olvidar cualquier comparación con su padre.

—No podrías canalizar la Fuerza con ese vestido. No tiene sitio para meterse.

A Jaina le ardieron las mejillas, pero no le vino a la cabeza ninguna réplica adecuada. Peor aún, tuvo que reconocer que las palabras de él se aproximaban a la verdad. Se había dejado su sable láser en su cuarto; aquel vestido escarlata ceñido no estaba diseñado para cosas tan prácticas.

Jaina comprendió entonces una verdad inquietante: si hubiera tenido a mano en aquel momento su sable láser, lo habría usado. Kyp enarcó una ceja, como si hubiera percibido el desafío silencioso de ella.

Jaina se movía por territorio desconocido para ella, y no estaba segura en absoluto de su rumbo. Pero había una cosa bien clara: ya no podía evitar asistir al funeral, ahora que Kyp se lo había notificado de manera tan vigorosa.

—Voy a cambiarme —dijo con rigidez.

Kyp se quitó del hombro una correa de cuero y arrojó a Jaina una bolsa de lona. Indicó con la cabeza el cuarto donde Ta'a y Chume habían hablado.

—Allí.

Jaina entró en el cuarto apretando los dientes, echando fuego por los ojos. Cerró la puerta a su espalda y, cuando se volvió, se encontró a Kyp allí plantado, cruzado de brazos.

—Ah, sin duda deberás replantearte esta última decisión —le dijo ella.

Él le indicó con la cabeza el biombo pintado. Jaina, refunfuñando, se dirigió a él y lo colocó entre el Maestro Jedi y ella. En la bolsa había un par de botas cortas, suaves, que ella reconoció como las de su madre; una túnica Jedi idéntica a la que

llevaba Kyp, y un sable láser. Jaina lo encendió y observó el matiz distintivo, violeta azulado, de su tono.

—Has entrado en mi habitación.

—No es un delito mortal. Apaga el sable láser antes de que pueda más que tú la tentación de impartir justicia —dijo él secamente.

Ella lo apagó con un movimiento del pulgar y dedicó su atención a los cierres complicados del vestido que le habían prestado. Por fin, se lo quitó y lo echó sobre el biombo. La túnica Jedi suelta era un alivio... o, al menos, lo habría sido en otras circunstancias.

Salió por fin, con expresión adusta pero resuelta.

—Vamos a terminar con esto.

Kyp la condujo hasta una puerta secundaria, pasando ante un número sorprendente de guardias y de criados que parecían tan desconcertados como había esperado Jaina.

A Jaina le subió la indignación y le volvió a bajar tan aprisa como había subido. No podía culpar al Jedi Pícaro porque hubiera hecho lo que hacían todos los demás Jedi sin discusiones ni culpabilidades. El tío Luke aplicaba constantemente el control mental para influir a la gente en pequeñas cuestiones cotidianas, tal como hacía el primer Maestro de éste, Obi-Wan Kenobi. No parecía que nadie pusiera en duda que fuera adecuado para un Jedi aplicar la Fuerza para dominar otras mentes. En este sentido, Kyp no se distinguía en nada de los Jedi más conservadores. Sencillamente, resultaba que aquel truco concreto se le daba especialmente bien.

Pasaron por los jardines exteriores y llegaron al edificio anexo donde se guardaban los diversos vehículos reales. Kyp se instaló en un deslizador. Manipuló hábilmente los controles con sus largos dedos, y el vehículo cobró vida con un zumbido.

Jaina se sentó con él. El deslizador se elevó y empezó a deslizarse en silencio por las calles. Dejaron atrás la ciudad real, atravesaron la zona portuaria y rodearon los límites del amplio campo de refugiados. Kyp se dirigió a las sombras densas del bosque público, y después metió el deslizador por sendas estrechas que subían una ladera de pendiente regular.

A medida que ascendían velozmente la montaña, los árboles empezaron a aclararse y dejaron paso al monte bajo. Salieron dos lunas gemelas que arrojaban su luz pálida sobre las extrañas formaciones rocosas que remataban la cumbre de la montaña. Allí estaban reunidos su familia y sus amigos, con los rostros sombríos claramente visibles a la luz de un centenar de antorchas.

Kyp detuvo el deslizador a una distancia respetuosa. Jaina se apeó en seguida y se encaminó hacia la reunión a buen paso. Ya era bastante malo de suyo llegar con Kyp, y peor todavía presentarse vestida como él. No quería rematarla impresión de ser una

pequeña aprendiz obediente caminando respetuosamente a su lado.

Jaina recorrió con la vista la pequeña multitud, empezando por sus padres y pasando después a un grupo sorprendentemente numeroso. Allí estaban todos los supervivientes de la misión a Myrkr. Tenel Ka estaba a un lado, llevando todavía el vestido complicado que se había puesto para la velada. Estaba con ella Jag Fel, y Jaina se fijó en algunos más que llevaban ropa de fiesta que contrastaba vivamente con el carácter sombrío de la reunión. Su presencia alivió la incomodidad que había sentido Jaina por su modo de llegar: saltaba a la vista que Kyp también había avisado a otros en el mismo palacio.

Después, volvió la vista a pesar suyo hacia el centro del círculo, y se le disiparon todas las demás consideraciones.

Habían llevado a Anakin hasta allí y lo habían dispuesto sobre una piedra alta y llana. Estaba rodeado de un anillo de antorchas, como una frontera brillante que lo separaba de los que eran testigos de su transición.

Las sombras temblaron, y Tahiri entró en el círculo de luz.

—Anakin me salvó la vida —dijo, sencillamente—. Los yuuzhan vong encerraron mi cuerpo en una jaula, e intentaron hacer lo mismo con mi mente. Anakin vino a Yavin 4, él solo, y me sacó de allí.

Quedó callada, con la vista perdida en la luz de las antorchas. Una expresión anhelante le pasó por el rostro marcado de cicatrices, como si el impulso de seguir a Anakin una vez más fuera demasiado fuerte para pasarlo por alto. Leia se adelantó y puso una mano en el hombro de la muchacha. Jaina no podía ver con claridad la cara de su madre, pero había en ella algo que pareció contener a Tahiri. La muchacha agitó los hombros mientras soltaba un suspiro profundo, y cedió su lugar a otro.

—Anakin Solo me salvó la vida —repitió una voz baja e insegura. Un niño refugiado entró en el círculo de luz, y a Jaina se le partió el corazón.

Era casi el vivo retrato de su hermano a aquella edad: cabellos castaños claros revueltos, ojos azules de hielo... hasta el hoyuelo en el centro de la barbilla.

—No conocí a Anakin en persona —siguió diciendo el niño—. La gente me dice que me parezco a él. Yo no sé por qué aquella señora de Coruscant quería que yo tuviera este aspecto. Me prometió que mi madre y mis hermanas estarían a salvo si yo les dejaba que me cambiaran la cara. No sé por qué —repitió—. Lo único que sé es que parecerme a Anakin me salvó. Y puede que también salvara a mi familia.

—Viqi Shesh —murmuró Kyp, pronunciando el nombre del senador taimado del que Jaina desconfiaba hacía ya bastante tiempo—. Han me habló de ello.

Jaina añadió para sus adentros un nuevo nombre a la lista de cuentas que tenía pendientes. Abrió más los ojos cuando su padre entró en el círculo de antorchas.

—Anakin me salvó la vida —dijo con suavidad—. A mí, y a toda una nave cargada de gente a la que yo habría dejado quemarse como alimento de las estrellas.

Él tomó aquella decisión dura en Sernpidal. Fue la decisión correcta. Espero que lo sepa.

Jaina se quedó boquiabierta al ver que Kyp Durrón entraba en la zona iluminada.

—Conocí a Anakin principalmente de oídas, pero sospecho que algún día podré presentarme ante una asamblea solemne y contar cómo me cambió la vida este joven Jedi... cómo me la salvó, incluso. Las obras de los héroes envían ondas que se transmiten por toda la Fuerza. La vida de Anakin sigue extendiéndose, tocando y dirigiendo a los que todavía no han oído siquiera su nombre. La mayoría de los que estamos aquí usamos la Fuerza... este joven era una encarnación de la Fuerza.

Salieron otros, pero Jaina no escuchó sus palabras. Siempre había sabido que Anakin era diferente, especial. Parecía raro que hubiera sido Kyp Durrón el que había encontrado aquellas palabras que a ella se le habían escapado.

Por último, las voces callaron, las antorchas se iban consumiendo. Las dos lunas nacieros convergieron, y después empezaron a descender siguiendo sus cursos separados hacia el horizonte abrupto del bosque. Luke tomó una antorcha y se adelantó.

Aquél era el momento que más había temido Jaina. Anakin había muerto, y ella entendía que lo que quedaba era poco más que un cascarón vacío. Pero ella que había luchado con tanto ahínco para arrancarlo de manos de los yuuzhan vong... ¿para qué? ¿Para quedarse allí plantada viendo cómo lo destruían? No parecía correcto. Nada de lo relacionado con la muerte de Anakin lo parecía.

Luke Skywalker se acercó al túmulo de piedra y bajó la antorcha. La llama se extendió, rodeando de una luz dorada el cuerpo de Anakin.

El fuego se deshizo en miles de chispas que danzaban. Éstas ascendieron lentamente hacia el cielo, rutilando sobre la oscuridad como estrellas recién nacidas. Cuando se perdieron entre la noche, a Jaina le pareció que las estrellas brillaban un poco más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio el túmulo vacío. En los límites más lejanos de su percepción brilló una luz trémula de comprensión; un atisbo, quizá, de lo que podría haber sabido Anakin, de lo que podría haber llegado a ser. Jaina pestañeó para contenerlas lágrimas y levantó escudos alrededor de sus emociones.

Zekk se dirigió hacia ellos. Jaina se puso tensa. Si una sola persona la rodeaba con los brazos, se haría trizas como el cristal recalentado.

Kyp se adelantó despacio, interponiéndose discretamente en el camino del joven Jedi. Zekk volvió la mirada de ella al Maestro Jedi, y frunció el ceño, juntando las cejas oscuras.

—Volvemos a Eclipse mañana por la mañana con el Maestro Skywalker —dijo Zekk.

Ella se cruzó de brazos e hizo un gesto de asentimiento, como dándose por

enterada.

—De modo que esto es una despedida...

—¿Tú no vienes?

—De momento, no.

Él se quedó inmóvil, esperando alguna explicación. Jaina tuvo una inspiración repentina y la aprovechó al momento.

—Kyp me ha pedido que sea su aprendiz —dijo. Extendió los brazos, exhibiendo su túnica prestada—. Estoy pensando en llevarla, quizá, para un vuelo de prueba.

Zekk la contempló en silencio.

—Entonces, tienes razón —dijo por fin—. Esto es una despedida.

Se volvió bruscamente y se marchó.

Jaina bajó los brazos y consiguió esbozar una sonrisa irónica.

—Vaya, qué grosería.

—Ya te acostumbrarás —dijo Kyp con suavidad—. En cuanto corra la voz de esta pequeña evasiva tuya (y tardará cosa de quince nanosegundos), descubrirás que los Jedi Pícaros vivimos en un mundo de temperaturas extremas. Las cosas están o muy calientes o muy frías.

Las miradas de incredulidad que se dirigían hacia ella volvieron a incitarla.

—¿Evasiva? ¿Estás seguro de que no lo decía en serio?

—No, no lo estoy; pero tampoco lo estás tú. Cuando te hayas decidido, avísame. Mientras tanto, buena suerte con tus amigos —dijo él, indicando con la cabeza a los varios jóvenes Jedi que venían hacia ellos... Cuando hayan terminado contigo, puedes usar el deslizador. Yo no regresaré a la ciudad.

Dicho esto, también él se alejó en la noche, dejando sola a Jaina para que hiciera frente a la tormenta de fuego que se le venía encima.

* * *

A la mañana siguiente, Tenel Ka empezó la jornada con veinte kilómetros de carrera, seguidos de una hora de entrenamiento de armas bajo la mirada crítica del maestro de esgrima de su padre. El anciano la observaba con atención mientras ella realizaba sus ejercicios. Por fin, asintió con la cabeza.

—La espada y la jabalina van tan bien como siempre. Los pies, mejor. Tendrás que evitar los combates donde tengas que emplear la lanza o el palo.

Tenel Ka aceptó este consejo con un gesto de asentimiento, aun dándose cuenta de su valor práctico limitado. La cultura de Hapes era arcaica en muchos sentidos. Las disciplinas físicas que había aprendido con los maestros tradicionales la habían mantenido en buena forma, pero no resultaban muy útiles para el combate en el tipo

de batallas que la esperaban.

Vestida todavía con una prenda de cuero ultraligera, hecha de piel de lagarto de Dathomir, Tenel Ka se dirigió al cuarto de su madre, tal como hacía todas las mañanas. Teneniel Djo solía dar muestras de animarse al ver aquel recuerdo de su mundo natal.

Cuando Tenel Ka entró en el cuarto de su madre, sintió un hormigueo de intranquilidad como si estuviera cubierta de insectos. Nunca sabía exactamente qué podía encontrarse.

Su madre estaba sentada ante la ventana, como de costumbre, contemplando los jardines del palacio. Su rica cabellera castaña rojiza había adquirido un matiz apagado e indeterminado, y ella estaba demasiado delgada. Se parecía inquietantemente a un ave hambrienta en el invierno, demasiado entumecida por el frío y por el viento para echar a volar. Pero levantó la vista cuando entró Tenel Ka, y sus ojos castaños se llenaron de melancolía al ver la prenda de piel de lagarto que llevaba su hija.

—Eso era de color verde vivo en tiempos —observó—. Ahora está desteñido y desgastado. ¿Desde cuándo no te haces ropa de cuero nueva? Desde hace un año, casi dos —pensó en voz alta, respondiendo a su propia pregunta—. Hace ese tiempo, como mínimo, que los yuuzhan vong se apoderaron de Dathomir.

Tenel Ka acercó una silla a la de su madre. Aquella mañana parecía más despierta de lo común; de hecho, sus ojos estudiaron con inquietud el rostro de su hija.

—Estás preocupada. ¿Los yuuzhan vong?

—En estos tiempos no hay nada que no guarde alguna relación con los invasores.

—Vendrán, por supuesto —dijo Teneniel Djo con naturalidad—. Debes prepararte.

Ella contuvo un suspiro.

—Madre...

La reina extendió la mano y le dio unas palmaditas en la rodilla, acallando la protesta familiar.

—Sé lo que sientes. Nunca has querido reinar, y yo no te lo quiero imponer. Yo escogí a un hombre, no una corona. Pronto no tendré ninguna de las dos cosas. Isolder me buscará una sucesora.

—Te estás poniendo más fuerte —dijo Tenel Ka con ánimo.

La reina sonrió apagadamente.

—No espero morirme de momento. Pero tampoco puedo reinar.

Se volvió a la ventana y señaló más allá de las ramas de un tzimernogal.

—Allí, entre la neblina. Se preparan astilleros ocultos donde reconstruirá la flota que se perdió en Fondor.

Tenel Ka miró fijamente a su madre sin tener claro cómo responder. La reina se

quitó del dedo un anillo de esmeralda grande y se lo entregó a su hija.

—Esto no es una piedra preciosa, es un holocubo. La información está contenida dentro. Guárdala a buen recaudo, y encárgate de que mi sucesora la reciba cuando surja la necesidad.

Tenel Ka, después de titubear, se lo puso en el dedo.

—Yo no suelo ponerme cosas así. Quizá debiera, para que éste no llamara tanto la atención.

Teneniel alzó las cejas marchitas y sonrió con aprobación.

—Buena idea.

La sonrisa se le apagó, y pareció como si se le disipara la energía con ella. Los ojos se le velaron, y de pronto pareció más pequeña, más vieja e infinitamente cansada.

Tenel Ka besó a su madre en la mejilla y salió de la habitación sin más. La esperaba otra entrevista más inquietante.

Se dirigió al hangar privado de la familia real, una vasta estructura próxima al palacio. La fragata yuuzhan vong había sido trasladada a la ciudad por miedo al sabotaje, y el perímetro estaba rodeado de guardias.

Tenel Ka observó que había más guardias de lo habitual. Algunos de ellos llevaba el uniforme rojo característico de la guardia de palacio. Al pasar ella se ponían firmes y le hacían el saludo reservado para la familia real.

—Aquí arriba —anunció una voz imperiosa.

Tenel Ka alzó la vista hacia la pasarela que rodeaba la sala inmensa. Su abuela y su padre estaban juntos. No juntos del todo, observó después. La distancia entre ellos y la postura de los hombros de su padre daba a entender que se había producido un desacuerdo más entre ellos.

Al parecer, la mañana prometía no una sino dos entrevistas desagradables. Tenel Ka subió las escaleras corriendo, resignada a quitarse aquello de en medio para poder dedicar su atención a Jaina.

Saludó a su padre con una inclinación de la cabeza y besó la mejilla que le ofrecía Ta'a Chume.

—¿Has visto a Jaina esta mañana? —preguntó a su abuela.

La antigua reina frunció el ceño e indicó la nave extraña con la cabeza.

Antes de que hubiera tenido tiempo de hablar, el aullido de un wookiee irritado hendió el aire. Los guardias que estaban abajo se apartaron para dejar entrar a Lowbacca. Éste era el único miembro del grupo de acción Jedi, además de Tenel Ka, que había optado por quedarse en Hapes; y, además de Jaina, era el único civil al que se permitía acceder a aquel lugar protegido.

Tenel Ka observó a Lowbacca con honda inquietud. La amistad del wookiee con Jaina, junto con su carácter volátil y la lealtad propia de su especie, teñía sus

percepciones con pinceladas gruesas y sencillas. Parecía que Lowbacca no era consciente de los cambios que se producían en su amiga, y que estaba muy dispuesto a apoyar cualquier cosa que Jaina tuviera en mente.

El wookiee caminó pesadamente hacia la fragata llevando en los brazos un cajón grande lleno de piedras. Lo dejó caer con un golpe pesado y empezó a dar de introducir las piedras, una a una, por una apertura que apareció en el casco de la nave. Por fin, se agachó a recoger el cajón vacío. La nave escupió una piedra de color gris pálido que acertó a Lowbacca en pleno trasero. El wookiee se irguió de un salto y se volvió hacia la nave, agitando el puño y aullando con indignación.

Jaina asomó la cabeza por la escotilla. Tenía la cara manchada de mugre, y sus cabellos castaños de longitud media daban la impresión de haberse peinado en un túnel de viento.

—¡Eh! ¡No he sido yo! ¿Qué culpa tengo yo de que esta cosa sea tan delicada para comer?

El comentario inspiró a Tenel Ka un suspiro melancólico. Aquélla se parecía mucho a la Jaina de dos años antes.

—Pareces preocupada —observó Isolder.

—Nostálgica, quizá —reconoció ella. Me agrada ver a Jaina trastear con una nave, aunque sea una nave como ésta.

—Lamento que lo pienses así —dijo con acidez la antigua reina—. Tiene cosas mejores que hacer con su tiempo. Esa jovencita es una líder nata. ¡Debería estar siguiendo su destino, y no haciendo de mecánica!

—Es posible que esté haciendo eso mismo. Una mejor comprensión de las naves enemigas puede cambiar las cosas inmensamente —dijo Isolder—. Jaina está dedicando todos sus esfuerzos a resolver el enigma que representan.

—No está resolviendo ningún enigma —dijo Tenel Ka, sacudiendo la cabeza—. Está creando uno nuevo.

Los ojos de Ta'a Chume se iluminaron con un brillo de interés.

—Un concepto interesante —observó—. ¿Podrías ampliarlo?

La Jedi se encogió de hombros.

—En estos momentos, no es más que una sensación. Resulta difícilísimo interpretar a Jaina por medio de la Fuerza.

La mujer mayor asintió con aprobación.

—El don de ocultar los pensamientos y de escudar las emociones es precioso, como demuestra de manera tan patética la enfermedad de tu madre. Pero sin duda habrá alguna otra cosa que haya inspirado tu observación, algún hecho concreto.

Tenel Ka envió una mirada tranquila a su abuela, dando muestra de haber apreciado el comentario sobre su madre pero sin seguir el señuelo.

—Jaina y Lowbacca consiguieron bloquear el mecanismo de seguimiento de la

fragata. Eso nos ayudó entonces a escapar. Ahora, sospecho que ella busca otra manera de aprovecharlo.

—Esos conocimientos podrían resultar valiosísimos —asintió Isolder.

—Cierto. Pero por ser Jaina quien es (una Jedi, y la hermana gemela de Jacen Solo), no puede permitirse realizar actos impulsivos ni asumir riesgos innecesarios. Está tramando algo, y yo no soy capaz de seguir el curso que ha tomado su mente.

—Quizá debiera hablar yo con sus padres —reflexionó el príncipe.

—¿Y qué te hace pensar que ellos tendrán más influencia sobre su hija que tú sobre la tuya? —le soltó Ta'a Chume, mientras fulminaba a Tenel Ka con la mirada—. Si tienes que entrometerte, habla directamente con Jaina. Es posible que tenga la prudencia de aceptar consejos.

El príncipe apretó los labios al recibir estas críticas. Antes de que hubiera tenido tiempo de responder, les llamaron la atención unos pasos ligeros en las escaleras de la pasarela.

Jag Fel subió las escaleras. Al ver a los monarcas hapanos, se detuvo e hizo una honda reverencia.

—Perdonadme. He venido buscando a Tenel Ka. El capitán de la guardia me envió aquí.

Ta'a Chume observó su traje de vuelo negro, el casco que llevaba bajo el brazo. Volvió la vista hacia su nieta.

—Supongo que ya te habrás comprometido para salir volando a alguna parte. Parece que nunca te dignas adornar a Hapes con tu presencia durante más de unos pocos días.

—Yo esperaba, Majestad, que Tenel Ka pudiera ayudarme a encontrar a Jaina. Estoy reclutando a pilotos que ayuden a patrullar este sector.

Ta'a Chume señaló la fragata. De la escotilla abierta de la nave llegaban ladridos y gañidos de risa wookiee, seguidos de una voz femenina que soltaba una sarta de maldiciones originales.

—Menos mal que ya tienes experiencia en el combate —dijo Ta'a Chume con sequedad. Levantó una mano en gesto imperioso para llamar la atención al guardia más próximo, y a continuación señaló primero a Jag y después a la nave yuuzhan vong. El guardia hizo un saludo marcial llevándose el puño a la sien.

—Buena suerte —dijo a Jag, haciendo un leve gesto de despedida, y el joven piloto hizo una nueva reverencia y se marchó en seguida, como era lo correcto. Pero corrió escaleras abajo hasta el suelo del hangar con una viveza que tenía poco que ver con el protocolo.

La antigua reina contempló su rápida partida con una sonrisita reflexiva.

—No tiene la menor oportunidad de reclutar a Jaina para eso, ni para ninguna otra cosa —dictaminó—. Fíjate en lo que te digo: cualquier interés que haya será pasajero,

como mucho. Jaina no va a perder mucho tiempo con un simple piloto.

—Su madre no pensó lo mismo —observó Isolder.

Ta'a Chume dirigió a su hijo una sonrisa de condescendencia.

—Jaina no es su madre; aunque no me sorprende que no sepas distinguir un rostro hermoso de otro.

Isolder pestañeó asombrado cuando vio con claridad el sentido de las palabras de la anciana.

—¡Jamás he pensado en ella en ese sentido!

—Tanto mejor —dijo la reina con acidez—. Aunque yo no me echaría a llorar si decidieras buscar a una nueva reina, preferiría que la buscaras en otra parte. La crianza de Jaina Solo, su formación y su temperamento le vendrían bien, pero es una mujer joven a la que habría que dirigir mucho. A menos que quieras reinar en Hapes tú solo, harías bien en buscarte una esposa más avezada.

Isolder desvió la mirada.

—Un hombre no puede reinar en Hapes.

—¡Es precisamente lo que quiero decir! El problema es que alguien debe hacerlo. Quizá haya llegado el momento de que yo vuelva al trono —añadió, enarcando una ceja.

—Jamás —dijo el príncipe—. Eso no lo permitiría yo.

—¡Eso no lo puedes controlar tú! —repuso ella—. Si tu hija no quiere reinar, deberá reinar tu esposa. Si Teneniel Djo no es capaz de ello, búscate a una esposa que lo sea. Porque, de lo contrario, un miembro de mi familia llenará el vacío; ¡y, de paso, nos matará a los tres! ¡Elige primero, actúa después, o te quitarán la posibilidad de elegir!

Se volvió y se marchó, furiosa. Isolder se la quedó mirando un momento, y después se alejó en sentido opuesto.

Tenel Ka, que se había quedado sola y se había enterado de muchas cosas, contempló desde lo alto la nave extraña y a la joven decidida que se había convertido en eje de una nueva intriga.

Ya comprendía por qué Ta'a Chume no la había estado impulsando hacia el trono de Hapes. Había encontrado a otra joven que se ceñía todavía más a sus propósitos.

Los guardias se apartaron para permitir el acceso de Jag a la nave. Subió por la pasarela, una simple rampa de diseño similar a la de la mayoría de las naves de la clase fragata. Pero allí cesaba toda semejanza. El navío yuuzhan vong se parecía más a un asteroide que a cualquier nave que hubiera visto él en su vida. Palpó el casco con una mano. La superficie era rugosa e irregular como los arrecifes de coral de los mares de Rhigar 3, la luna azul semitropical que rodeaba en su órbita la academia de formación sáncico Mitth'Raw'Nuruodo.

Jag no podía concebir cómo habían convencido los yuuzhan vong a una colonia

de criaturas minúsculas para que formaran una nave espacial. Se decía que aquellas naves estaban vivas, que casi tenían sensaciones propias. Dio unos golpecitos en el casco con cuidado.

La respuesta fue inmediata y vehemente. Apareció Jaina Solo, con el rostro hermoso oscurecido por la impotencia. Se detuvo al verle, y se quedó enmarcada en el portal abierto, con las manos apoyadas a ambos lados.

Durante un momento, Jag no fue capaz más que de quedarse mirándola. Jaina estaba recubierta generosamente de un gel verde claro, y tenía varios mechones de pelo erizados formando puntas relucientes.

—Llego en mal momento —dijo por fin.

—Depende —repuso ella—. Si te interesa darte una ducha, tienes suerte. En esta nave hay una, y acabo de descubrir el modo de ponerla en marcha.

—Ah —comentó él.

Ella lo miró de pies a cabeza.

—Bien pensado, la verdad es que lo que menos te hace falta ahora es que te saquen un poco más de brillo. Lo digo en serio; no sabes cómo funciona esto...

A él se le despertó una emoción que tenía enterrada hacía mucho tiempo y que le resultaba tan poco familiar que tardó un instante en darle nombre. Los chiss no se enfadaban nunca, como regla general, y Jag había aprendido a controlar sus reacciones en consecuencia.

—¿Y qué es lo que sí me hace falta ahora, si puede saberse? —dijo.

Su tono frío ejerció un efecto paradójico sobre la joven. A Jaina le asomaron llamas a los ojos.

—Dímelo tú. Has sido tú el que ha irrumpido aquí para interrumpir mi trabajo.

—He venido a ofrecerte una nave y un puesto en el Escuadrón de Vanguardia.

—Gracias —dijo ella escuetamente—, pero ya tengo una nave. Lo único que necesita son unos cuantos ajustes.

Él la recorrió con la mirada, haciéndose cargo de su aspecto desaliñado. El humor le fue aliviando la irritación.

—¿Y cómo *marcha* eso? —le preguntó con cortesía.

—Estupendo. Ningún problema —dijo ella, irguiendo la cabeza.

Sus ojos castaños ardientes le retaban a que la contradijera. Jag, para su sorpresa, sintió el deseo de poder quedarse allí algún rato más para hacer precisamente aquello mismo. La perspectiva de reñir con Jaina Solo le resultaba sorprendentemente interesante. Pero su escuadrón esperaba su regreso al cabo de poco rato.

—Debo dejarte con tu trabajo.

—Bien. Estupendo. Será lo mejor.

Ella parecía tan deseosa de que Jag se marchara, como él de quedarse un rato más. Aquello lo hirió. Incluyó la cabeza a modo de despedida lacónica y se marchó a

paso vivo sin volver la vista atrás.

Sólo hubo una cosa que impidió a Jaina quitarse de encima un puñado de mugre y arrojárselo al piloto que se retiraba: que ya se había rebajado lo suficiente en su dignidad para un solo día.

Se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia la nave. Lowbacca estaba de pie tras la puerta, con una ancha sonrisa en su rostro cubierto de pelo pelirrojo.

—No veo qué tiene tanta gracia —le dijo ella con frialdad.

Lowbacca tuvo la osadía de soltar una risita.

Ella, dejándose llevar por un impulso, levantó las manos y asió con ellas los largos pelos de la cabeza del wookiee. Haciéndole bajarla cabeza hasta su nivel, le dio un beso en la frente y después se frotó contra él en un abrazo rápido y fuerte.

Se apartó, considerablemente más limpia que hacía un momento.

Lowbacca la miró con incomprensión. Un goterón de gel le cayó de la barbilla y aterrizó en el suelo de duro cemento con un ruido perceptible de chapoteo. Lowbacca bajó la vista a su pelaje manchado de mugre y soltó un gañido de enfado.

—Eso sí que tiene gracia —le dijo Jaina.

* * *

El planeta conocido como Hapes había realizado dos rotaciones completas desde que la nave sacerdotal de Harrar había surgido del espacio oscuro. Desde entonces, el comandante y la tripulación de la nave habían trabajado sin descanso y sin pausa para localizar la nave robada.

Cuando Khalee Lah acudió por fin a los aposentos del sacerdote, Harrar sospechó que venía a confesar su derrota; y así fue.

—Hemos perdido naves exploradoras —concluyó el guerrero—, y a varios de los traidores-esclavos.

—Me sorprende que los infieles hapanos todavía sean capaces de presentar una defensa considerable —reflexionó Harrar—. Fueron sacrificados en Fondor; pero siguen luchando, y luchando bien. Nuestro primer deber es recuperar a Jaina Solo, pero parece que el cúmulo estelar Hapes todavía puede proporcionar otros sacrificios dignos.

—Parece poco probable —dijo el guerrero con desdén—. Esos combatientes son supervivientes de Coruscant. Puede que estos nos proporcionen algunos obsequios para los dioses; pero esos cobardes hapanos, no.

—Hemos recibido informes de que algunas naves fueron destruidas por una especie llamada los chiss, un pueblo encerrado en sí mismo que vive en los bordes de esta galaxia.

—En esta galaxia hay incontables razas —dijo Khalee Lah—. Esas naves son

muy pocas para que los chiss se conviertan en una amenaza seria.

Una oleada de irritación recorrió al sacerdote. Estaba bien tener orgullo, pero un líder prudente no se dejaba nunca cegar ante la posibilidad de un fracaso. Se preguntó, no por primera vez, si la presencia de Khalee Lah a bordo de la nave sacerdotal de Harrar era más bien una penitencia que un honor.

—¿No es posible que esas pocas sean exploradoras? —sugirió.

El guerrero se lo pensó.

—Es posible.

—Si unas pocas combaten tan bien, ¿cómo sería un asalto a gran escala? Podría resultar ventajoso saber algo más de esos chiss y de por qué han venido.

Khalee Lah frunció el ceño.

—Nuestra primera tarea consiste en recuperar a la gemela Jedi. El Maestro Bélico depende de nuestro éxito.

—Y cumpliremos esa tarea —dijo Harrar con toda la paciencia que fue capaz de acopiar—. El Maestro Bélico también confía en los sacerdotes de Yun-Harla para recoger información útil para los yuuzhan vong. Avisa a tus guerreros de que hagan todos los esfuerzos posibles por capturar a uno de esos chiss.

Viendo que Khalee Lah todavía parecía dudar, el sacerdote añadió:

—La gemela Jedi pronto será nuestra. Tú emprenderás nuevos desafíos, nuevas glorias. Si estos chiss resultan ser rivales dignos, ¿quién mejor que Khalee Lah para dirigir el asalto a sus mundos natales?

—En eso estamos de acuerdo.

El guerrero sonrió, y los flecos de sus labios cubiertos de cicatrices dieron la impresión de separarse como colmillos cortos y estrechos.

Harrar advirtió el brote de una ambición nueva en los ojos de Khalee Lah, y aquello le satisfizo. Si el joven guerrero veía en cada infiel una oportunidad de cubrirse de gloria y de ascensos, sería menos probable que los despreciara como «adversarios indignos». Ya habían cometido aquel error con Jaina Solo. Harrar sospechaba que ella podría tener la astucia suficiente para explotar aquel error.

Pensó que quizás aquella falsa *mentirosa* era exactamente lo que pretendía: un ser lo bastante sutil y poderoso como para poderse comparar con Yun-Harla. Esta idea lo llenó de consternación y de curiosidad al mismo tiempo.

—Pareces preocupado, Eminencia —observó Khalee Lah.

—Pensativo —le corrigió Harrar. Sonrió levemente, ocultando sus pensamientos heréticos bajo una máscara de humor cínico—. La guerra está frecuentemente cargada de paradojas. ¿Me pregunto qué pensaría el comandante de esos infieles lejanos si supiera que cada uno de sus ataques no disuade a los yuuzhan vong, sino que es una invitación para nosotros!

CAPÍTULO 18

A primera hora de la mañana siguiente, el príncipe Isolder entró en el campo de refugiados siguiendo a un guardia y procurando hacer caso omiso de los guerreros de mirada penetrante que lo seguían de cerca. Los guardaespaldas eran imprescindibles para una persona de su posición, y él recordaba pocas ocasiones en las que hubiera estado verdaderamente solo en su mundo natal. Pero mientras caminaba entre las hileras de tiendas de campaña sencillas, fue vivamente consciente de cuánto habían perdido aquellas personas, y de lo mucho que debía herirles los faustos de la realeza hapana.

Su guía se detuvo ante una tienda igual a las demás.

—Puedes dejarme aquí —anunció Isolder. Dirigió una mirada con sus ojos azules a toda su escolta, incluyendo en sus órdenes a sus guardias de corps. Éstos hicieron sendas reverencias y se retiraron.

Dio un golpecito en el poste de sujeción de la tienda, y recibió a modo de respuesta un gruñido ambiguo. Apartó la puerta de lona y entró, agachándose, en la primera de las dos habitaciones de la tienda.

Han y Leia Solo estaban sentados ante una mesilla plegable.

Los dos tenían en las manos tazones humeantes, y le miraron con ojos cansados pero penetrantes.

A Isolder le llamó la atención la semejanza entre los dos, que iba más allá de cualquier explicación por sus experiencias comunes y por sus últimas pérdidas también comunes.

Han Solo daba de pies a cabeza la imagen del pirata entrado en años. En su colección de arrugas y de cicatrices estaban escritos los relatos de sus años de aventuras. Una barba de dos días le endurecía el rostro. Se había vuelto un poco más grueso, un poco más canoso, un poco más duro... nada que resultara sorprendente.

El cambio que había sufrido Leia, sin embargo, era sobrecogedor. Le habían empezado a crecer los cabellos cortos, y llevaba un traje de vuelo ceñido. Estaba más delgada de lo que Isolder recordaba haberla visto nunca, y la cara, libre de cosméticos, le parecía pálida y pequeña. A pesar de su apariencia descuidada, o quizá gracias a ella, parecía mucho más joven de los años que tenía. Pero ya no tenía los elegantes rodetes de cabello castaño, los vestidos de suaves pliegues, el porte regio... todo en lo que se había fijado él hacía veinte años. Podría haber sido cualquier otra guerrera cansada, dispuesta a afrontar un día más de combate.

Entonces le cambió el rostro. Irguió la cabeza, curvó los labios con una sonrisa de bienvenida, y el duelo y el cansancio que tenía en los ojos se ocultaron tras una máscara bien ensayada. Como princesa y como diplomática que era, se levantó y rodeó la mesa para ir a recibirlo, tendiéndole ambas manos.

—Príncipe Isolder, gracias por acogernos aquí —dijo con calor—. Las gentes del cúmulo estelar Hapes ya han dado mucho.

Él le tomó las manos y se las llevó a los labios.

—Lo de Fondor fue un error mío, princesa. Intentaste advertirme que no enviara a la flota. No nos llevemos a error en esta cuestión, ni en ninguna otra.

—Parece que tenéis cosas que contaros —observó Han, mientras se levantaba de su silla.

—Haz el favor de quedarte —le dijo el príncipe—. Lo que tengo que deciros os atañe a los dos.

Han se encogió de hombros y arrastró una caja hasta ponerla junto a la mesa, mientras Leia buscaba otro tazón. Los tres se sentaron y tomaron tragos de aquella infusión espesa y cargada.

—¿Cómo fue tu viaje? —le preguntó Leia.

—Instructivo, y también inquietante. Me enteré de varias cosas que pueden ser importantes para tu familia. Entre los yuuzhan vong, los partos dobles se consideran un presagio. Uno de los gemelos debe luchar contra el otro, y el ganador desempeñará un papel importante en un hecho trascendental.

Han dio un empujoncito a Leia.

—No te preocupes, cariño —le dijo—. Puedes ganar a Luke. Lo único que tienes que hacer es practicar el juego sucio.

Leia dirigió a su marido una mirada sutil para hacerle callar. Él levantó ambas manos en gesto humorístico de defensa, y su sonrisa burlona hizo asomar a los ojos de ella una chispa en la que se mezclaba la risa con la impaciencia. Isolder pensó que él preferiría con mucho esa respuesta a la calidez tranquila y ensayada que le dedicaba a él.

—Te ruego que disculpes la digresión —murmuró ella.

—Por supuesto. Tsavong Lah ha anunciado pública e inequívocamente sus intenciones para con tu hijo Jacen. Es probable que su ira se traslade ahora a la hermana gemela de Jacen.

Los ojos de Leia perdieron el calor.

—Jacen sigue vivo —dijo con firmeza.

Isolder dirigió a Han una mirada de extrañeza.

—A ti te habrán dicho lo contrario, probablemente —dijo Han—. Y a nosotros también. Pero Leia dice que no, y yo apuesto por ella.

Leia le dirigió una rápida mirada de agradecimiento, y volvió a dirigirse a Isolder.

—Sin embargo, entendemos lo que nos quieres decir —le dijo—. Los yuuzhan vong parecen obsesionados por la idea de los sacrificios. Si ellos consideran que los gemelos tienen tanto poder, es probable que conciban que un sacrificio de gemelos es una ofrenda a sus dioses especialmente potente.

—Hay algo más —dijo el príncipe. He hablado con Tenel Ka, y he visto trabajar a Jaina en la nave yuuzhan vong. Ha impuesto a esta nave el nombre de la *Mentirosa*, aludiendo tanto a Yun-Harla, la diosa Mentirosa, como a sí misma. Lo hizo para burlarse de un sacerdote yuuzhan vong que la perseguía a ella ya los otros jóvenes Jedi. Inmediatamente después, confundió la capacidad de los yuuzhan vong de seguir la pista a la nave robada. Parece posible que les esté planteando un desafío, incluso que los esté provocando, al asumir el papel que representa su diosa Mentirosa.

Han enarcó las cejas y una sonrisa asimétrica se asomó a su rostro curtido.

—Conque una diosa, ¿eh?

Leia le echó una mirada de incredulidad, sin dejar lugar a dudas de que ella no compartía el orgullo viciado de él por los métodos de su hija.

Han contuvo en seguida su sonrisa.

—No se puede negar que la niña tiene ambición —dijo.

Leia se retiró de la mesa soltando un suspiro.

—Hablaré con mi hija —dijo—. Jaina siempre ha sido impulsiva.

—Además de terca —apuntó Han.

—No voy a discutir con ella. Voy a animarla a que ponga sus planes sobre la mesa, sean los que sean. Después, los debatiremos, con intención de centrar y depurar su lógica.

Han dirigió a Isolder una mirada irónica.

—No voy a discutir —repitió—. Hazme un favor: procura que ese «debate» tenga lugar en un espacio abierto, sin materiales inflamables en las proximidades.

—¿No vas a venir tú? —le preguntó Leia.

—Tengo trabajo que hacer en el *Halcón*. Adelantaos vosotros dos.

Han dijo esto con sencillez, sin el tono de competencia que había caracterizado sus relaciones anteriores con Isolder. Aquello no sorprendió al príncipe. Las miradas que se cruzaban los dos indicaban la existencia de un vínculo que ningún antiguo pretendiente podría poner en peligro, ni mucho menos truncar. Han dio a su esposa un beso rápido, y se sirvió después otro tazón de infusión.

Pero cuando Isolder apartaba la portezuela de la tienda para dejar pasar a Leia, oyó el consejo que daba Han a esta en voz baja:

—Guárdate las espaldas, cariño.

El príncipe comprendió que Han no se refería al peligro que podría suponer un antiguo pretendiente. Y conociendo como conocía a Ta'a Chume, estuvo completamente de acuerdo.

Leia Organa Solo comprendía que algunos protocolos eran inviolables incluso en épocas difíciles. No podía acercarse a ninguna parte del complejo del palacio sin presentar sus respetos a la reina madre reinante.

Dio su nombre en la puerta de entrada, y la condujeron rápidamente a los dominios de Teneniel Djo. Los guardias uniformados la llevaron a una cámara de dormitorio en lugar de a una sala de audiencias. Leia no reconoció por un instante a la mujer que se levantó titubeante de una butaca para recibirla.

Cuando Teneniel Djo llegó por primera vez a Hapes, siendo joven, era más bien una rareza: una guerrera sin dobleces entre patricios dados a las intrigas; una mujer moderadamente atractiva en una tierra cuyas gentes eran célebres por su belleza. Su complexión recia y de poca estatura la diferenciaba de los esbeltos hapanos, así como su capacidad para percibir y aplicar la Fuerza. Leia percibió al momento que aquella capacidad se había debilitado hasta quedar reducida a casi nada.

El cabello castaño rojizo de Teneniel Djo estaba ralo y sin brillo, la piel le había adquirido un tono amarillento enfermizo. Estaba demasiado delgada. Tenía los ojos muy ojerosos, y tan carentes de expresión que se le podía haber tomado por ciega. Las intrigas constantes de la corte hapano debieron de ir envenenando lentamente a la guerrera dathomiriana. Leia sospechaba que la derrota de Fondor y la pérdida de su hijo no nacido no habían sido más que los golpes definitivos.

Se abrazaron con precaución. Teneniel Djo apartó de sí a Leia para poder contemplarla con una resignación embotada.

—¿Te han elegido? —le preguntó.

Leia titubeó sin saber cómo responder ni qué preguntar.

—He venido a Hapes con los refugiados —considerando que esta respuesta era tan prudente como cualquier otra—. Han y yo pensamos marcharnos dentro de poco.

En los ojos de la reina no se advirtió que esta información le hubiera hecho efecto alguno.

—Tenel Ka tiene el anillo.

—Claro —asintió Leia.

La pequeña mujer se apartó de ella y volvió a su tarea de contemplar el jardín sin verlo. Leia intentó varias veces entablar conversación con Teneniel Djo, pero nada penetraba la extraña niebla que la rodeaba.

Por fin, abandonó el esfuerzo y se retiró discretamente de la habitación. Cerró la puerta al salir y saludó con la cabeza a los dos guardias que estaban apostados. Ellos le devolvieron el saludo, pero Leia advirtió una expresión irritada en los ojos de uno de ellos. Siguió la mirada del guardia hasta detrás de ella.

Un joven caminaba tranquilamente hacia ellos, vestido con la ropa de color rojo vivo de la casa real y con aire de estar muy pagado de sí mismo. Hizo una reverencia exagerada.

—Un honor, princesa Leia. Ta'a Chume desea hablar contigo.

Lo dijo de tal modo que Leia no tuvo claro si aquello era un honor para él o para ella.

—¿Y tú eres...?

—Trisdin Gheer, compañero de Ta'a Chume.

Se apreció un rubor que subía a los rostros de los guardias. Leia percibió en ellos ira y vergüenza, y comprendió que acababan de insultarla. Al parecer, enviar a un cortesano para que fuera a llamarla era una gran ofensa.

Ante esto, Leia tenía dos opciones: hacer caso omiso del insulto, aparentando que ignoraba las costumbres hapanas, o acusarlo y parecer estirada. Al parecer, Ta'a Chume estaba en plena forma aquel día.

—Embajador Gheer —repitió con voz agradable, pero con intención—. Debo pedirte disculpas: tu nombre no me resulta familiar; no lo he visto en las listas diplomáticas ni te he oído hablar en el Senado. ¿Quizá estás al servicio de Ta'a Chume hace poco tiempo?

A él se le borró la sonrisita.

—Ingresé en su casa recientemente.

—Y bien, estoy segura de que te veremos más en un futuro próximo. Parece que los representantes diplomáticos de Ta'a Chume pasan en seguida a otros cargos. ¿Verdad? —añadió con una sonrisa.

La risa callada de los guardias los siguió por el pasillo. Trisdin marcó un paso vivo y no hizo más intentos de entablar conversación. La dejó en una sala de audiencias pequeña, y se marchó.

Ta'a Chume se levantó para recibir a Leia, sin hacer ningún comentario sobre Trisdin.

—Ha sido muy amable por tu parte visitar a Teneniel Djo. Qué pena, ¿verdad?

—Corren tiempos difíciles —observó Leia.

—Pero hay otros que soportan cargas mayores con elegancia, tú entre ellos. Nuestro más sentido pésame por la pérdida de tus hijos —añadió la mujer mayor, inclinando la cabeza.

—Anakin ha muerto —dijo Leia, recordando brevemente los solemnes ritos funerarios a los que había asistido la noche anterior, y la impresión limpiadora de haber sentido que su hijo volvía a la Fuerza—. Jacen sólo está desaparecido.

—Claro —dijo Ta'a Chume tranquilamente y sin convicción—. Tu hija debe de representar un gran consuelo para ti. Quisiera que Teneniel Djo hubiera sabido inspirar a la suya un sentido del deber semejante, pero quizá éste haya sido el menor de los fracasos de nuestra reina. Pero, basta de hablar de las desgracias hapanas. Supongo que te gustaría ver a Jaina.

Empezó a andar por el pasillo. Leia la siguió.

—¿Tienes alguna idea de los planes de Jaina para el futuro? —le preguntó Ta'a Chume.

Los sensores de alarma zumbaron en el fondo de la mente de Leia.

—En momentos como este, ninguno podemos hacer planes a largo plazo —respondió ella—. Debemos centrar nuestros mejores esfuerzos en sobrevivir. Jaina es piloto de caza de combate, una piloto excepcional. Eso le requiere toda su atención ahora mismo.

—¿Es jefe de escuadrón, supongo?

—No. Está en el Escuadrón Pícaro, y se siente afortunada de estar allí. La mayoría de los comandantes son legendarios.

—No me cabe duda de que ella está escribiendo su propia leyenda. Las guerras crean leyendas, aunque sirvan para poco más.

—¿A qué se debe este interés repentino por mi hija?

La reina madre extendió las manos.

—Perdí a mi hijo mayor —dijo—, y, como sabes, Isolder está muy involucrado en este conflicto. A nosotros nos resulta mucho más difícil ver combatir a nuestros hijos que correr nosotros mismos algún peligro.

A Leia le pareció extraño que Ta'a Chume le estuviera hablando como si fueran de la misma generación. Hasta entonces, siempre había procurado dejar claro que Leia era inferior a ella en edad y en categoría.

—Jaina ya no es una niña —observó Leia—. Ni tampoco lo es Isolder.

Ta'a Chume adoptó una expresión humorística que le marcó las arrugas alrededor de los ojos.

—Has hecho esos comentarios en el orden oportuno. Isolder tiene muchas buenas cualidades, pero el camino que conduce a la sabiduría es más largo para los hombres. Ninguna mujer encuentra a un compañero igual a ella en un hombre de su misma edad.

—Un punto de vista interesante.

—Que tú compartes, al parecer. Han Solo es varios años mayor que tú, según creo.

—Me lleva ventaja por ese camino que conduce a la sabiduría —respondió Leia con sequedad.

Salieron del edificio principal del palacio a la luz brillante del sol. Ta'a Chume señaló con la cabeza un deslizador cerrado, un vehículo más grande de lo normal pilotado por un conductor bien armado.

—Sin duda, Jaina estará trabajando en el hangar real. No está muy lejos a pie, pero preferiría que tomaras esta precaución —los ojos se le nublaron—. Ayer mismo hubo un atentado contra el príncipe Isolder, dentro del recinto del palacio.

Leia agradeció a la reina su interés y subió al vehículo armado. Éste despegó y se

deslizó por el aire hacia la zona portuaria, demasiado despacio para la tranquilidad de Leia. Aunque los campos de refugiados podían ser lugares inseguros, e incluso peligrosos, tenía la esperanza de convencer a su hija para que dejara el palacio y volviera al campamento con ella.

Encontró a Jaina dentro de la nave de aspecto de roca. Estaba tanteando una pequeña esfera cubierta de púas.

—Una imagen familiar —comentó Leia con una sonrisa—. Verte trastear con una nave.

Jaina apartó el pequeño globo.

—Nada funciona como debería —se lamentó—. No hay alambres, ni circuitos, ni cables. ¿Qué tienes en la cabeza?

Leia se llevó los dedos a las sienes haciendo como que se mareaba.

—Ése ha sido un cambio de tema más bien brusco.

—Mamá... suéltalo sin más —dijo Jaina con cansancio en la voz.

—Está bien. Vino a verme el príncipe Isolder...

Y Leia le relató sus inquietudes en pocas palabras.

—Los yuuzhan vong intentan apoderarse de todos los Jedi —le recordó Jaina—. Mi situación no ha empeorado gran cosa. Francamente, me preocupo más por ti.

—¿Por mí? —dijo Leia, con aire de sorpresa; pero se tranquilizó en seguida—. Ya veo. Debes de haber oído contar mi primera reacción ante la muerte de Anakin. Percibí que se marchaba, y algo se rompió dentro de mí. Si no hubiera sido por tu padre, yo quizá no habría sabido volver. Ha sido como una roca.

—Como tú lo fuiste para él tras la muerte de Chewbacca. Parece que los dos estáis en paz.

—Depende de quién lleve la cuenta —repuso Leia, sonriendo levemente—. Volvamos a hablar de ti.

—Ése no es uno de tus habituales giros elegantes a la conversación, mamá...

—¿Quieres verme ir al grano de verdad? —le preguntó Leia—. Vamos a ver. Te percibo a través de la Fuerza. Noto cuando estás cerca, pero poco más.

Jaina soltó un suspiro.

—Me estoy escudando. No lo tomes como cosa personal. Han pasado últimamente muchas cosas que no quisiera compartir con ningún ser querido, ni con la mitad de mis seres odiados.

—Es una carga muy pesada para llevarla tú sola —dijo ella, con tono de invitación delicada. La joven se encogió de hombros.

Leia hizo ademán de apoyar una mano en el hombro de su hija, pero después se lo pensó mejor.

—Bueno. Háblame de esta nave.

El cambio de tema pareció aliviar a Jaina.

—Estamos empezando a entender la tecnología yuuzhan vong. He estado recogiendo toda la información posible acerca del sistema de bloqueo que empleó Danni Quee ante Coruscant.

—Tengo entendido que el bloqueo consiste en una especie de transmisor que consigue embrollar las señales que envía su yammosk.

—Así es. El yammosk se comunica de mente a mente. Eso es difícil de bloquear. El generador de interferencias es un aparato que hace que al yammosk le resulte difícil pensar. Una unidad de comunicación pequeña, pero muy potente, se fija a un proyectil y se incrusta en el casco de la nave que contiene el yammosk. He oído decir que el equipo de Danni preparó docenas de éstas para asegurarse de que al menos una atravesaba las singularidades de escudo y conseguía adherirse. Las unidades de comunicación estaban diseñadas para recibir una señal de frecuencia altísima, que provocara en toda la nave una vibración que el yammosk no pudiera pasar por alto.

—¿Y así es como cómo bloqueaste su capacidad para seguir a esta nave?

—No; existe una diferencia importante —dijo Jaina—. Las naves yuuzhan vong se comunican de mente a mente con sus pilotos, quienes, a su vez, se comunican con sus comandantes a través de villip. Quien lo coordina todo es el yammosk. Aunque el yammosk se comunica por proyección mental, una buena parte de la información entrante llega bajo otras formas. El yammosk localiza a cada nave concreta por su firma gravitacional.

—Continúa —dijo Leia.

—La firma gravitacional —repitió Jaina—. La tecnología espacial de los yuuzhan vong se basa en su manipulación de la gravedad. Pequeñas fluctuaciones gravitacionales proporcionan la fuerza motriz. Las naves no sólo se desplazan por medio de la gravedad, sino que también la utilizan para escudarse, e incluso para orientarse. El sistema por el que una nave recoge información sobre su entorno es increíblemente sofisticado.

»Y cada nave yuuzhan vong puede ser identificada por las demás naves por medio de variaciones sutiles de su pauta de fluctuaciones gravitacionales. Yo llamo a esto “la firma gravitacional”. Como estas naves son seres vivos, sospecho que sus firmas son como las huellas dactilares, que no hay dos iguales. No he tenido ocasión de poner esto a prueba, pero lo haré.

—Parece un proyecto peligroso.

—Desde luego, pero ¡piensa en lo útil que sería esa información! Ahora mismo, podemos bloquear las señales de sus yammosk; al menos, mientras los cuidadores no descubran el modo de superar la distracción de alta frecuencia. Pero ¡piensa en cuánto más podríamos conseguir si no sólo pudiésemos bloquear sus señales, sino enviarles información falsa!

—Entonces entra en juego la Mentirosa —murmuró Leia.

—Lo has entendido —dijo Jaina, con ojos ferinos.

Leia miró a su hija, pensativa.

—¿Cómo te propones conseguirlo?

—Sigo trabajando en ello —reconoció Jaina. Volvió la mirada hacia Lowbacca, que estaba inclinado sobre algo que parecía ser un villip enorme.

—Entonces, te dejaré con ello.

Cuando Leia se volvía para marcharse, su hija la tomó de la mano.

—Gracias, mamá.

—¿Por qué?

—Por no haber tocado el tema de Kyp Durrón.

La sonrisa de Leia adquirió un matiz sardónico.

—Nunca me tomé en serio aquello de que te convirtieras en aprendiz suya. Cuando tu padre comentó que no pensabas asistir al funeral de Anakin, y Kyp lo oyó, éste salió por ti con la sutileza de un gamorreano vengador. Yo me figuré que aquel comentario sobre lo de hacerte aprendiz era una punzada que le tirabas por su falta de tacto.

—Algo así —dijo ella distraídamente—. ¿Está molesto papá porque estuve a punto de no ir al funeral de Anakin?

—Teniendo en cuenta que yo casi tuve que emplear un bastón aturdidor para hacer que él fuera al acto por la muerte de Chewbacca, creo que se hará cargo. Simplemente, procura hacerte cargo tú también —empezó a añadir algo a lo dicho, pero cambió de opinión—. Había esperado llevarte conmigo al campamento, pero ahora veo que no puede ser. Tienes trabajo que hacer aquí. Ten cuidado.

Jaina le prometió que lo tendría, y contuvo su suspiro de impaciencia hasta que dejó de oírse el chasquido rápido de los pasos de Leia. Volvió a tomar el villip y reemprendió sus intentos de sintonizarlo.

Unos golpecitos en el portal abierto la distrajeron. Se dirigió a la puerta pisando fuerte y murmurando maldiciones. Quedó desconcertada por un momento cuando descubrió que su visitante era Jag.

—He venido a pedir disculpas —dijo Jag sin más. Jaina se cruzó de brazos.

—Está bien; pero date prisa. Estoy ocupada.

—La verdad es que he venido dispuesto a escuchar.

Jaina enarcó las cejas.

—Entonces, espero que no estés muy ocupado, pues es fácil que te tengas que quedar allí plantado mucho tiempo —replicó ella—. No he hecho nada malo.

—Intentaste deliberadamente provocar una discusión.

—¿Sí? ¿Y qué?

Él la miró fijamente un instante, se pasó una mano por los cabellos negros y cortos.

—¿Cómo es posible que una princesa alderaaniana acabara teniendo una hija así?
A Jaina se le despertó el genio.

—¿Quieres una respuesta breve, o te hace falta que alguien te explique los detalles con gráficos y diagramas?

A él le asomaron algunos puntos de color en la parte superior de las mejillas.

—No quería decir eso, como bien debes de saber.

Su incomodidad le producía a ella una satisfacción extraña. Si aquello se hubiera tratado de un combate de esgrima, Jaina se habría anotado un punto. Oliendo la victoria, emitió la Fuerza y estudió las emociones que percibía ante la presencia poderosa del joven. Éste estaba enfadado, bastante avergonzado, y no estaba seguro del todo de sus propios motivos al presentarse allí.

Incertidumbre, concluyó ella. De entre todas las emociones que percibía procedentes de Jag Fel, esta sería la que más incomodaría a éste. De modo que visualizó una niebla espesa y la envió hacia Jag a modo de empujón psíquico. Él frunció el ceño y miró de un lado a otro, confuso.

—¿Por qué has venido, Jag? —le preguntó ella para revolver en la herida un poco.

Él recobró la compostura con bastante rapidez.

—Tenel Ka me dijo que ibas a entrenarte con Kyp Durrón. Como Kyp vuela bajo mi mando, ¿puedo suponer que te alistarás en el Escuadrón de Vanguardia?

—Tenel Ka estaba mal informada. Como también lo estás tú, si crees que Kyp hace algo por alguien a menos que le convenga.

Él la observó durante un largo momento.

—Suponiendo que tengas razón, me da la impresión de que Kyp no es el único que está jugando a un juego de alguna clase.

—Y ganando —añadió ella con petulancia.

—En vista de que la idea te produce tal satisfacción aparente, espero que se puedan modificar las reglas del juego para que te dediques a hacer solitarios.

Dicho esto, hizo una reverencia profunda y muy formal y se marchó.

Jaina descubrió con sorpresa que estaba sonriendo como un hutt bien alimentado. Provocar al comandante chiss era lo primero que había hecho en mucho tiempo que le hubiera resultado verdaderamente agradable. Verle retirarse de aquella manera era satisfactorio por más de un motivo. Jag Fel era una de esas personas que resultan atractivas vistas desde cualquier ángulo.

Sintió que se aproximaba la presencia de Lowbacca. Éste llegó a su lado y le gruñó una pregunta.

—No tengo nada en contra de Jag Fel —le comentó ella—. Puede llegar a ser muy divertido, queriéndolo él o sin quererlo.

Lowbacca hizo un comentario burlón acerca del concepto que tenía ella de lo

divertido.

A Jaina se le empañó el buen humor cuando percibió la causa probable de la inquietud de Lowbacca.

—Deja eso ya —le soltó con tono cortante—. No estoy de humor para más charlas sobre el Lado Oscuro.

Se volvió y se dirigió al interior de la nave. El wookiee arrugó la frente peluda, desconcertado, reflexionando sobre la salida de su amiga. Al cabo de un momento, se encogió de hombros. Su tío Chewbacca ya le había advertido con frecuencia que los humanos tendían a hacerlo todo más difícil de lo necesario.

Lowbacca tendía a estar de acuerdo con ello, teniendo en cuenta las conversaciones que había presenciado entre Jaina Solo y el piloto de cabellos negros.

CAPÍTULO 19

Me parece increíble que hayamos conseguido por fin que esta monstruosidad hija de Sith se ponga en marcha y salude —murmuró Jaina, contemplando fascinada el villip que había conseguido sintonizar por fin.

Le devolvía la mirada su propia imagen, un poco deformada y con el aspecto que podría tener si se viera a través de una niebla espesa y después de haberse tomado varias copas de aguardiente corelliano. Los labios se movía en sincronía con los de ella, y la voz, que sonaba más profunda, áspera y amenazadora de alguna manera, hablaba a dúo con la de ella con precisión. Jaina levantó la vista hacia Lowbacca y sonrió. La criatura yuuzhan vong desfiguró el gesto, convirtiéndolo en algo francamente siniestro.

Jaina parpadeó, impresionada por aquella transformación.

—Vaya. Esperemos que los yuuzhan vong también me vean así —dijo a Lowbacca, señalando a su villip con un gesto de la cabeza.

El wookiee miró sucesivamente del reflejo al original y ladeó la cabeza, confuso. Se encogió de hombros, pues él no advertía gran diferencia.

Jaina no se dio por ofendida, dado que la idea que tenían los wookiees de los seres humanos solían expresarse en términos de olor. Pasó suavemente una mano por su villip. Cuando éste se invirtió convirtiéndose de nuevo en una masa informe, Jaina se apartó de la mesa y se desperezó.

—Seguiremos con esto mañana. Tengo que organizar varias cosas antes de que podamos dar los pasos siguientes.

Lowbacca volvió a ladear la cabeza y gruñó una pregunta.

—Te lo contaré todo mañana por la mañana —dijo ella, poniéndose de pie—. ¿Por qué no duermes un poco y preparas tus cosas? Si todo marcha bien, saldremos temprano. En una nave completamente artificial —añadió, adelantándose a la pregunta que le haría probablemente el wookiee—. Con su metal, su cerámica y sus ordenadores, y todas las demás abominaciones encantadoras.

El wookiee soltó un bufido de satisfacción y recogió el villip invertido. Jaina le dio unas palmaditas cariñosas en el hombro y salió apresuradamente del hangar, camino de su habitación en el palacio. No podía presentarse ante la antigua reina de Hapes para pedirle un favor vestida con un mono remendado de mecánico. Ta'a Chume había adoptado la costumbre de comentar el aspecto de Jaina, y Jaina se figuraba que si daba muestras de haber prestado atención a los consejos de la anciana,

aquello podría facilitar las negociaciones.

Más tarde, Jaina salió en busca de Ta'a Chume, bien lavada y peinada, y ataviada con un vestido hapano prestado. Le resultó más fácil de lo que esperaba conseguir audiencia: los primeros criados del palacio con que se encontró la acompañaron directamente a los aposentos de la antigua reina.

Mientras Jaina seguía a los criados por los salones de mármol reluciente, consideró lo que quería decir, probablemente, la reacción de estos. Aunque Ta'a Chume no fuera la reina en el trono, sin duda debía de tener muchas ocupaciones. Los criados no acompañarían directamente a Jaina hasta su señora si no hubieran recibido instrucciones de hacerlo así.

Sí; no cabía duda de que Ta'a Chume tramaba algo.

Una sonrisita de expectación se asomó al rostro de Jaina, y la invadió una sensación no muy distinta de la emoción que sentía al encender los motores de su Ala-X para emprender una misión.

Esta metáfora no perdió su fuerza cuando Jaina entró en la cámara de Ta'a Chume. Jaina sabía reconocer un puesto de mando, y aquél, a pesar de estar decorado con sedas, obras de arte y adornos rutilantes, lo era.

La mujer mayor estaba recostada elegantemente en un sofá, rodeada de cerca de una docena de personas. Algunos llevaban el uniforme de la guardia real; otros tomaban notas en datapad pequeños. Varios criados se movían en silencio por la sala, llevando lo necesario antes de que se le pidiera. Uno de ellos retiró la capa de los hombros de Jaina y le indicó con una inclinación de cabeza que debía acercarse.

Jaina irguió la cabeza y se adentró en la sala. Ta'a Chume advirtió, su presencia y echó una mirada a un criado de aspecto solemne.

Al parecer, se trataba de una señal bien conocida por parte de los cortesanos, pues todos hicieron sendas reverencias y salieron inmediatamente de la sala. Todos menos uno, un joven apuestísimo, de cabello rubio, al que Jaina recordaba haber visto en la cena del palacio hacía dos noches, siempre bastante cerca de la antigua reina. El joven le dirigió una larga sonrisa pausada y se dirigió a una mesilla auxiliar para traer una botella de vino y tres copas.

Ta'a Chume se quitó el velo escarlata y sonrió a Jaina.

—Te has puesto preciosa, querida, tal como yo esperaba. No son muchos los jóvenes dispuestos a seguir un consejo. Y has llegado en muy buen momento, pues me disponía a tomar un refrigerio. Me acompañarás, ¿verdad?

Jaina ocupó el asiento que le indicaban y aceptó una copa de algo que parecía oro líquido. En el vino espumoso giraban pequeños puntos brillantes. Ella probó un trago.

—No se hace así —le advirtió el joven con una sonrisa—. Déjame que te enseñe.

Se sentó junto a Jaina y rodeó con sus manos la mano de Jaina y la copa.

—Se hace girar, así —dijo, trazando un lento círculo con las manos unidas de los

dos—. El arte es despertarlo suavemente y animarlo a que adquiriera calor. Sólo entonces se manifiesta su dulzura.

Jaina miró durante un instante de sobresalto la cara de él, demasiado próxima a la suya y demasiado hermosa. Su primer impulso fue echarse a reír: había visto actuaciones más sutiles y más convincentes en los teatrillos callejeros de Mos Eisley. Una mirada a Ta'a la convenció de que la risa no sería prudente. La anciana los observaba con una tenue sonrisa y con ojos penetrantes y calculadores.

De modo que Jaina llevó la copa hasta la mesa y se liberó la mano de un tirón.

—Gracias —dijo—, pero nunca he llegado a acostumbrarme a que me gustaran estas cosas.

Un movimiento rápido, irónico, de los labios de Ta'a Chume dio a entender que el comentario de leve desprecio había sido oportuno.

—¿Te han presentado a Trisdin?

—A él, personalmente, no —dijo Jaina, dedicando al joven una sonrisa dulce y descaradamente falsa—. Pero me está dando la impresión de que ya nos conocemos.

Ta'a Chume se rió por lo bajo.

—Sospecho que él tiene una sensación muy parecida. Gracias, Trisdin. Puedes retirarte.

El cortesano se puso de pie con una sonrisa inexpresiva en el rostro, sin dar la menor señal de sentirse ofendido, ni siquiera de haber percibido ninguna ofensa. No obstante, cuando se marchaba, Jaina percibió una bocanada de una emoción oscura; más que de rabia, se trataba de frustración profunda.

Profundizó un poco más, y percibió en él una astucia innata que llegaba mucho más allá de lo que podía dar a entender su personalidad anodina. Sintió por primera vez una chispa de interés por el joven, y lo vio salir de la sala con una mirada de curiosidad.

—Trisdin es bastante decorativo, pero no merece tu interés —le dijo Ta'a Chume con un cierto tonillo de acusación—. Lo has dejado claro admirablemente hace un momento.

Jaina volvió los ojos al rostro de la reina.

—¿Lo haces vigilar? —le preguntó.

—Naturalmente. ¿Por qué lo preguntas?

—Tiene dentro algo más de lo que quiere que vea nadie. No soy capaz de percibir nada más concreto —dijo Jaina, sacudiendo la cabeza.

—Interesante —observó Ta'a Chume. Dejó su copa junto a la de Jaina—. Y bien, ¿qué has venido a hablar conmigo?

—Se trata de los piratas que trajeron a Hapes para someterlos a juicio —empezó a decir Jaina—. Me preguntaba si yo podría interrogar a uno o dos de ellos. En privado.

—¿Con qué fin? —le preguntó la reina, enarcando una ceja castaña.

—Eso sería largo de explicar —dijo Jaina, evasiva.

—Pues yo tengo toda la tarde libre...

Jaina asintió con la cabeza y emprendió la explicación.

—Hace meses, cuando Jacen y mi tío Luke viajaban juntos, se encontraron con un campamento yuuzhan vong donde trabajaban esclavos de muchas especies. Los vong habían implantado a esos esclavos una pequeña criatura semejante al coral, una especie de instrumento de control mental que les iba comiendo la personalidad. A Jacen le hicieron prisionero y le pusieron el implante. Por fortuna, el tío Luke le extrajo a la criatura antes de que hubiera tenido tiempo de hacerle verdadero daño, aparte de dejarle una cicatriz pequeña aquí —dijo Jaina, haciendo una pausa y tocándose la cara por debajo del pómulo.

—He oído hablar de esos implantes. Continúa.

—En Yavin 4, los esclavos tenían implantes menos invasivos. Es posible que los yuuzhan vong descubrieran que los esclavos sin mente no eran tan eficientes como los que conservan algún vestigio de sus personalidades. En Garqi se obligaba a los esclavos a luchar. Según me parece a mí, todos esos implantes son variaciones sobre un mismo tema.

Ta'a Chume asintió con la cabeza pensativamente.

—Y si los yuuzhan vong son capaces de modificar a esas criaturas con diversos fines, ¿no podrías hacerlo tú también? —dijo.

—Eso es lo que yo pienso —asintió Jaina—. Si los piratas prisioneros han recibido implantes (y yo apuesto a que sí), me gustaría poder retirarles los implantes y modificarlos.

—La idea es excelente hasta cierto punto. Sin duda, habrás tenido en cuenta el problema más evidente: si estas criaturas mantienen un vínculo mental entre los esclavos y sus amos yuuzhan vong, ¿no serán capaces de percibir cualquier cambio los yuuzhan vong?

—Eso es difícil saberlo. Los yuuzhan vong pueden enviar órdenes a sus esclavos por transmisión mental, pero no parece que sean capaces de captar lo que piensan los esclavos. Si lo fueran, Anakin no habría sido capaz de infiltrarse en su base de Yavin 4.

»Por otra parte —prosiguió—, existen variaciones entre esos implantes, y es difícil saber lo que pueden y no pueden hacer. Simplemente, tendré que asegurarme de que no existe ninguna información transmisible.

—¿Te consideras capaz de conseguirlo?

Jaina dirigió a la reina una sonrisa pausada y tranquila. Después, tomó su copa y echó una mirada hacia la puerta. Emitió la Fuerza, enviando una compulsión poderosa a la presencia que percibía que se encontraba allí al acecho.

Trisdin entró casi al momento, dejando claro que había estado escuchando tras la

puerta. Ta'a Chume lo miró con ojos de hielo.

El cortesano fue a sentarse junto a Jaina y envolvió entre sus manos la mano de Jaina y la copa.

—No se hace así —le indicó con una cálida sonrisa—. Permíteme que te enseñe. Se hace girar así. Debes despertarlo suavemente y animarlo a que adquiera calor. Sólo entonces...

—... se manifiesta su dulzura —intervino Ta'a Chume con frialdad—. Gracias, Trisdin. Con una vez bastaba y sobraba. Deja la puerta algo entornada al salir. Quiero oír el ruido de tus pasos que se pierden a lo lejos. Que se pierden a lo lejos rápidamente —añadió con mordacidad.

Trisdin dirigió a la reina una mirada confusa y se levantó para hacer lo que le mandaban. Las dos mujeres escucharon durante unos momentos la marcha del cortesano. Ta'a Chume se volvió hacia Jaina, mirándola con franco respeto... y con bastante curiosidad.

—Lo has dejado bien claro.

—Demasiado bien —dijo Jaina con sequedad—. Intenté borrarle de la memoria todo lo que me había oído contarte; pero, al parecer, lo he tomado desde demasiado atrás. Tal como has comentado tú, ese truco de la copa no valía la pena de repetirse.

—En cualquier caso, es muy impresionante —dijo Ta'a Chume, pensando en voz alta—. ¡Cuánto valdrían para una reina esas habilidades!

A Jaina le vino a la mente una imagen de Ta'a Chume como Jedi. Se la quitó de encima con toda la rapidez que pudo.

—Tengo que saber qué pueden hacer esos sistemas de comunicación de los vong. Te aseguro que los piratas no recordarán nada.

—¿Qué importancia puede tener, si están en la cárcel?

—No la tendría... si siguieran en la cárcel.

—Ya veo —dijo Ta'a Chume con una leve sonrisa de aprobación—. Es un sistema prometedor para formar espías o saboteadores.

—No me propongo cambiar de bando a los piratas. Lo que quiero es tener una vía de observación de la tecnología yuuzhan vong. Hay muchas cosas de ellos que no entendemos, y nuestra falta de conocimiento es el arma mejor de que disponen ellos. Los científicos de la Nueva República han estado trabajando, buscando respuestas, y han realizado algunos progresos. Estos implantes podrían ser una clave más para desentrañar el misterio de sus comunicaciones.

La reina reflexionó sobre ello.

—Pero a ti te faltan conocimientos —concluyó, dirigiéndose una vez más al meollo de la cuestión.

Jaina asintió, haciendo un gesto de consternación.

—Soy capaz de pilotar cualquier cosa que funciona, y de arreglar cualquier cosa

que no funcione, siempre que se trate de vehículos convencionales. No entiendo la tecnología vong. Me estaba preguntando si se podría convencer a alguien de Gallinore para que me ayudara.

—Gallinore —reflexionó Ta'a Chume—. Sí; eso podría dar resultado.

—He leído que muchas de las criaturas singulares de Gallinore fueron creadas por bioingeniería —prosiguió Jaina—. Me parece que los científicos de Gallinore pueden estar más próximos a los cuidadores yuuzhan vong que la mayoría de los científicos de la Nueva República, en cuanto a procedimientos y propósitos.

—Estoy de acuerdo —dijo Ta'a Chume—. Y tienen la ventaja añadida de no ser científicos de la Nueva República. Lo que descubran ellos, podrás comunicárselo tú a la Nueva República cuando quieras y cuando se hayan cumplido tus propios propósitos... o no.

Jaina devolvió la mirada a la reina durante un largo momento, confirmando su observación con el silencio.

La mujer mayor sonrió.

—Te proporcionaré las naves y los suministros que necesites para el viaje, además de unas cartas de presentación. ¿Te acompañará el coronel Fel?

Jaina negó con la cabeza antes de haber tenido tiempo para pensárselo. Sencillamente, no le parecía bien meter a Jag en aquello.

—Tenel Ka irá, por supuesto. Es una guía excelente.

La Jedi torció el gesto.

—Dudo que apruebe la misión, o mis métodos —repuso.

—No es preciso que los conozca. Pero veo las dificultades que podrías encontrarte si te vieras obligada a llevar a cabo tus planes en secreto y sin ayuda. ¿Hay alguien en quien puedas confiar, alguien que sea más pragmático que mi nieta?

A Jaina le vino a la mente inmediatamente una imagen... un rostro delgado, rodeado de ondas de cabellos negros entreverados de plata, y con unos ojos verdes que reían, manipulaban y engañaban.

—Conozco a alguien —dijo escuetamente—. Pero no estoy segura de poder fiarme de él.

* * *

En el calabozo yacían postrados tres hombres que esperaban la justicia hapana sumidos en un lúgubre silencio. Todavía llevaban puestas las prendas rojas con las que iban vestidos el día que habían subido a bordo a aquella princesa rencorosa. Sus diversas magulladuras y chichones daban fe dolorosa de la resistencia firme e inesperada que les había presentado la Jedi.

Se oyeron unos pasos suaves en el pasillo. Los hombres se incorporaron y se

intercambiaron miradas de aviso. Había llegado el momento de llevar a la práctica el plan que habían trazado entre susurros. La fuga era peligrosa e incierta, pero la alternativa era un juicio rápido y una ejecución lenta. Era poco probable que tuvieran una oportunidad mejor.

El jefe se levantó y tomó posiciones tras la puerta con movimientos firmes que disimulaban la agitación que sentía en el estómago. No mucho tiempo atrás, Crimpler había sido una promesa de las artes marciales corellianas, siempre invicto y célebre por su habilidad para tomar la medida a sus rivales. Entonces llegó la noticia de la invasión de los yuuzhan vong, lo alistaron en la armada hapana y lo enviaron a que librara un combate que, según opinaba él, no se podía ganar. El desastre de Fondor no había servido más que para confirmar lo que él ya sabía.

Por eso había desertado y se había dedicado a la piratería, donde podía aplicar de manera ventajosa para él su habilidad para encontrar las vulnerabilidades y para explotarlas. A Tenel Ka la había infravalorado, y aquello le dolía todavía. Entendía de verdad, por primera vez, los sentimientos antijedi de los fanáticos Ni'Korish que había entre ellos. Tal como veía Crimpler las cosas, no era posible vencer en un combate si no eras capaz de interpretar a tu adversario. Y a eso, según él, se debía que los yuuzhan vong se estuvieran apoderando de la galaxia.

El hombre que entró en la celda iba vestido con el color de la guardia de palacio, pero no iba de uniforme. Crimpler le tomó la medida de una rápida ojeada. Juzgó que era alto y de complexión fuerte, pero que no representaba una verdadera amenaza. Era fácil detectar los músculos formados a base de suplementos y de tablas de ejercicios remilgados, y que en general resultaban peores que inútiles. A lo lejos podía parecer un guardia, y lo más probable es que contara con ello. Lo más probable era que se tratara de un verdugo. No sería la primera vez que la familia real había optado por saltarse el juicio y pasar directamente a la ejecución.

Crimpler lanzó al hombre una patada alta, apuntándole a la nariz. Para su sorpresa, el hombre consiguió bloquear el ataque levantando un antebrazo.

El hombre se adentró en la celda apartándose de la puerta abierta, mientras levantaba las dos manos con gesto apaciguador.

—En la cara no —les pidió—. Tendréis que dar a esto visos de realidad, por desgracia; pero no me toquéis la cara.

Crimpler cumplió con lo que le pedía el guardia asestándole una patada lateral que le dio por debajo de las costillas y lo hizo doblarse sobre sí mismo. El hombre cayó de rodillas, respirando trabajosamente, y levantó una mano para indicar que bastaría con aquello.

Pero el pirata no lo veía tan claro. Asió un puñado de cabellos rubios y relucientes y tiró de la cabeza del hombre hacia atrás.

—¿A qué viene esto? —le preguntó—. ¿Nos estáis tendiendo una encerrona?

Su víctima movió los labios en silencio durante un momento mientras se esforzaba por cobrar aliento.

—Debéis huir —consiguió decir por fin—. Tomad el transporte que está estacionado junto al puesto de guardia, ante la cárcel. Códigos de acceso y de encendido —añadió, dándose una palmada en un bolsillo pequeño de su guerrera.

Crimpler dio otro tirón al pelo del hombre.

—¿Por qué?

—Sois Ni’Korish —dijo el hombre sin más, como si aquello lo explicara todo.

Y sí que lo explicaba, en cierto modo. Con la guerra en lontananza y una reina madre enferma en el trono, Hapes era un avispero de intrigas políticas. El movimiento antijedi era una base política tan buena como otra cualquiera para que se apoyara en ella una mujer ambiciosa que aspiraba al poder, y en Hapes no faltaban mujeres como aquéllas. Crimpler se preguntó por unos momentos cuál de ellas era propietaria de aquel peón en concreto.

Su curiosidad duró poco tiempo, y tampoco duró mucho la vida del guarida. Crimpler arrojó a un lado el cadáver del hombre y lo registró. Allí estaban los códigos prometidos, y también llevaba en las botas y en las mangas varios cuchillos y un bastón aturdidor pequeño.

Crimpler repartió rápidamente las armas y miró después con atención por la ventana de transpariacero con barrotes que estaba en la parte alta de la pared de su celda.

—Éste era un imbécil, pero alguien ha planificado las cosas muy bien —pensó en voz alta—. Es casi la hora de la comida de la noche. La mayoría de los guardias deben de estar haciendo la ronda. Vamos.

Pasó por encima del cuerpo, se asomó al exterior y miró a un lado y a otro. Los tres hombres corrieron por el pasillo silencioso. Cuando llegaron a un recodo, las risas de una pareja de guardias que se aproximaba les pusieron sobre aviso repentinamente. Se apretaron contra una pared y esperaron el momento de atacar.

Crimpler saltó contra los guardias lanzando patadas con ambos pies, que alcanzaron con fuerza las gargantas de los hombres. Cayó contrayendo el cuerpo hacia atrás y aterrizando suavemente sobre las manos. Un rápido empujón le modificó el impulso para convertirlo en una grácil voltereta hacia atrás. Aterrizó sobre los pies, rebotó una vez y volvió a lanzarse de frente al ataque.

Pero los dos guardias estaban tendidos, silenciados por el primer ataque y rematados por los otros piratas, que hicieron buen uso de los cuchillos que el Ni’Korish traidor había tenido la consideración de dejarles.

Los dos piratas despojaron rápidamente a los guardias de sus uniformes y se los pusieron. Crimpler se situó entre los dos, haciendo el papel de prisionero mientras se dirigían aprisa a la garita de vigilancia.

Había seis guardias sentados alrededor de una mesa de sabacc. Crimpler volcó la mesa y abatió a tres. El resto del combate fue casi igual de rápido. Los piratas, sorteando los cuerpos, salieron al embarcadero.

—Tres naves —murmuró uno de los hombres—. Me parece que esto está demasiado bien organizado.

A Crimpler se le había ocurrido lo mismo; pero no había manera de volver atrás.

—Ya nos lo contarás cuando escribas tus memorias. ¡Vamos!

Los hombres corrieron a las naves. Crimpler subió a un Ala-E destartalada y empezó a poner en marcha los motores. Pero sintió que sus movimientos se ralentizaban extrañamente, como si se estuviera moviendo dentro del agua o como si estuviera dentro de una pesadilla.

Vio con temor creciente que los otros dos piratas despegaban sin oposición. A él se le habían detenido los dedos como si se le hubieran pegado a los controles con la gelatina blorash de los yuuzhan vong.

La portezuela del Ala-E se abrió, y Crimpler vio la cara de un hombre delgado, de ojos verdes.

—¿Es a éste al que querías? —preguntó el hombre a alguien que estaba fuera del campo de visión limitado de Crimpler.

Unos dedos pequeños le exploraron el cuello y encontraron el pequeño bulto que señalaba el lugar donde los yuuzhan vong le habían puesto aquel fragmento de coral... aquella cosa que lo marcaba como a un bantha bien cebado y que lo identificaba como colaborador de confianza.

—Éste servirá.

La voz era joven y femenina, y Crimpler captó un atisbo de una cara bonita, con ojos grandes de color de brandy, que se asomaban por debajo de un flequillo de cabellos castaños relucientes. En aquella cara, en aquellos ojos, no había nada que pudiera explicar el escalofrío de temor que recorrió el cuerpo inmóvil de Crimpler.

Entonces le sobrevino el dolor, y la oscuridad empezó a oprimirle la mente como un puño enorme y despiadado.

Su reacción, cosa extraña, fue de alivio. ¡Su instinto no le había traicionado, al menos aquella vez! La muchacha era peligrosa, aquello había quedado claro. Crimpler todavía era capaz de tomar la medida a un adversario, como el que más. Saboreó aquel pensamiento y se lo llevó consigo a la oscuridad.

* * *

Ta'a Chume dejó caer el informe en una frasca de vino rojo oscuro y contempló cómo se iba disolviendo el delicado plastifino hasta convertirse en una masa informe y empapada. Era poco probable que nadie fuera capaz de descifrar el mensaje, que

estaba redactado como si se tratara de una carta de un admirador, en forma de poesía muy formal, llena de conceptos altisonantes y de códigos sofisticados.

Para la antigua reina, el mensaje era inconfundible. Jaina había tenido razón acerca de Trisdin. Un examen más atento de las cosas de Trisdin le había desvelado que éste era un espía de Alyssia, una de las sobrinas de Ta'a Chume. Un rumor propalado hábilmente había convencido a Trisdin que los piratas que habían atacado a Tenel Ka eran, en realidad, unos verdugos capaces de quitar de en medio a la actual reina madre y a su heredera Jedi, si tan sólo podían fugarse de la cárcel para intentarlo otra vez. Según el mensaje que se disolvía, se había encontrado el cuerpo de Trisdin en la celda vacía de los piratas.

Así pues, Trisdin había muerto como el traidor que era en realidad. Ta'a Chume había observado que la mejor manera de manejar a los hombres era dejarles que siguieran sus inclinaciones naturales.

Manipular al joven para que «liberara» a los piratas había sido una manera muy conveniente de librarse de él, a la vez que favorecía los propósitos de la nueva protegida de Ta'a Chume.

Ahora que Jaina estaba a una distancia segura de Hapes, había llegado el momento de actuar. Ta'a Chume tomó una fina hoja de plastifino y empezó a redactar otra respuesta, igualmente críptica. Era hora de enviar a otro embajador para que resolviera otro problema; un problema que Ta'a Chume ya había afrontado antes, y que había significado uno de sus pocos fracasos, un fracaso que ella había lamentado amargamente.

Hacia veinte años, Han Solo se había negado a ceder a su princesa a la familia real hapana. En esta ocasión, Ta'a Chume pensaba asegurarse de que tomara una decisión muy diferente.

CAPÍTULO 20

El deslizador prestado que llevaba Jag Fel volaba por las calles de la ciudad Hapana. En otra ocasión podía haber encontrado interesantes los edificios ricamente ornamentados, con sus jardines tropicales, pero aquel día estaba demasiado sumido en sus pensamientos para atender demasiado a su entorno.

Jag había dedicado la mayor parte de sus veinte años al estudio de la táctica militar, primero con su familia y después en la academia militar chiss. Había dedicado casi tanto tiempo a desarrollar sus habilidades lógicas y de resolución de problemas como a aprender a volar. Pero en el caso de Jaina Solo, toda aquella experiencia que había alcanzado con tanto trabajo no le servía de nada.

Jaina Solo era una piloto excelente, aunque su habilidad no se igualaba a la de él. En vuelos simulados, la abatiría casi todas las veces. De hecho, podía citar el nombre de varios chiss que habían volado a sus órdenes y que igualaban la habilidad de Jaina, e incluso de algunos pocos que eran mejores. Jaina era Jedi, cosa interesante pero, en esencia, irrelevante.

Aquella mañana había salido a buscar a Jaina una vez más con la esperanza de reparar aquella riña incomprensible que había surgido entre los dos, pero se había enterado de que acababa de partir rumbo a otro mundo del lejano cúmulo estelar Hapes. Y se había llevado consigo a uno de los mejores pilotos de Jag, sin haberlo solicitado de ninguna manera oficial o no oficial. Le molestaba que Jaina no hubiera solicitado el permiso correspondiente en nombre de Kyp Durrón. ¡Hasta un piloto del Escuadrón Pícaro debería tener un poco más de consideración con el protocolo!

Pero Jaina no lo había solicitado, y Kyp y ella ya se habían marchado.

Y Jag se dirigía al campo de refugiados, lo que le extrañaba todavía más que cualquier cosa que hubiera hecho Jaina.

Pero si Jag era sincero consigo mismo (y siempre lo era, aunque la costumbre solía resultarle muy incómoda), tenía que reconocer que su verdadero propósito era el deseo de conocer al infame Han Solo.

La princesa Leia había desdeñado alianzas personales y políticas que le habrían convenido, a favor de un Pícaro, de un oficial del Imperio caído en desgracia que había encontrado un modo de vida como contrabandista. Si la elección de Leia se había guiado por alguna lógica, Jag estaba dispuesto a desentrañarla. Y si no había lógica alguna, era posible que la alianza que había establecido Jaina Solo le sirviera de aclaración... o quizá de disuasión.

Jag había dejado atrás la ciudad casi antes de darse cuenta. La extensa zona portuaria estaba abarrotada de naves y hervía de refugiados, la mayoría de los cuales parecían empeñados en marcharse de aquel mundo. Los ánimos estaban de punta, y se veían muchos uniformes blancos de la milicia hapana.

Más allá de la zona portuaria había grandes espacios abiertos: parques, lagos y bosques espesos que servían de lugares de recreo y de caza a los habitantes de la ciudad real. Todo aquello se había puesto a disposición de los refugiados. Jag, al aproximarse, se esforzó por ver algo de la célebre belleza de aquella región.

La gran extensión del campo de refugiados lo impresionó. Largas hileras de tiendas se extendían a lo largo de lo que había sido un parque y se perdían en un bosque próximo. Jag mostró sus credenciales a un guardia y empezó a recorrer las hileras de tiendas, aparentemente interminables.

Un campo de refugiados era un lugar increíblemente ruidoso y de olor penetrante. Los desplazados de Coruscant estaban apiñados, y millares de voces se mezclaban en una sinfonía sonora y discordante. Por los pasillos estrechos entre las tiendas pululaban seres de muchas especies. La mayoría de ellos pasaban junto a Jag rehuyéndolo con la mirada, rodeados de esa intimidad intensa y artificial que tiende a fomentarse en las situaciones de hacinamiento.

El único factor común que pudo percibir Jag era la amenaza suspendida sobre el campo, tan palpable como la neblina de la mañana. Sin duda, todos los internados eran conscientes de la pauta de las agresiones de los yuuzhan vong. La presencia de refugiados era un cebo poderoso para los invasores. Él tuvo la sensación de que se había pulsado un botón rojo bien conocido, y de que todos esperaban la detonación inminente.

Jag fue contando las tiendas hasta que llegó a la que se había asignado a la familia Solo. Cuando estaba todavía a algunos pasos de distancia, oyó unos golpes apagados y unos gruñidos que salían del recinto. La llamarada repentina de una lumbre en el espacio entre esta tienda y la siguiente hizo saltar varias sombras sobre la duraseda; un cuadro inconfundible que representaba una batalla desigual.

Jag tomó de su cinturón de armas su charric para una mano y echó a correr. Apartó de un tirón la portezuela de la tienda y se abalanzó al interior, con la pequeña pistola láser chiss por delante.

Un puño pasó por encima de su guardia y le dio en la cara. Jag echó la cabeza para atrás y retrocedió un par de pasos mientras se reponía del golpe.

Jag sólo tardó uno o dos segundos en rehacerse, pero para entonces su atacante ya había dirigido su atención a otro enemigo, un hombre alto con uniforme hapano. El revoltoso soltó un puñetazo que hizo girar sobre sí mismo al hapano y lo derribó boca abajo sobre una mesa plegable.

Una sonrisa familiar, torcida, levantó un ángulo del labio del hombre, que estaba

partido, y éste arrojó contra un guerrero corpulento que estaba agazapado en posición de guardia. Los dos cayeron con estrépito, arrastrando consigo un estante improvisado y varios cacharros muy usados.

Aquél era, pues, Han Solo, el padre de Jaina.

Sintiendo una ligereza extraña, Jag evaluó rápidamente la situación. Han Solo y el hombre al que éste acababa de derribar se habían puesto de pie trabajosamente. Forcejearon por la tienda, ya intentando inmovilizar al otro, ya echando hacia atrás un puño para asestar un puñetazo a corta distancia.

El hapano uniformado se apartaba de la mesa destrozada para ponerse a gatas. Se llevó una mano al cinturón y buscó su pistola láser.

Jag disparó al hombre un tiro corto de aturdimiento que lo hizo caer de bruces, y dirigió después su arma al otro atacante, una mujer hapana corpulenta que había tomado una silla y la blandía en alto con las dos manos. La mujer golpeó con fuerza con la silla en la dirección general de los dos hombres que luchaban.

Jag lanzó en seguida un disparo de aturdimiento, pero éste sólo sirvió para que la mujer cayera hacia delante, aumentando la fuerza del golpe, ya notable de por sí. Los tres luchadores cayeron en un amasijo de brazos y piernas.

Jag se adelantó, asió al hombre uniformado —el único que se movía— y lo apartó de un tirón de encima del héroe rebelde de edad madura. El hapano se abalanzó hacia la pared de la tienda y huyó pasando por debajo de la duraseda. Jag se planteó por un momento la posibilidad de perseguirle, pero se arrodilló junto al otro hombre, que estaba demasiado inmóvil.

Han Solo había caído pesadamente, boca abajo, entre los cacharros rotos. Tenía un gran chichón en la sien, donde le había golpeado la silla. Jag le ayudó a incorporarse y torció el gesto al ver el profundo corte que le subía en ángulo agudo desde un pómulo y se le perdía entre el pelo. Tenía los cabellos grises oscurecidos y húmedos de sangre.

Jag solevantó rápidamente y salió de la tienda. Asió del brazo a un bothano que pasaba por allí, un macho que llevaba un uniforme militar de algún tipo.

El bothano entrecerró los ojos felinos en gesto de amenaza y liberó de un tirón de la mano de Jag el brazo peludo.

—Avisa a la guardia y que venga en seguida un androide médico —le dijo Jag tajantemente—. Han Solo necesita atención médica.

El bothano puso ojos de asombro, tal como había esperado Jag.

—En seguida —asintió—. Avisaré a otros para que busquen a Leia Solo.

El bothano salió corriendo, y Jag volvió a entrar en la tienda. Los efectos del leve disparo de aturdimiento ya se habían disipado, y los asaltantes habían desaparecido. Jag buscó con la vista algo con lo que pudiera restañar la herida de Han Solo, y advirtió por primera vez el montón reluciente que estaba apilado contra una de las

paredes de la tienda. Jag tuvo la impresión pasajera de haber visto pequeñas esculturas, sartas de perlas azules, cofrecillos de metal ricamente adornados y llenos de piedras preciosas. Pero aquel enigma era para pensarlo en otro momento. Apartó un jarrón pintado y tomó lo que parecía ser una camisa pequeña de tela. La plegó sobre sí misma y se dispuso a apretarla contra la herida.

—Espera —le ordenó una voz femenina. Una versión mayor, más seria, de Jaina pasó a su lado y se arrodilló junto a Han Solo. Metió los dedos con delicadeza entre el pelo enmarañado y buscó durante unos momentos. Hizo una mueca y extrajo un fragmento agudo.

—Bien. No estaba muy hondo —murmuró, y extendió una mano. Jag le puso en ella la camisa doblada. Ella la sujetó delicadamente sobre la herida con una mano. Extendió la otra mano sobre el pecho de su marido. Cerró despacio los ojos, y le invadió el rostro una expresión como de estar escuchando atentamente. Entró en la tienda un androide médico que empujó suavemente a Leia para apartarla. Jag ofreció a ésta una mano, que ella aceptó con elegancia instintiva. Leia se puso de pie y observó al androide médico mientras éste atendía al herido.

—Hay una fisura pequeña en el cráneo —anunció el androide.

—¿En el cráneo de Han? ¿Cómo es posible? —se preguntó ella con voz ausente.

Leia respiró hondo para tranquilizarse. Cuando se dirigió a Jag, ya había vuelto a ser la diplomática tranquila y controlada que él había visto por primera vez en la recepción diplomática sobre Ithor.

—He oído decir que detuviste la pelea y que pediste ayuda. Gracias. Te agradeceré también cualquier cosa que puedas decirme sobre el ataque.

Jag describió la escena que se había encontrado, hizo una breve descripción de los atacantes, y dirigió después la atención de Leia al montón de tesoros que estaban en un rincón de la tienda. Ella soltó un breve suspiro de sorpresa y se quedó sin aliento.

—Supongo que esto no ha sido un intento de robo —dedujo Jag.

—Esas cosas no son mías, y nunca lo serán —dijo Leia, controlando firmemente la voz.

—No sé si entiendo todo esto —se aventuró a decir Jag. Leia volvió la vista hacia él.

—La entrega de una dote es una costumbre hapana. Hace veinte años, el príncipe Isolder envió embajadores a Coruscant y me ofreció un montón algo mayor que éste —hizo una pausa para esbozar una breve sonrisa carente de humor—. Evidentemente, me he ido depreciando con el tiempo.

—Parece más probable que los recursos de Hapes se hayan mermado mucho con la guerra.

La sonrisa de la mujer expresó esta vez verdadero regocijo.

—Coronel Fel, cuando haya terminado esta guerra te esperaré un gran porvenir

en el servicio diplomático. Pero, de momento, algunas preguntas más. Has dicho que algunos de los asaltantes llevaban uniforme. ¿De qué clase?

—Eran guardias reales hapanos, creo. Los uniformes eran de una pieza, como un traje de vuelo. Muy ajustados, de color rojo subido.

—Ni siquiera Ta'a Chume habría tenido el descaro de enviar a asesinos de uniforme —reflexionó Leia—. Han debido de venir a hablar conmigo, pero se han encontrado con Han. A él no le haría gracia su oferta.

El androide giró sobre sí mismo para volverse hacia ellos.

—El paciente está estabilizado. Se le puede trasladar para recibir tratamiento. Un transporte médico adecuado espera ante el campamento. Solicito permiso para organizar transporte interior.

Leia le dio las gracias con un gesto de la cabeza, y el androide salió rodando. Leia se arrodilló junto a su marido, y se le asomó al rostro un destello de vacilación.

—No te atreves a enviarlo a un centro médico hapano —supuso Jag—. Perdona, pero la reputación del general Solo en sus primeros tiempos no me resulta desconocida. No cabe duda de que hay otros que comparten este conocimiento. ¿Es posible que este ataque fuera un intento de asesinato llevado a cabo abiertamente?

Ella lo consideró, y asintió con la cabeza.

—Es una observación astuta. No sería la primera vez que provocan a Han para enzarzarlo en una pelea. Una vez lanzado el primer puñetazo, ¿cómo demostrar si una muerte subsiguiente fue un accidente o un asesinato?

—Sí; eso había pensado yo. Entiendo la táctica, pero no la motivación.

—La antigua reina madre no aprueba a la reina que ocupa el trono, y ha dejado claro más de una vez que a mí me considera una posible sustituta. Es más que probable que considerara a Han un «estorbo», un obstáculo que hay que quitarse de en medio.

Jag sacudió la cabeza con asombro.

—Sin duda, hasta una antigua reina debe responder ante la ley.

—Claro; pero Ta'a Chume es artera y vengativa. Yo no puedo recurrir a la ley hapana sin arriesgarme a que los refugiados sufran represalias, y ella sabe que la conozco lo bastante bien como para darme cuenta de ello —soltó un suspiro—. Es una situación delicada. Puede que Jaina entendiera mejor las cosas. Ella ha estado viviendo en el palacio.

—Por desgracia, salió de Hapes esta mañana, muy temprano, rumbo a Gallinore. He venido a traerte aviso —se apresuró a añadir, percibiendo el leve atisbo de tristeza, o quizá de arrepentimiento, que se asomaba a los ojos de la mujer. Aunque aquello era lo más próximo a una mentira que él había dicho en su vida, esperaba que Leia supusiera que su hija le había encargado a él que fuera a avisarles de su marcha.

Leia no hizo ningún comentario, en un sentido ni en otro.

—En tal caso, quizá debiera llevarme a Han de este mundo. Los refugiados se están dispersando; la mayoría de los Jedi se han marchado, y yo tengo poco más que hacer aquí. ¿Estarás en contacto con Jaina?

—Por supuesto.

Las palabras le salieron antes de que se hubiera planteado sus consecuencias. Algo brilló en los ojos de Leia... reflexión, primero, y después, para sorpresa de Jag, un momento de alivio profundo.

El transporte médico había llegado. Jag se guardó las preguntas que no podía formular, y ayudó a los androides a subir al herido a un retrotrineo.

Cuando salían de la tienda, Leia se dirigió a él.

—Ya has hecho mucho —le dijo—, pero ¿puedo pedirte otro favor? Ve a los hangares y pregunta por el *Halcón Milenario*. Encontrarás trabajando en él a un joven Jedi que se llama Zekk. Se parece un poco a Kyp Durrón cuando era joven... cabello negro y ojos verdes, estatura parecida... —Leia calló y estudió a Jag con atención.

Jag creyó por un momento que le iba a hacer algún comentario sobre el hecho de que aquella descripción también podía aplicarse a él. Le pareció que había demasiados hombres de cabello negro y ojos verdes en la órbita de Jaina Solo.

—¿Te importaría decirle que prepare el *Halcón* para despegar? Dile que reúna a todos los demás Jedi que no hayan encontrado transporte todavía.

Jag prometió hacer lo que le pedía, y la acompañó junto al retrotrineo hasta la puerta del campamento. Cuando se disponían a despedirse, le preguntó:

—¿Qué le digo a Jaina?

—Cuéntale lo de su padre. Debe saberlo. Dile que hemos ido a reunirnos con su tío Luke. Ella sabrá dónde —Leia titubeó, y volvió a aparecerle en el rostro aquella expresión como de contemplar la lejanía—. Dile (y esto es importante) que confío en que sabrá encontrar el camino de vuelta.

Jag frunció el ceño, sin estar seguro de haber interpretado bien aquellas palabras.

—No sé si lo he entendido.

—Tampoco lo sabrá ella —dijo Leia al marcharse—. Al menos, durante algún tiempo.

CAPÍTULO 21

El carguero ligero hapano entró suavemente en la oscuridad del hiperespacio, y los cuatro Jedi se pusieron cómodos para el viaje hasta Gallinore. Aunque aquella misión de investigación se había emprendido a instancias de Jaina, Kyp Durrón ocupaba el asiento del piloto.

Aquello lo desconcertaba, pues había observado que Jaina no era dada a delegar. Pero parecía contentarse con ocupar el asiento del copiloto, y de momento había pasado una buena parte del viaje volviendo la cabeza para hacer comentarios alegres a Lowbacca y a Tenel Ka. Por mucho que lo intentaba Kyp, no era capaz de superar los escudos que se interponían justo por debajo de la fachada risueña de Jaina, hecho éste que le intrigaba enormemente. Pocos Jedi podían igualarse con Kyp en cuanto a pura fuerza de voluntad; pero aquella muchacha de dieciocho años conseguía mantenerlo fuera.

Dado que la Fuerza resultaba de poca utilidad para superar los escudos de Jaina, Kyp probó con otros métodos.

—Supongo que recibiste el visto bueno del coronel Fel para realizar este viaje.

Sintió por primera vez un temblor en la compostura de Jaina.

—No necesito su permiso —respondió ella.

—Puede que no; pero, técnicamente, yo sí.

—¿Por qué? —repuso ella—. ¿Desde cuándo tienes que responder ante alguien, aparte de ante ti mismo?

Él la miró de reojo.

—No te contengas, Jaina —le dijo—. Uno de estos días tienes que aprender a decir lo que sientes.

Ella respondió con un bufido de desprecio.

—Jag Fel es un explorador independiente que mantiene una alianza informal con los chiss. Necesita pilotos, y tú accediste a volar con él. Eso es todo. ¿Por qué debes responder ante él? Eres un Maestro Jedi, y líder de un escuadrón independiente.

—Cuyos miembros han muerto todos —dijo él rotundamente. Jaina quedó en silencio. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Tú sí que sabes hacer callar a alguien que está despotricando.

—Se acaba aprendiendo —le respondió él—. Cuando irritas a bastantes personas a lo largo de un período de tiempo suficiente, acabas oyéndolas desbarrar muchas veces. A veces resulta útil saber hacerlas callar.

—¿Es ésta una de las habilidades que querías enseñarme? Kyp se volvió en su asiento para quedar frente a frente ante la joven Jedi. Ella le devolvió la mirada con firmeza, con sus ojos castaños inescrutables.

—¿Estás tomando en consideración mi oferta? ¿Estarías dispuesta de verdad a convertirte en mi aprendiz?

—Quizá. ¿Sigue libre el puesto? ¿O lo estuvo alguna vez?

Kyp volvió la vista hacia la pequeña cabina de pasajeros. Lowbacca estaba ocupado manipulando un pequeño aparato mecánico, y Tenel Ka parecía absorta en la información que se contenía en una tarjeta de datos grande. Lo que estaba leyendo le daba un aspecto más sombrío de lo habitual. El otro «pasajero» no estaría en condiciones de escucharles, aun suponiendo que no estuviera oculto en la bodega como un fardo más.

—Cuando hice la oferta, lo hice sobre todo para desconcertarte —reconoció él—. Habías oído todas las historias que se cuentan de mí, y has oído algunos de mis debates con el Maestro Skywalker. Estabas predispuesta a sospechar de mí. Resulta mucho más difícil rechazar a una persona cuando se le está considerando como posible maestro, aunque sea a nivel subconsciente.

Ella asintió con la cabeza sin ofenderse por las palabras rotundas de él.

—Eso pensé yo —dijo—. Sigue sin gustarme que me manipularas de esa manera, pero reconozco que fue una buena estrategia. Cuando me dijiste que la mundonave vong inacabada era un superarma, pasé tu afirmación por los mismos filtros que habría empleado para las palabras de cualquier otro Maestro Jedi. Si no hubiera sido por eso, quizá habría visto tu propósito verdadero a través de la cortina de humo.

El tono de admiración de su voz puso en guardia a Kyp, por algún motivo.

—Y, sabiendo esto, ¿podrías confiar en mí como Maestro tuyo?

Ella, a modo de respuesta, echó una mirada hacia la bodega, donde estaba oculto su pasajero involuntario.

—Confié en ti anoche.

—Sí —dijo él secamente—. Aún tenemos que hablar de ese pequeño plan.

—Hablaremos —respondió ella—. Pero ahora mismo será mejor que te mantengas algo apartado de esto. El nombre de mi familia y mi relación con el Escuadrón Pícaro te ayudaron a llevar a cabo aquel ataque contra los astilleros vong de Sernpidal. Sin ánimo de ofender, tu nombre y tu reputación no tendrían, digamos, las mismas repercusiones sobre mi proyecto actual.

Aquella opinión arrancó a Kyp una risita compungida, pero también le picó lo suficiente como para hacerle devolver el golpe.

—Entonces, ¿por qué no tomaste un fichero de mis bancos de datos? La reputación impecable de Jag Fel podría haber dado algo de lustre a esta empresa misteriosa.

El brillo levemente burlón de los ojos de Jaina se apagó, pero no perdió la sonrisa.

—Quizá él no prefiriera manchar su reputación relacionándose con una mecánica «rebelde» desaliñada —dijo con ligereza.

Kyp percibió lo que había de verdad bajo las palabras de ella, y el concepto que tenía de Jaina varió considerablemente.

Siempre había visto en la hija mayor de los Solo a una princesa Jedi; no exactamente una niña mimada, y desde luego que no ajena al trabajo duro ni a los traumas personales, pero sí la afortunada posesora de una familia cariñosa, un talento enorme, una buena formación y una vida cómoda. Pero a pesar de todo aquello, Jaina daba por supuesto que el hijo del barón Fel la consideraba un personaje un poco turbio. Y lo raro era que Jaina probablemente no se equivocaba.

A Kyp le parecía más extraña todavía su sospecha naciente de que Jag Fel no andaba muy lejos de la verdad. Aunque Kyp no lo había considerado hasta entonces, su incapacidad para atravesar los escudos mentales de Jaina podía tener una buena explicación. El Lado Oscuro era difícilísimo de percibir; él lo sabía bien. Jaina y él, a pesar de sus diferencias en cuanto a antecedentes y formación, podían ser más parecidos entre sí de lo que él habría creído posible. La mayoría de los Jedi estaban dispuestos a jugarse la vida. Jaina y él estaban dispuestos a jugarse mucho más.

Jaina se inclinó hacia él y le agitó una mano ante los ojos.

—Aquí copiloto, llamando a Kyp Durrón. Adelante, Jedi Pícaro.

Kyp volvió bruscamente su atención al momento presente y dirigió a Jaina una sonrisa que él esperaba que fuera tranquilizadora.

—Yo no me preocuparía por la opinión del coronel Fel. Es un piloto excelente, y hace todo lo que puede por luchar en esta guerra. Pero, tal como he estado diciendo a todos los que me querían escuchar, y a muchos que no, los Jedi tenemos que hacer más.

—Estoy de acuerdo. Una cosa que aprendí hace mucho tiempo es que no puedes arreglar una nave sin mancharte las manos —dijo Jaina en voz baja.

Se cruzaron por un momento una mirada de completo acuerdo.

Una vocecita en el fondo de la mente de Kyp le advirtió de que aquella era la hija de Han Solo, le recordó la deuda enorme que mantenía con su viejo amigo, y lo mucho que debía a Luke Skywalker. Lo que tenía en mente para Jaina se consideraría una nueva traición, y esta vez no habría perdón para él.

Kyp comprendía plenamente los peligros del camino que seguía, y sabía que la capitulación de Jaina debía inquietarle. Pero, a decir verdad, acogía con agrado el desvío de esta respecto de la ideología Jedi convencional.

Anakin Solo había muerto, y con él se habían perdido las mejores esperanzas de Kyp de que se alcanzara un entendimiento nuevo y más amplio de la Fuerza. Era posible que fuera Jaina la destinada a tener aquella visión más amplia. Kyp había

visto el modo en que ella tomaba el mando de manera automática, el modo en que el resto de los Jedi jóvenes seguían su liderazgo Confiado. Quizás ella tuviera tanto el poder como la credibilidad necesarios para sacar a los Jedi de su autocomplacencia.

Y, si no era así, al menos habría dos Jedi que tendrían la satisfacción de saber que habían dado todo lo que tenían, que habían empleado todos los recursos a su disposición, sin pararse a contar el coste para sí mismos.

En opinión de Kyp, un verdadero guardián no podía hacer menos.

* * *

Gallinore, célebre por sus gemas irisadas, era un mundo verde con una vida vegetal y animal de diversidad impresionante. Las gemas irisadas, que eran unas criaturas vivientes que tardaban miles de años en madurar, no eran más que una de las muchas maravillas que se encontraban en sus campos y en sus bosques.

Y muchos de esos seres vivos habían sido creados o modificados en los laboratorios de la única ciudad del planeta.

Mientras Tenel Ka iba a hablar con los funcionarios de la ciudad y Kyp se quedaba a vigilar el «equipaje», Jaina y Lowbacca se dirigieron al extenso distrito dedicado a las investigaciones.

La carta de presentación de Ta'a Chume les sirvió para obtener plena colaboración y acceso ilimitado a las instalaciones. A los pocos momentos, Lowbacca ya estaba sentado ante un terminal, y sus dedos peludos volaban mientras repasaba los registros informatizados de las investigaciones de Gallinore, buscando cualquier cosa que pudiera servir de vínculo entre una tecnología que Jaina y él pudieran entender, y los secretos de la *Mentirosa*, su nave yuuzhan vong robada.

Jaina se dirigió a la científica que estaba observando lo que hacía el wookiee por encima del hombro de éste.

—Debo hablar con Sinsor Khal. ¿Puedes enseñarme dónde encontrarlo?

Una expresión peculiar cruzó el rostro de la joven, pero ésta sacó un intercomunicador y transmitió la solicitud de Jaina.

A los pocos momentos llegó una escolta armada que la guió por un laberinto de pasillos blancos impolutos. La dejaron ante una puerta grande, le indicaron un lector de manos que estaba instalado junto a la puerta, y se marcharon a paso mucho más vivo que el que habían seguido al venir con ella.

Jaina se encogió de hombros y apoyó la mano en el aparato. La puerta se abrió como un diafragma. Se cerró a su espalda con un ruido metálico como el de la puerta de una cárcel.

Jaina entró en una sala grande, llena de tantos equipos y tan desordenados que sospechó por un momento que estaba viendo el resultado de una colisión frontal entre

dos naves grandes.

Recorrió la sala, contemplándola como si se tratara de un campo de batalla. Cuando supo todo lo que le hacía falta, salió por donde había entrado, recorrió a la inversa por los pasillos el camino por donde había venido, y se dirigió a su nave.

Describió rápidamente la situación a Kyp. Éste la escuchó con atención, con gesto inescrutable. Parpadeó una sola vez, cuando ella concluyó su propuesta diciéndole:

—Me pediste que fuera tu aprendiz. Aquí es donde empezamos.

—De modo que éste es tu precio —observó él—. Tienes un gran concepto de tu valía.

—Soy la última de los Solo —respondió Jaina, extendiendo las dos manos—. Eso debe de valer algo. ¿Quieres tomarme, o no?

Los dos Jedi se miraron fijamente a los ojos durante un largo momento.

—Sabes que no podremos hablar nunca de esto —dijo Kyp.

—¿A quién se lo iba a contar? —repuso ella—. ¿Al tío Luke?

Él bajó la cabeza, asintiendo despacio, sin dejar de devolverle la mirada.

—Entonces, de acuerdo. Vamos a terminar este trabajo.

Dos horas más tarde, Jaina estaba de pie detrás de Lowbacca, prácticamente tal como estaba antes de separarse de él. El wookiee sacudió la cabeza como para despejarse, y se puso a estudiar el terminal como si empezara a familiarizarse con el sistema. Había olvidado el tiempo que había pasado borrando cuidadosamente todas las huellas del paso de Jaina.

Ésta se dirigió a la científica que estaba de pie tras ellos.

—Debo hablar con Sinsor Khal. ¿Puedes enseñarme dónde encontrarlo?

La mujer reaccionó a esta solicitud con la misma expresión de extrañeza de la primera vez. Gracias a Kyp, no tenía ningún recuerdo de haber mantenido ninguna conversación anterior.

Transmitió mas órdenes por un intercomunicador, y acudieron varios guardias armados para escoltar a Jaina a la guarida del científico. Pero aquella vez marchaban más despacio. Jaina sospechó que a la mañana siguiente se sorprenderían al ver las magulladuras que tenían.

Volvieron a dejarla ante la puerta. Jaina entró en la guarida del científico por tercera vez en lo que iba de día.

Un hombre alto, de barba rubia, con una bata de laboratorio de color rojo, se adelantó a recibirla acogiéndola con una ancha sonrisa.

—¡Teniente Solo! El sujetó está preparado. Pasa por aquí. Vamos a empezar en seguida.

Jaina siguió a Sinsor Khal por un laberinto, sin orden aparente, de mesas y consolas de ordenador, hasta llegar a una superficie reluciente de metal, una mesa grande rodeada de un foso estrecho que vertía a un desagüe. El pirata cautivo ya

estaba sujetó a la mesa con correas, boca abajo.

Jaina se forzó a sí misma, con un gran esfuerzo de la voluntad, a no pensar en la transferencia ni en lo que había costado. Tal como había observado Kyp, aquello era algo de lo que no podrían hablar jamás.

—No te puedes hacer idea de lo encantado que soy de poner por fin las manos en esta nueva biotecnología. Vamos a ver lo que tenemos aquí.

Sinsor Khal se acercó rápidamente al pirata y tomó un pequeño instrumento de láser. Retiró con un hábil corte el implante de coral y lo dejó caer en un frasquito.

—Vamos a hacer análisis de la criatura misma, y también del sujeto. Análisis de sangre, muestras de tejidos, ondas cerebrales... lo tendrás todo en poco tiempo.

Los científicos se pusieron al trabajo en seguida, olvidándose, al parecer, de la presencia de Jaina. Ésta aguardó, observando a Sinsor sin rechistar mientras éste recogía muestras y cargaba la información en su ordenador central.

—Interesante —pensó Sinsor en voz alta, mirando la pantalla—. Muy interesante.

Jaina se acercó a él por detrás. La computadora mostraba varias columnas de cifras y una imagen en movimiento que parecía un banco de renacuajos dagobianos dentro de un recinto oval.

—Ésta es una sola célula tomada de la glándula suprarrenal. ¿Ves esos puntitos negros que se mueven? Están relacionados genéticamente con la criatura de coral.

—¿Se reproduce?

—Por decirlo de alguna manera. Los arrecifes de coral son comunidades de organismos vivientes. Los yuuzhan vong han refinado esas comunidades, organizándolas de manera que funcionan como una criatura única. Al parecer, el coral es capaz de reproducirse, enviando por la corriente sanguínea crías microscópicas que llegan a todas las células.

—Pero ¿cómo se comunica el implante con esas crías?

El científico tocó la pantalla. La imagen desapareció, y ocupó su lugar una serie de símbolos.

—Ésta es la secuencia genética de las crías que se encuentran en la corriente sanguínea. La voy a comparar con las crías tomadas de otras partes del cuerpo del sujeto. Si mis hipótesis son correctas, estas criaturas tendrán diferencias sutiles en función de su situación elegida: sangre, neuronas, bazo, etcétera. Pero todas forman parte de un mismo organismo, aun cuando están dispersas. Y yo sospecho que, al extenderse, incorporan a su huésped a lo que podría llamarse un organismo compuesto. Todo impulso que se envía a la unidad de coral central se comunica a través del sujeto huésped. Llegados a este punto, la cuestión de dónde termina un organismo y dónde empieza el otro es, en gran medida, mera especulación.

Jaina asintió con la cabeza pausadamente mientras asimilaba todo aquello.

—Si quisiésemos modificar uno de estos implantes, ¿cómo lo haríamos?

—Examinaremos el código genético de estas crías y determinaremos qué elementos aparecen de manera natural y cuáles parecen estar implantados. Estas nuevas adiciones o cambios aportan el terreno más fértil para la adaptación.

—Y ¿cuántos años tardaréis en hacer eso? —dijo Jaina, torciendo el gesto.

—Quizá te sorprendería saber lo evidentes que pueden resultar estos pequeños empalmes para el observador bien preparado —dijo Sinsor, algo molesto—. Nuestros ordenadores son avanzados, y mucho más rápidos que cualquiera de los que disponen esos supuestos científicos de la Nueva República.

—¿Crees que puedes modificar a una de esas criaturas?

—Confío en conseguirlo. Vuelve mañana por la mañana, y para entonces estaremos preparados para jugar con la generación siguiente.

Jaina asintió con la cabeza y sorteó los obstáculos de la sala abarrotada hasta llegar a la puerta. El lector de manos del interior no abrió la puerta inmediatamente, sino que transmitió su solicitud al control central. Una voz metálica le aseguró que su escolta llegaría al poco rato, y ella se dispuso a esperar.

Saltaba a la vista que Sinsor Khal estaba recluido. Después de haberlo visto en acción, Jaina supuso que su desprecio al bienestar de sus sujetos le habría acarreado problemas más de una vez. Por otra parte, aquel semicautiverio lo dejaba en condiciones ideales para realizar experimentos sin someterse a ningún control.

Se preguntaba qué les acarrearía la mañana siguiente. Sin duda, habría alguna manera de imponer su voluntad a la criatura modificada... y a los que la recibieran en el futuro.

Aquello planteaba una cuestión interesante: a las criaturas de los yuuzhan vong no les afectaba la Fuerza; sin embargo, algunas de ellas —por ejemplo, el cristal lambent del sable láser de Anakin, por ejemplo— se comunicaban por algún tipo de capacidad de mente a mente, a veces con individuos que eran sensibles a la Fuerza. Aquello iba en contra de la lógica y contradecía todo lo que sabía Jaina acerca de la naturaleza de la Fuerza.

Jaina percibió que estaba cerca de alcanzar una nueva comprensión; la notaba como una sombra percibida por el rabillo del ojo.

Cerró los ojos y dejó que le llegaran las impresiones. La vida abigarrada de Gallinore la bañó como una ola silenciosa.

La música verde brillante del bosque le llenó los sentidos, y unas respuestas que no era capaz de descifrar del todo se entremezclaban con los chirridos de los insectos y la música del canto de las aves.

Una sonrisa se asomó pausadamente a su rostro. Si las respuestas a sus preguntas se encontraban en la naturaleza salvaje de Gallinore, Jaina conocía a la persona ideal para encontrarlas.

* * *

El camino era una repisa rocosa y estrecha que asomaba levemente de la ladera empinada. Tenel Ka ascendía con confianza por el sendero, contrayendo y estirando sus extremidades musculosas con una alegría y una elegancia que recordaban a Jaina el vuelo de un ave. Tenel Ka se había quitado su túnica de Jedi para ponerse el vestido corto de piel de lagarto que prefería, y se había recogido el cabello dorado rojizo en una sola trenza gruesa. Movía los brazos con ligereza mientras marchaba, y vista desde atrás no se le apreciaba la falta de un antebrazo.

El camino se ensanchó en un pequeño reborde llano que dominaba un valle cubierto de bosque espeso y las montañas lejanas. La mujer dathomiriana se detuvo y esperó a que los otros Jedi la alcanzaran. Jaina ascendió los últimos pasos y se sentó en una piedra grande.

—Una vista estupenda —dijo a Tenel Ka—. Esto me hacía mucha falta.

—Nos hacía falta a todos —dijo su amiga, asintiendo—. Dedicamos demasiado tiempo a actividades sedentarias. Nos resulta difícil mantener el nivel de condicionamiento que alcanzamos cuando éramos estudiantes.

Lowbacca llegó a tiempo de oír este comentario, y soltó un aullido de disconformidad.

—Mañana por la mañana podrás volver a ponerte con la computadora —le dijo Jaina.

Tenel Ka, que buscaba algo con la vista, se fijó en una montaña próxima y se le iluminó la mirada. Señaló, a través del valle, una ladera rocosa.

—Si os fijáis bien, podéis ver la boca de una cueva. ¿Veis los destellos de las luces de colores?

Jaina miró entrecerrando los ojos y protegiéndoselos con una mano.

—¿Qué es eso?

—Nosotros los llamamos fuegodragones. Son unos insectos voladores muy grandes, capaces de emitir luz de colores, así como calor y chispas de emergía. Por la noche, las figuras pueden ser muy hermosas e impresionantes. Casi se ha puesto el sol. Pronto saldrán de sus escondrijos.

Lowbacca miró el sol que se ponía y gruñó.

—No sé por qué no podemos quedarnos —repuso Jaina—. Es verdad que el camino es empinado, pero se baja por el mismo camino que hemos subido.

—He recorrido este camino muchas veces —dijo Tenel Ka—. No es difícil seguirlo, y el espectáculo vale la pena. Cuando yo era niña intentaron llevar fuegodragones a Hapes, pero no se adaptan a otros mundos distintos de éste —su sonrisa adquirió un matiz cortante—. Mi abuela no toleraba un desafío, ni siquiera

por parte de la naturaleza misma. Recuerdo haber visto en las fiestas luces artificiales que reproducían por medios mecánicos y químicos las luces de los fuegodragones. No era lo mismo.

—Nos quedaremos —dijo Jaina, mirando de reojo al wookiee. Lowbacca accedió con un gruñido, y los tres se instalaron para observar.

La noche descendió rápidamente sobre la montaña, y los fuegodragones empezaron a salir de sus cuevas. Pronto se reunió un enjambre que se desplazaba girando sobre sí mismo en vuelo veloz y grácil. Sus luces multicolores dibujaban cintas sobre las sombras cada vez más espesas.

Los Jedi contemplaron fascinados aquel espectáculo. Una cierta satisfacción melancólica se asomó al rostro de Tenel Ka.

—Debemos volver antes de que caiga la oscuridad por completo —dijo a disgusto, poniéndose de pie.

Emprendieron el descenso por el camino, volviendo la vista de vez en cuando hacia el valle y hacia el vuelo de los fuegodragones, que proseguía. Las criaturas se habían dispersado, y sus luces se percibían en parpadeos cortos y rápidos.

—Están cazando —explicó Tenel Ka—. Los destellos cortos parecen ser una señal para convocar a los demás.

Jaina se volvió para mirar. Tropezó al pisar una piedra suelta, y habría caído si Lowbacca no la hubiera sujetado del brazo. La riñó con un ladrido agudo.

—Estaba mirando —repuso ella—. Pero no con la Fuerza, así que, supongo que tienes algo de razón...

Quedó callada, mientras buscaba con sus sentidos. Se les venía encima un peligro.

Tomó su sable láser y se volvió hacia la cumbre de la montaña. Varias criaturas enormes venían planeando hacia ellos con alas silenciosas. Jaina tuvo la impresión de un viento oscuro y el chispazo penetrante de un rayo verde.

El sable láser se desplegó para hacer frente al ataque. Jaina giró sobre sí misma para dar más fuerza al golpe, y la hoja violeta cortó a través del rayo que descendía.

Aquello modificó el impulso del ataque de la criatura, y el insecto enorme giró por el aire y se estrelló en el camino, rodando hacia Tenel Ka. La guerrera lo esquivó de un salto y encendió su sable láser turquesa antes de volver a tocar el suelo.

Jaina se agachó instintivamente y lanzó un tajo alto. Un ala enorme, cubierta de plumón, la envolvió como un velo, y la criatura que acababa de perderlo chocó contra la ladera de la montaña. Rebotó, rodó a través del camino estrecho y se hundió por el precipicio. Emitía una lluvia de luz de colores, como las chispas que brotan de un cable cortado.

Jaina se quitó de encima el ala y cayó en posición de en guardia. Buscó con sus sentidos, pues no se veía más que un tubo de luz que palpitaba apagadamente: el «rayo» que había percibido en el primer ataque no era más que la trompa cortada de

un fuegodragones. Las criaturas se parecían a los insectos chupadores de sangre que ella había visto en las regiones cenagosas de una docena de mundos, pero tenían un tamaño que ella no había creído posible.

Tenel Ka apagó su sable láser.

—A oscuras —aconsejó—. Las luces pueden atraer a otros.

El wookiee alzó una zarpa y gruñó a Tenel Ka.

—No había oído hablar nunca de una conducta como ésta —dijo ella—. Cazán en grupo, y se dice que son inteligentes.

—Tienen que serlo, si son capaces de planear una maniobra de distracción —dijo Jaina. Volvió la vista hacia el valle. El rápido parpadeo de los insectos que cazaban seguía iluminando el cielo.

Tenel Ka miró fijamente las luces parpadeantes.

—Jamás los habría considerado capaces de tender una emboscada.

A Jaina le vino una idea, como una ola rápida y luminosa, y un plan empezó a forjarse en su mente. Tenel Ka la interrogó con la mirada.

—Estaba pensando en tácticas de combate —dijo Jaina a modo de explicación—. Infravalorar al enemigo es un error común. Los Jedi no esperan que unos bichos sean más listos que ellos.

—Cierto —asintió Tenel Ka, compungida.

«Y los yuuzhan vong tampoco esperan que unos *infieles* sean más listos que ellos», se dijo Jaina para sus adentros. Se disponía a dar a los yuuzhan vong precisamente lo que estos esperaban ver, y después, como los fuegodragones, caería sobre ellos de entre la oscuridad.

CAPÍTULO 22

Leia había visto puestas de sol en cien mundos; había recorrido las galerías de arte incomparables de Alderaan; había admirado los tesoros de incontables palacios y museos. Pero rara vez había visto un espectáculo que pudiera compararse con la imagen de Han con su sobrino recién nacido, mirándose el uno al otro con las caras a pocos centímetros y con expresiones idénticas de curiosidad dudosa.

Ben Skywalker, que estaba sentado en el trono del regazo de su madre, fue el primero que expresó una opinión. El nene soltó una risa de placer y agitó los puños minúsculos. Uno de sus movimientos descontrolados dio a Han en la nariz y lo hizo retroceder, llevándose las manos a la cara, que ya tenía magullada de suyo.

—Crecen muy deprisa —consiguió decir. Luke carraspeó, y Mara se tapó la cara con una mano para ocultar una sonrisita burlona. Su cuñado le dirigió una falsa mirada de enfado.

—El chico sale a su madre.

—Yo ya era consciente de ese peligro —dijo Luke con ligereza—. Por mí, podríamos pasarnos toda la noche hablando de Ben, pero quizá debierais ponernos al día sobre la situación en Hapan.

Podías empezar por explicarnos por qué tienes el aspecto de haber combatido varios asaltos contra un wampa y haber salido mal parado.

—Eso se aproxima a la verdad, probablemente; o se aproxima tanto como puedo aproximarme yo —dijo Han, frotándose la mandíbula magullada.

—No recuerda muchos detalles —intervino Leia.

Leia relató en pocas palabras los hechos que se habían precipitado desde que los dos habían partido de Hapes.

—A juzgar por los regalos de la dote, parece probable que Ta'a Chume haya vuelto a la idea de buscar a Isolder una esposa «apropiada». Evidentemente, Han sería un obstáculo. Jag Fel, el joven que interrumpió la pelea, se pregunta si pretendían provocar a Han para que peleara, en vez de montar un intento de asesinato convencional.

—Eso daría resultado —asintió Luke—. No me hace falta la Fuerza para saber quién lanzó el primer puñetazo.

Han adoptó una expresión de inocencia herida, llevándose al pecho los dedos de una mano. La expresión se fue borrando mientras él, con la vista perdida, daba la impresión de haber quedado sumido en sus pensamientos.

—Han... —le llamó Leia.

—Estaba pensando en lo que ha dicho Luke —dijo él, mirándose los nudillos magullados—. Recuerdo que lancé el primer puñetazo, y puede que uno o dos más. Me empiezan a volver algunos detalles sueltos. Y hay algo más, algo importante. No termino de captarlo.

—Ya te vendrá —dijo Leia con firmeza—. No quieras meterle prisa. Tienes por delante varios días de recuperación, y la inactividad ya te sentará bastante mal de suyo sin que tú te vuelvas loco y vuelvas loco a los que te rodean.

—Sí —dijo Han. Volvió a frotarse la mandíbula, soltó un suspiro de impotencia—. No me gusta nada no recordar lo que he hecho. Siempre lo recordaba, aun después de una larga noche en una tabernucha.

Mara se dirigió a su marido.

—¿Qué dices tú, Skywalker? ¿Seguirás peleando por mí cuando llevemos veintitantos años casados? —le preguntó, enarcando una ceja dorada rojiza.

Luke le devolvió la mirada y el desafío burlón.

—¿Cómo que si «seguiré»? Tú peleas por ti misma. Si me olvidara de eso, no tendría muchas oportunidades de sobrevivir hasta nuestro vigésimo aniversario.

La guerrera Jedi se subió al hombro el nene que se retorció y sonrió con satisfacción.

—Qué gran consuelo que la entiendan a una.

* * *

Jaina regresó de Hapes dos días más tarde, provista de los descubrimientos de Sinsor Khal y de varias tarjetas de datos de información relacionada. Lowbacca y ella se dirigieron deprisa a la *Mentirosa*, impacientes por ponerse a trabajar de nuevo con la nave yuuzhan vong.

Arrastraron entre los dos la cápsula de salvamento hasta un recinto pequeño y se pusieron a trabajar. Jaina sacó uno de varios implantes modificados que se había traído, conservados en un medio rico en minerales y de desarrollo rápido que había preparado Sinsor. Las criaturas seguían siendo mucho más pequeñas que la que habían vuelto a implantar en el pirata, pero Jaina creía que podían servir.

Se sacó de un bolsillo un soldador minúsculo y cortó un fragmento del dovin basal en miniatura de la cápsula. Encajó el implante en una irregularidad de la estructura semejante a una roca y volvió a poner en su lugar el trozo pequeño que había cortado.

—Deberá ser capaz de curarse por sí mismo —dijo Jaina—. Y, si no me equivoco, esto deberá modificar la firma gravitacional.

Lowbacca soltó una sarta de gañidos y gruñidos.

—Sé que ahora mismo no pueden localizarnos; y, sí, quiero que las cosas sigan así. Pero sólo hay una cosa mejor que la falta de información, que es la información falsa —respondió Jaina—. Queremos que sean capaces de localizar y de destruir una de sus naves; sólo que no ésta, precisamente.

Lowbacca guardó un largo silencio, y después soltó un bufido agudo.

—Claro que funcionará —dijo ella con firmeza—. El paso siguiente es encontrar un método de entrega para implantarlo en otras naves vong. Para ello, necesitaremos naves y pilotos dispuestos a plantar cara a los que están visitando nuestra galaxia sin que nadie les invitara.

El wookiee abrió mucho los ojos en señal de comprensión.

—Eso es —asintió ella—. Por eso necesitamos a Kyp Durrón.

* * *

Kyp se sentó en el banco de durocemento y contempló a su prisionero. El pirata hapano flotaba en un baño de bacta, y seguramente seguiría allí bastante tiempo. Cuando estuviera curado del todo, salvo de la pérdida de la memoria, Kyp lo soltaría.

La idea le molestaba menos que en circunstancias normales. La libertad para seguir saqueando los cielos parecía una recompensa menor a cambio de lo que había soportado el hombre.

Kyp repasó en silencio la lista de leyes que habían quebrantado Jaina y él, y la de los límites que habían transgredido. Ayudar a prisioneros a fugarse de los oficiales hapanos; quedarse con uno de ellos y transportarlo a otro mundo, sometiéndolo a experimentos científicos. No quería pensar siquiera en cómo había sido el traslado del pirata desde su nave hasta el laboratorio del científico. Pero no podía pasar por alto aquel desastre concreto ni la conclusión que le había dejado.

Jaina se había metido en problemas.

Tal como había esperado él, había dado muestras de ser una estudiante dotada de mucho talento. Había seguido con gran rapidez las indicaciones de Kyp, y había borrado los recuerdos inconvenientes de las mentes y de las memorias de los científicos de Gallinore; y había hecho lo mismo con Lowbacca, que era Jedi y probablemente su amigo más íntimo.

Kyp podía haber aguantado aquello. No habría soportado contemplar cómo hacían «pruebas» con aquel hombre hasta dejarlo al borde de la muerte, sin intervenir. Pero Jaina sí lo había hecho.

Su aprendiz había adoptado su argumento de que el fin era más importante que el camino que conducía a él. Jaina había forzado aquella filosofía al máximo, obligando a Kyp a considerar si podían existir límites, al fin y al cabo.

Kyp supuso que en aquello se encerraba una cierta justicia cósmica.

—¿Y ahora, qué? —murmuró. Kyp quería derrotar a los yuuzhan vong. Jaina también. Cualquier energía que dedicara a controlar los esfuerzos de ella, reduciría la energía total que ambos podrían dirigir contra los invasores. Pero ¿hasta dónde podía dejarla llegar?

Y, lo que era más importante, ¿sería capaz de detenerla cuando llegara el momento de hacerlo?

* * *

Jaina, alisando el faldón de su vestido, se sentó en la silla que le ofrecía Ta'a Chume. Aquellas prendas hapanas tan ajustadas todavía le resultaban incómodas, pero se empezaba a acostumbrar a ellas.

—Me he enterado de lo de Trisdin —dijo.

—¿Y has venido a darme el pésame? —le preguntó la antigua reina con malicia, mientras tomaba su copa de vino.

—La verdad es que he venido a echar un vistazo a su sucesor —respondió Jaina, pagándole con la misma moneda.

Ta'a Chume se atragantó con el vino y dejó la copa.

—Tenías razón acerca de él —dijo—. Su lealtad era incierta. Le llegó un rumor de que los piratas prisioneros podrían favorecer sus intereses, y los de la mujer que él quería ver en mi trono.

Jaina apuntó rápidamente al blanco que le presentaba la reina.

—De modo que no fuiste tú quien lo enviaste para que los liberara.

—Directamente, no.

—Y si no lo hubieran matado los prisioneros, se le habría detenido y habría sido juzgado por traición.

—Según la ley hapana. ¿No te parece bien? —le preguntó Ta'a Chume.

—La verdad es que sí. Pasara lo que pasara, no recaería sobre ti. Supongo que se pueden demostrar sus vínculos con esta aspirante a reina.

—Naturalmente. Por cierto, se llama Alyssia. Este último escándalo puede ser suficiente para neutralizarla. De lo contrario, quizás deba solicitarte tu ayuda.

Jaina lo aceptó asintiendo con la cabeza. Dejó la copa de vino dorado de la que había tomado algunos tragos.

—Háblame de Sinsor Khal —dijo.

—En tiempos fue un científico hapano respetado, dotado precisamente de esos conocimientos que te hacían falta a ti. Por desgracia, aquellos conocimientos los había alcanzado a costa de experimentos horribles... y muy ilegales. Pero supongo que tú misma habías llegado ya a esta conclusión.

Jaina asintió con la cabeza.

—¿Hay otros como él?

La mujer se la quedó mirando durante un largo momento.

—¿Cuántos necesitas? —la risa de incredulidad de Jaina le provocó un gesto de desdén—. El progreso, de cualquier clase, no se alcanza con facilidad. Es probable que se produzcan fracasos por el camino, y si la sociedad considera hoy que esos errores son criminales, mañana aceptará los logros que se deben a su labor. Es preciso financiar y animar a los hombres y mujeres dotados de curiosidad intelectual, lejos de la mirada crítica de aquellos que tienen más moralinas que visión de futuro.

—De manera que los encerrasteis, los ocultasteis —concretó Jaina. Ta'a Chume le quitó importancia con un gesto.

—La mayoría apenas se da cuenta. Para estos científicos, un laboratorio bien dotado y la posibilidad de trabajar libremente es un sueño, no un castigo. Los yuuzhan vong son una realidad, querida mía, y hay que afrontarla. ¿Qué estás proponiendo?

Jaina describió rápidamente la fase siguiente de su plan. La antigua reina le escuchó con atención y le hizo varias sugerencias.

—Es excelente —dijo por fin cuando Jaina hubo terminado—. Tus hermanos serán vengados, y la defensa de Hapes se reforzará enormemente. Me ocuparé de que tengas todo lo que necesitas.

Le tendió una mano esbelta, cubierta de joyas.

Jaina tomó la mano que se le ofrecía, sin titubear pero no sin ciertas dudas. Llevaba varios días alojada en el palacio, aceptando los consejos y la hospitalidad de la mujer mayor. Pero aquel día se había cruzado un nuevo límite. Puede que Kyp Durrón la considerara su aprendiz, pero Jaina se preguntó si, en realidad, su verdadera educación estaba teniendo lugar a manos de la antigua reina de Hapes.

—Será mejor que me ponga a trabajar —dijo, poniéndose de pie bruscamente.

—Desde luego —asintió Ta'a Chume.

Jaina se volvió y salió de los aposentos de la reina, sintiendo una inexplicable impaciencia por poner alguna distancia entre Ta'a Chume y ella. Dobló rápidamente una esquina y tuvo que frenar en seco para no darse de bruces con Tenel Ka.

La guerrera dathomiriana adelantó su única mano para sujetar a Jaina y devolverle el equilibrio.

—Yo también suelo salir a esa velocidad de la presencia de mi abuela.

Jaina sonrió, antes de advertir que Tenel Ka no solía recurrir al humor.

—Has visitado a Ta'a Chume con frecuencia —observó la Jedi.

—Me invitó a alojarme en el palacio —dijo Jaina, encogiéndose de hombros—. No puedo despreciarla.

—Cierto. Pero pasas con ella un tiempo que supera los mínimos exigidos por la cortesía.

—No he llevado un registro. ¿Es un problema para ti?

Tenel Ka no tuvo en cuenta estas palabras de desafío brusco.

—Eres una Jedi —respondió—. Debería ser capaz de percibir que de manos de mi abuela no puede venir nada bueno.

—Se preocupa por Hapes —repuso Jaina—. Alguien tenía que preocuparse.

—No conozco a nadie que no se preocupe. Si la guerra llega a Hapes, lucharemos.

—¡Y perderemos! No es posible luchar contra los vong con los métodos Jedi tradicionales. Sus guerreros y sus armas vivientes están más allá de la Fuerza. Para plantarles cara tenemos que comprenderlos. Tenemos que vencerlos en su propio juego.

Tenel Ka frunció el rostro con preocupación.

—Ten cuidado, amiga mía —dijo—. Es peligroso esforzarse demasiado por entender al enemigo. Es imposible estudiar mucho tiempo una cosa sin que esta te haga cambiar.

—Si empiezo a sentir el impulso de hacerme tatuajes en la cara, no dudaré en decírtelo —dijo Jaina con desdén.

—No me refiero a eso —se apresuró a responder Tenel Ka—. Yo me preocupo de cosas mucho más...

—Era una broma —la interrumpió Jaina con impaciencia—. Y, en lo que se refiere a los cambios, yo tengo la sensación de que cuando haya terminado esta guerra, ninguno seremos los mismos, ni siquiera los Jedi. Puede que los Jedi menos que nadie.

Tenel Ka guardó silencio durante un largo momento. La mirada directa de sus ojos grises se suavizó, como velada por las posibilidades del futuro. Cuando volvió a centrarse, parecía atribulada.

—Puede que tengas razón —reconoció en voz baja.

* * *

La nave sacerdotal se desplazaba por el cielo como una gema malévolas; sus múltiples facetas pulidas relucían reflejando la luz de las estrellas. En la sala de control, sumida en el núcleo de la nave, el sacerdote Harrar estaba junto al tanque del yammosk, mirando alternativamente a la criatura de múltiples tentáculos y al guerrero cubierto de tatuajes que estaba a su lado.

—¿No habéis sido capaces de restablecer contacto? —preguntó a Khalee Lah.

El guerrero bajó la cabeza cubierta de cicatrices.

—No, Eminencia —reconoció—. El cuidador sigue estudiando el problema.

Harrar empezó a pasearse de un lado a otro.

—¿El Maestro Bélico confía en el sacrificio de los Jedi! ¡Lo exige!

—Varios colaboradores de la Brigada de la Paz han informado. Han recuperado a dos de los seres humanos que se llevó la *Jeedai* que buscamos.

El ceño marcado de Harrar se contrajo bruscamente.

—¿Qué motivo puede haber tenido ella para soltarlos? —pensó en voz alta.

—Ellos aseguran que se fugaron.

—Sí; y la sacerdotisa Elan aseguraba que era una hereje. Esta *Jeedai* ha sido capaz de bloquear al yammosk... una circunstancia muy inesperada. ¿Qué más puede haber hecho?

El guerrero soltó un bufido de desprecio.

—Dispensa mi presunción, Eminencia; pero me parece que tienes un concepto exagerado de esta infiel.

El ruido de botas anunció la llegada de los humanos. Khalee despidió a la escolta con un gesto distraído y dedicó su atención a los piratas.

—Hablad —les ordenó.

Los piratas contaron una versión tortuosa e interesada de un relato que Harrar ya había oído. Les hizo callar cuando ya no pudo aguantarlo más.

—De modo que, después de que una hembra de un solo brazo superó a vuestros guerreros, rendísteis la nave y os sometisteis al cautiverio.

—Pero nos fugamos y regresamos —se atrevió a decir uno de los hombres—. Eso tiene que significar algo.

—Estoy seguro de ello —coincidió Harrar—. Pero todavía está por ver qué significa exactamente.

Hizo un gesto con la cabeza a Khalee Lah. El guerrero se abalanzó hacia delante moviendo las manos tan deprisa que se perdían de vista. Varios cortes rápidos y precisos hicieron retroceder a los hombres, que se tambaleaban, se llevaban las manos a la garganta y jadeaban como peces fuera del agua. Harrar se sacó de la manga un pequeño fragmento afilado de coral y liberó de sendos cortes los implantes de los hombres. Los examinó con atención.

—Parecen intactos. Libera a estos hombres.

Khalee Lah dirigió un puño al estómago de cada hombre. Éstos cayeron de rodillas, respirando penosamente bocanadas entrecortadas de aire.

—Sacrifícalos —ordenó Harrar—, y después pon rumbo al cúmulo estelar Hapes.

El guerrero hizo una honda reverencia.

—Eminencia, carecemos de las fuerzas necesarias para lanzar un ataque eficaz contra un planeta de ese tamaño.

—No será preciso que ataquemos al planeta —dijo el sacerdote, sombrío—. Sólo a la *Jeedai*. Y, o mucho me equivoco, ella acudirá a nosotros.

CAPÍTULO 23

El día siguiente al regreso de Jaina, Jag Fel visitó el hangar de la *Mentirosa*. Jaina levantó la vista de su trabajo y torció el gesto.

—Sí, me llevé a uno de tus pilotos. Pero Kyp ha vuelto, en bastante buen uso. Si tienes alguna queja, preséntaselas a él —añadió, indicando con el pulgar hacia donde estaba Lowbacca. El wookiee, al verse aludido, se puso de pie, cruzó los brazos inmensos y clavó en Jag una mirada de desafío.

El piloto echó una ojeada al wookiee y volvió a dirigirse a Jaina.

—He venido a traerte un recado de tu madre.

Le contó brevemente el ataque que había sufrido Han y la decisión de Leia de marcharse de Hapes.

—¿Donde han ido?

—Dijo que se reunirían con Luke Skywalker y que tú sabrías el lugar.

—Tiene sentido —dijo Jaina distraídamente—. ¿Quedó muy malherido mi padre? Jag le describió las lesiones y le repitió el diagnóstico del androide médico.

—Mi madre debió de llevarse una sorpresa —murmuró Jaina—. Siempre decía que papá tenía el cráneo más duro que el casco de un destructor estelar.

A Jag le temblaron los labios.

—Algo así comentó.

Jaina sacudió la cabeza y soltó un largo suspiro.

—Conociendo a mi padre, aquello debió de empezar por un malentendido de alguna clase. Hablaré de ello con Ta'a Chume.

—Quizás debieras pensártelo mejor —le dijo Jag con prudencia.

A Jaina le volvió la ira. Apoyó los puños en las caderas.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—No me fío de la antigua reina madre. Francamente, me sorprende bastante que tú sí confíes en ella.

Un ruido metálico agudo les hizo levantar la vista hacia la pasarela que estaba por encima de ellos. Allí estaba Tenel Ka, con el rostro inescrutable. Al cabo de un tenso momento de silencio, se volvió y se marchó sin decir palabra.

Jag torció el gesto.

—Ha sido una falta de tacto inescrutable.

—Yo en tu lugar no me preocuparía. El que escucha lo que no debe, oye lo que no quiere —observó Jaina.

—Puede ser; pero debo hablar con ella.

Se despidió de Jaina con un gesto de la cabeza y corrió tras la princesa hapana.

—Alteza, unas palabras —le gritó.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—Me llamo Tenel Ka —le recordó.

—Por supuesto. Quería disculparme por el insulto hacia tu familia. No tenía intención de chismorrear ni de ofender.

La Jedi lo miró un momento, y después se dio la vuelta.

—Acompáñame —le dijo, volviendo la cabeza. Jag la alcanzó y se puso a su lado—. Me seguiste desde el hangar, que era exactamente lo que yo esperaba que hicieras. Os vi a Jaina y a ti juntos en la cena diplomática. Parece probable que ella atribuya más valor a tu opinión que a la mía.

—Yo no lo he notado así —dijo él, con una sonrisa cargada de una ironía considerable—. Es posible que la consideración de Jaina Solo sea uno de esos misterios que sólo son capaces de percibir los Jedi.

—Últimamente, Jaina ha estado... difícil —reconoció Tenel Ka. Le contó su reciente discusión con Jaina y sus inquietudes por la influencia que ejercía Ta'a Chume sobre ella.

Relató también a Jag, en pocas palabras, las cosas que se seguían contando acerca de Ta'a Chume: que probablemente estaba detrás de la muerte de la prometida de su primer hijo, y posiblemente también estuviera detrás de la muerte subsiguiente de su hijo.

—Puede que mi abuela sea una anciana, pero no te tomes a Ta'a Chume a la ligera —concluyó—. Con ella, siempre hay algo más de lo que se ve. Lo que me inquieta es que en sus planes actuales hay probablemente mucho más de lo que advierte hasta la propia Jaina.

—Ya veo —dijo él pausadamente—. El ataque contra Han Solo me desconcertó. Aunque sé que el príncipe Isolder fue pretendiente de Leia, no sé por qué Ta'a Chume llegaría a tales extremos por su hijo.

Tenel Ka se detuvo un momento, como dudando a donde dirigirse. Después, asintió brevemente con la cabeza e indicó a Jag que siguiera caminando a su lado.

Tomaron un deslizador al palacio y se dirigieron a los ricos aposentos de la reina madre.

—Ésta es la habitación favorita de mi madre —dijo Tenel Ka, empujando una puerta inmensa.

Jag supuso por un momento que la estancia estaba vacía. No había ningún ruido, ni sensación de ninguna presencia viva.

—Allí —dijo la Jedi en voz baja, indicando una butaca casi oculta en una alcoba cerrada con cortinas. Allí estaba hundida una pequeña figura inmóvil que miraba

fijamente al frente.

Tenel Ka se adelantó a entrar en la habitación y se inclinó hacia la butaca.

—Tenemos una visita, madre —dijo con suavidad.

La mujer alzó los ojos castaños hacia Jag y volvió a mirar a la ventana. No volvió a prestarles atención, aunque Tenel Ka habló de la situación apurada de los refugiados, de la preocupación del Consorcio por un ataque de los yuuzhan vong, y de los intentos de reconstruir la flota. Ninguno de aquellos temas atravesó el sopor profundo en que estaba sumida la reina que ocupaba el trono de Hapes.

Tenel Ka guardó silencio por fin. Se inclinó hacia delante y tocó con su frente la de su madre, como si así pudiera ceder a la mujer mayor una parte de su determinación, de su claridad de pensamiento. Dio un rápido beso a su madre en la mejilla, se levantó y salió sin mirar a Jag.

Él la siguió hasta la puerta. Cuando se hubo cerrado a sus espaldas, ella se apoyó en la puerta y dejó que se le cerraran los ojos llenos de dolor.

—Y ésta es la mujer que ha de dirigir la defensa de Hapes —dijo con tristeza—. ¿Entiendes por qué quiere sustituirla mi abuela?

—La princesa Leia no aceptaría jamás ese papel.

Tenel Ka abrió los ojos bruscamente.

—¿Crees que es eso lo que está pasando?

—¿Qué otra interpretación existe?

—Conozco a mi abuela. Ella no renunciará nunca del todo al trono. Quizá tenga pensado reinar por segunda vez, por medio de alguien más joven y más manejable que mi madre o que la princesa Leia.

Jag fue captando poco a poco lo que quería decir Tenel Ka. Para sorpresa de ésta y de él mismo, se echó a reír.

—Hasta cierto punto, la lógica da a entender que estás describiendo a Jaina Solo. ¡Pero sólo hasta cierto punto! Su nombre no evoca precisamente el concepto de *manejable*.

—Cierto —coincidió la Jedi—. Pero, con todo, la cuestión merece tenerse en cuenta.

Jag intentó visualizar a Jaina en el papel de monarca reinante, pero renunció en seguida.

—Supongamos que accede a algo así. ¿Qué haría para alcanzar el trono?

—Como Ta'a Chume no tuvo hijas, el heredero legítimo del trono es el príncipe Isolder. Reinará su esposa.

Al cabo de un momento, Jag cayó en la cuenta de que estaba boquiabierto como un mon calamari. Cerró la boca tan bruscamente que le chascaron los dientes.

—¿El príncipe Isolder accedería a ello?

—Puede que no le quede opción —dijo Tenel Ka con pesimismo—. Si ella decide

que ése es un buen camino para alcanzar el poder, encontrará el modo de seguirlo.

—¿Tanto poder tiene Ta'a Chume?

La Jedi le dirigió una mirada sombría.

—No hablaba de mi abuela —replicó.

* * *

Jaina estaba plantando cara al terco wookiee.

—No veo qué otra cosa podemos hacer —le dijo.

Lowbacca miró la nave, que ya estaba dispuesta, y gruñó un argumento.

—En Hapes no hay gente como la que necesitamos. Esto es tecnología experimental, y es fundamental que lo hagamos bien. No hay técnicos mejores que los de Kashyyyk —dijo Jaina, nombrando el mundo natal de los wookiee.

Lowbacca carraspeó y se cruzó de brazos. A Jaina empezaba a faltarle la paciencia.

—Está bien. Te lo diré de otro modo. Tu familia debe a mi padre una vida. Mi padre no parece dispuesto a reclamar la deuda en persona, de modo que la reclamo yo en su nombre.

Lowbacca gruñó, confuso. Jaina le estaba poniendo delante una opción difícil, y ella lo sabía. Estaba poniendo a su amigo en el compromiso de cumplir con una deuda, obligando al mismo tiempo a algunos de los suyos a salir al paso de un ataque de los yuuzhan vong. Jaina, que conocía la cultura guerrera de los wookiees, tenía confianza en el resultado.

Con otro gruñido lastimero, Lowbacca subió a la nave hapana que estaba esperando, y se puso en camino para traer consigo a algunos de los mejores técnicos de su clan, que tendrían que correr un grave peligro.

* * *

El Ala-X de Kyp se deslizaba en silencio por el espacio con los controles oscurecidos y consumiendo la energía justa para que funcionaran los sistemas de soporte vital. Hasta Cero-Uno, su androide astromecánico y aspirante a voz de su conciencia, estaba apagado.

Vio pasar velozmente dos pequeñas naves hapanas que se dirigían hacia las coordenadas de un salto corto por el hiperespacio. Kyp esperó hasta que hubieron desaparecido, y encendió entonces los motores haciendo que su nave las siguiera.

Su Ala-X surgió entre una furiosa tormenta de fuego. Varios coralitas yuuzhan vong rodeaban a las naves hapanas. Los rayos de plasma se lanzaban a la oscuridad

como garras ensangrentadas.

—Dos naves —murmuró Kyp—. ¡Sólo dos, contra todo esto!

Dio un rápido bandazo a babor para esquivar un rayo que venía hacia él, y después hizo un viraje cerrado para caer sobre uno de los coris. Dos naves enemigas se alejaron volando de manera errática y descontrolada.

—Parece que hay un cierto exceso de confusión en ese implante, Jaina —dijo Kyp mientras encendía el comunicador para hablar con Cero-Uno—. Apuntar al blanco.

RECIBIDO.

Saltaron a su pantalla de control unos iconos azules que se fueron reuniendo y enfocando cada vez más. Zumbó un sensor de aviso, y la luz única parpadeó para una cuenta atrás del tres al uno. Kyp pulsó el botón en el dos.

Un torpedo de protones cayó en el cielo y salió despedido hacia una de las naves confundidas. Su luz azul pasó junto a un torrente de plasma, dando al rayo dorado un color verde espectral. Kyp escoró su nave, haciéndola girar para evitar el fuego enemigo.

Su proyectil dio en pleno blanco, y el coralita explotó en fragmentos de coral oscuro. Kyp se apartó del racimo de metralla y eligió su blanco siguiente. Al cabo de unos momentos, otra brillante explosión se abrió sobre el cielo.

Su comunicador crujió.

—Vanguardia Tres, ¿eres tú?

Kyp reconoció la voz de uno de los mejores reclutas hapanos de Jag Fel.

—¡Seth! ¿Qué diantre estás haciendo por aquí?

—¿No lo sabes?

Kyp no lo sabía en aquellos momentos. Aquéllos no eran exploradores enviados en parejas por el coronel Fel. Aquellos dos hombres habían sido enviados como víctimas a un sacrificio.

—Retiraos. Yo os cubriré.

—Cúbrenos, pero procura no volar todos los coris. Desde luego que no quiero volver a hacer esto otra vez.

Un racimo rápido, sincopado, de rayos de plasma surgió de dos de los coralitas, convergiendo hacia el caza de combate hapano. La pequeña nave desapareció en una llamarada de fuego blanco.

Kyp murmuró una maldición y se apartó para proteger la nave que quedaba. A pesar de la petición de Seth, acabó con tres coralitas más de los yuuzhan vong antes de poder seguir hasta su base al caza de combate hapano dañado.

En el hangar, Kyp se bajó de un salto del Ala-X y convocó mentalmente con furia a su «aprendiza».

—No hace falta que grites —anunció una voz femenina tranquila.

Jaina entraba en el hangar. Dejó de lado a Kyp y se dirigió al piloto superviviente.

—¿Has dado a alguno?

—A uno. Quizá —dijo el hombre, echando una mirada a Kyp.

Jaina asintió y se retiró. Kyp la asió del brazo, y los dos Jedi se intercambiaron miradas airadas.

—Están recogiendo datos —dijo ella por fin—. Datos importantes.

—¿A cuántos pilotos has enviado? ¿Cuántos han regresado?

—Muy probablemente, un porcentaje mayor que los que estaban a tu órdenes —replicó ella.

—En la guerra muere gente. Yo lo acepto, y los pilotos que vuelan conmigo lo aceptan. Pero yo no he sacrificado nunca sus vidas deliberadamente. ¿Qué tal son tus datos de seguimiento?

—Van mejorando.

—De modo que tenías una buena idea de cuántos coris estaban patrullando en ese sector. Y enviaste a dos hombres.

—Todavía no tenemos los implantes suficientes, ni las armas para enviarlos, que justifiquen enviar a más —alegó Jaina—. Tú habrías tomado la misma decisión.

—Lo que nos conduce al punto siguiente. Al parecer, estos pilotos creen que esta misión la he ordenado yo.

Jaina se limitó a encogerse de hombros.

—Tú te serviste de mi nombre y de mi experiencia cuando te convino. Yo estoy aquí para aprender del Maestro.

Una mujer alta y esbelta venía hacia ellos, y a un gesto de su cabeza los guardias se apresuraron a dispersar al pequeño grupo de pilotos y mecánicos que se había formado en las inmediaciones.

—Los tiempos duros exigen tomar decisiones duras, joven —dijo Ta'a Chume con severidad—. La selección de un líder es una cuestión difícil, y no debe hacerse nunca a la ligera. Pero, una vez elegido, dedicarse constantemente a interpretar las decisiones del líder es peor que no tener ninguno.

Kyp parpadeó y se volvió hacia Jaina.

—¿Quién es ésta? —preguntó.

—La antigua reina de Hapes —respondió Jaina escuetamente—. Ta'a Chume, te presento a Kyp Durrón, Maestro Jedi. Me está entrenando.

Por algún motivo, esto pareció divertido a la mujer.

—Si tienes algo que valga la pena enseñar, te sugiero que dejes de quejarte y te dediques a ello.

Dicho esto, Ta'a Chume se dirigió a Jaina.

—Voy a pasar uno o dos días fuera del mundo. Volveremos a hablar a mi vuelta.

Se marchó con paso altivo, y Kyp se llevó aparte a Jaina.

—Dices que estás aquí para aprender. Pues escucha esto con atención, y procura grabártelo en la mente. A partir de ahora, tendrás que pedirme el visto bueno a todo lo que hagas. No darás por sentado que mis actos, del pasado o del presente, justifican los tuyos.

—Ay, por favor —replicó Jaina con soma—. Ya sólo te falta decirme: «Haz lo que bien digo, no lo que mal hago».

—Ésa es la idea general.

A Jaina se le borró la expresión burlona.

—Hablas en serio.

—Tan serio como un detonador térmico. Empieza a ponerme al día.

Jaina asintió con la cabeza.

—Resumiendo brevemente. El yammosk se comunica con las naves menores por medio de algún tipo de telepatía. Las naves que dependen de él se mueven, se escudan y se orientan por medio de fluctuaciones gravitacionales. Éstas son tanto creadas como recibidas por los dovin basal. Cada una de estas criaturas tiene una huella genética, una voz característica y única, formada por sus señales gravitacionales. Cuando el dovin basal capta información, ellos saben de qué nave procede. ¿Me sigues de momento?

—Continúa —dijo Kyp, asintiendo.

—Danni Quee descubrió el modo de bloquear la señal de un yammosk. Nosotros hemos ido un paso más allá.

Describió el proceso que había aplicado Lowbacca para aislar y definir la pauta de la firma de la nave capturada.

—La pauta es muy sutil. Ahora mismo, podemos alterarla por medio de los implantes de coral.

—Sí; acabo de ver una demostración —observó Kyp.

—Hemos aprendido mucho de los coris que hemos conseguido estropear. Lo que hacemos ahora es intentar que el cori se confunda tanto que pierda contacto del todo con el yammosk.

—Yo diría que ya lo habéis conseguido.

—Vamos al paso siguiente, entonces. Parece que todos los coris vuelan y se escudan prácticamente del mismo modo. Lo que depende de una información única es la orientación. Lowbacca ha estado trabajando con un pequeño aparato mecánico, un repulsor, que podría imitar el código gravitacional de la *Mentirosa*. Este aparato reemplazaría la «voz» de otra nave, lo que nos permitiría crear señuelos que harían caer a los vong en trampas. Los yuuzhan vong están buscando a la *Mentirosa*. Nosotros nos vamos a encargar de que la encuentren y la destruyan... no una vez, sino varias veces.

Él se la quedó mirando un momento, y soltó después un silbido prolongado.

—Eso es bueno. Me apunto.

La sonrisa que le devolvió ella le recordó aun gato colmilludo depredador.

—Tú primero, Maestro Durrón.

CAPÍTULO 24

Isolder caminaba a lo largo de una hilera de wookiees, todos ellos concentrados en un amasijo de piezas de metal pequeñas esparcidas por las mesas que tenían delante. Los técnicos peludos apenas daban muestras de advertir su presencia.

—¿Qué es exactamente lo que querías que viera? —preguntó Isolder, volviéndose hacia su madre.

La antigua reina tomó un aparato pequeño y se lo entregó.

Isolder entrecerró los ojos al advertir una señal extraña grabada en el metal.

—He visto esto antes, en el expediente de una espía yuuzhan vong, una tal sacerdotisa Elan. ¡Es el símbolo de Yun-Harla, la diosa Mentirosa de los yuuzhan vong!

—La cual, según parece, se ha reencarnado aquí en Hapes —dijo Ta'a Chume—. Esto es obra de Jaina Solo —añadió, haciendo con una mano un amplio gesto que abarcaba todo el taller.

Isolder observó el objeto que tenía en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es un repulsor en miniatura, y su efecto sobre una nave apenas resulta apreciable a casi todos los efectos. Pero modifica las pautas de gravedad únicas de una nave yuuzhan vong lo justo para alterar el modo en que la perciben otras naves.

—No estoy seguro de entender la importancia de esto.

Ta'a Chume soltó un suspiro silbante.

—Tu hija y sus amigos Jedi robaron una nave yuuzhan vong. El enemigo tiene bastantes ganas de recuperarla, cuanto más a los jóvenes Jedi, y en especial a Jaina Solo. No cabe duda de están buscando la nave y de que, con el tiempo, vendrán a Hapes. Esto los confundirá, al menos durante cierto tiempo. Es una medida provisional.

—Pero es prometedora —reflexionó Isolder—. Combinándola con la flota hapana, podríamos montar una emboscada.

La reina sonrió levemente.

—Excelente sugerencia. Eso es precisamente lo que hace falta: experiencia, dirección madura. Jaina tiene dotes naturales para el liderazgo y la estrategia, pero carece de la autoridad necesaria para llevar adelante sus planes. Lo mismo que te pasa a ti —añadió—. Yo he estado haciendo lo que puedo para apoyar su labor, pero mi papel también es limitado. La única que tiene autoridad plena para autorizar un

ataque de tales características es la reina madre.

Isolder frunció el ceño.

—Es difícil que Teneniel Djo haga tal cosa.

—Pues entonces, sustitúyela. En tiempos quisiste a Leia, o creíste quererla. Su hija sería una reina el doble de valiosa.

—¿Jaina? ¡Si tiene la edad de mi propia hija! —protestó él.

—Es un poco más joven, de hecho. Pero tiene formación militar, experiencia en combate, y sentido común suficiente para atender a las sugerencias. Se ha criado con una diplomática, sabe comportarse en público, y es muy atractiva. Las hay peores para ti.

El príncipe se dispuso a protestar, pero cerró la boca bruscamente y contempló el objeto que tenía en la mano.

Hacía poco tiempo, había tomado en sus manos el destino del Consorcio de Hapes. Su error de juicio había costado centenares de naves, miles de vidas. Ta'a Chume le estaba brindando otra oportunidad de ayudar a su mundo natal, una oportunidad de redimir su error... una especie de regencia, de ejercer de supervisor de una reina bien capacitada pero falta de experiencia. Dudó que volviera a presentársele otra oportunidad como aquella.

—Lo pensaré —dijo por fin.

* * *

Lowbacca no estaba en el taller. Jaina preguntó por él, y no recibió más que miradas frías y encogimientos de hombros peludos por parte de los técnicos wookiee. Por fin, se dirigió al hangar de la *Mentirosa*.

Su amigo estaba allí, pero no dentro de la nave. Estaba sentado en la barandilla de la pasarela superior. Aquello daba a entender a Jaina su estado mental. En sus tiempos de la academia, Lowbacca solía salir solo a meditar, para lo que se subía a la copa de un árbol de las selvas de Yavin 4. Allí en la ciudad real de Hapes, aquello era lo más parecida que podía encontrar a las altas cubiertas vegetales de su mundo natal.

Jaina subió silenciosamente las escaleras y se apoyó en la barandilla a su lado.

—¿Cuántos has perdido?

Lowbacca soltó un corto gañido que designaba un número lo bastante alto como para que Jaina hiciera una mueca de dolor.

—Si hubiera sabido que las naves wookiee iban a encontrar tanta resistencia, habría enviado una escolta.

Su amigo la miró por primera vez, con gesto inconfundible de reproche.

—Sé donde está la nave sacerdotal de Harrar, y la pequeña flota conectada a su yammosk —replicó Jaina—. ¡No sé dónde pueden estar todos los pedruscos hijos de

Sith de esta galaxia! De momento.

Lowbacca le estudió el rostro con sus ojos oscuros, y reconoció que tenía razón en lo dicho con un movimiento de la cabeza. Pero seguía pareciendo atribulado.

—Lo que hacemos vale la pena. Es importante. Lamento que murieran algunos amigos tuyos, pero tenemos que seguir adelante. Los cuidadores yuuzhan vong son rápidos. Descubrirán lo que estamos haciendo, y entonces harán ellos otra cosa. Nuestra ventana de oportunidad es muy reducida.

Se inclinó hacia él.

—¿Estás conmigo?

Lowbacca bajó de la barandilla.

Una impresión de ira barrió el hangar como un viento poderoso. Jaina suspiró.

—Ése será Kyp.

El Maestro Jedi irrumpió en el edificio y subió las escaleras. Los guardias que acudieron a cerrarle el paso salieron despedidos hacia los lados, sin que los hubiera tocado ninguna mano ni arma visible.

El wookiee se adelantó, y Kyp le envió un disparo psíquico que hizo retroceder, vacilante, al Jedi de pelaje pelirrojo y de dos metros y medio de altura.

Asió a Jaina con la misma energía oscura y la hizo volverse hacia él.

—Has estado actuando a mis espaldas otra vez. Has estado enviando a pilotos, a pilotos hapanos, en naves que emiten la señal de la *Mentirosa*. ¡Eso está a dos dedos de ser una misión suicida!

—Necesitamos más tiempo —repuso Jaina—. Estamos cerca de encontrar una manera de hacer caer a los vong en una trampa. Mientras tanto, esta pequeña distracción los mantiene ocupados. Se están encontrando con mi nave por todo este cuadrante.

Kyp se pasó una mano por el pelo.

—Existe un límite que separa la dedicación del fanatismo. Creo que te lo has pasado por varios kilómetros.

—¡Mira quién habló! —se burló ella—. Los vong están persiguiendo naves fantasmas en vez de centrar su energía en atacar Hapes. Los pilotos de cazas de combate conocen los riesgos y saben que están salvando a miles de no combatientes.

—Los resultados no bastan —replicó él—. Para ti, no.

Ella le echó una mirada de incredulidad absoluta.

—He oído lo que no has dicho —dijo con extrañeza—. Has dicho «para ti, no». Pero has pensado «para la nieta de Darth Vader, no».

—Ahora soy responsable de ti —insistió Kyp.

Jaina se rió.

—¡Ojalá pudiera oírte el tío Luke! La perdición de los Jedi será la parálisis y la inactividad, no la Fuerza Oscura. ¿No lo has dicho cien veces?

Él soltó un largo suspiro.

—¿Cuándo va a partir otro piloto?

—Una piloto está encendiendo los motores ahora mismo —reconoció Jaina.

El Jedi mayor se volvió hacia la puerta. Jaina sacó su sable láser.

Kyp se quedó paralizado al oír el chasquido y el zumbido característicos del arma Jedi tradicional. Se volvió despacio hacia ella, levantando las manos en gesto apaciguador.

—No quiero combatir contigo.

La hoja violeta de Jaina se alzó hacia su garganta.

—Cambiarías de opinión si hubiera suficiente en juego.

—No seas ridícula. ¡Tú no querías matarme, aun suponiendo que fueras capaz de hacerlo!

—A la idea no le falta su atractivo, pero no es lo que yo tenía en mente. Si yo venzo, tú vuelas bajo mi mando durante el resto de esta batalla. Si vences tú, soy tuya. No haré nada más a tus espaldas, no habrá más juegos. Mantendré abiertos los canales, me comportaré como una verdadera aprendiz.

Él se lo pensó durante un largo momento.

—Hecho.

El sable láser le saltó del cinturón, dio una vuelta en el aire y le cayó en la mano. La hoja brillante silbó hacia ella. Jaina saltó para esquivar aquel ataque atrevido y pasó sobre la cabeza de Kyp. Éste rodó hacia un lado para esquivar un posible contragolpe y quedó agazapado.

Jaina bajó las escaleras caminando hacia atrás, con el arma en posición de guardia alta. Él avanzó, y se lanzó sobre ella asestando una rápida estocada con movimiento de finta.

Ella previó su movimiento y se hizo a un lado para evitarlo, y cambió rápidamente de dirección para lanzarle a su vez otra estocada, levantando el brazo en un movimiento de parada ascendente que lanzó el sable láser de él hacia arriba. Ella giró hábilmente la muñeca para separar las hojas brillantes, y después dio un salto hacia arriba.

Kyp bajó las escaleras dando una voltereta, se volvió y atacó con el sable láser en alto y preparado. La Jedi más joven se dejó caer al suelo a su lado y le lanzó dos golpes rápidos de tanteo. Él los paró los dos. Se separaron y se rodearon mutuamente en círculos, tomándose la medida, intercambiando golpes que eran cada vez menos de tanteo en cada ataque.

A Jaina empezó a borrarle la sonrisa de confianza.

—No voy a consentir que impidas este próximo vuelo.

Esquivó girando sobre sí misma el ataque que le lanzaba Kyp con un tajo de arriba abajo, y detuvo el arma de él con una parada alta. Un giro rápido la puso cara a

cara ante él. Él se liberó y retrocedió un paso.

—¿Quién ha dicho que quería impedir la misión? Quiero realizarla yo.

Jaina pestañeó.

—¿Eso quieres?

—Si la misión es tan importante, iré yo en persona.

—Olvídate de eso. Los Jedi son demasiado escasos y valiosos para arriesgarlos.

—Lo sé —asintió él—; y precisamente por eso tengo que ir.

Ella retrocedió, todavía en guardia, observándolo con desconfianza.

—Digamos, simplemente, que me estoy tomando mis responsabilidades en serio.

No quiero que mi aprendiz cometa algunos de los errores que cometí yo mismo.

El sable láser de Jaina se adelantó como un rayo, obligándole a él a hacer una parada.

—¿Qué aprendiz? Todavía no me has vencido.

—Te venceré —dijo él con una sonrisa engreída—. Y los dos lo sabemos. También sabemos lo difíciles que pueden ser las expectativas. Tú tienes que estar a la altura de tus célebres padres, lo que resulta, en varios sentidos, más difícil todavía que hacer olvidar un fracaso monumental.

—No puedes comparar mi situación con la tuya.

—Los dos hemos perdido a hermanos.

—Y puede que dar un buen golpe a los yuuzhan vong aporte algún sentido a las muertes de mis hermanos.

—Yo intenté vengar a mi hermano, y acabé matándolo —le recordó Kyp—. Tu madre cree que Jacen sigue vivo. ¿Y si tiene razón?

Jaina bajó su sable láser. Su rostro era todo un ejemplo de furia y de aturdimiento. El Jedi mayor apoyó el peso sobre los talones, estabilizándose para el ataque que esperaba.

Pero Jaina apagó su arma.

—¿Quieres la misión? Pues tómala. Pero más te vale salir vivo de ella. Tú y yo no hemos terminado. Ni mucho menos.

Salió violentamente del hangar, mientras Kyp la veía alejarse, pensativo.

* * *

Jag Fel había entrado en el hangar a tiempo de presenciar una parte del combate y de la conversación. Empezó a comprender la inquietud de Tenel Ka por Jaina, y movido de un impulso la siguió corriendo y la alcanzó junto a la salida trasera.

Frenó, patinando, y de pronto se dio cuenta de que no tenía idea de qué le iba a decir. Jaina lo miró con desconfianza.

—He venido a agradecerte tu ayuda —dijo Jag.

—¿De qué me estás hablando?

—Se dice que has estado reclutando a pilotos hapanos, haciéndolos volar otra vez —dijo Jag, que ya había ordenado un poco sus ideas—. A mí me faltan exploradores para cubrir esta zona. Cualquiera par de ojos resulta útil. Y cuando llegue el momento de luchar, habrá más pilotos formados y preparados.

* * *

Pareció que a Jaina se le fundía un poco del hielo que le rodeaba el corazón. Por algún motivo, el comentario de Jag le aliviaba en parte el escozor que le producía su reciente encuentro con Kyp.

—Todos hacemos lo que podemos.

—Tu familia y tú habéis dado más que la mayoría —observó él—. Perdona, pero he escuchado lo que te decía Kyp Durrón. Sé lo difíciles que pueden ser estos tiempos. Yo también he perdido a dos hermanos en combate.

Jaina se enfadó.

—Entonces, ¿qué me quieres decir? ¿Que mi pérdida no es mayor que la de cualquiera? ¿Que Anakin y Jacen no tienen más importancia que cualquier otra víctima?

Jag comprendió demasiado tarde que aquel no era el tipo de verdad que resulta fácil asimilar a una persona que ha sufrido la pérdida de un ser querido.

—No era eso lo que quería dar a entender.

La ira de Jag se disipó rápidamente.

—Olvídalo —dijo. Se apartó el flequillo de los ojos con un soplido, un leve gesto que producía una sensación increíble de cansancio—. Entonces, ¿para qué has venido? Tú no sueles ser aficionado a la charla intrascendente.

Y aquel era el dilema, observó Jag. No podía soltarle sin más: «no te cases con el príncipe Isolder».

—Tienes un don natural para el liderazgo —prosiguió él—. La gente te sigue, lo quieras o no. Para una persona como tú, la categoría social no tiene importancia.

El rostro de Jaina se quedó inmóvil.

—Todo esto es muy interesante —dijo—, pero ¿dónde quieres ir a parar?

—No quería más que expresarte una opinión —dijo él, sintiéndose terriblemente torpe—. La categoría social con la que naciste te viene muy bien. Cualquier cosa más estaría de sobra.

—Ya veo —dijo ella con voz inexpresiva—. Y esto, dicho por el hijo del barón Fel (un destripaterrones corelliano ennoblecido), viene a valer lo que la moneda ithoriana.

Jag empezó a sentir que también él se enfadaba.

—¿Por qué tienes que ofenderte por todo?

—¿Por qué tienes tú que responder a preguntas que nadie se ha molestado en preguntar? —repuso ella acaloradamente.

Para asombro de Jag, Jaina se volvió y huyó. Él la vio marchar, preguntándose qué sentido podía haber entendido ella en sus palabras que él no había querido expresar de ningún modo.

* * *

En cuanto Jaina hubo dejado atrás el hangar, dejó de correr y siguió caminando; pero el corazón le seguía acelerado, martilleándole los oídos.

¿Qué le pasaba a Jag Fel? Bueno, era verdad que ella había tonteado un poco con él en la cena diplomática; pero ¿acaso le había dado algún motivo para que él viniera a decirle que lo dejara en paz?

Que se conformara con su categoría social. Sí, claro. ¡Que no aspirara a la de él, venía a querer decirle!

Por algún motivo, la imagen de una baronesa Jaina había debido de atragantársele a Jag; y éste, como era un tipo sincero y de honor, había tenido que decirle que no se hiciera ilusiones. Bueno, pues gracias por la aclaración; pero ¿quién le había preguntado nada?

Jag respiró hondo para tranquilizarse e intentó desterrar a Jag Fel de sus pensamientos. Tenía el efecto de distraerla, y aquello era lo último que necesitaba ella en aquellos momentos. La visita de Jag la había sorprendido, pero ella no estaba siquiera segura de que le importase lo suficiente como para estar enfadada.

Pero, por si acaso lo estaba, dio una patada a un retrotrineo aparcado.

CAPÍTULO 25

La nave sacerdotal de Harrar, con su escolta militar, se aproximaban al cúmulo estelar Hapes, siguiendo los informes de observaciones de la fragata robada.

—Allí —dijo Khalee Lah, clavando un dedo con espolón en el mapa viviente.

Minúsculas criaturas luminosas se movían despacio a través de la pantalla, señalando el lugar donde el yammosk había discernido la firma de la nave robada. Había una pauta definida. La ladrona se aventuraba cada vez más lejos del espacio hapano. Su próxima salida la pondría directamente en el rumbo de la nave sacerdotal.

El guerrero miró a Harrar, extendiendo los labios hendidos con una mueca expectante.

—El Maestro Bélico tendrá su sacrificio de *Jeedai*. Vamos de caza —dijo con brusquedad a la tripulación—. Convocad a todas las naves al alcance de las comunicaciones que hayan hecho frente a esta que quiere llamarse *Mentirosa*. Ya se ha ocultado demasiado a la sombra de Yun-Harla. ¡Aquéllos que susurran palabras heréticas no tardarán en ver a esta infiel como la criatura lastimosa que es!

Mientras la tripulación se apresuraba a cumplir las órdenes de Khalee Lah, Harrar se instaló en un asiento de observación y se dispuso a contemplar la batalla. Un escalofrío que ya le resultaba familiar le bajó por el espinazo mientras se disponía a afrontar a los *Jeedai*.

Khalee Lah ocupó el asiento de mando. Su dedo largo y nudoso acarició los nodos, recogiendo información.

—La *Ksstarr* se aproxima.

El sacerdote volvió la vista hacia su comandante.

—¿Sola?

—Con una escolta —dijo el guerrero, con una mueca de desprecio que resultaba visible por debajo de la capucha—. Una nave pequeña.

Una extraña oleada de desilusión inundó a Harrar. Había esperado algo más por parte de Jaina Solo.

—Capturadlas a las dos.

Cuando Kyp salió del hiperespacio, sus controles empezaron a lanzar destellos de advertencia inmediatamente. El salto programado por el hiperespacio lo había dejado directamente entre dos flancos de naves yuuzhan vong. Todas las luces empezaron a converger inmediatamente hada él. Pronto estarían a la distancia de contacto visual y sabrían que no estaba pilotando la fragata yuuzhan vong robada.

Más aún, sabrían que no había ninguna *Mentirosa*... salvo la que había enviado a un Ala-X para que proyectara la señal propia de la nave robada.

—Has preparado un plan un poco apurado, ¿verdad, Jaina? —murmuró. El caza de combate de Kyp se agitó bruscamente, y los sensores señalaron un aviso de escudo inferior. Una de las naves estaba empleando su dovin basal para despojarle de sus escudos.

Kyp subió el compensador de inercia, aumentando en varios metros la protección que aportaba este sistema a la nave y al piloto y desplazándola más allá de los escudos normales de la nave; se trataba de un truco que había inventado Gavin Darklighter al principio de la guerra. Aun mientras lo hacía, se daba cuenta de que aquello no era solución. Gavin no volaba en solitario.

Dos coralitas se aproximaron a él, y Kyp volvió a sentir el empuje y el tirón de los rayos gravitatorios. Bajó el compensador de inercia. Si se producía un exceso de tensión, podía destrozar la nave de dentro afuera.

Un segundo Ala-X irrumpió repentinamente de entre la oscuridad del espacio. Brotó de ella un destello azul, y la nave grande se disolvió en una llamarada brillante. Los coralitas soltaron al caza de combate de Kyp y viraron para hacer frente a aquella nueva amenaza. El comunicador de Kyp crujió.

—Sal de aquí, Kyp —le advirtió Jaina.

—¿Y dejarte sola a ti? Que te lo has creído.

—Apaga el transmisor gravitacional... consola inferior izquierda, dial amarillo. Busca una nave del tamaño aproximado de la *Mentirosa*. Bombardéala. Yo estaré detrás de ti.

Los labios de Kyp se contrajeron en una leve sonrisa. Miró la pantalla y seleccionó un objetivo, y transmitió después sus coordenadas a Jaina.

Los dos Ala-X se dirigieron hacia la nave análoga a una fragata. Kyp tomó el disparador de tiro disperso. Cientos de rayos de baja potencia salpicaron a la nave de coral. Un pequeño agujero negro se tragó casi todos, pero la mayoría de los pequeños láseres hallaron un blanco.

Y también lo hallaron algunos de los misiles de impacto pequeños que disparó Jaina.

—La semilla está sembrada —dijo Jaina—. Vámonos.

Kyp hizo girar su Ala-X sobre sí mismo y después se lanzó hacia las brumas. Las estrellas formaron líneas, como si quisieran reproducir la sonrisa que adornaba el rostro de Kyp.

La semilla estaba sembrada, desde luego que sí.

* * *

Khalee Lah se quitó la capucha de cognición e hizo un gesto con la cabeza a su piloto secundario. Se dirigió a Harrar y adoptó una postura marcial de firmes.

—Eminencia. Nos hemos apoderado de la *Ksstarr*.

El sacerdote se levantó y siguió al guerrero hasta el gran hangar que ocupaba todo el nivel inferior de la nave sacerdotal. La nave capturada estaba rodeada de guerreros.

—Abridla —ordenó el comandante.

Antes de que nadie hubiera tenido tiempo de responder, se abrió la escotilla en forma de diafragma y descendió una pequeña pasarela. Los pasos sonoros de un guerrero con armadura de cangrejo vonduun retumbaron en la pasarela.

—¿Qué significa esto? —vociferó el guerrero. Su ira se disipó para convertirse en asombro aturdido al encontrarse cara a cara con Khalee Lah.

No pareció advertir que el comandante también estaba asombrado. El guerrero piloto clavó una rodilla en tierra mientras se daba con un puño en cada hombro.

—Manda. Mi vida es tuya.

Harrar se adelantó.

—Te presentarás en el hangar de los coralitas. Se te asignará una nave. Ésta debe ser reparada por los cuidadores.

El piloto se puso de pie, volvió a hacer el saludo y se marchó. Harrar despidió a los guerreros con un solo gesto escueto.

El sacerdote se volvió hacia Khalee Lah, Conteniendo el impulso pecador de regodearse.

—Ésta no es la *Ksstarr* —dijo, con una compostura que él consideraba admirable—. Puede que ninguna de las naves con que nos encontramos lo fuera.

—Una lo será —gruñó el guerrero. Clavó bruscamente los ojos en los de Harrar—. Necesitamos más naves. Encontraremos a Jaina Solo, y será sacrificada. ¡Lo juro por la diosa de la que ella blasfema!

* * *

Jaina se ajustó la capucha de cognición y tomó el aparato de comunicación normal que Lowbacca había instalado en la *Mentiroso*.

—Preparados —advirtió a los pilotos que volaban con ella—. Percibo que sale del hiperespacio una flota pequeña. Pronto estarán a tiro.

—Demasiado pronto, maldita sea —repuso otro piloto.

Unas leves risas nerviosas llegaron por el comunicador abierto y se apagaron en seguida cuando apareció la flota yuuzhan vong de entre la oscuridad del hiperespacio.

Los coralitas se apartaron rápidamente de las naves mayores, análogas a corbetas y a fragatas, ordenándose disciplinadamente en líneas. Tras ellas venían tres navíos de forma extraña, inclasificables. La luz de las estrellas relucía reflejándose en las

facetas de una nave grande semejante a una gema.

Jaina entrecerró los ojos. Recordaba aquella nave de Myrkr. Había llegado en el momento en que ella huía con los otros Jedi. Esta sería la nave sacerdotal. Pues bien, le esperaban unas cuantas sorpresas.

—Tal como lo hicimos en los ensayos —intervino la voz de Kyp.

Llegó por el comunicador un pitido y un zumbido mecánico.

—¿Más consejos de Cero-Uno? —preguntó uno de los pilotos.

—Podría decirse que sí. Ha comentado que podremos actuar como en los ensayos... al menos, hasta que se presenten las variables inevitables.

—No me importa —repuso el piloto—. Lo que para un androide es una variable, para otra persona es suerte.

Jaina sonrió levemente. En el Escuadrón Pícaro estaba estrictamente prohibido charlar antes de entrar en combate. Pero Kyp aseguraba que servía para mantener a los pilotos sueltos y dispuestos a reaccionar. En todo caso, les evitaba caer en pensamientos demasiado negros acerca de la batalla que tenían por delante.

—¿Por qué llamas Cero-Uno a tu androide astromecánico? —preguntó una voz femenina de tono grave.

A Jaina se le borró la sonrisa cuando reconoció a Shawnkyr, la chiss que volaba con Jag. La chiss había guardado las distancias, volando en todas las misiones y sin hacer comentarios. Pero daba la impresión de que seguía a Jaina con sus extraños ojos rojos, reproduciendo e incluso ampliando la opinión dudosa que tenía Jag Fel de aquella «piloto rebelde desaliñada».

—Es un chiste malo sobre la tecnología antigua —explicó Kyp—. El androide perteneció a un filósofo mon calamari que era una especie de experto en culturas y en tecnologías antiguas. Al parecer, existió un sistema informático que se basaba en el código binario, y el mon calamari solía decir: «Se puede conseguir la sencillez; la vida no es más que ceros y unos».

—Código binario. Así se explican tantas cuantas cosas de tu androide —bromeó Jaina, ganándose un zumbido metálico grosero.

Una llamarada de plasma iluminó el cielo, sin alcanzar a la flota hapana.

—La primera fase te toca a ti, coronel Fel —dijo Jaina.

Jag se dio por enterado con un clic doble. Los dos desgarradores chiss se separaron bruscamente de la formación, seguidos de diez cazas de combate hapanos. Se dividieron en tres formaciones cerradas de cuatro naves, cada una de las cuales seleccionó como objetivo a un coralita. Soltaron una descarga cerrada y coordinada de fuego de láser... además de otros proyectiles menores que se deslizaron entre las ráfagas de escudo de los dovin basal y se alojaron profundamente en los cascos irregulares de coral.

—Te toca a ti, Kyp —le indicó Jaina.

El Jedi Pícaro, acompañado de tres Ala-X, se separó de la formación, dejando sola y aparentemente sin protección a la fragata de Jaina. Lowbacca soltó un quejido de angustia.

Vieron avanzar a los coralitas, que luchaban por abrirse camino a través del escuadrón disciplinado de Jag.

—La mayoría deben de llevar ya los repulsores. Preparado... —dijo pausadamente— y... ¡ya!

El wookiee retransmitió una señal a los aparatos repulsores, y de pronto dos terceras partes de los coralitas atacantes viraron, respondiendo a los mensajes gravitacionales que les comunicaban que ahora tenían a la *Mentirosa* detrás de ellos.

—Ahora es cuando se pone interesante —murmuró Jaina.

Ordenó a la fragata que avanzara a velocidad máxima. Cuando irrumpieron en plena flota yuuzhan vong, Lowbacca se dispuso a activar las pequeñas unidades repulsoras que iban fijadas a los coris.

Haces de plasma descapacitador saltaron hacia Jaina, todos ellos apuntando a la parte inferior de su nave. Ella ya entendía lo bastante a la *Mentirosa* para comprender aquella estrategia. La nave de Nom Anor estaba muy blindada, con un casco inferior extremadamente grueso. Los ataques a aquella parte de la nave activaban el dovin basal, lo que permitía a otras naves generar rayos gravitacionales de tracción para arrastrar a Jaina hacia ellos.

Pero Jaina no les permitió que distrajeran a su dovin basal. Desplazó la fragata en zigzag a través de la batalla, haciendo los virajes y los picados más locos y temerarios de su vida, retando al enemigo a que la siguieran y dispararan contra ella.

En la confusión subsiguiente, las naves yuuzhan vong confiaron en sus sensores, que, a su vez, dirigieron el fuego hacia cualquier nave que estuviera transmitiendo la señal de la *Mentirosa*. No todas las naves estaban tan bien acorazadas como la de Jaina. Dos coralitas estallaron en llamaradas breves y luminosas.

Lowbacca soltó de pronto un aullido de alarma.

—¿Un fallo del sistema? —le gritó Jaina a su vez—. ¡Nada de fallos! ¡No puedes transmitir la señal a más de una nave cada vez!

Jaina no había terminado de hablar, cuando el error del wookiee tuvo un desenlace afortunado. Los tres coris yuuzhan vong que recibían la señal se atacaron mutuamente. Una erupción simultánea de plasma explotó de las tres naves, seguida de una explosión secundaria que las dejó reducidas a una nube inmensa de fragmentos de coral.

—Los fallos del sistema pueden venir bien —reconoció Jaina.

* * *

A medida que la batalla degeneraba de un nivel de caos a otro mayor, la superstición de Harrar se iba convirtiendo en un convencimiento aterrorizado.

La gemela *Jeedai* estaba haciendo hazañas aparentemente imposibles de movimiento, estrategia y destrucción. Con una sola nave había evitado a sus mejores pilotos, destruyendo algunos de sus coralitas más veloces. Estaba en todas partes y en ninguna.

A su alrededor, los miembros de la tripulación empezaban a murmurar el nombre de Yun-Harla con una mezcla de asombro y temor. El sacerdote no era capaz de reñirles por aquella herejía.

Khalee Lah entró en la sala de control con expresión lúgubre en el rostro cubierto de cicatrices.

—¿Qué deseas que hagamos ahora, Eminencia?

El sacerdote se lo pensó sólo un momento. Aquella decisión podía poner fin a su carrera, pero era la única opción razonable.

—Da orden de retirada.

* * *

Los supervivientes regresaron al puerto de Hapano y salieron de sus naves soltando aclamaciones y carcajadas, abrazándose y dándose palmadas en la espalda. Jaina sonreía levemente mientras bajaba por la pasarela de la *Mentirosa*. La tarea que tenía en mente estaba lejos de haber concluido, pero había empezado bien.

Alguien la izó en vilo y la hizo girar sobre sí misma con exuberancia. Kyp la dejó en el suelo de nuevo con una gran sonrisa.

Jaina percibió que se aproximaba Jag Fel. Su alegría se mitigó cuando se volvió hacia el joven coronel.

—Ha sido asombroso —le dijo éste—. Si alguna vez piensas que te falta un título, piensa si te gustaría el de «comandante». Yo te lo ofrecería de buena gana.

—Caramba, a las chicas les suele gustar que les digan cosas así —dijo Jaina con sequedad.

Un brillo de extrañeza se asomó a los ojos de Jag. Antes de que hubiera podido pedir una explicación, llegó junto a ellos un personaje femenino alto de piel azul.

—Ningún chiss estaría dispuesto a volar bajo el mando de esta mujer —dijo la chiss con firmeza—. Coronel Fel, me sorprende que emplees con tan poca precisión el título de *comandante*.

En el estado de ánimo de alegría oscura en que se encontraba entonces Jaina, no le costó trabajo despreciar los comentarios de la chiss. No sería la primera vez que la hembra chiss (por no decir nada de su comandante humano) había manifestado una profunda arrogancia innata. Por ello, no le dio gran importancia cuando vio que

Shawnkyr se llevaba aparte a Jag para decirle cuatro cosas en privado.

Más tarde, aquella misma noche, los pilotos fueron recibidos como héroes en la amplia plaza de la ciudad. Jag Fel no asistió a la ceremonia. Jaina sonreía y bailaba, aunque no dejaba de preguntarse qué habría dicho la piloto chiss... y por qué debía importarle a ella.

* * *

Lejos de allí, en los aposentos de los Skywalker, en la base oculta de los Jedi, Luke depositaba cuidadosamente a su hijo dormido en su cuna. Se quedó de pie ante él durante un largo momento, contemplando su carita.

Se apoderó de él un vago temor, un miedo por aquel niño que llegaba más allá de cualquier inquietud que hubiera sentido él jamás por su propia vida. Luke exploró aquel sentimiento suyo a través de la Fuerza, y halló que su instinto de Jedi sobre la cuestión le producía una sensación casi neutra.

Ben no corría ningún peligro inmediato, y el aura del porvenir no se cernía sobre el temor repentino de Luke. Aquella oleada era algo distinto, algo que podía sentir cualquier padre, y que quizá sintieran todos los padres.

Han y Leia entraron en la habitación. La hermana de Luke se puso junto a él y le pasó un brazo por el hombro.

—Ser padre es lo más terrorífico que se me ocurre, incluso en las circunstancias mejores —dijo con suavidad—. Cuando haces vivir a un niño tiempos peligrosos, es peor todavía.

Luke sintió el duelo y la culpabilidad que acechaban bajo el tono tranquilo de ella. No se le ocurrió ninguna respuesta... ¿qué palabras podrían consolar de la pérdida de dos hijos? Por ello, se limitó a devolverle el abrazo, confiando en que su cuñado encontrara el modo de aliviar el momento.

Han carraspeó y pergeñó una sonrisa forzada.

—No sé de qué te preocupas, Luke —dijo—. Cualquier cosa que quiera acercarse a Ben tiene que pasar antes por Mara.

—¿Por mí? —replicó Mara, siguiéndole el juego—. No me imagino cómo reaccionarías tú si alguien invadiera el espacio de Jaina.

El rostro de Han se volvió inexpresivo de pronto. Su esposa se apartó de Luke y corrió hacia él.

—¿Qué hay? ¿Pasa algo malo?

—Recuerdo que yo empecé aquella pelea —dijo Han pausadamente—, y recuerdo por qué. Los embajadores de Ta'a Chume presentaron una propuesta de matrimonio en nombre de Isolder... no contigo, Leia, sino con Jaina.

Leia abrió los ojos como lunas llenas.

—Vaya, ¡así sí que se explicaría cómo te dejaste los nudillos! ¿Qué ofrecían?

—Un trato. Nosotros no intentábamos convencer a Jaina de que no se casara con Isolder, y ellos no entregaban a los refugiados.

—Eso es ridículo —intervino Mara—. Jaina no accedería jamás a un trato de ese tipo.

Una vez superada la primera impresión de sorpresa, Leia no estaba tan segura de ello.

—Yo estuve a punto de hacerlo —dijo.

—¿Y qué hay de Teneniel Djo? —preguntó Han.

Los tres Jedi intercambiaron miradas de inquietud. Mara resumió la cuestión.

—Yo diría que tiene problemas, a no ser que su gancho de izquierda sea mucho mejor que el tuyo.

CAPÍTULO 26

Después de la ceremonia, Ta'a Chume llamó aparte a Jaina para mantener una reunión en privado con ella.

—Lo has hecho maravillosamente bien, pero los yuuzhan vong volverán. Ha llegado el momento de que conozcas mis intenciones. Quiero apartar a Teneniel Djo del trono, y que Isolder se case con una reina capaz de gobernar durante una guerra.

Jaina se encogió de hombros.

—No tengo Idea de por qué me cuentas esto —dijo Jaina, encogiéndose de hombros—, a no ser que quieras que ayude a Teneniel Djo a hacer su equipaje.

La vieja reina la miró de reojo con malicia.

—Siempre he pensado en la frustración que debe producir tener trabajar siempre a la sombra de una madre famosa.

—Se ha disparado un torpedo, pero sin blanco a la vista —observó Jaina.

—El blanco es muy evidente. Se trata de una inquietud habitual entre las jóvenes que se encuentran en tu situación.

—Son cosas que se piensan a veces, claro, pero la guerra tiende a hacer que las angustias propias de las adolescentes parezcan nimias.

—Pero las nimiedades no terminan con la adolescencia —prosiguió Ta'a Chume—. Sin duda, habrás reparado en la hostilidad reciente de Tenel Ka contra ti.

—Hemos tenido nuestras diferencias de opinión. Se está dando mucho de eso entre los Jedi.

—¿Desde cuándo se interesa mi nieta por la filosofía? No; a Tenel Ka la mueve el miedo a que la desplace una persona que vale más que ella.

Jaina se frotó las sienes con ambas manos, sintiéndose un poco mareada por aquella conversación sin pies ni cabeza.

—Alguien como mi madre, supongo. ¿Me estás preparando para esta noticia? Si es así, no sigo la lógica. En vez de hija de la princesa Leia, sería heredera de la reina Leia. Eso no es precisamente salir de la oscuridad, si eso es lo que te preocupa.

La reina sonrió como un jugador de sabacc que se dispone a poner sobre la mesa una mano ganadora.

—Me entiendes mal, querida. En estos tiempos brutales, Hapes necesita una reina guerrera... no a Teneniel, no a Tenel Ka, no a la princesa Leia. A una reina que aspira a entender al enemigo y a atacar con arrojo.

El sentido de sus palabras golpeó a Jaina como un insecto aturdidor yuuzhan

vong. De manera inexplicable, se le soltó una risita.

—Me estoy imaginando la reacción de mi padre ante esta idea. Tratándose de Han Solo... ¡me sorprende que tus embajadores no tuvieran que matarlo en defensa propia!

—Esto es muy serio —insistió Ta'a Chume.

Jaina recobró la compostura haciendo un esfuerzo.

—Me doy cuenta. No pretendía ofender... en serio, la propuesta misma es un honor inmenso. Pero, simplemente, no me interesa.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió ella—. Para empezar, soy demasiado joven.

—Tonterías. Tienes dieciocho años; más o menos, la edad que tenía tu madre cuando puso su corazón en un hombre mayor.

—Hablando de mi padre, ¿cuántos días tuvieron que pasarse tus embajadores en un baño de bacta? —preguntó Jaina con malicia.

—Estoy seguro de que se hará a la idea. Es un hombre razonable.

—Nunca le habían acusado de serlo hasta ahora —repuso Jaina—. Pero eso no viene al caso. Yo no sé cuáles serán las costumbres hapanas, pero a mí no me dice nadie con quién me tengo que casar. Ni mis padres, ni mis amigos.

—Ni yo tampoco —concluyó Ta'a Chume con una leve sonrisa—. Plantéatelo, al menos.

Jaina le prometió que así lo haría, y salió en busca de Jag Fel, con intención de preguntarle acerca de la pelea que éste había interrumpido.

Se le había disipado su incertidumbre inicial. Confiaba en que su padre no había hecho más que actuar de la manera previsible, pero se le había despertado el sentido del peligro. ¿Y si no había «respondido razonablemente»? ¿Y si Teneniel Djo no se retiraba? ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar Ta'a Chume para salirse con la suya?

Desde su llegada a Hapes, Jaina había estado convencida de que Ta'a Chume planeaba algo relacionado con ella. No quería creer aquello de Ta'a Chume, a pesar de todo lo que sabía y percibía acerca de la anciana.

No encontraba a Jag por ninguna parte, aunque acabó por localizar su nave en un rincón muy discreto del puerto de la ciudad. Tampoco encontró a nadie que lo hubiera visto últimamente.

Consideró brevemente la posibilidad de buscarlo por medio de la Fuerza. Jacen había entrado en meditación profunda para localizar a Corran Horn tras el ataque contra Yavin 4, pero aquello no había sido nunca su punto fuerte, y hasta a los Jedi dotados de perfección les resultaba difícil encontrar a personas concretas; a menos que mantuvieran algún vínculo profundo con ellos, claro está.

Optó por buscar respuestas sumida en un trance Jedi, y se refugió en el silencio de su habitación del palacio.

Cuando se hundió en pensamientos profundos y salió a la corriente de la Fuerza, empezó a surgir una imagen como de entre una neblina oscura. Jaina vio a una muchacha pequeña, delgada, vestida con un traje de vuelo marrón. La muchacha tenía los hombros erguidos, en postura de espera tensa, y sostenía entre las manos un sable láser que no le resultaba familiar.

A Jaina le dio un vuelco el corazón cuando se reconoció a sí misma y comprendió el contexto de aquella visión. Y, después, fue arrastrada más hondo, dejando atrás el desapego de espectadora a medida que entraba plenamente en el recuerdo inspirado por la Fuerza.

Un personaje alto, vestido de negro, caminaba hacia ella, con su sable láser rojo dispuesto para el ataque.

La imagen de Darth Vader no le inspiró el miedo que acompañaba al nombre de su abuelo, tristemente célebre, sino un terror de un tipo muy distinto.

Volvió a vivir una vez más el momento en que descubrió, horrorizada, que había combatido contra Jacen, oculto tras un disfraz holográfico.

—¿Jacen? —susurró.

El espectro avanzó. Ella se irguió, contra su voluntad, y encendió el sable que le habían entregado los Maestros de la *Academia Oscura*. El combate se apoderó de ella como unas alas oscuras; era feroz, rápido y desesperado. Jaina aplicaba toda su habilidad para detener los golpes, sin asestar ninguno. La tarea era difícil, dada la habilidad innata de que había dado muestras Jacen desde una edad temprana.

No obstante, en aquella visión ella no era una Maestra Jedi entrenada, sino una muchacha joven a la que habían arrancado de su hogar un grupo de Jedi Oscuros para obligarla a combatir sin entrenamiento. Jaina no luchaba como la que era ahora, sino como la que había sido. Al final, lanzó un golpe sin querer.

El Señor Oscuro vaciló y cayó, llevándose las manos a la línea humeante que había quemado en su garganta el sable láser de Jaina.

Ésta dejó caer su arma y corrió hasta su adversario, tirándole del yelmo, rezando por encontrarse bajo éste el rostro de Darth Vader, o al menos el de ella misma.

El disfraz holográfico se disipó, y a Jaina se le hizo trizas el corazón. En el suelo estaba tendido un muchacho larguirucho, con el pelo castaño revuelto y con una leve expresión de asombro en sus ojos sin vista.

Jaina se puso de pie y retrocedió, vacilante. No había matado a su hermano. No era posible.

En vista de que su propio disfraz no se disipaba, se arrancó el yelmo. La visera se abrió por sí sola. Sorprendida, dejó caer el yelmo y vio que rodaba lentamente hacia Jacen. Se detuvo, y apareció en él, mirándola, el rostro de Kyp Durrón. Movié los labios, pero Jaina no pudo oír sus palabras.

Jaina se despertó de la visión sobresaltada, respirando tan hondo como si acabara

de disputar una carrera de veinte kilómetros a pie con Tenel Ka. Fue consciente de pronto de una voz apremiante que la llamaba, y se volvió hacia ella, aturdida. Retrocedió al ver la cara inquieta de Kyp Durrón.

—Me has hecho salir del trance —dijo—. ¿Por qué?

Kyp se irguió y le puso una mano en el hombro.

—Quizá porque tengo una sensación de aquello por lo que estabas pasando.

Ella se lo quitó de encima, pero no pudo quitarse de encima la visión ni su simbolismo evidente. Y los ojos verdes y atentos de Kyp tenían una cierta atracción que, por una vez, no tenía nada que ver con la Fuerza.

—Nunca he tenido los problemas que tuvieron Jacen y Anakin con la Fuerza —dijo Jaina pausadamente—. Ellos debatían su verdadera naturaleza y se esforzaban por entender lo que significa ser Jedi. Yo me limitaba a hacer lo que había que hacer. Eso había bastado siempre, hasta ahora. Ahora, me veo obligada a cuestionar y a elegir.

Contó a Kyp la propuesta de Ta'a Chume.

—No es que me la esté planteando, pero me ha hecho pensar. La reina madre actúa detrás de una línea que yo no estoy dispuesta a cruzar.

—Lo cual te hace plantearte la cuestión de cuáles son tus parámetros.

—Exactamente. Y he comprendido que he cruzado diversas líneas sin darme cuenta y sin prestar atención.

—Yo también he cruzado unas cuantas —reconoció Kyp—. Es difícil evitarlo... esas condenadas no dejan de moverse.

Ella sonrió apagadamente.

—Es el momento de tomar una decisión; Ahora puedo volverme atrás, o puedo seguir adelante y llevar esta ofensiva hasta donde me lleve a mí.

Kyp la observó detenidamente.

—Vas a continuar, te cueste lo que te cueste.

—No veo ningún otro camino —dijo ella, encogiéndose de hombros con impotencia. Tal como lo veía ella, una Jedi debía estar dispuesta a sacrificar su vida en la lucha contra el mal. Ante la amenaza de los yuuzhan vong, ¿cómo podía rehuir ella aquel sacrificio mayor y más oscuro?

—¿Has encontrado las respuestas que buscabas? —le preguntó Kyp.

Jaina estuvo a punto de decir que no; pero entonces la envolvió una visión breve y vivida: una imagen de un Jag minúsculo, cautivo entre la maraña de los circuitos de un Ala-X. La imagen mental se disipó tan aprisa como había venido, dejando a Jaina dos descubrimientos sorprendentes. En primer lugar, los bordes exteriores del «laberinto» reproducían las formas de los niveles inferiores del palacio. Pero resultaba más sorprendente que esto el hecho de que Jaina descubrió que era capaz de sentir la presencia de Jag por medio de la Fuerza.

Teniendo en cuenta sus aptitudes personales, aquello habría resultado imposible. Ni siquiera era capaz de conectar con su hermano gemelo. Había tenido que sentir la muerte de Jacen a través del dolor colectivo de varios Jedi. Sin embargo, con Tenel Ka...

El descubrimiento le llegó como un golpe. Percibía la presencia de Jag Fel por el mismo motivo por el que Tenel Ka había estado tan abierta para Jacen. La conexión se había desarrollado sin que la advirtiera. O, quizás, siempre había estado allí.

Kyp asió a Jaina de ambos hombros.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó, sacudiéndola levemente.

Ella, sin responderle, se apartó de él y echó a correr en la dirección que le había indicado su visión.

CAPÍTULO 27

Jaina y Kyp encontraron a Jag exactamente donde lo había visualizado Jaina: en una habitación pequeña, oculta en un laberinto.

Kyp sintió la impaciencia luminosa de ella, la emoción que acompañaba a su descubrimiento repentino. Ella, sin darse cuenta, esperaba que Jag tuviera un momento similar de revelación.

Aquel sueño se hizo pedazos en el momento en que Jag Fel levantó la vista hacia sus rescatadores. Miró a Jaina, y adoptó una expresión cerrada, de desinterés. Kyp sintió la oleada de dolor de la joven, y su convicción de que Jag Fel podría admirarla por su valor y su talento, pero la consideraba una picara desaliñada e indisciplinada.

La «princesa Jedi» se tragó rápidamente la impresión y se sacó del bolsillo una pequeña multiherramienta. Abrió los cerrojos complicados con unos rápidos movimientos; una habilidad que habría aprendido, seguramente, del «canalla» de su padre.

Sonó ruido de pasos en los pasillos. Kyp y Jaina se miraron mutuamente, y alzaron después la vista al techo. Lo cruzaba una maraña de tubos, algunos de ellos a cinco metros de altura. Los dos saltaron, se asieron de los tubos y esperaron.

Jag tuvo la presencia de ánimo de cerrar la puerta de un empujón. Uno de los cerrojos saltó, y Jag se sentó en su lugar.

Sus guardianes tardaron unos momentos en abrir los cerrojos. Cuando entraron, los dos Jedi saltaron de sus asideros con sendos gruñidos.

Jaina, pasando por encima de uno de los guardias abatidos, salió al pasillo.

—¿Cómo has venido a parar aquí? —preguntó a Jag.

Éste le echó una rápida mirada.

—Después de la batalla, Shawnkyr me llevó aparte y me dijo que, al dar a entender que te concedería el rango de comandante, estaba poniendo a mis pilotos al servicio de la futura reina de Hapes. Que estaba tomando partido en un próximo golpe de Estado.

Jaina dio muestras de consternación.

—Tu amiga chiss debió de oír algunos comentarios de la gente de Ta'a Chume.

—Eso es. Felicidades, teniente. ¿O debo llamarte «Majestad»?

—Últimamente prefiere que la llamen *Mentirosa* —intervino Kyp—. ¿Qué es una reina, comparada con una diosa yuuzhan vong?

Jaina dirigió a Kyp una rápida mirada de enfado.

—No tienes por qué ayudarme. Este asunto de ser reina es ridículo. No fue idea mía.

—Los del séquito de la reina tuvieron la impresión de que eras otra Ta'a Chume, una mujer ambiciosa que aprovecharía esta oportunidad de buena gana. También hablaron de eliminar obstáculos, para lo que los habían contratado.

Jaina se detuvo y le asió del brazo.

—¿Tiene esto algo que ver con mi padre?

—Eso mismo supuse yo. Busqué a los «asaltantes» de Han; embajadores que habían ido a negociar una alianza matrimonial entre el príncipe Isolder y Jaina. Estoy seguro de que a Han, más que atacarlo, lo redujeron.

—Todo esto ya lo sé —le interrumpió Jaina—; pero no entiendo por qué te han encarcelado.

Él apretó los labios con gesto severo.

—Me detuvieron cuando me dirigía a poner sobre aviso a Tenel Ka. Tú eres mayor de edad y no necesitas el permiso de tus padres. Si quieres casarte con Isolder, nadie te lo puede impedir. ¿Cuál sería, lógicamente, el obstáculo del que hablaban, sino la reina madre, Teneniel Djo?

* * *

Harrar observaba a Khalee Lah mientras éste se paseaba por el centro de mando de la nave sacerdotal.

—Nuestros temores se han hecho realidad: los guerreros bajo este mando empiezan a expresar dudas y preguntas. Éste es un peligro mayor que la derrota en el combate.

—Algunos ponen en duda incluso tu capacidad para el mando —observó uno de los guardias—. Yun-Harla se burla de nosotros por medio de su nueva elegida...

El guerrero se volvió hacia el que lo desafiaba, con la cara contraída de furia.

—Acepto el desafío —exclamó con voz áspera.

El sacerdote se dispuso a intervenir, pero después optó por lo contrario. Khalee Lah tenía que dar salida a su fervor. Era mejor enviar a la batalla a un guerrero que a un fanático.

—Tú y tú —dijo Khalee Lah, señalando a dos de los guerreros más corpulentos—. El desafío será de tres contra uno. ¡Veremos quién tiene el favor de los dioses!

En cuestión de momentos, Khalee Lah estaba de pie ante los cuerpos tendidos de sus rivales. Alzó la vista al oír los pasos resonantes de la guardaespaldas del sacerdote.

La hembra entró sin prestar atención a los cuerpos de los guerreros muertos.

—Hemos recuperado algunos restos de una de las naves perdidas, Eminencia.

Pensé que querrías ver esto.

Harrar tomó el pequeño aparato de metal con expresión de desagrado extremo.

—¡Ésta es la señal de Yun-Harla! ¿Qué blasfemia es esta?

—Ha sido encontrado fijado a un fragmento de casco de una de las naves sacrificadas en la batalla contra la *Mentirosa*.

—En una de las naves que destruimos accidentalmente —la corrigió Khalee Lah con enfado—; y puede que esta abominación nos enseñe el porqué.

Tomó el aparato de manos del sacerdote y lo flexionó como si quisiera partir en dos el metal. De pronto, echó a volar hacia arriba y chocó contra el techo de la cámara como si lo hubieran arrojado allí unas manos invisibles.

—Genial —murmuró Harrar, mientras contemplaba al guerrero que flotaba furioso—. El aparato desafía la gravedad, como nuestros dovin basal. Cuando se fija a una nave, puede superar la voz gravitacional de ésta. Cualquier nave marcada de este modo puede parecer a nuestros sensores una nave diferente, incluso la fragata robada. Como tú eres bastante más ligero que una nave, el efecto ha sido más drástico y pronunciado.

El guerrero consiguió apagar el aparato. Cayó al suelo, rodó dos veces sobre sí mismo y se puso de pie. Recobró la compostura y enseñó el aparato a los guardias supervivientes.

—Ved esto y entended vuestra herejía. Id a decir a los demás que esa *Jeedai* no es más que una infiel que morirá con la misma facilidad que cualquier otro. ¡Marchad!

Los guardias se marcharon, y Khalee Lah arrojó el aparato al suelo.

—En mi ira, he tocado un aparato blasfemo. ¡Estoy impuro, y haré responsable a la hembra también de este crimen!

Se volvió hacia Harrar.

—Avisa al Maestro Bélico, Eminencia, y solicítale que se reúnan todas las naves de este sector. ¡Encontraremos a esa *Jeedai* aunque tengamos que reducir a cenizas humeantes todos los mundos de Hapes!

* * *

—Teneniel Djo —repitió Jaina, mirando el rostro serio de Jag Fel. Aunque la conclusión de éste la había dejado conmocionada, no podía refutarla.

Corrieron por los pasillos hasta llegar a los aposentos reales. Los guardias intentaron detenerlos; rayos de la Fuerza los alcanzaron y los apartaron.

Encontraron a Tenel Ka en el cuarto de su madre, sentada junto a la ventana. Tenía la mano de su madre entre las suyas. Jaina comprendió de una mirada que todos habían llegado demasiado tarde.

—Veneno —murmuró Tenel Ka—. Ni siquiera le han concedido morir con

dignidad en una última batalla.

Jaina apoyó una mano en el hombro de su amiga.

—Encontraremos al que ha hecho esto.

La Jedi miró al rostro de Jaina con ojos ardientes.

—No consentiré que tu venganza deshonre la vida de mi madre.

Jaina dio un paso atrás.

—¿Crees que se trata de eso? ¿Crees que estoy deshonrando a Anakin? ¿A Jacen?

Sonó una alarma que fue subiendo de volumen y de tono indicando la alerta por invasión. Tenel Ka soltó suavemente la mano de su madre y se puso de pie. Extendió una mano, abriendo los dedos para mostrar el gran anillo de esmeralda. Después, cerró bruscamente el puño, y saltó al aire un holograma entre ellos.

El aire se llenó de un torbellino nebuloso de oscuridad y nieblas. Las nieblas se apartaron y dejaron al descubierto cinco naves estelares grandes, de las que salían navíos menores.

—Es la flota de Hapes, y el legado de mi madre —dijo escuetamente Tenel Ka—. Coronel Jag Fel, dejo estas naves a tu mando.

CAPÍTULO 28

La cámara del consejo de la corte de Hapan estaba llena de personajes que gritaban frenéticamente. Guardaron silencio, por una mezcla de miedo y de costumbre, cuando se levantó a hablar una mujer esbelta que llevaba un vestido rojo.

—Alguien debe tomar el mando hasta que ocupe el trono una nueva reina madre —dijo Ta'a Chume. Despacio, con parsimonia, levanto una delicada corona adornada con joyas y se la puso en su propia cabeza.

—¡La bruja de Dathomir ha muerto! —gritó alguien—. ¡No más reinas Jedi!

Un murmullo de asentimiento recorrió la sala, pues era bien sabido que la antigua reina aborrecía a su nuera. Pero Ta'a Chume dirigió una mirada pausada y glacial al que había intentado apoyarla. Se hizo en la sala un silencio profundo. Ella dejó que reinara durante unos momentos antes de hablar.

—Sí; la reina madre Teneniel Djo ha muerto —asintió Ta'a Chume—, y los Ni'Korish son responsables de ello. Fueran cuales fueran los defectos de Teneniel Djo, la ley de Hapan condena a muerte al que alce la mano contra la familia real. Los Ni'Korish han ido demasiado lejos. La guardia ya está reuniendo a esos traidores ahora mismo. Antes de que caiga la noche, habrán dejado de existir.

Levantó una mano, y los guardias se adelantaron para llevarse al hombre que había gritado. Durante algunos momentos no se oyeron más sonidos en la sala que sus protestas ahogadas y el roce de sus botas sobre el suelo pulido mientras se lo llevaban a rastras.

—¿Y qué hay de los refugiados? —preguntó alguien, con tono más moderado.

—Son aprovechables —afirmó sin rodeos Ta'a Chume—. Pueden servirnos para ganar un tiempo que nos hace falta. Muy pronto se designará a una nueva reina —añadió, dirigiendo a Isolder una mirada significativa.

Otro murmullo apagado recorrió la sala, y subió de volumen cuando se adelantaron dos mujeres jóvenes. La multitud se apartó para dejarles pasar.

Jaina observó que los ojos de Ta'a Chume saltaban alternativamente de Tenel Ka a ella sin fijarse mucho tiempo en ninguna de las dos. La reina se quitó la corona que acababa de ponerse y se la entregó al príncipe. Jaina sintió por medio de la Fuerza la satisfacción tenue y felina de la mujer.

De pronto, comprendió. Si Isolder ofrecía a Jaina la corona entonces, en unos momentos de crisis y ante una sala llena de gente, ella mal podía rechazarla. Ta'a Chume esperaba plenamente que Jaina se apoderara del poder de buena gana. Jaina se

vio a sí misma a través de los ojos de Ta'a Chume con una claridad asombrosa. Cuando la reina miraba a la piloto Jedi, se veía a sí misma, más joven.

Pero a pesar de todas las maquinaciones de Ta'a Chume, no era Jaina quien ocuparía el trono en último extremo. Sin duda, Jaina sufriría al poco tiempo la misma suerte que Teneniel Djo. Tarde o temprano, a Tenel Ka no le habría quedado más opción que asumir el trono. No estaría dispuesta a quedarse parada viendo cómo morían otras en su lugar.

Se detuvieron al llegar al frente de la sala de audiencias. Tenel Ka se volvió hacia Jaina.

—Hay momentos en los que se deben dejar de lado las inclinaciones personales —dijo en voz baja—. Tomaré la corona de mi madre, y la defenderé si es preciso. Pero, de momento, tenemos un enemigo común.

Las Jedi se miraron mutuamente durante un largo momento de silencio.

—Vamos —dijo Jaina.

Una sonrisa apagada se asomó a los labios de Tenel Ka. Ésta fue hasta donde estaba su padre y clavó una rodilla en tierra. Él, sin titubear, le puso la corona en la cabeza.

Una ovación estrepitosa llenó la sala. La reina recién coronada se alzó y se volvió hacia la multitud, poniendo fin a sus aplausos con un rápido gesto de impaciencia.

—Soy una guerrera, hija de guerreras. Teneniel Djo supo prever la amenaza de los yuuzhan vong y se preparó. Los astilleros ocultos en las Brumas Transitorias han reconstruido una buena parte de la flota que se perdió en Fondor. Estas naves vienen de camino. Id a luchar, y sabed que Hapes es fuerte.

Caminó hacia Jaina, avivando el paso. Jaina se puso a su lado, y las dos Jedi echaron a correr hacia la batalla. Las aclamaciones comenzaron de nuevo, con un fervor que las impulsaba como la llegada de una tormenta.

Jaina observó un grupo familiar de pilotos en el fondo de la sala, un grupo heterogéneo: hapanos, chiss, de la Nueva República y Pícaros, que habían optado todos por volar bajo el mando de Jag Fel. Al pasar, saludó a Jag y a Kyp con un gesto de la cabeza.

—Nos veremos allí arriba.

Jag le dirigió una reverencia formal, y miró de reojo a Shawnkyr. Los pilotos chiss echaron a correr hacia el hangar, y Kyp se puso a correr a su lado.

Kyp sintió un impulso y se dejó llevar por él.

—Jaina no pensó nunca casarse con el príncipe —dijo.

Jag dio muestras de interés cortés.

—Ya veo. Él no es Jedi.

—Es verdad; pero no es esa la cuestión —dijo Kyp—. Me estoy figurando que el único hombre al que Jaina podría tomarse en serio alguna vez sería un hombre que

fuera capaz de volar mejor que ella.

Jag siguió corriendo en silencio unos momentos antes de responder.

—No hay muchos que se ciñan a esa descripción —dijo con tono neutro.

—Sí, ya me había fijado —respondió a su vez Kyp con el mismo tono.

Frenaron bruscamente ante sus naves en el hangar. Jag ofreció la mano a Kyp. Se dieron un breve apretón de manos.

—Guárdale las espaldas —dijo en voz baja el comandante chiss; y se subió a su desgarrador.

Kyp se tomó la promesa muy en serio. Se dirigió apresuradamente a la fragata yuuzhan vong y corrió por la cubierta.

—Sean cuales sean tus planes, olvídalos —dijo tajantemente.

Jaina se quitó la capucha de cognición y le miró fijamente.

—Tengo la sensación de que te dispones a tirar tu vida, sacrificándola como hizo Anakin. No hace mucho tiempo, me dijiste que Anakin podía haber tenido las respuestas. No podemos dejar que se evaporen contigo sin más.

—No me vengas con esas —dijo Jaina pausadamente—. ¿De verdad te has creído que voy a emprender un viaje para descubrir lo que deben ser los Jedi?

—Es lógico —dijo Kyp—. Tienes el talento, los antecedentes familiares. Puede que haya algo de verdad en todo eso que dicen del destino.

Jaina tomó de nuevo la capucha.

—Vete.

—No, mientras no me digas lo que tienes pensado.

Ella se levantó de pronto como una exhalación fluida, extendiendo una mano hacia el Jedi mayor. Surgió de sus dedos una chispa oscura que lo rodeó de un nimbo brillante. Él cayó hacia atrás y dio un fuerte golpe contra la pared. Entrecerró los ojos, y el aura mortal desapareció. Jaina enarcó las cejas, sorprendida.

—Si soy capaz de convocarlo, soy capaz de dispersarlo —le dijo él—. Tú no eres la única que ha seguido ese camino.

Jaina sacó su sable láser.

—Vamos afuera —dijo con rabia.

Kyp le hizo una fina reverencia en son de burla, invitándola a pasar primero. Ella negó con la cabeza. Él, encogiéndose de hombros, bajó por la pasarela, seguido de cerca por Jaina. En cuanto él tocó tierra, ella dio una voltereta hacia atrás y aterrizó en el portal de la nave. Apagó su sable láser y dio un paso atrás. El portal viviente se cerró de golpe a su espalda.

—Tramposa —exclamó Kyp por lo bajo, viendo cómo ascendía rápidamente por el aire la nave yuuzhan vong.

Jaina levantó la mano para tocar la capucha de cognición. Le llegó información de todas las partes de la nave, como la primera vez que se había puesto aquella

capucha. Antes, siempre había escuchado a la nave con desapego y disgusto, como haría soportar la compañía necesaria, pero aborrecible, de un informador hutt.

Antes, había llevado a bordo a otros Jedi que la ayudaban a relacionarse con la nave. Si no hubiera sido por la conexión de Tahiri con los yuuzhan vong, que tanto le había costado, si no hubiera sido por la habilidad de Lowbacca con el ordenador de navegación orgánico, Jaina no habría podido permitirse el lujo del desapego. Ahora, se abrió plenamente por primera vez a la nave viviente.

Una sensación extrañamente familiar la recorrió al irse estrechando el vínculo entre nave y piloto. Había conocido algo parecido a aquello en dos ocasiones anteriores; la primera, cuando había construido su sable láser y había aprendido a usarlo como una extensión de sí misma y de sus poderes; y la segunda, cuando había sintonizado los villip jóvenes que había encontrado Lowbacca en las cubas hidropónicas de la nave. Ahora que lo pensaba Jaina, las dos experiencias tenían más en común de lo que ella habría juzgado posible.

Echó una mirada a los dos villip que reposaban sobre la consola de la *Mentirosa*. Llevó la mano al villip que había sintonizado con tanto trabajo, y lo acarició para darle vida. Al cabo de un momento apareció la cara cubierta de cicatrices del Maestro Bélico Tsavong Lah. Éste retrocedió, atónito, al ver la cara que le mostraba su villip.

—Saludos, Maestro Bélico —dijo Jaina con tono burlón—. ¿Te acuerdas de mí? Soy la hermana gemela de Jacen Solo.

—Serás sacrificada a los dioses —dijo el Maestro Bélico apretando los dientes—, y después te arrancaré el corazón con mis propias manos.

—Si todavía tienes tus propias manos, es que seguramente no tienes tanta categoría como querías hacernos creer. Que se ponga otro... alguien que tenga verdadera autoridad y algunas piezas de recambio más.

Tsavong Lah gruñó, furioso.

—Con esas palabras te has ganado mucho dolor.

—Supongo que a los vong no os ascienden por vuestras dotes de conversadores —dijo—. Veamos si el comandante del sacerdote puede hacerlo mejor.

Despertó al segundo villip, el que establecía un vínculo entre aquella nave y el villip del sacerdote. Cuando se hizo visible una segunda cara con cicatrices, Jaina se retiró las trenzas para poner al descubierto la señal que se había pintado allí... el símbolo de Yun-Harla.

Dos voces se alzaron en aullidos de indignación.

—Te alcanzaré, humana —dijo el guerrero más joven con rabia—. Lo juro por todos los dioses, por mi señor y por mi honor sagrado.

Jaina pasó una mano sobre los villip. Ambos se invirtieron al momento.

Un caza de combate yuuzhan vong vino velozmente hacia ella, y todos los demás se apartaron para cederle el paso.

Jaina buscó la energía que había encontrado dentro de sí, la que arrojaba el rayo oscuro. Se dejó inundar por ella y que la dirigiera en la batalla.

Se hundió más aún en la conciencia de la nave *yuuzhan vong*, perdiéndose a sí misma en el vuelo como siempre había hecho. Su adversario y ella pasaron un tiempo que pareció de horas enteras atacándose, haciendo virajes, intercambiando rayos de plasma, esquivando y bloqueando como espadachines. Jaina no pensaba: actuaba.

Aquella estrategia pareció eficaz durante un tiempo, pero su identificación con la nave viviente era demasiado poderosa. Un rayo de plasma se deslizó tras los escudos del dovin basal y chamuscó el costado de la nave. Jaina dio un respingo, gritando, como si sintiera un dolor ardiente inesperado en el brazo izquierdo. Se sorprendió de ver que no tenía allí ningún daño físico.

Apenas consciente, empezó a caer por completo en la oscuridad. Retrocedió de nuevo en el tiempo hasta aquel duelo terrible en la *Academia Oscura*. Volvía a luchar contra Darth Vader, pero esta vez no podía vencerlo.

Su adversario retrocedió y se arrancó el yelmo negro, dejando al descubierto la cara de Kyp Durrón. Pareció que Kyp se llenaba de luz, mientras seguían luchando; dejaba a un lado los restos de su disfraz negro, y después intentaba comunicarse con ella.

Jaina sintió la mezcla de alegría y dolor de la redención larga y lenta de Kyp; sintió el aislamiento de sus largos años de recuperación. Sintió cuánto lamentaba él haber puesto en peligro, por egoísmo, a la única persona que podía llegar a ser todo lo que él mismo no conseguiría nunca.

Y supo con absoluta certidumbre que Kyp se equivocaba; que aquélla no era ella. El camino que conducía a un entendimiento distinto de la Fuerza no debía emprenderlo ella.

Le llegó otra verdad, y ya no pudo seguir negando la naturaleza del camino que había emprendido. Parecía extraño, paradójico, que fuera Kyp Durrón el que intentara salvarla.

Le vino una respuesta, junto con la imagen de la sonrisa irónica de Kyp. «¿No has pensado nunca que puedes ser tú la que me estás salvando a mí? Vuelve. Resolveremos esto juntos».

Poco a poco, empezó a luchar abriéndose camino hacia la luz. Kyp se desvaneció, y su adversario adoptó la cara y la figura de Khalee Lah. Jaina luchaba ferozmente, pero cada golpe que asestaba era a costa de una herida su propio cuerpo.

Se fue haciendo consciente gradualmente de una hilera de luces que se enfocaban ante ella. Una voz sonaba insistentemente en su comunicador, haciéndola volver a la conciencia. La consola de la nave parpadeaba frenéticamente, mientras las criaturas luminosas avisaban de un fallo masivo del sistema.

—Jaina, retrocede. Yo te cubro. Yo te cubro.

La voz, y el poder que encerraba, la hicieron volver a la consciencia. Jaina seguía con las manos en los controles, seguía disparando las armas; se mantenía su conexión con la nave. Después de un momento de sorpresa, comprendió que Kyp le había estado hablando por el sistema de comunicación que había instalado Lowbacca.

O puede que le hubiera estado hablando a través de su visión.

Jaina miró la nave del guerrero, que giraba a su alrededor para lanzarle otro ataque. La *Mentirosa* tembló cuando el dovin basal de su adversario bloqueó su nave.

Un Ala-X apareció veloz entre los dos, dirigiendo una cortina de fuego constante al caza yuuzhan vong... y encaminándose directamente hacia el tirón gravitacional.

Jaina, liberada de pronto, viró para apoyar a su rescatador. Pero el Ala-X había sido alcanzado. Cayó en espiral, como un cometa seguido de una cola de combustible ardiente. La nave explotó en una brusca llamarada blanca.

Ella dirigió la Fuerza y sintió la presencia familiar: Kyp había podido evacuar a tiempo. Volvió atrás, dejando su venganza inconclusa, sus preguntas sin respuesta.

Puso rumbo a su Maestro Jedi y al camino común que tenían ambos por delante.

EPÍLOGO

El cielo nocturno sobre la ciudad real de Hapes seguía sangrando y palpitando de luz cuando Jaina dejó a la *Mentirosa* en el puerto. Levantó la vista, sin lamentar haber tenido que abandonar la batalla antes de su conclusión.

Aquella no era su lucha ni su camino. La flota que había legado Teneniel Djo había llegado, y bajo el mando de Jag Fel estaba rechazando rápidamente a los yuuzhan vong. Jaina lo había visto mientras hacía las maniobras necesarias para subir a bordo de su nave al Maestro Jedi herido.

Se encargó de que desembarcaran a Kyp con cuidado y de que recibiera tratamiento médico. Después, empezó a afrontar aquello en lo que se había convertido.

Ta'a Chume estaba en el palacio, sujeta a arresto domiciliario mientras se realizaba una investigación sobre la muerte de Teneniel Djo. Se levantó en seguida cuando entró Jaina en la sala, y observó el traje de vuelo de la muchacha.

—¿La batalla?

—Estamos ganando.

—Deberías comandarla tú.

Jaina se encogió de hombros.

—El coronel Fel lo está haciendo muy bien. La reina madre Tenel Ka sabe elegir a la gente.

Ta'a Chume recibió esta noticia en silencio.

—Con mi ayuda, tú podrías haber sido una gran reina.

Jaina soltó un bufido de desprecio y se cruzó de brazos.

—No sabes lo mucho que me importa eso.

—¿Y tus votos de venganza?

—No te voy a añadir a ti a la lista, si eso es lo que te preocupa. Se acabó —afirmó—. Todo ello. Sé lo que soy: una luchadora, hija y hermana de héroes.

Algo cambió en el rostro de la antigua reina.

—Rara vez me equivoco, pero ahora veo que eres una necia, como lo fue tu madre.

Siguió hablando así, y seguía despotricando cuando Jaina se marchó del palacio.

Tenel Ka la esperaba ante los aposentos vigilados.

—Dicen que la ira es cosa del Lado Oscuro —dijo con tono sombrío—. Claro que, los que lo dicen, no conocen a Ta'a Chume.

Jaina sonrió levemente, y apreció entonces el intento de humor en los ojos de su amiga. Movida por un impulso, rodeó a su amiga con un abrazo. El brazo fuerte de Tenel Ka subió a rodearla a ella.

—No será fácil —dijo la nueva reina—. Ni para ti, ni para mí. Sospecho que tu camino puede ser más difícil que el mío. Al menos, tú no estarás sola.

—Tú tampoco —dijo Jaina, apartándose de ella.

La única respuesta de Tenel Ka fue una leve sonrisa. Levantó la mano en gesto sombrío y mayestático, y se marchó. Caminaba con porte orgulloso y paso vivo. Su determinación se percibía a través de la Fuerza; y, con ella, un sentimiento de desolación tan intenso que hizo asomar las lágrimas a los ojos de Jaina.

Jaina controló rápidamente sus emociones. Era aquello mismo, su empatía con sus amigos y sus hermanos, lo que la había metido en líos en un primer momento. Tal como lo veía ella, tenía por delante un largo camino de vuelta para dejar atrás aquello en lo que se había convertido, y no se podía permitir dar ningún rodeo.

Y mientras se dirigía de nuevo a su nave, pensó en el camino que tenía por delante. Tendría que hacer frente a todos los amigos que le habían advertido, a la familia que se había preocupado por ella. La gente la cuestionaría a cada paso. Tendría que hacer creer a la gente que el Lado Oscuro no intervenía en sus actos, en sus decisiones. Sospechaba que lo más difícil sería convencerse de ello a sí misma.

Kyp Durrón ya estaba en el puerto, cargando provisiones en un carguero ligero hapano. Llevaba en la frente un parche de bacta.

—Pensé que no ibas a llegar —le dijo—. Es casi hora de partir.

—¿De partir? —repitió Jaina.

—Vamos a llevar unas provisiones a la base Jedi. Tu madre me pidió que te llevara.

Jaina sintió una punzada en el corazón cuando pensó en cómo afectaría a Leia la noticia de su caída.

—Mamá ya ha perdido a dos hijos.

—Te llevaré con ella.

Volvió los ojos hacia la mirada verde y sombría de Kyp. Haciendo un gran esfuerzo, bajó los escudos que la habían tenido aislada. Era posible que existiera una persona capaz de comprenderla, una persona a la que no tendría que bloquear.

Al cabo de un momento, Kyp le arrojó una caja de víveres. Ella la dejó en la bodega y se volvió para recoger otra. Trabajaron juntos, adoptando un ritmo cómodo. La nave estuvo cargada en poco tiempo, y el Maestro Jedi y su aprendiz se aseguraron a sus asientos.

—Entonces, ¿qué viene ahora? —le preguntó Jaina mientras se instalaban.

—¿Qué quieres hacer tú?

Jaina reflexionó sobre ello. Siempre había sido confiada, impulsiva, incluso

petulante. Ahora, todo aquello estaba mitigado por su humildad profunda ante el poder de la Fuerza.

—Seguiré pilotando, claro está; pero no estoy segura de si me aceptarán los Pícaros.

—Entonces, ¿por qué no sigues por el camino que has emprendido? En la resistencia hay lugar para una mentirosa. Se te dan bien los planes, tienes don para la estrategia.

Ella estudió la idea y sintió que le venía bien.

—No está mal —reconoció—. ¿Y tú?

Kyp le dirigió una sonrisa algo avergonzada.

—Voy a ponerme a trabajar para el establecimiento de un Consejo Jedi, con el fin de trabajar por el consenso en vez de por la discordia.

Ella se echó a reír.

—He visto a mi madre esforzarse por esas cosas. Hazme caso, ¡puede que éste sea el mayor desafío que te hayas encontrado en tu vida!

Él se encogió de hombros.

—Ninguno de los dos necesitamos que las cosas sean fáciles. Y, por cierto, he oído decir que Jag Fel ha organizado una reunión con tu tío Luke. Si hay una ofensiva Jedi a la vista, no me sorprendería que él se encontrara detrás de ella.

Una rápida oleada de alegría elevó el corazón de Jaina. Se preguntó con melancolía si ella podría merecer algún día la amistad de alguien como Jag, de alguien cuya mirada, como la de Leia, no parecía apartarse nunca del camino del héroe.

Si Kyp había captado los pensamientos de Jaina, tuvo el tacto de no darlo a entender.

—¿Estás preparada?

Ella respondió asintiendo firmemente con la cabeza, y volvió la vista a los desafíos que tenían por delante.

Khalee Lah entró en la cámara de Harrar y clavó una rodilla en tierra.

—La batalla ha sido un fracaso —dijo sin rodeos—. La *Jeedai* ha escapado. Parece que yo mismo estaba contagiado de la herejía; de lo contrario, los dioses me habrían concedido una muerte gloriosa en la batalla. Mi fracaso sólo puede servir para manchar a mi señor. El nombre del Maestro Bélico, al que tú llamas amigo.

El sacerdote absorbió todo esto en silencio. Aquella solicitud era algo más que una indirecta. Como respuesta, tomó la abominación mecánica y se la entregó al guerrero.

—Contaré a Tsavong Lah que su pariente murió en combate, sacrificado por sus propios hombres por los engaños de la *Jeedai*. Pon esto en tu nave, y será así.

Khalee Lah bajó la cabeza y aceptó el aparato. Se levantó y salió de la sala.

Cuando Harrar se hubo quedado a solas, tomó su villip y contó a Tsavong Lah lo que había prometido decirle.

—Jaina Solo resultó ser un enemigo más digno de lo esperado —concluyó—, y puede que falte algún tiempo para que pueda realizarse el sacrificio de la gemela.

—Así lo han querido los dioses —dijo Tsavong Lah—. Sigue la persecución, y volveremos a hablar de esto.

El villip se invirtió bruscamente, dejando a Harrar sumido en sus especulaciones. Su fracaso no se recibía con tanto rigor como había esperado él, y el sacerdote de la diosa de los engaños se preguntó si quizás no era él el único que había fallado.

¿Era posible que Jacen Solo no hubiera sobrevivido, después de todo?, se preguntó.

